Miquel Fernández

Matar al Chino

Entre la revolución urbanística y el asedio urbano en el barrio del Raval de Barcelona

Virus editorial

Creative Commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:
Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.
No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas conciciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2014 de la presente edición, Virus editorial
© 2014 del texto, Miquel Fernández

Título:
Matar al Chino
Entre la revolución urbanística y el asedio urbano en el barrio del Raval de Barcelona

Maquetación: Virus editorial

Diseño de cubierta: Silvio García Aguirre López-Gay

Imagen de cubierta: Marc Javierre

Primera edición: octubre de 2014

ISBN-13: 978-84-92559-58-9
Depósito legal: B-22882-2014

www.viruseditorial.net *www.viruslibreria.net*

Lallevir SL / VIRUS editorial
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
virus@pangea.org

Impreso en:
Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbao
Tel.: 94 416 75 18
Fax.: 94 415 32 98
luna@imprentaluna.es

Índice

Prólogo. Mónica Degen 11

Introducción. Una historia de violencia 17
· Sobre los usos del bien 19

Barcelona como ejemplo del urbanismo de control 25

Misericordia, higienismo, urbanismo y civismo: aproximación historiográfica a las culturas de control en el barrio del Raval 33

La urbanización del Raval como escenario y resultado de la confrontación antagonista 36
· Higienismo y control social: moral, política y urbanismo 45
· La emergencia de un nuevo sujeto político: las consecuencias de la industrialización en la configuración del Raval 50

De la Ciutat Vella al Eixample. La ciudad proletaria y la ciudad burguesa 63
· Transformaciones urbanísticas y disciplinamiento de lo urbano en Barcelona 66

La legalidad violenta: los sueños de la «república del orden» frente a las pesadillas del Barrio Chino 83
· La invención del Barrio Chino como territorialización del «mal» 85
· Refugio del «enemigo interno». La etiqueta de «clases peligrosas» para los habitantes del Raval 91
· La incomprensión del «mal». Los liberales contra el Raval 93

· El Barrio Chino, los usos de la leyenda 96
· Las «soluciones» republicanas para el Raval: el Pla Macià y la ley de Vagos y Maleantes 101

El posfranquismo: hacia la «renovación de personas» del Raval 121
· Del Plan Comarcal de 1953 al PERI del Raval 122
· Rambla del Raval e Illa Robador: los estandartes de la «recuperación del Raval» 135
· La calderilla de la participación 146
· Patriotismo de ciudad 151
· La hegemonía del «civismo» 153
· Convergencias 156
· El Raval, escenario para el conflicto 157

Etnografía crítica de la calle d'en Robador 161

De vecinos tradicionales, tipos raros, mujeres comunes y modernillos presentándose, esquivándose, enfrentándose 163
· En la parte ancha de la calle, desde la esquina con Sant Rafael hasta Sant Pau 164
· En la parte estrecha de la calle, desde la esquina con Sant Rafael hasta Hospital 187
· Nuevos vecinos, viejos problemas. Viejos vecinos, nuevos problemas 190

En el principio era el verbo. Del barrio de Drassanes al Chino, del Chino al Raval y d'en Robador a Robadors 212
· Morfología física de la calle d'en Robador 219
· Detalle de la destrucción 228
· Los amos y responsables (o irresponsables) del suelo d'en Robador 230
· «And to be continued?» 244

«Una visión trágica disimulada bajo el boato aparente, la pompa fingida de una fiesta turbia» 246
· Literaturización del barrio de Atarazanas 246

La calle y las horas en juego 283
· Prácticas para procurarse el trabajo fuera del mercado laboral institucional 283
· La invención del «espacio público» como territorio para la excepción 303
· Control institucional sobre flujos urbanos en la calle d'en Robador 309

Conclusiones: ¿Salvar al Raval para (re)matar al Chino? 319
Cómo y por qué se sacrifica al Chino 320
· El nuevo colonialismo urbano 321
· Abandonar, recuperar y volver a abandonar 322
· Usos de la representación hiperbólica 323
· Islote de libertad o inexpugnable ciudadela del vicio 325
· La indeseable muerte del Chino 326

Epílogo. Todas las ciudades están poseídas
Manuel Delgado 329

Agradecimientos 337

Bibliografía y recursos audiovisuales 339

A mis padres

Ignoran mis ojos tu presencia,
pero vives en mis entrañas.
Te saludo con mil lágrimas de pena y mil noches sin dormir.
Ingeniaste cómo poseerme, algo difícil, y viste que mi amor es fácil.

Al-Mu'tamid de Sevilla (1990 [1027-1095])

Navigare è necessario; non è necessario vivere.

Dicho que Plutarco atribuye a Pompeyo [106-48 a. C.]

La lucha mía es una lucha por la supervivencia y porque toda supervivencia tenga un sitio, sin depender de que ese sitio dependa de alguien que te lo quiera dar. Pero, entonces, para las cabras, digo, que tendrán su sitio para pastar y los hombres, que tendrán su sitio para sobrevivir, y otros hombres, que tendrán ese sitio que no tienen otros, pero que no sea medido si ellos no son los que llevan el metro, de dentro, el metro de la vida.

El Cabrero

Prólogo

Mónica Montserrat Degen

Arrabal, Distrito V.º, Barrio Chino o el Raval son sólo algunos de los nombres dados durante siglos a uno de los más emblemáticos barrios de Barcelona, y seguramente del que más se ha escrito.

Históricamente el Raval ha estado caracterizado por dos opuestas y aparentemente contradictorias cuestiones: *centralidad*, por su situación geográfica en el corazón de la ciudad, su proximidad a las redes comerciales y de transporte; y *marginalidad,* resultado de un denso desarrollo urbano, receptor de las actividades residuales de la ciudad (instituciones religiosas, hospitales para la atención de enfermos y pobres, especialmente localizados en la zona norte del territorio).

Ambas cuestiones atravesarán su desarrollo físico y simbólico. En el siglo XX el lugar devendrá en Barrio Chino de manera que su carácter de barrio obrero e industrial se verá acompañado por el florecimiento de la prostitución y el ocio. Proliferarán teatros, cabarés y otros negocios de esparcimiento para el consumo tanto de clases ricas como pobres, especialmente localizadas en el sur de la zona debido a su proximidad con el puerto. El ambiente carnavalesco y cosmopolita se convertirá en legendario y pronto será comparado con el

Montmartre de París. El Raval bohemio y de carácter permisivo operará en oposición a la Barcelona burguesa, afilado por la concentración libertaria y sindicalista de los primeros decenios del siglo; tanto que, de hecho, en 1936 muchos de los sindicalistas armados que reaccionaron contra el golpe militar franquista, salieron desde el Raval para aplastar al fascismo.

Su otra cara era la alta densidad de un enclave donde, en 1932, se hacinaban 1000 personas por hectárea en hostales y casas subarrendadas, desde cuyas puertas podía sentirse el fuerte hedor que emanaba del interior. Mientras, la parte norte del Raval se mantenía como un lugar tranquilo, en los márgenes del extravagante sur. Hospitales, asilos y orfanatos dispensaban refugio a los desasistidos, así como los claustros proveían educación para las jóvenes burguesas. La geografía social del Raval reflejaba una contundente distinción física entre el norte y el sur, dividida por la calle del Hospital, que es hoy aún palpable.

Después de la Guerra Civil, el Barrio Chino inicia su declive. La imposición de un nuevo clima moral, conllevará el cierre de teatros, burdeles y demás establecimientos de ocio. Estas actividades pasaron a la clandestinidad, dando lugar a un aumento constante de su presencia callejera, hasta el punto de que el Raval se convirtió, más que cualquier otra zona de la ciudad, en un *distrito rojo*. A principios de la década de 1960, nuevas tendencias trasladaron la vida de ocio del Raval a otros puntos de la ciudad. Poco a poco éste fue decayendo. El papel del barrio como un espacio de transición para los recién llegados a la ciudad significó la marcha de alrededor de 60.000 residentes. La entrada de drogas duras en los primeros años ochenta causará graves disrupciones, y la inseguridad urbana se incrementará de forma dramática. El Barrio Chino alteró entonces sus fronteras, cruzó al norte por la calle del Hospital y llegó hasta las Ramblas, afectando al negocio turístico. Sin embargo, muchos de quienes habían vivido allí durante generaciones se negaron a abandonar «su» barrio. Esto se explica por una fuerte cohesión y una cultura popular y social, perceptible incluso en la forma en que muchos residentes describen el Raval como un «pueblo» dentro de la metrópoli. Sin embargo, en la mitología de la ciudad burguesa, el Raval se convirtió en «intransitable» (a pesar de que muchos hombres utilizaban el barrio para iniciarse en sus primeras experiencias sexuales).

La razón de la constante tensión centralidad/marginalidad está conectada con las prácticas espaciales dispuestas por una estructura espacial de múltiples capas. Su posición central en la ciudad está vinculada a una estructura social compacta que provee un entramado laberíntico de estrechas calles y patios donde la gente puede esconderse, huir o incluso cruzar el barrio entero saltando de tejado a tejado. En ambas dimensiones geográficas de la ciudad, la física y la simbólica, el Raval ha sido un lugar desordenado donde cualquier forma de control ha tenido enormes dificultades para ser efectivo.

Es en este punto donde el excelente estudio de Miquel Fernández centra su atención: la regeneración urbanística del Raval desde 1980 analizada desde una perspectiva histórica más amplia. Su investigación da cuenta de cómo este barrio ha sido sometido a una cultura constante de control y planificación urbanística por parte de los diferentes gobiernos y las élites, desde su misma constitución como centro urbano a principios del siglo XVI hasta nuestros días. Es aquí donde el trabajo de Fernández vincula elegantemente el estudio historiográfico de las intervenciones urbanas que han intentado reestructurar tanto el lugar físico como los significados simbólicos del Raval, con un rico estudio etnográfico sobre cómo estas transformaciones urbanas y urbanísticas han condicionado la vida cotidiana de aquellos y aquellas que viven y trabajan en la calle d'en Robador, una de las vías centrales de la vida del barrio en general y del ejercicio de la prostitución en particular, tanto en el pasado como en la actualidad.

El trabajo de Fernández es una llamada a someter el urbanismo a un escrutinio más detallado. Tal y como él señala, el urbanismo no es solamente una idea utópica y una práctica física, es también una técnica de intervención social, que oculta amplias estructuras de poder e intereses económicos bajo la retórica del «bien público». Mientras el urbanismo intenta presentarse como un ejercicio de neutralidad al servicio de los ciudadanos de un zona concreta, esconde un proyecto de clase más amplio. Tal y como nos recuerda Harvey (1985): «El capitalismo debe urbanizarse para reproducirse». Fernández deconstruye lo que subyace a la reestructuración, regeneración y transformación del Raval, actualmente el «barrio cultural» de Barcelona, para describir este proceso como «una historia de violencia» en los términos del Slavoj Žižek. Su trabajo es, en palabras de Fernández, un intento de

«desnaturalizar el orden institucional y las lecturas estigmatizadoras establecidas sobre aquella calle».

Tejiendo conjuntamente investigación historiográfica sobre documentos urbanísticos y analizando los discursos simbólicos que se han elaborado alrededor del mito del Barrio Chino, Fernández nos muestra como estos mitos han sido necesarios para enmarcar las estrategias de regeneración urbana desde la década de 1990, erigiéndose como el único camino para «recuperar» esta barriada para «el bien de la ciudad». Mientras el Raval puede ser descrito en la actualidad como una de las áreas culturales más vibrantes —debido principalmente a la importante llegada de migrantes de fuera de Europa en los últimos quince años—, la esperanza de vida de muchos de sus habitantes se mantiene por debajo de la media de Barcelona. Con estos datos, la investigación pone sobre la mesa la pregunta de si esta particular estrategia de regeneración urbana ha sido, para la mayoría de sus vecinos, un éxito o un fracaso.

La fortaleza de este análisis es vincular la realidad de la vida cotidiana de los residentes de la calle d'en Robador con las transformaciones económicas y urbanas globales más amplias. Fernández captura las cambiantes modalidades de planificación de las ciudades a través del tiempo y las fracturas inherentes a los procesos de regeneración urbana. Su rica etnografía nos acerca a las formas en que los procesos globales impactan en la regeneración urbana de distintas maneras y, en consecuencia, en la cotidianidad de los habitantes de dichas urbes. A través de sus historias vívidas y de las vidas expuestas, podemos hacernos una idea de lo que significa experimentar en la propia piel un proceso de transformación urbana, tanto desde el punto de vista de los migrantes, de los nuevos residentes que acompañan la reforma urbanística, de los vecinos «de toda la vida» y, en general, de todas aquellas personas que habitan el lugar.

Tal y como he argumentado en varios de mis propios trabajos, la creciente presión que comporta la competición entre metrópolis para atraer inversores globales ha llevado a los técnicos municipales de muchas urbes europeas a adoptar estrategias impulsadas por representaciones fijas, interpretaciones sesgadas y una voluntad de controlar la experiencia que se vive en los centros urbanos regenerados. Sin embargo, el análisis de dichas experiencias locales

pone en primer plano una imagen más desordenada de la vida social: en lugar de una experiencia uniforme, una mirada detallada destacará la falta de coherencia de los espacios urbanos y el complejo entrelazamiento de la diversidad de prácticas espaciales e identidades fracturadas.

Por último, el trabajo de Fernández es una celebración de lo indomable de la vida urbana. Sin idealizar la cotidianidad en la calle d'en Robador, la atractiva prosa de Fernández nos acerca a las historias diarias que dan vida a los efectos que la reestructuración tiene sobre el devenir social en el Raval. Su investigación nos lleva también a preguntarnos si la regeneración urbanística de este barrio podría haberse realizado de otras maneras. O, tal vez, como también se expone en este estudio, la planificación urbanística no es una herramienta tan potente como algunos académicos presuponen para el desarrollo de las barriadas. El excelente trabajo de Fernández ilustra la manera en que los vecindarios despliegan sus propios ritmos y realidades, a veces en coalición, a veces en paralelo, otras veces resistiendo o simplemente haciendo caso omiso de los intentos de control espacial institucional. Tal y como un antiguo residente del Raval me dijo no hace demasiado tiempo en relación con los cambios urbanísticos ocurridos: «A pesar de todo, el Raval resiste».

Barcelona–Londres, 2014

Introducción

Una historia de violencia

Ésta es una investigación sobre la violencia. En concreto, es un estudio sobre lo que podríamos llamar «la violencia del orden», o lo que por ejemplo Žižek llama «violencia objetiva», que es «precisamente la violencia inherente a este estado de cosas *normal*» (Žižek, 2009: 10). Es decir, es la violencia que se encuentra dentro de lo «normal», es la violencia que no se significa como tal. En este sentido, es la violencia invisible. A su vez, el autor esloveno, divide esta violencia en dos. Por un lado la simbólica: en términos parecidos a los que empleó Pierre Bourdieu cuando afirmó que uno de los efectos de la *violencia simbólica* es la transfiguración de las relaciones de dominación y sumisión en relaciones afectivas (Bourdieu, 2000*a*; Bourdieu y Passeron, 2003), Žižek nos dirá que esta violencia «no se da sólo en los obvios —y muy estudiados— casos de provocación y de relaciones de dominación social reproducidas en nuestras formas de discurso habituales: todavía hay una forma más primaria de violencia, que está relacionada con el lenguaje como tal, con su imposición de cierto universo de sentido». Por otro lado, la *sistémica* que define cómo «son las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestros sistemas económico y político» (Žižek, 2009: 10).

Mi interés se ha centrado entonces en comprender cómo actúan estos tipos de violencias en una situación concreta: la llamada reforma urbanística del Raval iniciada *involuntariamente*[1] con los bombardeos de la aviación fascista en 1937 y 1938 y dada casi por finalizada[2] con la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya el 21 de febrero de 2012.

Si ésta era la pregunta inicial, el lugar escogido para explorar las respuestas no podía ser otro que la calle d'en Robador del barrio del Raval de Barcelona. Quizá la calle sobre la cual aún recae el mito del Barrio Chino, la misma donde se han llevado a cabo las más recientes y contundentes intervenciones urbanísticas de los últimos diez años.

Cuando ya llevaba algún tiempo merodeando por la zona y empezaba a definirse el objeto de estudio, advertí algo que guiaría gran parte de mis interrogantes posteriores. Todo el mundo coincidía en un hecho fundamental: las grandes intervenciones urbanísticas en el Raval recibieron su «disparo de salida» a raíz de una «batalla entre narcotraficantes». Esta afirmación aparecía en todos los trabajos consultados que querían datar el inicio de las operaciones (Abella, 2004; Aisa y Vidal, 2006; Alexandre, 2000; Jordà, 2003; Von Heeren, 2002; entre otros). En febrero de 1988, se constituía la empresa público-privada Procivesa, que se iba a encargar de la remodelación de toda Ciutat Vella, distrito al que pertenece el barrio del Raval. Cuando fui ahondando en la cuestión me di cuenta de que, efectivamente, la destrucción de una manzana entera de casas y la expulsión de sus correspondientes familias o locales comerciales se iba a justificar sobre la base de una «batalla por el control de la droga». Como acostumbra a suceder, cuanto más pensaba en ello más inquietud me provocaba. Cada día me resultaba más difícil entender llanamente cómo era posible justificar y ejecutar el arrasamiento de un núcleo de vida, de un lugar donde centenares de personas vivían, trabajaban o gozaban, arguyendo el motivo de una pelea más o menos multitudinaria. El mosqueo aumentó cuando una indagación sobre dicha cuestión me llevó a la conclusión de que la supuesta batalla entre narcotraficantes tenía más que ver con el papel de los medios de comunicación que con lo que había sucedido efectivamente.

Ésta fue la primera y más contundente de las ocasiones en que vi transfigurarse lo que supuestamente era «bueno» para los pobladores del barrio, y los del resto de la ciudad, en dolor, sufrimiento, expulsiones, indemnizaciones miserables y todo tipo de violencias *objetivas* y *subjetivas* contra vecinas, usuarios o trabajadoras de la zona. Quiero a continuación exponer una propuesta epistemológica que recoja esta alteración del *bien* y del *mal*, en lo concerniente a grandes afectaciones de una vida urbana caracterizada por una miserabilización y estigmatización crónicas del territorio sobre el cual se desarrolla.

Sobre los usos del bien

Esta primera intervención del periodo posfranquista me sugirió lo siguiente: si podemos conceptualizar las drásticas intervenciones urbanísticas sobre el Raval —inauguradas con los citados bombardeos de la aviación italiana durante la Guerra Civil— como prácticas justificadas por el bien de la población —por muy adustas que fueran, por mucha violencia que hayan requerido y por mucho dolor que hayan producido—, se puede reconstruir una continuidad que atravesaría el periodo franquista y posfranquista, gobiernos conservadores o progresistas. La continuidad se expresaría en una serie de convergencias relativas a las *culturas de control* aplicadas por parte de los diferentes gobiernos sobre la zona. Éstas responderían a un proceso que

1 Así lo entienden desde el Ayuntamiento de Barcelona. En su página dedicada al barrio del Raval, se refiere a estos bombardeos durante la Guerra Civil como los que «van fer els primers sanejaments urbanístics al sud del Raval». Durante el desarrollo de esta tesis se volverá en dos ocasiones a esta cuestión. Véase «El Raval. El territori i els barris. Districte Municipal de Ciutat Vella», en la web del Ayuntamiento: http://goo.gl/nxMhY [septiembre de 2012].

2 Sólo a título de comentario y avance de lo que explicaré más adelante, hay que tener presente que la actual conversión de las ciudades en factorías de beneficios conlleva que estas intervenciones urbanísticas sobre los llamados «centros históricos» se vuelvan perennes. En este sentido, al parecer existe un plan del consistorio para llevar a cabo lo que Ildefons Cerdà propuso en 1886 como la Gran Vía C y que, en la actualidad, abriría una avenida para enlazar la Ronda de Sant Pau con la Rambla del Raval, precisamente a la altura de la nueva plaza de Vázquez Montalbán, donde está situado el hotel de cuatro estrellas Barceló Raval. Algunos de los motivos que movimientos vecinales del barrio arguyen para fundar esta sospecha se basan en los recientes derribos de fincas situadas entre las calles Riereta y Rambla del Raval, Sant Pacià y Sant Martí.

podríamos sintetizar en tres puntos: primero, la definición del lugar como un espacio de extraterritorialidad; segundo, el diagnóstico de los «problemas» de orden que ello conllevaría; y, tercero, las soluciones propuestas para erradicarlo.

Cabe insistir en que, en términos generales, durante todo el periodo posfranquista, el consenso institucional sobre qué es el Raval y cómo intervenir en él cristalizaría en unas prácticas institucionales y unas intervenciones urbanísticas orientadas al bien de su población y la del resto de Barcelona. Esto pese a que éstas supondrían una de las mayores destrucciones de tejido social consolidado en Europa —y las consecuencias relativas al control social horizontal y a las políticas sociales y económicas que se derivarían—.[3]

Paralelamente a esta más reciente intervención, se erigió una nueva retórica de control bajo el epígrafe del «civismo». Se tratará de un remozado conjunto de disposiciones y de un nuevo marco de fiscalización administrativa que afectarán al uso de la calle. El civismo estaría conceptualizado tanto desde un discurso anclado en la tradición colonialista (De Gaudemar, 1981) como en su utilidad para absorber sobreacumulación de capital y de fuerza de trabajo (Harvey, 2004), tal y como luego se expondrá. Desde este punto de vista, las intervenciones urbanísticas actuales implementarían, en una secuencia histórica, los discursos tradicionales de las prácticas de control

3 La arquitecta Stefanie von Heeren denunciará que «la malversación de fondos públicos de la Unión Europea, junto con la especulación inmobiliaria que va a la par con las expropiaciones a gran escala favorecen la destrucción incontrolada de muchos barrios del centro histórico» (2002: 66). Definirá las intervenciones en Santa Caterina como las de «la destrucción de un barrio» (2002: 88). Por último, se preguntará también si «las obras realmente significan una mejora o han tenido más bien un efecto destructor sobre la estructura urbana» (2002: 13). Por otro lado, la geógrafa Mercè Tatjer (2000) afirmaba que «en Ciutat Vella se derribaron 262.000 m^2 de techo correspondientes a 3.400 viviendas y 600 locales» —sirva como dato comparativo que los bombardeos del Raval se saldaron con la destrucción de 1500 viviendas—. Hay que tener en cuenta que en el 2000 aún no se había iniciado la última de las grandes intervenciones sobre el Raval, la llamada «operación Illa Robador». Ésta comportó el derrumbe de 450 viviendas y 93 locales comerciales (Coordinadora, 2004: 99). Para hacerse una idea de la proporción de la destrucción de tradicionales enclaves de población trabajadora, cabe tener en cuenta que el Raval y Santa Caterina fueron los dos barrios de Ciutat Vella donde se realizaron la mayoría de las intervenciones por parte de Procivesa (2002).

justificadas por la misericordia, el higienismo, el urbanismo junto con el *civismo* y el *progreso* —entendido este último en su versión más reciente, según la cual «hay que situar Barcelona en el mercado de las ciudades globales»—.[4]

Gran parte del barrio del Raval ha sido desde sus orígenes —y es aún hoy— expresión de vida urbana o, en términos de Milton Santos (1986), sede de multiplicidades humanas y, por lo tanto, lugar de procesos de subjetivación diversos, espacio de actos imprevisibles en el cual la colisión social es constitutiva. Esta colisión constitutiva quisiera ser neutralizada por las instituciones al cargo, basándose en esta reflexión utilitaria sobre el bien. Esta reflexión permitiría las medidas necesarias para vigilar, controlar, reprimir o expulsar a la población.

Una propuesta epistemológica del bien, relativa a las incisiones sobre lo urbano, destaca precisamente por el alto nivel de consenso institucional que reclama y expresa. Esta utilización del bien serviría a las sucesivas estrategias de control social e iría dirigida a justificar su propia existencia, así como las formas que adopte, por muy ásperas que puedan resultar para los habitantes afectados. Su objetivo principal sería extender el bien disolviendo el mal. En este sentido, las fórmulas retóricas institucionales que preceden a las intrusiones sobre lo urbano serían las del recogimiento y la misericordia, la higienización, la salubridad o el esponjamiento, la mejora del barrio, su rehabilitación o su recuperación.

En nombre del bien, pues, se demolerán zonas abigarradas, dando lugar en algunos casos a espacios vacíos que faciliten la transparencia y gobernabilidad del lugar. En otros casos, se construirán nuevas fincas para uso de algunos expropiados, nuevos residentes y usuarios. Igualmente, se perseguirá, reprimirá o confinará a sujetos indeseables que, de una manera u otra, cuestionen el orden público consensuado desde una perspectiva ciudadanista e impuesta por imperativo legal (Domínguez Sánchez, 2007).

Una aproximación a la epistemología del bien es directamente deudora de la genealogía de la moral de Friedrich Nietzsche. Uno de los primeros autores en hacerlo notar fue Georges Bataille. Éste, a propósito de Nietzsche, señala: «Más que ser el filósofo de la voluntad de poder, es el filósofo del mal o, dicho

4 A título de ejemplo, en ese momento el alcalde Pasqual Maragall utilizaba las expresiones siguientes con las que se proclamaba que Barcelona debía ser «una ciudad competitiva», que

de otro modo, del odio al bien. Su odio al bien está justificado por él como la condición misma de la libertad. Es decir, lo que está proponiendo es el mal como objeto de una refinada búsqueda moral: y es que el mal es lo contrario de la coerción, la cual, en principio, se ejerce con vistas a un bien. El mal no es, sin duda, lo que una hipócrita serie de malentendidos han querido hacer». (Bataille, 1979: 17).

En este sentido, una epistemología del bien que serviría a las diferentes culturas de control vendría a establecer unos criterios de distinción entre lo que es verdadero o falso con relación al bien, a partir de su utilidad para llevar a cabo efectivamente las sucesivas intervenciones urbanísticas —y sobre lo urbano— en el Raval. Esta epistemología reclamaría dos usos: el primero sería la intervención contra los *desertores urbanos*[5] en la medida que son definidos como manifestación viva del mal. Y un segundo uso ante éste sería el que concibe la destrucción de patrimonio habitacional, arquitectónico y cultural como creativa (Sánchez de Juan, 2000) y, así, manifestación del bien.

Esta reflexión va a cruzar todo el desarrollo de la tesis que aquí se expone. En el barrio del Raval de Barcelona y desde sus orígenes hasta nuestros días, se habrían cometido todo tipo de tropelías por parte de las instituciones gobernativas al abrigo del *bien.* Expondré ahora sucintamente cómo he estructurado este texto para dar cuenta, ilustrar y contrastar esta afirmación.

En función de estas premisas, el texto está estructurado en dos grandes bloques, uno historiográfico y otro etnográfico. En el primer capítulo propongo una nueva definición del tradicional marco historiográfico sobre la zona, muy ligado a la idea según la cual el Raval ha sido tanto un espacio al

debía «entrar en el mercado de Ciudades globales» o que se hacía necesario «vender el producto Barcelona». Se publicaban en prensa con el título: «Barcelona: una ciudad más competitiva. Cómo optimizar la suspensión de potencialidades», *El País*, 28 de abril de 1993.

5 La noción de «deserciones obreras» será posteriormente desarrollada. De momento, sólo a título orientativo, hay que decir que se trata de una expresión acuñada por De Gaudemar como parte de la citada metáfora bélica general. Con esta metáfora se quiere interpretar, entre otras cuestiones, las resistencias de trabajadores, o niños, a negarse a las tácticas disciplinantes, ya sea de la fábrica o de la escuela. A partir de los trabajos de López Sánchez, también podemos aplicar este arquetipo a la población urbana renuente a ciertas fiscalizaciones del espacio público. Véanse De Gaudemar (1981) y López Sánchez (1993*a*).

margen (Aisa y Vidal, 2006) como un barrio servidor (Artigues Vidal, Mas Palahí y Suñol Ferrer, 1980) de la ciudad. Lo he titulado «Aproximación historiográfica. Misericordia, higienismo, urbanismo y civismo, como culturas de control en el barrio del Raval de Barcelona». Desde el punto de vista propuesto, se puede entender el barrio del Raval como espacio especializado en el desarrollo y la aplicación de culturas de control sobre población obrera y descapitalizada. Lo que aquí se expone pretende mostrar una continuidad y una convergencia de los diferentes agentes gubernamentales en las medidas urbanísticas, policiales o sociales aplicadas sobre la zona. En la parte final de este capítulo, se apuntan las nuevas técnicas de control urbano que anuncian el siguiente.

El segundo gran bloque retrata, mediante una etnografía crítica de la calle d'en Robador, cuatro cuestiones: su vida urbana, las alteraciones urbanísticas sufridas en la zona, las prácticas no institucionales protagonizadas por sus practicantes para procurarse la subsistencia y la intensa fiscalización que sobre esta población y estas prácticas llevan a cabo los cuerpos de seguridad del Estado.

Para finalizar, propongo unas conclusiones alrededor de los elementos que he descubierto y que sirven de contraste a la tesis aquí expuesta. Aquí quiero establecer los valiosos aprendizajes de una etnografía crítica sobre un territorio tan concreto y tan estigmatizado. Resumiendo, lo que expongo son los resultados que he obtenido como consecuencia de conseguir *cazar* el mito del Barrio Chino y la sistemática voluntad de redimirlo, de hacerlo desaparecer, de matarlo.

Barcelona como ejemplo del urbanismo de control

Barcelona ha ocupado un papel preponderante en la difusión del desarrollo urbanístico. Es conocido mundialmente el papel del ingeniero militar Ildefons Cerdà, a quien se encargará la reforma y ensanche de la ciudad. Éste llevará a cabo su propuesta asumiendo, con una fe indeleble en el progreso, la razón y el capitalismo y suscribiendo los principios básicos de Haussmann (Grau, 2009; Magrinyà Torner, 1990).

Precisamente es a Cerdà al que se atribuye el primer intento de aclaración de esta «ciencia de la ciudad». En su *Teoría general de la urbanización* ensayará una definición. Lo que pretende el ingeniero es establecer elementos comunes a todas las ciudades y crear una *ciencia* que propiciase entornos satisfactorios para sus habitantes:

> *Iniciaré al lector en el estudio de una materia completamente nueva, inédita, virgen. Como todo es nuevo, he debido investigar e inventar palabras nuevas para describir ideas cuya explicación no podrá encontrarse en ningún léxico. Ante la alternativa de inventar una palabra o dejar de escribir, he preferido inventar y escribir en vez de guardar silencio.*[1]

1 Véase Cerdà (1971 [1867]: 81).

Pues bien, esta nueva ciencia de la ciudad ganó adeptos rápidamente hasta el punto de que revolucionó las grandes ciudades europeas y sus periferias. Desde sus inicios hasta mediados del siglo XIX el urbanismo fue erigiéndose como disciplina del progreso y la civilización. Y ha llegado a nuestros días como una ciencia exacta del espacio, como sinónimo de cierta representación de orden en el caos en el que se presuponen sumidas las grandes urbes (Magri y Topalov, 1987).

En este punto emerge la preeminencia de la dimensión de control del urbanismo. En Barcelona, los primeros protourbanistas eran, entre otras cosas, ingenieros militares, como el mismo Cerdà. Se sabe que el ensanche y reforma de Barcelona fue una de las mayores transformaciones de ciudades europeas de la época (Magrinyà Torner, 1990). Es por ello que cabe recordar la relación entre Cerdà y Haussmann. La influencia de este último resultó decisiva en la concepción cerdaniana del ensanche y reforma de la metrópoli. De hecho, el mismo Cerdà se refiere explícitamente a la experiencia de Haussmann en París cuando analiza la Reforma Interior en la *Teoría de la viabilidad urbana*, de 1861. Hasta tal punto se afianzó su relación que Haussmann le propuso trabajar para él (Magrinyà Torner, 1990: 10). Cerdà recogió del plan de París la amplitud de las calles que debían superar los veinte metros, hecho que facilitaba la calma y el orden puesto que en vías tan anchas era imposible erigir barricadas, se facilitaba el acceso a las tropas militares y, por lo tanto, el control rápido y fácil de la ciudad ante la posibilidad de nuevas insurgencias urbanas (Magrinyà Torner, 1990).

Un discípulo directo de Haussmann y encargado de llevar a cabo la Reforma Interior de Barcelona que Cerdà no pudo ver en vida, Jaussely, dejará aún más claro los objetivos de sus intervenciones:

> *Haremos una gran ciudad ideal, la ciudad industrial de nuestros sueños. Haremos una ciudad donde pueda explotar la nueva civilización de las democracias. Haremos científicamente los barrios obreros, para que puedan vivir con comodidad las multitudes disciplinadas.*[2]

2 Véase Jaussely citado por Pijoan (1905).

En este sentido, la actitud de prevenir y poder controlar las explosiones de violencia en las ciudades eran efectivamente contempladas por el ingeniero militar barcelonés encargado de la reforma y ensanche:

> *Cerdà, a diferencia de sus contemporáneos Marx y Engels, no piensa en la revolución como mecanismo histórico positivo. Al contrario, todo su esfuerzo por introducir fórmulas hábiles de transición va en el sentido de evitar la subversión violenta del orden social, que considera innecesario para el progreso. [Para Cerdà] Las puertas del futuro no se abren con la llave de la revolución, sino con el miedo a la revolución.*[3]

Como recordaré en el siguiente capítulo, cabe tener presente que los investigadores que han estudiado al encargado de la reforma y ensanche de Barcelona destacarán que, para comprender sus metas y deseos, es necesario «recuperar el espíritu de un capitalismo en expansión suficientemente inteligente para autocorregirse y evitar la revolución de los oprimidos» (Grau, 2009: 51).

De hecho, entre otras muchas coincidencias entre los proyectos de Haussmann en París, Cerdà en Barcelona o de Carlos III para Madrid están las que son pertinentes para el propósito de este desarrollo teórico, es decir, aquellas según las cuales las políticas urbanísticas pretenden que la «ciudad sea indefendible por sus habitantes» (Fraile, 2003: 181).

Serán los arquitectos del GATCPAC (Grup d'Arquitectes i Tècnics Catalans pel Progrés de l'Arquitectura Contemporània) los que recojan el testigo de Haussmann y, a su vez, sean los precursores del cacareado «modelo Barcelona». En el primer tercio del siglo XX, el arquitecto Le Corbusier implementará la función del urbanismo con su conocida máxima «Arquitectura o revolución: la revolución puede evitarse». Según sus planes, la arquitectura acabaría por transformar la sociedad y sus ciudades sin necesidad de una revolución económica ni política:

> *La sociedad está llena de un violento deseo de algo que quizás obtenga o quizás no. Todo radica en eso; todo depende del esfuerzo realizado y de la*

3 Véase Grau y López (1988*b*: 181-191).

atención prestada a estos síntomas alarmantes. Arquitectura o revolución. La revolución puede evitarse.[4]

Nos (re)encontramos entonces con la siguiente paradoja ya anunciada en páginas precedentes: para evitar la citada revolución de los oprimidos debe llevarse a cabo una revolución desde arriba. Aquí puede hallarse el primero de los elementos de lo que debía significar el urbanismo y, sobre todo, a qué revolución se refería. Ahora resulta más claro que se trataba de manera fundamental de diseñar la ciudad para evitar la revolución, produciendo y concentrando riqueza así como segregando la metrópoli para usos y clases sociales distintas. Por otro lado, la sectorización urbanística establecía lugares para el trabajo, para la habitación y para el descanso o el ocio. La idea de separar población y usos no sólo se contemplaba como la más eficiente y racional sino que, además, de forma voluntaria o no, se leía como un elemento clave para el desarrollo del capitalismo. Así, en el primer tercio del siglo XX, los más pródigos urbanistas diseñaban tanto residencias para las *masas obreras* como sus lugares de descanso, establecidos, claro está, a distancia prudencial de los sectores propietarios y dirigentes. Éstos fueron, por ejemplo, los planes de los arquitectos progresistas catalanes del GATCPAC y sus proyectos «Ciutat de Repòs i de Vacances» o «La Casa Bloc», pensados expresamente para las clases laboriosas.

De hecho, todos estos planes dejan entrever que el urbanismo, imbuido desde su nacimiento de los presupuestos positivistas, permitía convencerse de que su intervención afectaría de una manera muy concreta —y no de otra— a la vida de las masas de población urbana. Las reflexiones de Le Corbusier a propósito de cómo debe segregarse la ciudad resultan más elocuentes todavía. Ésta debe ser una manifestación de la estructura social, jerarquizada y separada de forma funcional. Para quien muchos consideran decano del urbanismo progresista, los centros de las grandes metrópolis tenían que ser demolidos y reconstruidos posteriormente:

> *Pienso, pues, con toda frialdad, que hay que llegar a la idea de demoler el centro de las grandes ciudades y reconstruirlo, y hay que suprimir el cinturón piojoso de los arrabales, trasladar éstos más lejos y, en su lugar, construir poco a poco una zona de protección libre que, en su día, dará una libertad perfecta de movimientos y permitirá constituir a bajo precio un capital cuyo valor se duplicará y hasta se centuplicará.*[5]

El entusiasmo por dividir y segregar se concretará en sus trabajos, digamos, teóricos. Una segregación clasista que pretende ser, ante todo, funcional:

> *Clasifiquemos tres clases de población: los que habitan la ciudad [los que tienen el poder, los dirigentes]; los trabajadores cuya vida se desarrolla por mitades en el centro y en las ciudades jardín [los auxiliares, hasta los más modestos, cuya presencia es necesaria a hora fija en el centro de la ciudad, pero cuyo limitado destino tiende simplemente a la organización familiar] y las masas obreras que distribuyen su jornada entre las fábricas de los suburbios y las ciudades jardín. Admitamos, pues, medio millón de habitantes urbanos (en el cinturón del centro) y dos millones y medio en las ciudades jardín.*[6]

Ésta es la propuesta de Le Corbusier, asesor del elogiado GATCPAC para su plan Nova Barcelona; un ejemplo contundente de las pretensiones de alto alcance que el urbanismo haya contemplado como realizables.[7] Estos principios han formado parte de la mayoría de los grandes modelos de intervención urbanística hasta nuestros días. Urbanistas como Arturo Soria; proyectos como la ciudad lineal, la ciudad radial o la ciudad jardín; arquitectos como Le Corbusier y grupos como el GACTPAC; y también, en los momentos de la Barcelona olímpica y postolímpica, abanderados de la «reconstrucción de Barcelona» como Oriol Bohigas;[8] todos ellos han contemplado el urbanismo como un instrumento científico, neutro e incuestionablemente al servicio del gobierno de la ciudad. Siendo éste el objetivo común, las estrategias

4 Véase Le Corbusier (1978 [1923]: 243).

5 Véase Le Corbusier (1962: 59).

6 *Ibídem*, p. 101.

7 En el siguiente capítulo, de carácter historiográfico, dedico un apartado a la crítica de las propuestas de este grupo de arquitectos catalanes que se concretaron en lo que se conocería como plan «Nova Barcelona» o «Pla Macià».

8 Este último fue el arquitecto y consejero urbanístico del Ayuntamiento de Barcelona en la época preparatoria de los Juegos Olímpicos de Barcelona en el año 1992.

han diferido, aunque en el enclave del que se ocupa esta tesis —el barrio del Raval de Barcelona— nunca hayan dejado de aplicarse grandes destrucciones de patrimonio habitacional y numerosas, y a menudo dolorosas, expropiaciones masivas de dicho patrimonio.[9]

9 En el siguiente capítulo, de carácter historiográfico, gloso las intervenciones urbanísticas que ha sufrido el Raval desde el año 1937, con los bombardeos de la aviación fascista, hasta el año 2011, en que se declara el núcleo del barrio, concretamente las calles d'en Robador y Sant Ramon, como Área de Conservación y Rehabilitación. Como tantas otras endemoniadas paradojas del urbanismo, este programa contempla derribos o expropiaciones de viviendas.

Misericordia, higienismo, urbanismo y civismo

Aproximación historiográfica a las culturas de control en el barrio del Raval de Barcelona

Las siguientes páginas son el resultado de un trabajo historiográfico y teórico sobre la aplicación de culturas de control en el barrio del Raval de Barcelona, desde su urbanización a partir del siglo XVIII hasta nuestros días. Con este estudio histórico y geográfico de la ciudad, establezco una cronología en la tendencia a vigilar a la población urbana, que traspasa modelos sociales industriales y postindustriales.[1]

Por «culturas de control» (Garland, 2005) se entienden las prácticas y los mecanismos institucionales destinados a la fiscalización de la población. En este sentido, este capítulo contiene dos guías argumentativas: por un lado, la premisa ya anunciada al inicio de estas páginas según la cual estas culturas de control y fiscalización de los habitantes del Raval se ha llevado a cabo buscando *su bienestar*, aunque esto haya comportado la represión, encierro y expulsión de parte de sus habitantes, así como la destrucción de calles, viviendas y plazas. Esta «destrucción creadora» (Sánchez de Juan, 2000) ha comportado, además, la desaparición de la memoria colectiva del barrio, así como de su cultura, sus formas de pensar y actuar, y las diferentes

1 Véase Fraile (2005: 145).

estrategias para enfrentarse a la contingencia, procurarse la subsistencia, el asueto o el ocio.

A partir de estas dos tesis y de las diversas subtesis que se desprenden (y que se desarrollarán a lo largo de este capítulo), se interpretará mejor lo que aquí se propone. El trabajo historiográfico está dividido en cuatro apartados. Se trata de una cronología con tres episodios, sobre la base de los cambios y perfeccionamientos de estrategias de control social sobre el Raval. Estos tres apartados están complementados por uno de carácter sincrónico sobre algunos acontecimientos que se presuponen determinantemente influyentes para el objeto de estudio señalado.

Así, la sección inicial, *La urbanización del Raval como escenario y resultado de la confrontación antagonista,* se ocuparía de las originales instituciones empleadas en gestionar el aumento de población pobre a partir del siglo XVII. Estaríamos hablando de la retahíla de centros asistenciales, caritativos y represivos, convocados alrededor de la Casa de la Misericòrdia. Éstos se ocuparían de la expulsión de esta población de las calles, de su encierro, así como del aprovechamiento de su fuerza de trabajo.

En este apartado, se explican también los efectos de la conversión de un barrio de huertos y conventos en uno de fábricas. La congregación de población obrera en él y los conflictos derivados de los antagonismos entre patronos y obreros tendrán allí un escenario privilegiado.

La siguiente sección, *De la Ciutat Vella al Eixample*, es sincrónica y trata de la producción de *dos ciudades* como motivo y resultado de dicho conflicto, a partir de la planificación y construcción del Eixample, como ciudad burguesa, y del casco antiguo como ciudad obrera. Los barrios antiguos con cierta heterogeneidad darán paso, paulatinamente, a la representación territorializada de la polaridad social, concentrándose las clases trabajadoras en la *ciudad vieja* y propietarios y administradores en la *ciudad nueva.*

Así llegamos al apartado titulado *La legalidad violenta: Los sueños de la «república del orden» frente a las pesadillas del Barrio Chino.* El papel del Barrio Chino y toda la literatura demonizante que lo caracteriza, se encontrará en el corazón de las posteriores intervenciones urbanísticas sobre el Raval. Entender cómo se configura la retórica del «infierno en la tierra» que serviría para justificar todo grado de afectaciones —algunas de ellas especialmente contundentes— será clave a la hora de sentar las bases de lo que aquí se expone.

A continuación, bajo el título *El Posfranquismo: hacia la «renovación de personas» en el Raval,* analizo las intervenciones realizadas en el nuevo marco democrático, después de cuarenta años de dictadura. Lo relevante de esta aproximación será la identificación de una continuidad entre las propuestas de uno y otro periodo. Se problematizará la supuesta ruptura que debía significar la nueva etapa democrática en el tratamiento público del Raval.

Esta sección finaliza con una reflexión —premonitoria del siguiente capítulo etnográfico— a propósito de las más recientes estrategias de control urbano sobre el barrio. Se trata de la participación ciudadana, el patriotismo de ciudad y el civismo, entendidos nuevamente como perfeccionamiento de los instrumentos de control social del Raval. Para acabar, propondré una interpretación de la destrucción, no sólo de patrimonio arquitectónico, sino también cultural, política y económica como parte de un proceso de aculturación sobre la población del Raval.

La urbanización del Raval
como escenario y resultado de la confrontación antagonista

Algunas de las calles del Raval aún siguen siendo escenario de vida urbana, es decir, espacios de vida social. Lo «urbano» es lo que de humano sucede en la ciudad, al margen, en coalición, o, por momentos, a pesar o en contra de las transformaciones urbanísticas.

El barrio del Raval de Barcelona recibe su nombre precisamente de la zona que circundaba la muralla. Se trataba de un territorio de huertos, salpicado por un importante número de centros religiosos, asistenciales, caritativos y represivos.

El ámbito de estudio resulta un ejemplo inigualable para la exploración de las dialécticas entre espacio urbano e intervenciones urbanísticas. Su morfología física, cultural, política y económica conforman un paradigma de cómo las ideas y las acciones sobre el tejido urbano y su población cristalizan la abstracción a la que llamamos «sociedad».

Para reseguir estas transformaciones se requiere ampliar la escala temporal y territorial. En este sentido, en las siguientes páginas se propondrá un hilo histórico que se inicia en el siglo XVII y que finalizará con las intervenciones más recientes. El límite territorial se irá ampliando, según convenga, al resto de la antigua ciudad amurallada o al Eixample con la intención de

reconocer la lógica que irá constituyendo el Raval. En otras palabras, este cambio de escala geográfica y temporal debe ser útil para comprender algunas de las *condiciones de posibilidad* que han convergido en dar forma al barrio actual.

Tal y como afirman diversos historiadores de la ciudad (Amades, 1934; Fabre y Huertas Clavería, 1976; Huertas Clavería, 1979; Villar, 1996), desde la constitución del Raval, al otro lado de la muralla que se alzaba en la actual Rambla, éste siempre ha sido un barrio al margen (Aisa y Vidal, 2006) y, al mismo tiempo, servidor de la ciudad (Artigues Vidal y otros, 1980). Los huertos y los primitivos centros asistenciales o religiosos eran los elementos característicos de su paisaje. Los primeros proveían de alimentos a la ciudad y los segundos recogían y controlaban a la población que se consideraba problemática, ya fuese por ser portadora de alguna enfermedad —«física o moral»— o por haber cometido algún delito o falta.

En las páginas siguientes, nos centraremos en lo que autores como Pedro Fraile (2005) han identificado como las dos funciones más importantes que han determinado —de manera parecida en la mayoría de ciudades modernas europeas— el diseño de Barcelona: el control y la vigilancia de la población depauperada por un lado y, por el otro, la adecuación de la urbe a las necesidades de la circulación de capital.

En las páginas sucesivas me ocuparé de la primera. Se trata de los cambios relativos a la función del Raval desde prácticamente su constitución, como territorio para el control y gestión de la pobreza: es decir, la concentración, vigilancia y represión de la población definida como problemática para el resto de los habitantes.

La zona que actualmente se conoce como el Raval de Barcelona fue una de las primeras barriadas industriales y obreras de Europa. Partiendo de esta premisa, describir el barrio como escenario y resultado de la confrontación es pertinente en tanto que, *en* sus calles y *contra* sus calles, se han sucedido, desde principios del siglo XIX hasta prácticamente nuestros días, enfrentamientos civiles entre las autoridades gobernativas y trabajadores, trabajadoras, usuarios o habitantes, que parecían incomodar a lo que se esperaba que fuese el nuevo orden político, económico y cultural burgués (López Sánchez, 1993*a*).

Además de los enfrentamientos, que podríamos llamar «físicos»,[2] el Raval ha sido testigo de luchas simbólicas antagonistas entre grupos capitalizados y descapitalizados (López Sánchez, 1986). Aunque la disputa directa por el territorio, por el suelo, ha discurrido con diversas intensidades que este texto secuenciará, ha sido a partir de los últimos años del siglo XX, y con especial ahínco en los primeros del presente, cuando la confrontación ha adoptado unas estrategias que han llevado a cabo lo que en otros periodos sólo se había planteado: arrasar con parte importante del patrimonio arquitectónico (Alexandre, 2000; Teixidor Mallarach, 1999), cultural (Benet i Jornet, 2000; Tabakman, 2001; Lahuerta y Serrats, 2005; Sargatal Bataller, 2009; Benach y Tello, 2004; Nofre, 2010), social y económico (Capel, 2005; Magrinyà y Maza, 2005; Maza, McDonogh y Pujadas, 2002; Pedraforca, 2004).

Estas nuevas estrategias tienen como único precedente los citados bombardeos del barrio de Drassanes de los años 1937 y 1938. Y, como consecuencia directa o indirecta, el barrido prácticamente completo de la memoria y, por tanto, de los elementos de referencia de las luchas por el trabajo y el techo que allí acaecieron.

Primeras respuestas al problema de la gestión de pobres en la ciudad: la Casa de la Misericòrdia

La urbanización del Raval data del siglo XVIII, cuando algunos de sus primeros habitantes —procedentes del sector demolido por la construcción de la Ciutadella a manos del ejército borbónico después de la derrota de 1714 tras la Guerra de Sucesión— se instalaron en la calle d'en Robador (Fabre y Huertas Clavería, 1976: 295).

Más allá de las murallas situadas sobre la riera que, una vez cubierta, se convertiría en el famoso paseo de la Rambla; entre el puerto, la colina de Montjuïc y el inicio de la planicie que se extendía hasta los pueblos de

2 Durante las primeras dos décadas del siglo XX, los enfrentamientos entre policías, hombres a sueldo de la patronal y obreros alcanzaron tal magnitud que la historiografía local nombra este periodo como el del «pistolerismo» y pueden considerarse un ensayo de guerra civil. Esta cuestión será tratada en el apartado «Ensayar la Guerra Civil» (León-Ignacio, 1981).

Gràcia o Sarrià, se establecieron órdenes religiosas, conventos e iglesias, alrededor de las cuales se irían instalando nuevos pobladores, al tiempo que algunos de estos centros «recogían» a personas pobres o disolutas. Estas instituciones religiosas serán las que dotarán de nombre a cada uno de los territorios en los que se irá cuarteando la zona: así, tomarán forma los barrios de Betlem, del Carme, del Pedró, de Sant Pau, Natzaret, Jerusalem o Drassanes, entre otros. Este último recibirá su nombre por la proximidad a las atarazanas reales, situadas allí desde finales del siglo XIII.

La muralla —cuyo trazado se convertiría en la Rambla— se conservó hasta el año 1774, y se mantuvo una tercera, que existía desde 1389 y que se extendía por lo que actualmente conocemos como Ronda de Sant Antoni, Ronda de Sant Pau y Paral·lel. Pues bien, este nuevo recinto dio cobijo a más de una treintena de casas monásticas diferentes; la primera, Sant Pau del Camp, desde el año 914, y la última, el Col·legi del Sant Àngel Màrtir, en 1785; un número considerable en comparación con las ocho del barrio de Sant Pere o las doce del resto de la ciudad amurallada. Las desamortizaciones y las algaradas anticlericales (epifánicamente unidas en las últimas)[3] fueron algunas de las causas más importantes de su paulatina desaparición o su traslado extramuros (Fabre y Huertas Clavería, 1976: 281).

De todos los centros, el más interesante para este estudio es el convento de Montalegre. Éste fue fundado en 1362 por unas monjas agustinas, cuya orden fue disuelta en 1593. En 1743 se convirtió en seminario y, en 1802, empieza a funcionar como Casa de Caritat (Fabre y Huertas Clavería, 1976). En la calle con el mismo nombre del antiguo convento, se fundará la Reial Casa d'Hospici i Refugi, que dependía de una sola administración, la de la Casa de la Misericòrdia, situada en la calle Elisabets.

3 Sólo a modo de apunte, cabe tener en cuenta la relación entre iconoclastia y secularización que varios autores han destacado. Especialmente clarificador es el texto de William Christian (1976) donde concluye que «la voluntad de suprimir […] los usos sacramentales del espacio público […] es la culminación de un proceso iniciado en el siglo XVI que todavía está allá donde la religiosidad sacramental y basada en la eficacia simbólica continúa obstruyendo no sólo los intentos de reforma encarnados por las corrientes protestantes, sino también los esfuerzos de la propia Iglesia católica por redimir una exterioridad ritual de la que su teología abomina. Ese proceso no es otro que el de modernización-secularización, que ha sido también un proceso de politización». Véase también Delgado (2001*b*).

La Casa de la Caritat se convertiría en el eje de la trama asistencial de la ciudad. Las casas de misericordia eran instituciones típicas de la edad moderna europea que surgieron estructuradas sobre dos pilares fundamentales: por un lado, la reclusión de todos los pobres y, por el otro, el combate contra la «ociosidad y la vagancia» mediante el trabajo.

> *La gran capacitat assistencial, la distribució espacial dels acollits segons la seva condició, estat físic i psíquic, edat i sexe, com també l'organització de les distintes tasques productives —especialment, en el ram tèxtil— que es duien a terme en el seu si són el reflex més fidel que aquestes institucions estaven dissenyades per ratificar, en la pràctica, la consigna que llançaren a final de segle* XVI *la majoria de governs d'Europa sota el lema de «recolliment general de pobres».*[4]

El énfasis se ponía en la reclusión de todos los vagabundos, los pedigüeños y, en general, de todo aquel que viviera en la calle o de la calle. Debido al fuerte crecimiento demográfico que empezaban a experimentar las ciudades, estos centros aparecieron por una nueva necesidad de control de la población disoluta y pobre y de la idea de que solamente el trabajo podía «combatre i extirpar l'ociosidad, la vagància i el vici, de manera que cadascun dels acollits havia de guanyar-se […] el seu manteniment» (Carbonell i Esteller, 1986: 38).

En España, las teorizaciones de Miguel Giginta a finales del siglo XVI destacaron la importancia del trabajo en las casas de misericordia. Según el geógrafo Pedro Fraile, las tesis de Giginta, que ya entonces diseñó un sistema espacial y disciplinar (Fraile, 2005: 17-19), preceden al panóptico de Jeremy Bentham. Se encerraba a la población considerada licenciosa en las casas de misericordia y se les forzaba a trabajar. De hecho, la idea debió de resultar tan provechosa que, en el siglo XVIII se planteará la utilidad de convertir los hospicios en fábricas.

La acción institucional intentaba hacer frente al problema público que empezó a significar la pobreza urbana:

4 Véase Carbonell i Esteller (1986: 38-43).

> *Las ciudades se llenaban de una variopinta muchedumbre en la que se mezclaban enfermos, tullidos, desheredados y también campesinos empobrecidos o delincuentes, que temporalmente fingían invalidez o locura para recabar alguna limosna o escamotearse. […] La perentoria necesidad de poner orden en tal desbarajuste supuso, por un lado, una intensificación del debate sobre la pobreza o el trabajo y, por otro, el recogimiento en instituciones, más o menos especializadas, de una buena parte de estos individuos. En esos lugares se intentaban cosas tan distintas como curar, salvar el alma o crear hábitos de trabajo y, precisamente por eso, fueron un laboratorio de incalculable valor para llegar a formulaciones sobre lo espacial o lo disciplinar.*[5]

Este tipo de centros, entonces, debían «recoger», según las ordenanzas del Consell de Cent (la autoridad consistorial barcelonesa de la época), tanto a «verdaderos como a falsos pobres», en definitiva, a una constelación amplísima de gente compuesta por viejos decrépitos, enfermos físicos o mentales, huérfanos, desamparados, viudas, estudiantes pobres, prostitutas, vagabundos, es decir, a toda persona que vagase por la ciudad sin ocupación precisa. Y se reclutaban de dos maneras: por un lado, se recogía a todos aquellos que eran designados e identificados como elementos del todo indeseables socialmente. Éstos eran recluidos por las autoridades civiles, con la finalidad de salvaguardar el orden social (Fraile, 2005: 39), para procurar oficialmente la «mejora» y el «bienestar» de estas personas y, por derivación, el bien y el confort para el resto de la sociedad. Otra importante fuente de alistamiento era representado por las familias que recluían a sus propios miembros si habían ofendido, de alguna manera, a la parentela.[6]

Los recogimientos generales parece que se llevaban a cabo con un interés muy determinado, sobre todo durante el último tercio del siglo XVIII, a partir

5 Véase Fraile (2005: 15).

6 En esta época, también nos encontramos con ejercicios de resistencia y solidaridad frente a estas requisas humanas que volveremos a hallar durante las posteriores centurias. Al parecer, los pobres y otra gente de la ciudad se enfrentaban a los agentes que intentaban llevar al redil a quien fuera persona compañera, vecina o conocida (Fraile, 2005).

de una modificación de la ley borbónica. Se trataba de explotar las capacidades productivas de los indigentes. Esto explicaría el hecho de que fuera este contingente humano el que más efectivos suministró a la Armada, la Marina y las obras públicas de la ciudad.

En Barcelona, el aumento de población al que antes se ha hecho referencia resulta especialmente significativo durante los primeros años del siglo XIX. En 1854 se derriban las murallas y, en 1860, se alcanza una cifra de pobladores algo por debajo de los 200.000 habitantes. Serán los preparativos para la primera gran Exposición Internacional de Barcelona en 1888 los que provocarán que, años antes, en 1872, se llegue a la cifra de 272.000 habitantes (Fraile, 2011: 55; Requena, 2001: 5).

Debemos buscar los antecedentes de estos importantes cambios demográficos en el siglo XVI. Las transformaciones económicas que se empezaban a producir en el primer capitalismo se añadieron a la multiplicación de pobres: primero indujeron a una reducción de los salarios, que fue la premisa para que se diera una inflación de los beneficios, que hizo posible la acumulación y expansión posteriores. También ayudó que se desvinculara al campesinado de la tierra, propiciando su movilidad para poder disponer de esta mano de obra donde fuera necesaria. Éste sería el inicio de los procesos de asalarización masivos iniciados en siglo XVII (Polanyi, 1989).

La agricultura ya no podía controlar el crecimiento demográfico. Según Fraile, las revueltas urbanas pasaron de una cada dos años a cuatro o cinco anuales, entre mediados y finales del siglo XVI. En esa época, en el marco de una crisis alimentaria, de comercio y de capitales, las ventas de productos industriales se contraerán de manera espectacular, de forma que la ciudad no sólo no podrá absorber el masivo aumento de mano de obra, sino que restringirá los niveles de ocupación:

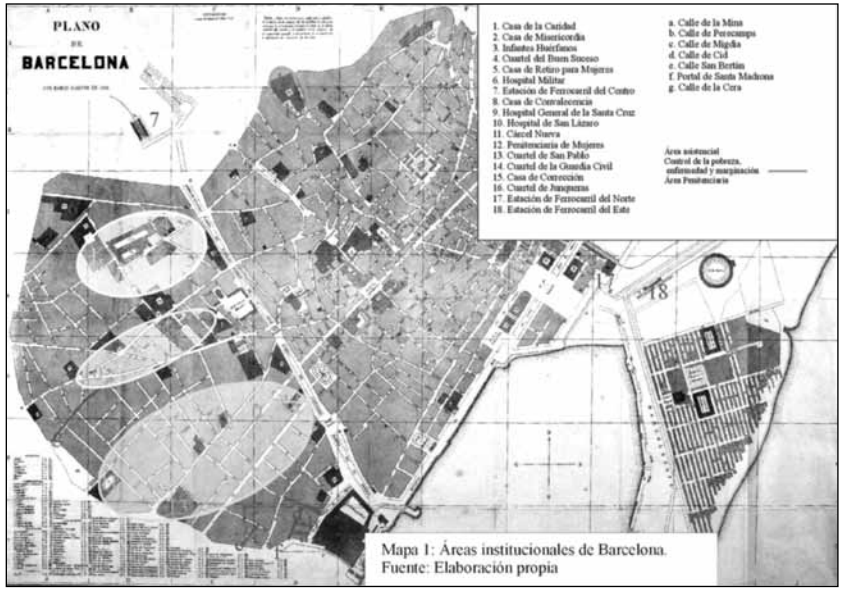
> *La confluencia de [estas] circunstancias así como la relativa novedad del fenómeno hicieron que la década de los años veinte [del siglo XVI] fuese crucial en la redefinición de las estrategias de control social de recogimiento y encauzamiento de la pobreza, más aún cuando ese impreciso concepto iba con frecuencia unido a los de ociosidad, pestilencia, vicio, vagancia o delincuencia. Por eso, en esa década se pusieron en marcha, en diversas ciudades europeas, experiencias de reorganización de la asistencia pública, que sirvieron de pauta para intervenciones posteriores en otros lugares.*[7]

En la Europa protestante se promulgaban leyes para forzar al trabajo y, aunque la Cataluña de tradición católica demandaba otras estrategias, el objetivo era el mismo: evitar el vagabundeo, no reducir o eliminar la pobreza. Es decir, el fin era obtener un mayor control sobre la población pobre que se desplazaba continuamente de un lugar a otro. Algo que provocaba tanta inquietud antes como ahora era, precisamente, esta característica antonomásica del territorio urbano: el cuajarse como espacio de movilidades sistemáticas, en que las relaciones humanas poco o nada coagulan y que se caracterizan por estar mínimamente estructuradas, facilitándose así una capacidad de adaptación colectiva mayor, al mismo tiempo que una dificultad resultante para ser, literalmente, definidas, fiscalizadas o detenidas.

Barcelona, como otras ciudades que habían adquirido dimensiones parecidas, necesitaba ubicar esta serie de servicios de carácter asistencial o represivo que acostumbraban a provocar cierto rechazo social. La mayoría de estos establecimientos se situaron en el lado izquierdo de la Rambla, es decir, en el Raval.

Tal y como recoge Fraile en el mapa (ver página 44), en el lugar donde se exponía un amplio abanico de trabajadores, parados y, en general, población callejera, es decir, que vivía en o de las calles, se concentraron una serie de instituciones simbólicamente redentoras y materialmente controladoras. Siguiendo la lógica dialéctica que de nuevo propone Fraile (2011: 58), esta zona de la ciudad fue tendiendo a especializarse en centros de asistencia, recogida y represión de este tipo de habitantes, lo que a su vez redundó en la estigmatización del barrio y, en consecuencia, de sus vecinos. En este sentido, en el Raval se concentraban tres áreas más o menos diferenciadas: la primera represiva asistencial, donde encontramos las citadas Casa de la Caritat y la de Misericòrdia, la de Los Infantes Huérfanos o la Casa de Retiro de Mujeres (o Casa de Mujeres Arrepentidas), es decir, una zona de acogida para niños, ex prostitutas y vagabundos. Una segunda área, especializada en el control y

7 Véase Fraile (2011: 35).



Principales zonas donde se situaban las instituciones de carácter asistencial, social y represivo. Fuente: P. Fraile (2011)

recogimiento de la pobreza (Hospital de la Santa Creu y Casa de Convalescència); y, por último, una zona represiva penal, con la Cárcel Nueva y la penitenciaría de mujeres, también conocida como «la Galera», precisamente por ocupar obligatoriamente a las penadas en labores de confección de hilado (Balaguer y Tello, 1987 [1888]: 251).

Higienismo y control social: moral, política y urbanismo

De entre lo polémico y contradictorio del discurso médico sobre las epidemias en la pasada centuria, apenas una cosa resulta clara: la ciudad se configura siempre como el principal escenario de la enfermedad y la muerte. Para unos, el tejido urbano será vehículo de contagio; para otros, el origen de la epidemia. Para todos, un foco privilegiado de cualquier dolencia.

Luis Urteaga (1985)

Ildefons Cerdà, a quien se encargaría la ejecución de su Plan de Ensanche y Reforma de la ciudad de Barcelona, realizó previamente un estudio sobre las condiciones de vida de la clase obrera.[8] Este trabajo se enmarca en una corriente de pensamiento que detecta la insalubridad, como foco de enfermedades y contagios, en la estrechez de las calles, la poca circulación de aire o la escasa presencia de luz solar directa.

La doctrina higienista empezó a gestarse a finales del siglo XVIII. Sus precursores serán en su mayoría médicos preocupados por el importante número de muertes que provocaban las enfermedades y epidemias que asolaban Europa de manera regular. La expansión del higienismo se producirá a partir de la siguiente centuria y una de sus más destacadas aportaciones será la inclusión de aspectos sociales en la comprensión del origen de cierto tipo de enfermedades y cuáles eran las condiciones favorables para su difusión. En otras palabras, se añadía a la intervención médica una sensibilidad relativa a los fenómenos sociales, en el sentido tanto epistemológico como ético: ciertas condiciones de vida podían favorecer la difusión de infecciones, por tanto, debía intervenirse decididamente sobre éstas si se quería frenar la proliferación de algunos tipos de enfermedades (Alcaide, 1999).

Éste sería otro de los aspectos básicos del higienismo: un componente moral intervencionista fuertemente impregnado de carácter burgués. Según recoge Alcaide:

8 Véase Cerdà (1971*a* [1867*a*]), publicado veintidós años después del clásico de Friedrich Engels (1980*a* [1845]) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

La voluntad intervencionista, estaba basada en las mejoras que comportaba la prevención o profilaxis. Todo este conocimiento enraizado en una escala de valores que implicaba un determinado comportamiento personal y social, acorde con el optimismo racionalista y con el idealismo romántico implícito en la doctrina higiénica.[9]

Precisamente, uno de los más prolíficos higienistas será el barcelonés Pedro Felip Monlau. Miembro del Cuerpo de Sanidad Militar, compaginaba esta ocupación con una intensa actividad política como defensor del liberalismo progresista.

De hecho, será él mismo quien elabore el informe para el derribo de las murallas de la ciudad que se llevará a cabo en 1854.[10] A este tipo de diagnósticos se suman otros menos contrastados como son los relativos a la calificación de ciertos «comportamientos sociales» como perniciosos para la vida en comunidad. Lo interesante de los trabajos de Monlau es destacar su alevosía contra lo que se definían como comportamientos sociales que debían ser esterilizados como, por ejemplo, los relativos a la prostitución:

El oficio de prostituta es tanto o más infame que el de verdugo. Es el oficio más asqueroso, más impuro y más pútrido que se conoce. «Si en una calle te encuentras entre un montón de basura y una prostituta —decía el lord Chesterfield a su hijo—, y es inevitable tener contacto con el uno o con la otra, tírate a la inmundicia. Un poco de agua devolverá a tus vestidos la limpieza que antes tenían; pero nada hay capaz de quitar la mancha que en ti habrá impreso el contacto del vicio.» [11]

Después de esta cita, resulta más sencillo entender por qué uno de los objetivos de las intervenciones higienistas eran las prostitutas. Cabe tener

9 Véase Alcaide (1999: 6).

10 En 1841, Felip Monlau redactaba «Abajo las murallas. Memoria acerca de las ventajas que reportaría á Barcelona y especialmente á su industria de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad», en el que se demandaba una expansión de la ciudad desde el río Llobregat hasta el Besòs. Véase Urteaga (1987).

11 Felip Monlau, citado por Alcaide (1999: 6).

presente que se tiene noticia de la prostitución en las calles del Raval como mínimo desde 1369, concretamente en la calle Tallers, después de que fueran expulsadas extramuros (McDonogh, 1987; Fabre y Huertas Clavería, 1976). Como se acaba de decir, su ocupación se consideraba una «enfermedad social» (Alcaide, 1999). Aunque las causas patológicas de esta «enfermedad» dieran cuenta de ella, estos médicos, buscaron más explicaciones que encontraron en las «injustas y precarias condiciones de la vida obrera» (Fabre y Huertas Clavería, 1976).

Sirva la anterior cita para aproximarse a la manera en que los higienistas de la época diagnosticaban las «enfermedades físicas y morales» (Salarich, 1858) que podían incubarse en los barrios populares. De hecho, como se apuntaba anteriormente, los presupuestos que equiparaban enfermedades físicas y «deformaciones morales» iban a caracterizar el enfoque higienista. En otras palabras, tanto Ildefons Cerdà como Felip Monlau levantaron acta de las condiciones de insalubridad en que vivía la mayoría obrera en barrios como el Raval de Barcelona, sin que esto significase, en ningún caso, empatizar con esta población (López Piñero[1964], citado por Alcaide, 1999: 6).

En cualquier caso, el higienismo recibió un respaldo legislativo determinante a partir del año 1851, cuando se aprobaron más del 95% de leyes de este tipo (Alcaide, 1999: 6). Los acontecimientos políticos de la época desembocaron en múltiples propuestas sobre reformas sociales en esta materia.

El higienismo incorporó los aspectos referentes a la conservación del capital social, siendo utilizado, de algún modo, como método para establecer una planificación y unas directrices que, desde un punto de vista burgués temeroso de las revueltas sociales, intentaban determinar un modelo de comportamiento social destinado a fabricar una sociedad libre de agitación social, sana por idiosincrasia, pero sujeta, inevitablemente, a los dictados del capitalismo burgués.[12]

En Barcelona, el higienismo será el marco ideológico fundamental para reclamar el derribo de las murallas y la Reforma Interior. En este sentido, se

12 Véase Alcaide (2000: 2).

vislumbran las primeras correlaciones entre la doctrina higienista y el urbanismo entendido como «proyecto burgués de ciudad» (López Sánchez, 1990). De esta manera, si los higienistas formalmente estaban preocupados por la salubridad y la mejora de las condiciones de vida de las clases populares, no se obviaba una determinada voluntad de racionalizar y también controlar el espacio urbano. Vagabundos, criminales y prostitutas conformaban una significativa parte de la población del Raval y especialmente del barrio de Drassanes, frente al Portal de Santa Mónica:

> *Una sociedad burguesa urbana se estaba dotando entonces de sus diversos instrumentos de intervención y control del espacio social. La reglamentación de la prostitución en la época isabelina, en sus dos dimensiones (higiénica y policial), formaba claramente parte de este dispositivo social. Se trataba de una real operación de limpieza urbana paralela a la que también se realizaba entonces con los pobres y los «vagos» para construir nuevos espacios de sociabilidad urbana. En vez de encerrar a la prostituta en una casa de corrección o de expulsarla de la ciudad como se había venido haciendo desde tiempos atrás, se la recluía en una casa de prostitución limitando su libertad de circulación y controlando periódicamente su potencial capacidad de contagio.*[13]

Los centros de reclusión para esta población, seguían siendo los señalados en las páginas anteriores, organizados en torno a la Casa de la Caritat. Concretamente, el centro específico para las prostitutas era la Casa de Mujeres Arrepentidas.

Nos encontramos en el barrio, entonces, con un escenario demográfico que incluye a artesanos, menestrales o trabajadores del campo. A esta población, se le irá sumando progresivamente una miríada de gentes callejeras: pobre o perseguida y, en su mayoría, regularmente recluida. Como ya se ha dicho, a cada uno de los problemas asociados con esta población, se iba a responder, primero, con la red asistencial y represiva y, posteriormente, con la retórica y las disposiciones legislativas, así como con las intervenciones urbanísticas, que permitían el marco de las justificaciones higienistas.

13 Véase Jean-Louis Guereña [1997], citado por Alcaide (2000).

A partir de mediados del siglo XIX, se sumará a estos habitantes uno de los más importantes contingentes obreros de la época. La necesidad de ingente mano de obra para ocuparse de la incipiente industrialización comportará una concentración masiva de población descapitalizada, situando a los empresarios, seguramente sin advertirlo, en una encrucijada: el ánimo de producir las grandes plusvalías que se vislumbraban gracias a los vapores industriales requería importantes masas de fuerza de trabajo, es decir, de trabajadores y trabajadoras, que reclamarían regularmente sus derechos regateados por la lógica del beneficio. Cabe tener presente que las situaciones laborales eran altamente inestables, es decir, la continuidad laboral no estaba para nada asegurada; más bien, al contrario. Se entraba y se salía de la asalarización, en función de las demandas de la industria que fluctuaban de manera significativa. Estas discontinuidades provocaban que, de forma regular, grandes masas de población proletaria se vieran obligadas a buscar el sustento fuera del mercado laboral y, por momentos, de la legalidad. Los casos de prostitución así como la proliferación de pequeños delincuentes eran los ejemplos más visibles de esta situación (Ealham, 2005*a*; Alcaide, 2001).

Lo señalado hasta ahora, unido a la escasez de suelo en la Barcelona previa a Cerdà, coadyuvará, por momentos, a esta fuerte concentración de población descapitalizada en el Raval. Y esta situación, deseada o no —en términos weberianos—, por las élites barcelonesas (McDonogh, 1987, 1989; Ealham, 2005*a*; Von Heeren, 2002) iba a convertir la zona en un lugar privilegiado para el conflicto (López Sánchez, 1986).

En resumen, el típico aumento de población de la época y su concentración urbana van a urgir a su vigilancia. La voluntad de hacer *el bien* sobre estos pobladores comportará su control y reclusión. A partir de ese momento, se desplegará la cultura de control urbano en el Raval. En este sentido, la primera respuesta, en Barcelona, la darán los centros organizados alrededor de la Casa de la Caritat en el arrabal, desde finales del siglo XVIII. A mediados del siglo XIX, el higienismo servirá a esta implementación de los discursos y las prácticas sobre el control de los pobres. De hecho, y como se verá, las prácticas, así como las instituciones o los discursos sobre la gestión de esta población, serán recurrentes a partir de ese momento hasta nuestros días.

La emergencia de un nuevo sujeto político: las consecuencias de la industrialización en la configuración del Raval

La derrota catalana de 1714 en la Guerra de Sucesión al trono español, que se disputaban las dinastías de los Habsburgo y los Borbones, le costó a Barcelona la mengua de sus centros de poder político y la pérdida de su autonomía gobernativa. Como en otras ocasiones ha sucedido, una vez conquistada la ciudad se infligió castigo a sus pobladores.

Respecto al diseño urbano, la reprimenda comportó dos consecuencias que lo determinarían durante un buen puñado de años: por un lado, la destrucción de gran parte del barrio de la Ribera, donde se iba a construir la fortaleza de la Ciutadella con vistas a someter la ciudad cuando se produjeran nuevas insurrecciones. Y, por el otro, la prohibición borbónica de construir en un radio de 4000 pies (aproximadamente un kilómetro) más allá de las murallas, dejando baldía la planicie que se encontraba entre éstas y los municipios situados en la falda de la montaña de Collserola, límite natural de la actual Barcelona.

La construcción de la Ciutadella se realizó entre 1716 y 1727. Se derribó el 17 % de las edificaciones del barrio de la Ribera, cifra que significaba la destrucción de siete conventos y de alrededor de mil viviendas. Los propietarios tuvieron que asumir los costes, ya que no recibieron indemnización alguna por la expropiación de sus casas (Von Heeren, 2002: 20). Como se ha señalado, algunos de estos expulsados fueron, posteriormente, los primeros residentes en el Raval apenas urbanizado (Fabre y Huertas Clavería, 1976).

La segunda de las consecuencias del correctivo borbónico forzó a la ciudad a crecer verticalmente. La pronta industrialización barcelonesa tuvo en el Raval (y posteriormente en los barrios de Sant Pere y Santa Caterina) su primer asiento. Entre 1770 y 1840, se lleva a cabo la industrialización que provoca ya las primeras críticas al «desorden» de la época, como la del Baró de Maldà, que dejó escrito: «Fa enfarfec tantes fàbriques per la corrupció de costums i males paraules en mossos, xicotas i mossotas» (Fabre y Huertas Clavería, 1976: 296).

El Raval dejaría de ser, desde las desamortizaciones de principios del XVIII, una ciudad convento y asilo de pobres para convertirse en una ciudad fábrica. El Raval fabril aún estaba escindido: por un lado, factorías y residencias obreras; por otro, las suntuosas casas de industriales, así como pequeños y medianos comercios. El Raval-fábrica exigía, antes que nada, un plano que organizase la ciudad como hecho unitario y que prestase atención e integrase la ciudad obrera, aunque manteniendo internamente las segregaciones sociales (López Sánchez, 1993*a*; Fraile, 2005, 2011; Oyón, 2008). De esta coyuntura trataré en las siguientes páginas.

La conjunción entre las casas de caridad y las fábricas no tardó en advertirse como pertinente para la gestión de lo que comenzaban a ser florecientes núcleos urbanos industriales. Por una parte, forzando a la población a trabajar se ejercía una presión a la baja de los salarios y, por otra, a nadie le pasó inadvertida la envidiable capacidad disciplinadora que detenta la asalarización (López Sánchez, 1993*b*).

Se empiezan a divulgar las ideas que relacionan el ocio con la nobleza, en la franja alta de la sociedad, y con el desorden, en la parte baja. De hecho, aquí se apunta el temor que provocaba la concentración de pobres, en medio del anonimato consustancial de lo que ya era la gran urbe de Barcelona (López Sánchez, 1993*b*).

Las primeras y más grandes fábricas a vapor del Estado se construirán entre los siglos XVIII y XIX en el Raval. En la calle Riera Alta se levantará la factoría textil de hilados y estampados de Erasme de Gònima, que se mantendrá en funcionamiento desde el año 1783 hasta los años treinta del siglo XX. En 1802, alcanzará la cifra de mil obreros, acontecimiento que provocará una visita del rey español Carlos IV (McDonogh, 1987; Fabre y Huertas Clavería, 1976).

Erasme de Gònima y otros muchos industriales construirán sus suntuosos palacios cerca de sus fábricas que, a su vez, serán casas-fábrica, en las que se instalarán los obreros en condiciones, al parecer, poco salubres. Se trataba de edificaciones muy características hasta finales del siglo XX, cuando las demoliciones acabaron con gran parte de ellas.[14]

14 Sólo en lo que hoy se conoce como «Illa Robador» se destruyeron las casas-fábrica de Miró i Armengol y la de Eulogi Soler, según recogen Aisa y Vidal (2006: 403) y Alexandre (2000).

En 1829 había 74 fábricas textiles con 6992 telares en el Raval. Esta cifra prácticamente se triplicó en 1860 alcanzando las 242 fábricas, que superaban ligeramente las 232 del barrio de Sant Pere, el otro importante enclave industrial de la ciudad, donde se repartían las 74 restantes para completar la totalidad de factorías del momento (Fabre y Huertas Clavería, 1976: 298).

En el Raval, se encontraban fábricas tan importantes como la Espanya Industrial, en la esquina de las calles de Sant Pau y Riereta. Desde que el industrial la trasladó al barrio de Hostafrancs, parte de la antigua fábrica es el cuartel de la Guardia Civil. Otra factoría destacada por el número de trabajadores que la ocupaban (más de 600 obreros en el primer tercio del siglo XIX) fue la de Bonaplata, instalada en la calle Tallers, que se hizo célebre por ser una de las primeras fábricas quemadas por los ludistas el 6 de agosto de 1835 (Fabre y Huertas Clavería, 1976). Este hecho, comportó que, entre el día siguiente y el 11 del mismo mes, se ajusticiara a cuatro trabajadores. Este episodio destaca el alto grado de conflictividad antagonista que iba a caracterizar la zona hasta bien entrado el siglo XX (López Sánchez, 1986, 1993*b*).

El Raval en el corazón de la Rosa de Foc

Antes de continuar es necesario reseñar, aunque sólo sea de manera breve, algunas de las numerosas revueltas que, durante este periodo, tuvieron el barrio del Raval como escenario. Este sucinto repaso sirve a dos propósitos: en primer lugar, sustanciar las teorías con las que se establece un marco de interpretación en el que la «confrontación antagonista» alcanza altas cotas de capacidad explicativa relativa a las transformaciones urbanísticas. Cabe aclarar que lo que López Sánchez llama *conflicto antagonista* (1986, 1993*a*) se entiende característico de lo que se conoce como «movimiento obrero» por un lado y, por otro, lo que se podría llamar «élites barcelonesas». Sobra decir que ambas etiquetas tienen una función exclusivamente heurística, pues es sabido que en ambas categorías grupales existen multitud de intereses dispares e incluso contradictorios (McDonogh, 1989).

En segundo lugar, deberá servir igualmente para entender el uso siguiente que en este trabajo se hará de la historiografía local relativa a las incisiones urbanísticas sobre —y *contra*— el barrio del Raval. En otras palabras,

comprender el urbanismo como instrumento democrático de la guerra contra el «enemigo interno».

En consecuencia, en las páginas subsiguientes se va a desarrollar la idea según la cual «el centro histórico» es un «lugar para el conflicto» (López Sánchez, 1986). La noción de *conflicto* y su correlación con la de *ciudad* o la de *espacio público* están hoy fuertemente banalizadas. El lenguaje del urbanismo ha absorbido este debate y lo ha vaciado de contenido. O mejor dicho, lo ha adecuado a la ideología típicamente burguesa de la «seguridad» . Hoy en día, todo urbanista, arquitecto o político que se precie contemplará un espacio público donde el conflicto es inherente.[15]

Pues bien, la noción actual y hegemónica de *conflicto* pocas veces es interpretada en términos antagonistas, ni tan siquiera socioeconómicos. El conflicto abandonaría su condición de concepto de síntesis de los antagonismos para convertirse en un marco normativo de prácticas ciudadanas en el espacio público, al servicio de una nueva implementación de las culturas de control. En este sentido, se vacía de contenido el concepto y se rellena de aspectos relativos a las deposiciones de animales domésticos en las calles, a las pintadas en las paredes, a ir en patinete o bicicleta por las aceras y se le añade algunas manifestaciones de la pobreza, como el vagabundeo o la prostitución callejera, la pequeña delincuencia o el menudeo de estupefacientes proscritos o lícitos. Es por ello por lo que se vuelve necesario un mínimo comentario, a modo de recordatorio, sobre lo que ha significado, en Barcelona, la noción de conflicto en relación con la ciudad. O, para decirlo en otras palabras, si no se tiene presente la cantidad, intensidad y cualidad de estos conflictos, el objetivo de este despliegue teórico e historiográfico podrá ser apenas rozado.

El conflicto al que aquí me estoy refiriendo tiene entonces que ver con la condición de enclave obrero que ha caracterizado históricamente a Barcelona, y, muy especialmente, al Raval.

15 Jordi Hereu, alcalde de Barcelona entre septiembre de 2006 y junio de 2011, destacará del barrio del Raval «su realidad vecinal y global, como su singularidad y cosmopolitismo, como sus rarezas y contradicciones, como sus problemas y conflictos. Sí: problemas y conflictos, dos conceptos inherentes a la condición de ciudad, pero que no todas las ciudades afrontan. Barcelona, sí». Extraído de «En defensa del Raval», *El País*, 17 de septiembre de 2009.

Aunque apenas ya lo recordemos, lo obrero ha sido la auténtica seña de identidad de Barcelona hasta fechas muy recientes; la razón fundamental por la que era conocida más allá de las fronteras y por la que escritores, artistas, arquitectos, revolucionarios y cosmopolitas de todo pelaje dirigieron sus pasos hacia ella en el periodo de entreguerras.[16]

Además, Barcelona recibió el sobrenombre de *la Rosa de Foc* («la Rosa de Fuego») debido, precisamente, a la cantidad de sublevaciones protagonizadas por la «gente corriente» de la ciudad, sus «clases populares» u «obreras». Aún más concretamente, cabe no olvidar que gran parte de estos levantamientos tuvieron su proscenio privilegiado, justamente, en el Raval.

Las algaradas anticlericales, las resultantes del hambre o las relativas a las duras condiciones laborales de los obreros fabriles protagonizaron buena parte del siglo XIX y se repitieron con variada intensidad hasta el golpe de Estado comandado por Francisco Franco, en julio de 1936.[17] A partir de ese momento, el Raval continuará siendo escenario de conflictos antagonistas, aunque en términos algo diferentes, disminuyendo, por ejemplo, los enfrentamientos armados y adoptándose nuevos lenguajes para el conflicto. Y lo que es más pertinente y que aquí se propondrá es el conflicto como una manifestación del malestar y la pobreza, que será nuevamente deslegitimada y, por momentos, criminalizada.

Sublevaciones civiles, deserciones obreras y urbanismo proletario

A finales de julio de 1835, se produjeron quemas de conventos detrás de donde aún está el antiguo Hospital de Sant Pau i la Santa Creu. Este hecho fue aprovechado para construir el mercado de Sant Josep de la Boqueria, que se volverá a ampliar treinta años después como consecuencia de la destrucción total del convento de Jerusalem, según Fabre y Huertas Clavería (1976: 302).

16 Véase Oyón (2008: 9).

17 Gran parte la información utilizada para esta sucinta reseña se ha extraído del profundo trabajo de investigación *La Barcelona rebelde: guía de una ciudad silenciada* (VV. AA., 2004). Igualmente oportuno, así como exhaustivo, es el trabajo *Barcelona. La historia*, de Castellar-Gassol (2000).

Durante el invierno de 1842, el malestar contra la política fiscal de Espartero dio lugar a la Junta Revolucionaria de Barcelona, que organizó una sublevación. En diciembre, Espartero, obligado con su ejército a refugiarse en el castillo de Montjuïc, bombardeará la ciudad durante todo el día, disparando más de mil proyectiles y destruyendo o dañando 462 edificios (Crespi, 1868).

La importancia de las terribles condiciones de vida de las clases populares se encuentran en el centro de las explicaciones sobre las numerosas revueltas urbanas. Éstas tuvieron como escenario el Raval, donde se forjaría uno de los movimientos anarquistas más importantes de la historia, tal y como recuerda Emili Salut:

Brutals condicions de treball que, com una natural conseqüència, feren fomentar el primitiu anarquisme d'aquells anys [finales del siglo XIX]en què els operaris predicaven a totes les fàbriques i tallers; prèdiques que totes les famílies obreres coneixien pel full clandestí que repartia algun veí entusiasmat, a més de la constant propaganda que setmanalment anunciaven per les cantonades els cartells de vius colors, amb lletres grosses, invitant tot l'any als mítings propers o per a declarar-se en vaga. Fou per aquell ambient de violentes propagandes i constants persecucions governamentals, el que la nostra generació obrera barcelonina visqués una adolescència inquietada excessivament per les prèdiques anarquistes, que tant germinaren entre les reixes i l'anomia d'uns barris que foren veritables vivers de revolucionaris.[18]

Ese mismo año de 1842, se cierran las fábricas de las calles Marquès de Barberà y Om por las protestas de los obreros por la reducción salarial (Fabre y Huertas Clavería, 1976). En agosto de 1843, la revuelta de la «Jamancia» (de la expresión caló *jamar*, que en catalán se utiliza para «comer») será reprimida violentamente por el general Prim que, apoyado por la burguesía local, lanzará más de 6000 bombas desde la Ciutadella y Montjuïc, durante dos meses de sitio. En julio de 1851 los obreros prenden fuego a la fábrica de Pere Arnau i Castells i Companyia, situada en la calle Riereta, número 17; del mismo modo, también será atacada la factoría situada en el número 16, propiedad de

18 Véase Salut (1938: 17).

Morell i Pi. La respuesta de las autoridades no se hace esperar. Ese mismo verano serían ejecutados públicamente tres obreros frente a la Rambla de Santa Mònica y, al día siguiente, tres trabajadores más correrían la misma suerte. La dura represión provocará una huelga de hiladores y tejedores que contará con el apoyo de más de 7000 obreros. Ya desde 1840 existía la voluntad entre los trabajadores de colectivizar los talleres, algo que sería contestado nuevamente con una contundente represión tanto en el barrio del Raval como en el de Sant Pere. En esa época, tal y como describía Salut, el Raval era uno de los cónclaves más importantes del anarquismo europeo y concretamente allí tendrán su sede, años más tarde, la mayoría de secciones de la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT) (Aisa y Vidal, 2006: 222).

El año 1855 será también altamente conflictivo. Josep Barceló, activo líder obrero que encabezaba alguna de las protestas contra la instauración de la maquinaria textil y miembro de la Junta Central de directores de la clase obrera, será condenado a muerte, acusado sin pruebas de un asesinato, poco después de que se volviesen a prohibir las asociaciones de trabajadores. El 2 de julio de ese año, tras un cierre o *lock-out* de una semana por parte de las empresas, se convocará una de las huelgas generales más importantes hasta el momento, masivas y mejor organizadas, gracias al destacado papel de las agrupaciones obreras. El creciente descontento de los trabajadores será azuzado, además de por el *lock-out*, por el hostigamiento constante que sufren sus organizaciones. Éstas exigen la libertad de asociación y la jornada laboral de diez horas. Ese mismo 2 de julio, se producirá uno de los encuentros obreros masivos en la plaza de Sant Agustí que llegará hasta el llano de la Boqueria, centro de ajusticiamiento hasta mediados del siglo XVIII. Al parecer, los trabajadores y trabajadoras proferían proclamas en favor de Espartero, puesto que éste estaba a favor de las asociaciones obreras, aunque años antes fuese él mismo quien ordenase bombardear la ciudad (Castellar-Gassol, 2000).

También en 1855, serán asesinados el apoderado de la fábrica Güell, el de la factoría Ramis i Companyia y un diputado de las Cortes. El 6 de julio, el gobierno de Madrid envía tropas por tierra y mar a Barcelona para acabar con la huelga y la sublevación obrera. El siguiente mes de julio, el de 1856, habrá una nueva insurrección contra la irrupción del capitán general de Barcelona, Zapatero. Se producirán enfrentamientos desiguales en los barrios del Raval y

Sant Pere, que serán cerrados con barricadas en una de las primeras muestras de lo que Pere López Sánchez define como *urbanismo proletario* (López Sánchez, 1993*a*). El balance será esta vez de 63 militares muertos frente a 403 bajas civiles.

El siglo XX fue caracterizado por una conflictividad aún mayor. En febrero de 1902 tendrá lugar la siguiente huelga general, precedida por una de 16.000 metalúrgicos. El mitin principal de la huelga general se ofrecerá en el Círcol Barcelonès con la presencia de más de treinta sociedades obreras y 3.000 participantes. Durante la huelga, y como manifestación de importantes *deserciones obreras* (López Sánchez, 1986, 1990, 1993*a*, 1993*b*), se asaltarán los mercados de Sant Antoni, la Boqueria y el de la Concepció. En febrero, se declarará el estado de guerra debido a que el gobernador huirá de Barcelona, dejando el intento de controlar la ciudad en manos de los militares (VV. AA., 2004: 22). La Guardia Civil será agredida desde los balcones de la calle Arc del Teatre. Las represalias no se harán esperar y las detenciones se multiplicarán, llevando al calabozo al dirigente anarquista Anselmo Lorenzo. La rebelión será aplastada con un saldo de más de 500 detenidos, 300 heridos y 106 muertos y el primer intento de desballestamiento del, ya entonces mayoritario, movimiento anarquista.

Uno de los momentos más importantes de los enfrentamientos entre el movimiento obrero y las autoridades políticas y económicas será la conocida Semana Trágica. Ésta tuvo lugar durante el mes de julio de 1909 y, según López Sánchez (1993*b*), será la respuesta urbana a la Reforma Interior. Al parecer, otros motivos se aprecian también en la importante crisis económica, el antimilitarismo y anticlericalismo. Según interpreta Abel Paz, en la neutralidad de las clases acomodadas barcelonesas, se podría encontrar el origen de la conversión de una revuelta popular en una revolución. Se bloquearon los tranvías, se asaltó la comisaría de la calle Conde del Asalto (actual Nou de la Rambla), donde se liberaron presos y se destruyeron los temidos archivos policiales. Al parecer, el movimiento disipó energías en la quema de conventos, hecho éste, junto con el de no atacar propiedades fabriles o residencias de grandes empresarios, que explicaría la corta duración de la sublevación. El balance fue de ocho muertos, entre militares y policías, 104 obreros y tres representantes del clero. Hubo más de 500 heridos, 1725 detenidos y 990

condenados, 17 de ellos a muerte, entre los que se encontraba el pedagogo racionalista Francesc Ferrer i Guàrdia. De nuevo, las «prácticas de urbanismo proletario» comportaron el levantamiento de 500 barricadas, la mayoría de ellas en el Raval y, más concretamente, en el barrio de Drassanes. También se prendió fuego a 12 iglesias, 40 conventos y 33 escuelas (VV. AA., 2004: 26).

Nuevamente en un mes de julio, el del año 1917, se organizará otra huelga general. Ésta tendrá como convocantes destacados al entonces mayoritario sindicato CNT y a la Unión General de Trabajadores (UGT). Adquirirán protagonismo los líderes obreros Ángel Pestaña y Salvador Seguí. El levantamiento durará cinco días, que finalizarán con 31 muertos y 140 detenciones.

Dos años más tarde se producirá una de las huelgas más importantes de la historia del movimiento obrero. La conocida como «vaga de la Canadenca», que tuvo lugar entre febrero y marzo de 1919. Los trabajadores de la Canadenca (Catalana de Gas, Ferrocarrils de Sarrià i Societat General d'Aigües), empresa que suministraba agua, luz y transporte ferroviario, se negaron a trabajar provocando el colapso en la ciudad: ésta quedó a oscuras, se dejaron de publicar los diarios, se paralizaron los tranvías, así como muchas fábricas de Barcelona y alrededores. Milans del Bosch, a la sazón capitán general de Cataluña, ordenó la militarización de la empresa, obligando a los obreros a presentarse en los lugares de reclutamiento. Los que fueron se negaron a trabajar y se procedió al encarcelamiento de 3000 de ellos en el castillo de Montjuïc. La CNT convocó una nueva huelga general y el gobierno decretó el estado de guerra, aunque, al mismo tiempo, representantes gubernamentales iniciaban negociaciones con el comité de huelga para llegar a un pacto. El paro llegó a su fin cuando los trabajadores consiguieron la legalización de todos los sindicatos clausurados, la libertad de los obreros encarcelados, y el establecimiento de la jornada de ocho horas por primera vez en Europa. En total, fueron 42 días de huelga que dotaron a la CNT de un prestigio y autoridad sin precedentes. Aún así, hubo muertes de dirigentes obreros a manos de la Guardia Civil, 58.000 trabajadores detenidos y 70.000 despidos.

Especialmente simbólico será el enfrentamiento entre el ejército rebelde y el pueblo en armas, organizado sobre todo alrededor de la CNT, el 19 de julio de 1936, allí donde la ciudad vieja y la nueva se encuentran, en la plaza de Catalunya. Los militares utilizarán las grandes vías —avenida de Sarrià,

Diagonal o la actual Gran Via de les Corts Catalanes—, para avanzar hacia el centro, donde serán repelidos. Sería el inicio de lo que hoy conocemos como «Guerra Civil española».

Ahora es preciso retroceder unos años atrás y añadir elementos para comprender este importante enfrentamiento. Será en 1917 cuando algunos autores encuentran los ecos previos a la gran contienda civil. Ese año dará inicio a la etapa previa al conflicto, conocida hasta nuestros días como la del «pistolerismo».

Ensayar la Guerra Civil

La mayoría de autores consideran que el periodo de conflicto social armado en las calles del Raval y en algunas del resto de la ciudad, conocido como «pistolerismo», empieza en 1917 y se alargará hasta la dictadura del que fuera capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera. Esta elevada «conflictividad industrial» evidenciaba las luchas por la ciudad durante un periodo en que la burguesía, grupo promotor del primer capitalismo industrial, medía sus fuerzas con los propietarios del suelo, representados por las 400 familias de la nobleza catalana (McDonogh, 1989; Ynfante, 1974). Los industriales catalanes, como nueva clase emergente, trabaron las alianzas necesarias con los antiguos propietarios de las tierras, mientras azuzaban las desamortizaciones por todas las vías posibles, las legislativas y las «populares», expresadas estas últimas en las numerosas quemas de conventos de finales del XIX y principios del XX (McDonogh, 1989; López Sánchez, 1993*a*; Delgado, 2001*a*, 2012).

En el otro extremo de la lucha por la ciudad, se encontraba el cada vez más manifiesto movimiento obrero, con sus efectivos repartidos especialmente entre los barrios del Raval y, al otro extremo de la actual Ciutat Vella, los de Sant Pere y Santa Caterina (López Sánchez, 1986). La primera forma que adoptaron estas tensiones fueron las sucesivas sublevaciones civiles reseñadas en las páginas anteriores. La segunda será el enfrentamiento, individualizado, entre obreros armados y grupos de paramilitares a sueldo de la patronal. Mientras, las autoridades gobernativas, en su intento oficial de pacificar la situación, respondían con una fuerte represión, centrada en miembros de grupos anarquistas.

El Raval empezaba a verse como un lugar proclive a las escaramuzas contra las fuerzas del orden. Los propietarios de las fábricas que aún vivían en el barrio empezaron a abandonarlo, aumentando la ya elevada proporción de población trabajadora y depauperada. Las citadas revueltas obreras y, en general, la expresión del malestar, consecuencia del hambre y la pobreza, fueron alguno de los hechos que comportaron la huida de estos pobladores, desde los barrios obreros, como el Raval, hacia la nueva ciudad que iba a representar el Eixample, al que luego volveré (Von Heeren, 2002; López Sánchez, 1986, 1993*b*).

La organización, promovida por el anarquismo, contribuyó a la creación de ateneos y cooperativas de consumo que se extendieron por los barrios obreros de toda la ciudad. Al sentimiento de comunión, resultante de vivir en condiciones parecidas, se sumaría entonces la práctica en común de actividades lúdicas y educativas (Ealham, 2005*a*; McDonogh, 1987).

Después de las huelgas de 1917 y 1919, los propietarios se sintieron atemorizados, dado que ni los pocos efectivos policiales ni los numerosos contingentes militares podían asegurar el orden en sus fábricas ni en *sus* calles (León-Ignacio, 1981; Tavera, 1995). En este contexto, los años del pistolerismo dotaron de una nueva dimensión a los conflictos entre patrones y obreros. Las maneras en que unos y otros se imaginaban la nueva época estaban tan polarizadas que se anuló por completo un espacio de diálogo, y eso comportó que, en la colisión entre unos y otros, la violencia física lesiva se erigiese como un lenguaje prístino.[19]

Al parecer, y según relatan varios historiadores (González Calleja y otros, 1995; León-Ignacio, 1981; Pradas, 2003; Tavera, 1995), un momento

19 Podemos hablar de la violencia como un instrumento de comunicación en el que entra en juego el poder. Fue Georg Simmel (1927 [1908]) uno de los primeros en abordar la significación sociológica de la violencia y definirla como una expresión eminentemente socializadora. Simmel vio la violencia, y más concretamente el combate, como una expresión de sociabilidad radical —tal vez su forma más vehemente—. La violencia directa es un recurso de *comunicación*, entendida ésta en su acepción de «estar juntos». En nuestra sociedad encontramos que, por una parte, el Estado es el único que puede recurrir de forma legítima a este recurso comunicativo y, por otra, dicho recurso tiene más presencia y visibilidad, en sus manifestaciones no legítimas, precisamente allí donde las otras vías de comunicación son escasas.

decisivo para el enconamiento de las hostilidades será la Primera Guerra Mundial. La contienda fue una bendición para la burguesía catalana, dado que el Estado español se mantuvo neutral. Aumentó la producción y con ello las horas de trabajo que reportaron ligeros aumentos en los ingresos de los trabajadores. Se toleró la existencia de la CNT por miedo a los sabotajes que protagonizaba, permitiéndose así una mayor afiliación. La burguesía catalana, por su parte, incrementó sus beneficios de manera importante. Pero mientras, oficialmente, la CNT era aceptada por la patronal, se la combatía con grupos de *pinxos*,[20] organizados por personajes como Epifanio Casa, Bravo Portillo o el falso barón Köenig (Tavera, 1995; González Calleja y otros, 1995; Pradas, 2003; McDonogh, 1987; Aisa y Vidal, 2006).

Para finalizar este apunte sobre la (pen)última y peculiar forma que adquirió el conflicto antagonista en Barcelona, sólo cabe recuperar dos oportunas explicaciones complementarias sobre el fenómeno. Si bien la CNT aglutinaba al movimiento obrero más importante de Europa, que dio lugar a una ingente cantidad de ateneos, redes de ayuda mutua, publicaciones o asociaciones de recreo, existían otras sensibilidades alrededor del anarquismo barcelonés de la época. Algunos anarquistas actuaban bajo el convencimiento de que podían acelerar, mediante sus acciones, la caída de la emergente sociedad burguesa. Entre estos grupos, la acción directa y la iniciativa individual se sacralizaban en pos de un nuevo orden social que, en el momento de pensarlo, se estaba transformando (León-Ignacio, 1981). Este marco explicaría, en cierta medida, el hecho de que este tipo de simpatizantes anarquistas rechazaran formaciones de más de cinco o seis integrantes. Con estos pequeños grupos podían organizarse acciones individuales en respuesta a la agresividad que la patronal y el gobierno mostraban (Tavera, 1995; González Calleja y otros, 1995). Los amigos muertos o apresados eran motivo suficiente para reclamar la acción de algún miembro de estas pequeñas agrupaciones anarquistas. La represión y la postura de estos *microgrupos* hace comprensible que desde el anarquismo o el anarcosindicalismo no se contemplase una acción contra el orden burgués de mayor envergadura. Por otro lado, este tipo

20 Con las expresiones *pinxos* o *guapos* se nombraba a la «gente del hampa», una especie de matones profesionales. La época en que proliferaron más en el Raval fue entreguerras y hacían las funciones de guardaespaldas o lo que hoy llamaríamos «seguridad privada» (Villar, 1996).

de organizaciones eran difícilmente identificables por la policía. Esta conjunción de elementos llevó a que el pistolerismo, es decir, las acciones y reacciones armadas tuviesen una manifestación muy contingente y, sobre todo, inusitadamente transformadora. La pérdida del monopolio de la violencia armada alteró el espacio morfológico del Raval y también aumentó su estigma y mitificación.

Al parecer, después de más de cinco años de escaramuzas, los obreros que simpatizaban con estos pequeños grupos armados empezaron a cansarse, hecho que precipitó la retirada, aunque fuera temporal (León-Ignacio, 1981). Poco menos de quince años después, daría comienzo la llamada «Guerra Civil española» que, en la ciudad de Barcelona, significó, hasta mayo de 1938, una de las más importantes victorias de las clases populares frente al poder burgués, militar y clerical de la ciudad (VV. AA., 2004).

Desde el prisma que aquí se está exponiendo, las condiciones para entender la transformación urbanística que se iba a poner en marcha quedan expuestas de la siguiente manera: nuevo orden urbano burgués, industrialización y concentración de población descapitalizada en el Raval. Dicha concentración será causa y consecuencia de la necesidad de control, vigilancia y represión, ya fuese mediante la trama asistencial-represiva, ya en el marco de la lógica retórica y legislativa que imperó bajo el manto del higienismo. Será éste un contexto que permite comprender mejor las exigencias de las autoridades barcelonesas al gobierno del Estado para acabar con la prohibición de construir en las inmediaciones de las murallas y, por tanto, de su obligado derribo. Estas condiciones de posibilidad, sobra decirlo, estaban enmarañadas entre las expectativas que provocaba, en las clases capitalistas, la ampliación de la ciudad y, en consecuencia, las posibilidades de multiplicar las plusvalías urbanísticas e industriales.

Pues bien, este clima de agitación, revueltas, huelgas y, en general, violencia, que tuvo en el Raval uno de sus centros neurálgicos, será determinante para entender la posterior retórica demonizadora que se aplicará sobre el barrio, así como la alteración morfológica que se iba a ir perpetrando, desde finales de la década de 1930 hasta, prácticamente, el siglo XXI, precisamente, a rebufo de este tipo de discursos.

De la Ciutat Vella al Eixample

La ciudad proletaria y la ciudad burguesa

Aquellos centros, sobre ser malsanos por su estructura, son asimismo un peligro social, porque se utilizan siempre como baluarte seguro de cualquier motín y también prestan secreto a los garitos y al crimen.

Àngel Baixeras[1]

Frederik Barth (1976) nos recordará la paradoja según la cual se establecen las diferencias entre grupos humanos. Para Barth, primero se crean las fronteras entre grupos y después se elaboran las diferencias. De estas diferencias, se escogerán las más distintivas y, a ser posible, se erigirán como irreconciliables, precisamente con la intención de instituir, una y otra vez, el sentido, el valor y el efecto de la frontera. En las siguientes páginas, se interpreta alguna de las consecuencias —y causas— de esta separación, tanto en el diseño y/o ejecución de los planes urbanísticos, como en la proliferación de discursos demonizadores o «pánicos morales»[2] sobre el Raval en una relación dialéc-

1 Citado por VV. AA. (2004: 199).

2 Noción popularizada por Stanley Cohen (2002) para interpretar el papel de las representaciones alteradas sobre un lugar, una población concreta o alguna otra categoría. Generalmente se hace uso de la sinécdoque para simplificar una realidad compleja y adecuarla a los intereses de grupos dominantes. La etiquetación sistemática de un barrio o

tica. Es decir, la ciudad vivió una época de importante segregación espacial, que respondía a la estigmatización sobre el barrio de Ciutat Vella y, al mismo tiempo, esta distancia producía, aún más, una mitificación estigmatizadora del lugar.

En 1860, seis años después del derribo de las murallas, se aprobará el Plan de Ensanche y Reforma de la ciudad de Barcelona, encargado por el Ministerio de Fomento al ingeniero Ildefons Cerdà, que recibirá la oposición inicial de las autoridades municipales. El concurso que el Ayuntamiento realizó para escoger el proyecto fue ganado por el proyecto de Rovira i Trias. Aun así, el Ministerio adjudicó el proyecto a Cerdà. Como se ha indicado, éste había realizado su estudio sobre las condiciones de la clase trabajadora (Cerdà, 1971*a* [1867]). A partir de este diagnóstico, y en un momento de máximo auge de los presupuestos higienistas, Cerdà ideó un ensanche racional e igualitario, donde el sol, la luz y las innumerables zonas ajardinadas permitieran la mejora sustancial de la vida de esta población.

Este ensanche debía acoger a los habitantes de la ciudad vieja, lugar que, a su vez, debía ser intervenido por tres grandes vías que abrirían la zona de norte a sur y de este a oeste. La única que Cerdà vio construida fue la Gran Vía A, lo que hoy conocemos como Via Laietana. Siguiendo la opinión de varios autores, al parecer Cerdà no estaba interesado en mejorar Ciutat Vella, sino que la contemplaba como un cuerpo extraño que debía ser atravesado[3] por estas tres grandes vías. Para este ingeniero, la ciudad debía promover la movilidad y la comunicatividad. Además, debía lucharse contra el monopolio de los propietarios intramuros y también contra la especulación urbanística

una población, por ejemplo, convierten la etiqueta en parte de la realidad que se pretende describir.

3 De hecho, la idea de *atravesar* lo que había sido Barcelona durante dos mil años estará presente desde ese momento, mediados del siglo XIX, y con más ahínco con la progresiva polarización económica que supuso la creación del Eixample. Algunos ejemplos de esta postura contraria a lo abigarrado, insalubre y pernicioso de la trama urbana antigua pueden encontrarse en cantidad de documentos de la época hasta nuestros días. El incipiente urbanismo de la restauración, combinado con los ideales ilustrados y racionalistas, contemplaba la necesidad de destruir lo viejo para dejar paso a lo nuevo (Sánchez de Juan, 2000). Precisamente, desde las posturas más liberales y progresistas se preconizaba esta «destrucción creadora» que, si bien no tenía su máximo entusiasta en Cerdà, sus continuadores (Baixeras, Jaussely o Vilaseca) suscribieron con fervor adolescente.

(Grau y López, 1988*a*: 175). Su manera de criticar sus efectos más brutales «recuerdan al estilo de Marx […] el ingeniero catalán está en línea con los productos más avanzados de la cultura científica de la Europa de su tiempo» (Grau y López, 1988*a*: 178). Dedicó todo un opúsculo a justificar la amplitud de las calles y la necesidad que tendrían los vecinos de espacios abiertos y fácilmente transitables. Por lo que respecta a las viviendas, Cerdà propone una ciudad de baja intensidad, con ajardinamientos privados en contacto con cada casa de islas siempre abiertas y una segregación de las actividades industriales peligrosas o insalubres.

En lo referente a la ciudad antigua, para Cerdà, su adaptación igualitaria al Eixample debía producirse como una transición provisional, que habría de llevar a un acoplamiento perfecto entre ambos tejidos. En ese sentido, Cerdà insiste en su ideales funcionales y humanitarios sin poner énfasis «en sus implicaciones destructivas» que se llevarían a cabo en la etapa de transición. Es así que el ingeniero abandona ciertamente el estilo «marxiano», como se indica en páginas anteriores.

Aún hoy, los más o menos acertados apologetas de Cerdà no dudan en señalar a la administración pública por haber traicionado los planes del ingeniero en lo que respecta, por ejemplo, a la creación de equipamientos públicos de calidad. Olvidan, claro, que Cerdà, responsable supremo del plan del Eixample, dejó en manos de dichas administraciones la forma y cantidad en la que debían construirse dichos equipamientos. En este sentido, la supuesta traición no se refiere más que a unos planos en los que Cerdà situó los equipamientos y espacios ajardinados o plazas a su gusto, y al de la propia estética sobre el papel. Sin embargo, será él el primero en confiar desenvueltamente a las autoridades la libre determinación de sus necesidades (Grau, 2009: 183).

Cerdà, además de su cualificación profesional como ingeniero civil del Estado, congregará asimismo los cargos de funcionario del Gobierno Civil y el de concejal del Ayuntamiento, controlados ambos por el ala izquierda del momento. También era miembro destacado de la compañía adjudicataria de las obras y director técnico de la empresa, verdadero sustituto de la administración local. Esta armonización, junto con el paulatino repliegue de los militares de la escena, parece que se encuentra en el núcleo de las explicaciones sobre la agilidad con la que se aprobó y ejecutó el plan (Grau y López, 1988*a*: 191).

Siguiendo a Grau:

> *No es fácil imaginarse el papel que Ildefons Cerdà se reservaba para sí mismo en la gran empresa de ensanche y reforma de Barcelona y, posiblemente, de las otras ciudades españolas[...] la inversión de su fortuna personal en la persecución de esta estrategia urbanizadora no es, como han tenido a bien afirmar los apologistas de Cerdà, un sacrificio altruista opuesto a todo afán de lucro personal, sino la inversión arriesgada de una mente que no ve ninguna contradicción en el hecho de luchar a la vez por el enriquecimiento individual y por el bien de la Humanidad.*[4]

Cerdà sentó las bases de una ciudad muy ajustada a su tiempo: lista para el flujo veloz de personas y mercancías, donde las actividades industriales fueran extirpadas del centro urbano. Los obreros, anestesiados y disciplinados gracias al nuevo confort adquirido, se avendrían a colaborar en la empresa colectiva de una urbe que empezaba a publicitar su puesta en venta, con la primera Exposición Internacional de 1888, seguida por la de 1929, el Congreso Eucarístico de 1952, los Juegos Olímpicos de 1992 o la invención de un nuevo macroacontecimiento como el Fòrum Universal de les Cultures de 2004.

Transformaciones urbanísticas y disciplinamiento de lo urbano en Barcelona

Gestionar la indisciplina en la ciudad es otra fórmula para destacar la relevancia que tienen las políticas de control de la población en las ciudades modernas. López Sánchez define este marco como el de la «guerra a la indisciplina»:

> *La guerra a la indisciplina, [avui] com a començaments de segle, no s'emprèn només tanmateix per conduir el consens, sinó també, i sobretot, per atacar el dissens. La governabilitat de la metròpoli exigeix tallar qualsevol mostra d'antagonisme difús o obert, és a dir, es tracta de fer impensables i impossibles altres maneres de viure la ciutat. Al·legar, no obstant això, la indisciplina social com a preocupació significa reconèixer cert grau d'ingovernabilitat a la ciutat.*[5]

Se tratará de disciplinar y controlar, con el objetivo de hacer impensables otras maneras de vivir la ciudad que no sean las dispuestas por el orden urbano.

Después de la crisis española del 1898, según el mismo López Sánchez, «la burguesía catalana propone una redefinición de las bases del sistema social vigente, movilizando para ello todas las instituciones y todos los resortes a su alcance de cara a la superación con éxito del desastre» (1993*a*: 100). Se reforma la morfología urbana y se intenta definir, en consecuencia, un modelo territorial acorde con los intereses económicos y políticos de la burguesía (1993*a*). El diagnóstico que se hizo en su momento por parte de los sectores burgueses —siempre según López Sánchez— ya señaló los indicios de ingobernabilidad preveyendo cotas de antagonismo. Se advierte, entonces, la emergencia de un «enemigo interno»: la indisciplina social y unas masas refractarias al orden urbano que «parecen siempre dispuestas a la insurrección» (1993*b*: 102).

> *La aspiración burguesa contempla apoderarse de la ciudad, anular e impedir un desorden allí donde proliferen talleres, fábricas o la calle, donde los proletarios ensayan unas críticas que muestran la vertiente territorializada del antagonismo.*[6]

Tal y como se ha ido exponiendo, desde ese momento —finales del siglo XIX y principios del siglo XX—, es posible una interpretación de las trasformaciones urbanísticas propuestas para el Raval en términos de culturas de control; especialmente, en el barrio del Raval, donde seguían concentrándose obreros industriales, pequeños artesanos y comerciantes, parados y una innumerable tipología de personas que vivían en y de la calle (Ealham, 2005*a*).

4 Véase Grau y López (1988*a*: 186).

5 Véase López Sánchez (1986: 96).

6 Véase López Sánchez (1993*b*: 103).

El control de la población se hacía más intenso sobre lo que, previamente, se había definido como las «clases peligrosas». La mayoría de la población etiquetada de esta manera vivía en el Raval. ¿Pero quién definía el Raval como el lugar dónde se amparaban «las clases peligrosas»?

Lo interesante de las reflexiones sobres las culturas de control urbano es que, en gran medida, pueden ser transversales a grupos políticos conservadores o progresistas. Este punto de vista es tanto más pertinente teniendo en cuenta que tanto Cerdà como sus contemporáneos higienistas, e incluso gobernantes catalanes republicanos del primer tercio del siglo XX, eran miembros de corrientes ideológicas definidas como progresistas y liberales. Tanto, el propulsor del higienismo, Felip Monlau (Alcaide, 2000), como el responsable de la reforma de la ciudad, Ildefons Cerdà (Grau y López, 1988*b*), eran reconocidos miembros de los partidos liberales y ellos mismos, así como el propio contexto en el que se situaban, no permitían que se los definiera de otra manera. Insisto en que lo conveniente para lo que aquí se ensaya es reconstruir una «postura progresista» en la que se lleva a cabo formalmente la gran transformación urbana de Barcelona. Con distintos matices, la gran mayoría de fuerzas políticas coincidían en referirse al Raval como albergue para las «clases peligrosas». Y, al mismo tiempo, los planes urbanísticos para llevar a cabo el ensanche de Barcelona procedían, en su mayor parte, de estas posturas ideológicas liberales. Y, de hecho, aunque el abogado Àngel Josep Baixeras se adscribe a corrientes más conservadoras, su idea de abrir en canal la ciudad antigua se remitía al plan original de Cerdà. Quede como ejemplo de las sombrías prospectivas con las que urbanistas de sensibilidad liberal progresista urgían a la intervención sobre la ciudad antigua:

> *O se mejora la ciudad actual, o vendrá a poblarla la miseria, acompañada siempre del crimen y del desorden. O las condiciones de la antigua propiedad urbana de Barcelona mejoran hasta nivelarse con las del terreno que mediante el ensanche va a tomar este carácter o su depreciación y su ruina son infalibles.*[7]

7 Véase Soler i Glòria citado por Grau y López (1988*b*: 205).

Concentración y polarización. El Ensanche y la Reforma Interior

Se definía como «clases peligrosas» a toda aquella población con *inclinaciones criminales*, pero también a aquella que vivía de la calle, como prostitutas, vendedores ambulantes y, generalmente, era común incluir bajo esta categoría al resto de lo que podríamos llamar «clases populares» u «obreras», en el momento de dar cuenta del imaginario burgués sobre el Raval. Es esta confusión la que permite una interpretación del barrio, que sea coincidente tanto para grupos políticos «progresistas» como «conservadores».

No fue hasta el derribo de las murallas en 1854 que Barcelona intensificó su segregación espacial. Según explica Pedro Fraile (2011), antes de la demolición de las murallas, existía diversificación social, sobre todo en la zona de Sant Pere y Santa Caterina donde se concentraban la mayoría de los vapores industriales. Allí, en la calle de Sant Pere Més Alt, se encontraban, más o menos mezclados, los capataces y los propietarios, mientras que en las calles de Sant Pere Mitjà y Sant Pere Més Baix estaban los obreros, con las fábricas situadas en las proximidades. Pero si aquí existía diversidad social, al otro lado de las Ramblas, en el Raval, se concentraban mayoritariamente las clases trabajadoras y marginalizadas.

De hecho, según Oyón (2008), obreros y clases no manuales estaban más diferenciadas en el primer tercio del siglo XX que en el último. Antes de continuar, y siguiendo la sugerencia de Oyón, es necesario señalar el paso de la mezcla social popular a la homogeneidad proletaria. Dicha homogeneidad se desarrolló en tres grandes escenarios: el centro histórico y los llamados suburbios populares (Poble Sec, Poble Nou) y las segundas periferias (Sants, Hostafrancs, Sant Andreu y Horta).

A principios del siglo XX, el Raval ya era un típico ejemplo del primero de los escenarios definidos por Oyón. Barrio densificado del centro histórico, convertido en mayor o menor medida —según la zona del barrio— en «gueto proletario» (Oyón, 2008: 126). Terriblemente hacinado, con altas cotas de inmigración, analfabetismo y, además, con fuerte incidencia del realquiler. En este contexto, la figura del «inmigrante» subalterno se superponía a una estructura anterior en la que era frecuente la presencia de artesanos, de representantes de las clases medias y de comerciantes, incluso acomodados. Estos gru-

pos no obreros irían abandonando el Raval de manera paulatina, conforme se fueron construyendo el Eixample y la Via Laietana, huyendo, entre otras cosas, de la elevada conflictividad, así como de la estigmatización resultante de la misma.

Dentro del Raval —sector obrero occidental del centro histórico— eran obvias las distancias entre zonas. No era lo mismo el barrio del puerto, las Drassanes, que el barrio más central del Carmen o el más occidental del Pedró.

El primero, Drassanes, que desde principios de la década de 1920 empezaría a conocerse como «Barrio Chino», era quizás el que más marginación concentraba aún en medio de clases obreras y medias:

> *Con presencia muy destacada de inmigración reciente, de la cohabitación no familiar, de una gran masa de población flotante y el submundo nocturno y canalla […] atmósfera que no se contradecía con la existencia de un comercio estable en el barrio. Comerciantes, vendedores ambulantes y pequeños delincuentes llegaban a pactos de convivencia e incluso de mutuo apoyo.*[8]

Esta producción de un centro histórico de la ciudad, homogéneo en términos de estrato socioeconómico va a ser, aunque de manera gradual, fuertemente acelerada por la destrucción que supuso la Via Laietana, llamada «Gran Vía A» en los planos de Cerdà.

Sin querer ahondar de momento en esta cuestión que posteriormente recuperaré, es necesario reconocer la producción de la polarización que se da, para el caso que nos ocupa, entre la población del casco antiguo[9] y el Eixample que progresivamente va a ir consolidándose como la ciudad burguesa. Además, la construcción de la Via Laietana incidirá en lo que más

8 Véase Oyón (2008: 128).

9 El barrio industrial en aquel momento era el de Sant Pere, que resulta un claro ejemplo de cierta heterogeneidad previa al traslado de las clases medias y altas al nuevo Eixample. En la calle de Sant Pere Més Alt se encontraban la mayoría de palacios y residencias de los propietarios industriales. Sant Pere Mijtà acogía a los trabajadores de los escalafones más bajos, mientras que en Sant Pere més Baix residían menestrales, artesanos y pequeños comerciantes (Fraile, 2011).

adelante, según el citado trabajo de Oyón, será «el abismo entre ricos y pobres en la Barcelona de 1930» (Oyón, 2008: 130).

Ya se ha dicho que el plan de Cerdà contemplaba tres grandes vías que debían cruzar el casco antiguo: para la construcción de la Gran Vía A (actual Via Laietana), se expropiarán y derribarán edificios ya a finales del siglo XIX. En su lugar, se construirán ostentosos edificios-pantalla a principios del siglo XX,[10] ocultando la manifestación de pobreza y obrerismo que allí restaba. Esta vía, conectaría la parte derecha del nuevo ensanche con el puerto, facilitando así el flujo de mercancías entre el mar y los nuevos centros administrativos situados en esta parte. La consecuencia —deseada o no— fue la creación del primer cortafuegos en la enrevesada ciudad vieja, que la dividía en dos: la zona más industrial de la urbe (los barrios medievales y primeros industriales de Sant Pere y Santa Caterina) y la zona donde se concentraba la burguesía. Significativamente, ésta fue la única vía que se abrió con Cerdà en vida (Fraile, 2011).

La apertura de la Via Laeitana fue la primera gran operación de esponjamiento sobre la ciudad vieja. Para López Sánchez, será una «pieza clave para el sistema de gobierno del territorio que se va fraguando en Barcelona» (1993*b*: 8). Además, mientras la ciudad se adecúa a las nuevas necesidades del flujo de mercancías a velocidades cada vez mayores, «se impondrá este tiempo al proletario, ya que [se aspira a] la pretensión de eliminar los tiempos muertos o de amovilidad como impedimentos, como resquicios de otra relación con el espacio, la del encuentro, la del intercambio que precede al estar en la calle» (López Sánchez, 1993*b*: 72). Los procesos de aculturación así como la destrucción de otras maneras de vivir la ciudad dejaban entrever una voluntad de liquidación de estas otras maneras de hacer.

Se impone entonces la división de la estructura formada durante siglos en dos partes muy diferenciadas: la zona central de la *ciutat vella*, flanqueada por las dos grandes vías que servían de separación simbólica —es decir, entre la Rambla y la nueva Via Laietana— se convirtió en el inventado «barri Gòtic» (Casas, 2003; Cócola, 2010) y en la zona turística que explotaba el atractivo

10 Miguel de Unamuno se referirá a Barcelona como «la ciudad de las fachadas»: «Fachadas no faltan en Barcelona, y hasta podría decirse que es la ciudad de las fachadas. La fachada lo domina todo, y así todo allí es fachadoso, permítaseme el vocablo». Véase Unamuno (1991 [1894-1914]).

de los palacios de la Barcelona preindustrial, dejando al otro lado de la Rambla —el izquierdo— al Raval, repudiado ya entonces por las élites gobernantes: huertos y centros asistenciales represivos, las insalubres industrias y allí donde se «confabulaba lo más pernicioso de la sociedad para arremeter contra el orden, la tranquilidad, la paz y el trabajo de Barcelona» (De Otero, 1943: 16). La amplia franja de la Via Laietana destruyó la continuidad morfológica del casco antiguo e hizo desaparecer su trama. Fue la primera gran operación urbanística de despanzurramiento: se eliminaron 82 calles y 2199 viviendas. La zona de Sant Pere y Santa Caterina fue abandonando a su condición de enclave industrial, convirtiéndose en comercial y residencial (López Sánchez, 1991; Huertas Clavería, 2006; Von Heeren, 2002).

Pues bien, éste sería uno de los ejemplos de lo que se han llamado «modelos *haussmanianos* de intervención urbanística en Barcelona» (Tatjer, 2000). Tanto el Pla Cerdà como el posterior Pla Baixeras contemplaban intervenir el centro histórico de la ciudad, como se ha comentado anteriormente, atravesándolo por tres grandes vías: dos de ellas debían unir el puerto con el nuevo Eixample y una tercera debía cruzarlo de norte a sur, o del Besòs al Llobregat. Baixeras imaginaba su destrucción de Ciutat Vella de manera muy concreta:

> *Aquellos centros, sobre ser malsanos por su estructura, son asimismo un peligro social, porque se utilizan siempre como baluarte seguro de cualquier motín y también prestan secreto a los garitos y al crimen.*[11]

Los efectos de esta idea del Raval como lugar «pernicioso» han llegado hasta nuestros días y han servido de justificación para la destrucción del barrio:[12]

11 Véase Baixeras citado por VV. AA. (2004: 199).

12 De manera más reciente, Carme Gual, responsable de Procivesa, la empresa encargada de la remodelación urbanística, me confesaría que —aunque la intervención ciertamente fue muy drástica y «hoy sería impensable una operación de esa envergadura»—, si no se hubiera llevado a cabo «estaríamos ahora como en las favelas de Brasil, con policías armados en la entrada». Entrevista a Carme Gual, octubre de 2011. Todas las entrevistas realizadas durante la investigación han sido traducidas al castellano por el autor.

> *El Plan Baixeras, de mayor ambición y con fuertísimas intervenciones urbanísticas, no solamente recogía las tres vías propuestas por Cerdà sino que trituraba prácticamente todo el tejido histórico de Barcelona, mediante un gran número de nuevas calles, alineaciones y rectificaciones de trazado. Las dificultades de financiación y gestión con que tropezó el proyecto —incluso a pesar de haber desarrollado en paralelo la primera ley de expropiación forzosa— limitaron su aplicación a la apertura de una sola de las grandes vías —la actual Via Laietana— coincidente con una de las propuestas de Cerdà.*[13]

Este plan se realizaría a partir de 1889 de la mano de quien llamaron el «Haussmann español», que llevó a perseguir la aprobación de una reforma legislativa que adoptaría la forma de la ley de Expropiación forzosa de 1879 (Guàrdia Bassols, 2009).

La Via Laietana fue financiada por el Banco Hispano Colonial y el Ayuntamiento y, como se ha comentado, resultó la primera separación de la ciudad industrial y obrera. Aunque el plan original reflejaba las preocupaciones de Cerdà en relación con la mejora de las condiciones de vida de la población trabajadora, diferentes inercias políticas y económicas coadyuvaron al abandono del espíritu inicial: las manzanas que debían ser sólo de dos o tres caras (en forma de «U» o de «L») acabaron teniendo cuatro y la mayoría de los patios interiores, que debían ser zonas públicas ajardinadas, fueron edificados y privatizados; la altura de las fincas, que no debía superar las cuatro plantas, llegó en la mayoría de los casos a doblarse. Estas modificaciones dejaban el proyecto de la ciudad igualitaria, literalmente, en agua de borrajas. Por un lado, «la ciudad jardín» anunciada en los planos de Cerdà no se materializaría y, por el otro, la población obrera que debía abandonar «la insalubre» Ciutat Vella no pudo asumir el importante incremento de los precios de la vivienda, consecuencia de la terrible especulación que se produjo sobre el Eixample. Unos se empobrecieron aún más y los que consiguieron *alcanzar* el Eixample prosperaron. Éste se convirtió en la ciudad burguesa y la ciudad antigua continuó con las mismas condiciones de vida, agravadas, de la población más descapitalizada. Como minuciosamente describe Von Heeren:

13 Véase Tatjer (2000: 17).

El plan condujo finalmente a un crecimiento enorme de la ciudad (1865 = 190.000 habitantes, 1915 = 620.000 habitantes). El modelo cuadricular era idóneo como sistema de ordenación para el mercado inmobiliario; las parcelas fueron divididas y vendidas para su financiación. La pujante especulación inmobiliaria hizo subir los precios. Los nuevos reglamentos de edificación se adaptaron rápidamente a la realidad del desarrollo de la sociedad: los edificios fueron cada vez más altos (hasta 30 metros), las parcelas se densificaron. El volumen edificado aumentó de los 67.200 m³ (1859) previstos a 294.700 m³ (1975). [...] La demanda desenfrenada de terreno para viviendas iba finalmente a costa de zonas verdes, colegios, centros cívicos e iglesias.[14]

Éstas van a ser las bases del aumento progresivo de la polarización urbana y social de Barcelona. Tal y como explica la autora, a causa de la fuerte subida de los precios, los terrenos edificables y pisos en el Eixample sólo eran accesibles para la burguesía. Los trabajadores seguían, como antes, hacinándose en Ciutat Vella, donde las condiciones de vida empeoraban aún más. Con la construcción del Eixample surgió por primera vez el concepto de «casco antiguo». Lo que ahora llamaríamos «polarización social» se manifestó en las fronteras entre la vieja y la nueva ciudad.

La ciudad vieja fue odiada por la burguesía por su pobreza y angostura y porque era el centro de las rebeliones y los levantamientos citados. Quien pudo permitírselo abandonó los callejones sin luz para mudarse al nuevo ensanche. A partir de ahora, en Ciutat Vella vivirían los colectivos más pobres y menos privilegiados, mientras que el Eixample se convirtió en la «ciudad de la burguesía» (Von Heeren, 2002: 26; Ealham, 2005*a*: 31-53).

El urbanismo burgués —incluido el de Cerdà— depositaba una confianza ciega en el mercado. «La renovación de la vivienda en el interior fue frustrada por falta de capital, la crisis de inversión, la desregulación de los mercados, la especulación inmobiliaria y la corrupción distorsionarían hasta hacer irreconocible el espacio urbano planeado por Cerdà» (Ealham, 2005*a*: 32; Grau, 2009; Von Heeren, 2002). En cualquier caso, la responsabilidad de Cerdà en esta producción de dos ciudades ha sido oficialmente eximida, tal y

14 Véase Von Heeren (2002: 25).

como se ha explicado antes. En parte, por su plan racional e igualitario y también por su estudio sobre las condiciones de la clase obrera y por su afiliación política progresista y liberal. Al parecer, como sugería Ramon Grau (Grau y López, 1988*b*: 186) y como podría resultar evidente si tenemos en cuenta la autoridad que concentró Cerdà para llevar su plan a ejecución, al ingeniero, le interesó soberanamente la conversión de la ciudad en un gran centro de producción de beneficios, aunque fuera a costa de la población más débil, que él mismo retrató en su estudio introductorio.

Orden público y distancia social

La ciutat sempre es projecta cap al futur, hi ha un moment en el qual el futur de Barcelona és l'Eixample i els barris vells queden mig estancants, com si no tinguessin de futur, com si fossin només la imperfecció que s'ha d'esbandir. No tot, però. N'hi ha que compten amb més prestigi social […] Però el Districte cinquè no és prou vell ni prou mort. Simplement: va acumulant pobresa, delinqüència, prostitució i espectacles, tot per atreure, amb la fosca crida del sexe, els clients de la ciutat burgesa.

Jordi Castellanos (2005)

La ciudad interclasista que Cerdà imaginó para el Eixample se quedó en papel mojado. Las condiciones de vida en Ciutat Vella, y concretamente en el Raval, empeoraron. La densidad del barrio superó durante décadas, entre 1930 y finales de la década de 1960, los 100.000 habitantes por kilómetro cuadrado (Fabre y Huertas Clavería, 1976: 322),[15] convirtiéndose en uno de los barrios más poblados de Europa. Abundaban enfermedades como el cólera, la fiebre tifoidea, la meningitis y la tuberculosis (Claramunt i Furest [1933], citado por Ealham, 2005*b*: 378). Esta situación se agravó con la nula inversión «social» por parte de las administraciones públicas —hasta prácticamente finales de los años ochenta del siglo XX—[16] y el magnífico poder que detentaban los propieta-

15 El número de residentes por vivienda en el Raval era normalmente el doble que en el resto de Barcelona. La población del distrito creció de 192.828 habitantes en 1900 a 230.107 en 1930 (Tatjer, 1998).

16 Algunos datos sobre el tema nos dicen que el Raval no contó con ningún Centre de

rios del suelo, enriquecidos durante los importantes periodos de especulación inmobiliaria de finales de siglo (Magrinyà, 1990: 20). Éstos dominaron la Cambra Oficial de la Propietat Urbana (la principal asociación de propietarios de la ciudad), desde donde tenían una influyente voz sobre las cuestiones municipales y las políticas de vivienda. Su posición era prácticamente indiscutible y gozaban de un inmenso poder sobre sus inquilinos de clase trabajadora (Ealham, 2005*b*: 279).

A medida que la ciudad se iba ensanchando, esto fue provocando que los industriales, empresarios y todas aquellas clases medias que habían podido permitírselo fueran comprando y alquilando los nuevos pisos de la ciudad nueva. Un reducido grupo de portentados mantuvo sus propiedades en la zona de Ciutat Vella que hoy se conoce como «barri Gòtic», tal y como ya se ha señalado. El agresivo Pla Baixeras de destrucción de la trama que unía esta barriada con los de Sant Pere y Santa Caterina hizo el resto, multiplicando aún más el hacinamiento en estos barrios, además de en los del Raval o la Barceloneta.

Esta burguesía explotará al máximo el nuevo mercado del Eixample. La concentración de capital y poder que ello le procurará, junto con el barniz ideológico de los utopistas sociales, producía la impresión del advenimiento de una nueva sociedad. En ésta, el conflicto debía ir diluyéndose gracias a «la fuerza de la razón». Los frenos a este «progreso» se contemplarían como amenazas y riesgos para la «civilización». Este ideal de una gran Barcelona en comunión iba a inflamar el conflicto antagonista y a polarizarlo de manera insólita. López Sánchez apunta en este sentido que «el ideal de la gran Barcelona es entonces incompatible con la indisciplina social»:

> *Es porque las clases dominantes temen una ciudad porosa, un desorden urbano que cede unos intersticios que son aprovechados por las clases populares para recrear una socialidad sumergida, para cultivar, si es necesario, otros sueños. Para la gran Barcelona aún existe la Barcelona de la pesadilla: la ciudad lugar del mal, donde se arremolinan males físicos (enfermedades, degeneración de la raza, generación moral, vicios y malas conductas, como el alcoholismo, la prostitución o la criminalidad) y políticos, como motines, revueltas o revoluciones.*[17]

Como ya se ha apuntado en páginas anteriores, Cerdà ideó una «ciudad jardín» para la clase obrera, aunque participó activamente en la instauración de la ciudad burguesa (Grau, 2009). Su participación le granjeó pingües beneficios y su lectura sobre qué debía ser la ciudad vieja colaboró en extender y hegemonizar una interpretación sobre los barrios populares del Raval como «la morada del enemigo interno» en la urbe (McDonogh, 1987).

Pero eso no es todo. Poco después, el arquitecto francés Léon Jaussely ganaría el proyecto para, desde el Pla Cerdà, unir los pueblos del llano con el resto del Eixample y éste con la ciudad vieja. Dicho proyecto se convierte en una plataforma para la difusión de la utopía de la seguridad, tan necesaria para restablecer el orden urbano en Barcelona. Es pertinente recordar aquí la definición que hace Jaussely de su plan: «Haremos científicamente los barrios obreros, para que puedan vivir con comodidad las multitudes disciplinadas».[18]

Aunque no es éste el momento de profundizar en los posibles intereses económicos personales que tenía Cerdà en su plan para el Eixample, es necesaria una apreciación. Y es que no se puede obviar el presupuesto que contempla la ciudad (la propiedad del suelo) como principal centro de producción de plusvalías (sobre la base de la especulación) para entender cómo y por qué se produce esta progresiva polarización social que iba a determinar la existencia de dos ciudades. Durante un largo puñado de años, el nuevo Eixample y la ciudad obrera se vieron enfrentadas en los campos económico, cultural, político e ideológico. Los barrios del Raval, la Barceloneta, Sant Pere y Santa Caterina, así como los suburbios populares de Poble Sec, Poble Nou, Hostafrancs o las segundas periferias de Horta y Sant Andreu representaban

Serveis Socials hasta 2010. La inversión municipal sobre estas cuestiones se destinan a las subvenciones a entidades sin ánimo de lucro del barrio como el Casal d'Infants del Raval o el Centre Obert Joan Salvador Gavina, entre otras. Véase, por ejemplo, el estudio de Pascual Esteve (1981). Otros datos explican que la inversión municipal —sin concretar las partidas— en 1987 fue de once millones de pesetas (66.200 euros), aunque durante el año siguiente, el previo a las grandes demoliciones del periodo posfranquista, alcanzó la cifra de 300 millones (1.807.228 euros). *La Vanguardia*, 11 de mayo de 1988.

17 Véase López Sánchez (1993*b*: 105).
18 Véase Jaussely citado por Pijoan (1905).

la ciudad obrera (Oyón, 2008). Realizado este apunte, cabe proseguir con la argumentación relativa a las culturas de control.

Pues bien, ante las sublevaciones populares, el aumento de la población y también del descontento relativo al empeoramiento de las condiciones de trabajo y de vivienda, el control de la ciudad se tornó, más que nunca, una urgencia. De hecho, es difícil concebir que el diseño de Barcelona y la voluntad de control puedan en algún momento escindirse. Una larga tradición vincula la reforma de la ciudad y las estrategias de gobierno: desde la destrucción de parte del barrio de la Ribera tras la derrota frente a los Borbones, hasta el Eixample de Cerdà. Es en este sentido que se afirma que las actuaciones en la ciudad y su urbanismo han tenido, desde su origen, un «componente político y de orden público fundamental» (Antillano, 2002: 89). De hecho, estos apuntes y los subsiguientes sobre urbanismo, control urbano y policía pueden resultar gratuitos para cualquiera que esté algo familiarizado con la moderna cultura urbanística.

Ejemplos palmarios de este «urbanismo de control» —en el cual las cuestiones relativas al bienestar de los habitantes se supeditan a la voluntad de control y vigilancia— son las sucesivas construcciones de «vivienda obrera» y de barriadas de «casas baratas». La promoción de vivienda pública para obreros fue otra de las dimensiones que adquirieron los movimientos higienistas, preocupados por «procurar a las clases jornaleras higiénicas y agradables habitaciones», que incluso dieron lugar a sociedades privadas de intelectuales, científicos sociales y médicos para la promoción de estas barriadas. De hecho, la iniciativa privada era la principal proveedora de vivienda obrera en régimen de alquiler (Tatjer, 2005), especialmente en el centro de Barcelona, donde las moradas eran muy pequeñas y el área estaba especialmente densificada, como en el Raval. El caso de la nueva construcción para familias obreras pone en evidencia la relevancia que, para el urbanismo, tenían y tienen la seguridad y el orden público. Las casas baratas, nuevos enclaves periféricos (Oyón, 2008) a los que fueron desplazadas algunas familias obreras desde las zonas de barracas del Eixample (Tatjer, 2003) o desde las degradadas residencias del Raval (Sargatal Bataller, 2008), proporcionan un ejemplo de «cómo la reforma de la vivienda puede ser concebida con fines claramente represivos» (Ealham 2005*b*: 42).

Una panorámica aérea de «Les cases barates de Can Tunis» muestra una estructura similar a la de un cuartel militar o un campo de concentración. Estaban organizadas en hileras, rodeadas por una tapia, de forma que sus habitantes pudieran ser fácilmente aislados y vigilados:

Imagen de las Casas Baratas de Can Tunis. Fuente: Ealham (2005)

Separadas de Barcelona por un «cordón sanitario» de tierras de cultivo […], representaba una nueva fase en el orden disciplinario; como el proyecto de Haussmann en París, el objetivo era el cierre espacial y el control social preventivo. Se desterraba a un sector de las «clases peligrosas» del centro de la ciudad, reubicándolo y excluyéndolo socioespacialmente a una zona muy restringida de los arrabales de la ciudad, donde dejaría de representar una amenaza seria para el orden urbano y podría ser neutralizado con mayor facilidad por las fuerzas represivas.[19]

19 Véase Ealham (2005*a*: 43).

Las críticas a este tipo de construcciones fueron múltiples. El GATCPAC atacará la política de los grupos de casas baratas de la dictadura de Primo de Rivera: «Un concepto mezquino y miserable de la vida ha presidido la construcción de las viviendas obreras en nuestro país, dando por resultado un mínimo inaceptable».[20]

Volviendo a la aprobación del Pla Cerdà, según Von Heeren (2002: 27), el gobierno de Madrid ignoró que el jurado municipal había escogido como ganador el proyecto de Rovira i Trias y adjudicó el proyecto reticular a Cerdà por real orden.

Tanto la propuesta de Cerdà como la de Rovira i Trias se vieron afectadas por «las batallas por el ensanche» (Grau y López, 1988*b*: 203), intentando armonizar los intereses de los propietarios extramuros y los del consistorio. En ambos casos y llegados a un punto avanzado de la «batalla», se tornó indiscutible la concepción del «ensanche como zona residencial y comercial reservada a los estratos altos y medios. Esto implicaba la expulsión de la industria y de las clases proletarias a unos suburbios fuera del alcance y de la responsabilidad de la administración municipal barcelonesa» (Grau y López, 1988*b*: 203). El conflicto de intereses entre los propietarios del exterior —Eixample— y del interior —Ciutat Vella— tenía que ver, básicamente, con que los alquileres que éstos cobraban a la gran cantidad de población allí residente desaparecerían si, efectivamente, estos vecinos conseguían abandonar estos barrios y trasladarse a los nuevos y más confortables inmuebles. En la densa y descuidada Ciutat Vella, los propietarios condicionaron la situación para no quedarse sin inquilinos: no realizaron reparaciones, para mantener así los precios más bajos posibles. Mientras, se disparó la demanda en el Eixample, volviéndose cada vez más inaccesible para la población obrera el abandonar las calles del centro histórico, cada día más depauperado. Estas tensiones fueron los últimos elementos que favorecieron la intensificación de una polarización social, situada geográficamente.

Precisamente, el motivo de la elección del Pla Cerdà no fue el detallado estudio social y urbanístico preliminar, sino que proponía un diseño urbanístico que impidiera que la ciudad fuera defendida por sus habitantes.[21]

20 Véase GATCPAC (1933).

21 Me remito al apartado anterior, «El Raval en el corazón de la Rosa de Foc».

Recordemos, como se ha explicado antes que el París de Haussmann fue una influencia determinante en la concepción cerdaniana del ensanche y reforma de Barcelona.

En Barcelona, estos saberes fuertemente influidos por Haussman, y traducidos e implementados por Cerdà, sobre orden y urbanismo como cultura de control conducían indefectiblemente a atribuir un papel clave a la relación entre ciudad y policía. Tanto es así que la misma creación de la Guàrdia Urbana de Barcelona coincide en tiempo y objetivos con el plan de ensanche de la ciudad:

> *La Guardia Municipal de Barcelona, que fue creada en 1841, se organiza como institución y funcionará como actividad con ese propósito que, en la práctica, suponía intervenir sobre la población, sobre sus usos y sus costumbres, e intervenir sobre el espacio, para adecuarlo a un proyecto de ciudad concreto, un proyecto referido a la ciudad entendida como sistema orgánico en el que la buena convivencia se definía, tal y como lo entendían los ingenieros urbanos, desde los que trabajaron en el siglo XVIII hasta Ildefonso Cerdà, en términos de movimiento fluido, sano, libre, etc. Como ya se sospecha, estos dos aspectos de la intervención de los servicios municipales de policía son como las dos caras de la misma moneda: se intervenía sobre los ciudadanos allí donde sus comportamientos eran más visibles, en las calles, plazas y espacios públicos, con el fin de que éstos, en su conjunto, fuesen, más que un mero escenario, un instrumento para el ejercicio de las mismas funciones de gobierno, un operador de las conductas en un sistema en el que resulta imprescindible la concentración de mano de obra donde se localiza la producción y en el que el conflicto o las disfunciones deben mantenerse dentro de unos límites tolerables por la misma producción*.[22]

La ciudad como entorno modelador de voluntades encontró en el urbanismo su actividad motora. La Guàrdia Urbana se convertía entonces en un elemento implementador de las tareas que el mero urbanismo debía llevar a cabo: control del territorio, intervención sobre «costumbres malsa-

22 Véase Requena Hidalgo (2001: 4).

nas» y adecuación de los habitantes a un orden disciplinar burgués y capitalista.

Recapitulando: la crisis del 1898 empujó a los poderes económicos y políticos a reestructurar la ciudad con vistas a mejorar su acomodo a la nueva situación provocada por la pérdida de los monopolios antillanos. Tal reestructuración pasará por la intensificación de la industrialización —fruto, en gran medida, del capital indiano—; por el derribo de las murallas; la apertura de la ciudad al llano; un ensanche que diera lugar a nuevas industrias y atrajera a nueva población; el enlazamiento con las segundas periferias; y la abertura en canal del centro histórico para permitir el tráfico fluido entre el puerto y los nuevos centros administrativos extramuros. Esto, si nos centramos en los intereses económicos. Respecto a las motivaciones políticas, relativas a la necesidad de sofocar la alta y característica conflictividad en el barrio, encontramos el mismo deseo de atravesar las barriadas abigarradas y separar, más que nunca, a las poblaciones en función de su capitalización, estableciendo una polarización en aumento: las clases populares del casco antiguo, los suburbios populares y las segundas periferias, frente a la nueva ciudad. Con Paseo de Gracia como columna vertebral, en esta última se asentarían las nuevas clases burguesas enriquecidas, más que con la importante industrialización que se dio a partir de la segunda mitad del XIX, con las inimaginables plusvalías que produjo la creación y densificación del Eixample. Todo esto, sobre la base de una emergencia policial en aumento y una afinidad directa con los nuevos diseños urbanísticos de fiscalización y control urbanos.

La legalidad violenta

Los sueños de la «república del orden» frente a las pesadillas del Barrio Chino

Para esta aproximación teórica al fenómeno de las transformaciones urbanas en el Raval, es interesante destacar nuevamente cómo los marcos políticos que podríamos llamar, por un lado, «liberales progresistas» y, por el otro, «moderados conservadores», o incluso los tipificados como «reaccionarios» pueden resultar convergentes, en lo relativo a los protocolos de actuación y las necesidades urbanísticas identificadas. Y esto no debe de ser fruto de ninguna conspiración, sino de una larga historia de incomprensión del mundo urbano, lugar por excelencia donde se convocan y producen maneras *otras* de vivir.

Ya se ha dicho que los grandes cambios urbanísticos de Barcelona se llevaron a cabo en periodos liberales. Por ejemplo, el derribo de las murallas en 1854 así como la aprobación del Plan de Ensanche y Reforma de la ciudad de Barcelona en 1869 se ejecutaron o propulsaron en el marco del llamado «bienio progresista» español, entre 1854 y 1856. La obra de Cerdà «se sitúa en una generación liberal propia de la Ilustración, la cual, a mediados del siglo XIX, vivió una época modernizadora» (Magrinyà, 1990: 23). El plan que se considera su sucesión en términos de ambición y alcance será el Pla Macià de 1933, promovido por el GATCPAC durante el efímero gobierno de Companys entre 1936 y 1938 (Grau, 2009).

Tanto los mentores higienistas como los arquitectos e ingenieros que elaboraron los planes de Reforma Interior de Barcelona, o los recientes PERI (Plan Especial de Reforma Interior), se adscribían a corrientes racionalistas, liberales y progresistas sin que esto resultase óbice alguno para contemplar la importante destrucción de tramas urbanas, que amenaza con la liquidación de la cultura y modus vivendi de sus poblaciones. Todo ello promovido con la inercia de la persecución, estigmatización y criminalización de la población del barrio.

Será fácil reconocer la influencia de Luigi Ferrajoli en gran parte de este trabajo, puesto que el título de este apartado se sirve de uno de sus textos más conocidos (2008*a*). Para lo que aquí se quiere apuntar, sus análisis jurídicos son extremadamente oportunos. Su exigencia del garantismo para deslegitimar prácticas jurídicas en marcos democráticos que puedan lesionar el derecho de individuos categorizados ideológicamente como contrarios al orden legal (2008*b*) resulta idónea para las argumentaciones que aquí se expondrán.

En este contexto, se propone como marco interpretativo la creación espuria del *enemigo interno*. Siendo aún más significativo que este *enemigo interno* no se identifica exclusivamente por sus prácticas, sino por su localización territorial (López Sánchez, 1993*a*), es decir, en el caso que nos ocupa, el llamado «Barrio Chino» de Barcelona. Me centraré en las justificaciones a las intervenciones urbanísticas propuestas o llevadas a cabo durante los periodos «democráticos» estudiados,[1] cuando el poder político recae en partidos socialdemócratas y republicanos, tanto en Madrid como en Barcelona

1 Como se sabe, la historia de la Segunda República española se divide en cuatro fases: gobierno provisional (1931), «bienio reformador» (1931-1933), «bienio negro» (1933-1936) y gobierno del Frente Popular (1936). Durante el primero, se redacta la Constitución de 1931, la base jurídica del nuevo régimen. Durante el bienio reformador, el gobierno de izquierdas, con una clara voluntad transformadora, se plasma en varias modificaciones de ámbito político, militar, económico, social, cultural, etc. Durante el bienio negro toma las riendas la derecha, reacción conservadora, con la paralización de dichas reformas. Finalmente, con el advenimiento del Frente Popular, las izquierdas recuperan el poder y se reinicia el proceso reformista inaugurado en 1931. Para el estudio de esta época, me ocuparé del bienio reformador y, sobre todo, de la etapa posterior a la llegada del Frente Popular al poder, en abril de 1936, a la retirada republicana en enero de 1939. El siguiente periodo estudiado empieza con las primeras intervenciones urbanísticas de 1988, en el marco de llamada «restitución democrática», a partir de 1976. En ambas etapas, los centros de poder políticos eran comandados por partidos socialdemócratas.

(1931-1939 y 1988-2010), dando lugar así a una interpretación contrastada de los presupuestos anunciados.

Pues bien, durante el gobierno republicano de la década de 1930, emerge una contradicción entre los discursos y las prácticas de los mandatarios catalanes. Es posible realizar esta afirmación suscribiendo los análisis de Ealham (2005*a*) y López Sánchez (1993*a*), así como siguiendo lo que se deriva de la exhaustiva investigación de José Luis Oyón (2008) sobre la vida cotidiana de los obreros y las estrategias de gobierno previas a la Guerra Civil. ERC (Esquerra Republicana de Catalunya), en la oposición, resultaba una fuerza política y social progresista y antimonárquica, incluso radical, que acentuaba la importancia de la «libertad». Por otro lado, en su práctica de gobierno, ERC no consiguió separarse de la histeria por la consecución del sueño de las clases medias sobre un mundo ordenado. Esta aparente contradicción axiomática será recurrente —y así será mostrada, según corresponda— en cada uno de los dos periodos estudiados.

La invención del Barrio Chino como territorialización del «mal»

> *El mito de Barrio Chino fue la culminación de cuatro décadas de inquietud de la élite acerca de los nefastos efectos de la urbanización sobre el egoísmo, la criminalidad, la inmoralidad y el alcoholismo; constituía una reformulación del discurso de las «clases peligrosas» de la década de 1880, uno de los lenguajes más antiguos y de largo alcance del poder encapsuldo en un profundo pesimismo acerca de las consecuencias de la urbanización.*
>
> Chris Ealham (2005*b*)

Debió de ser durante los primeros años de la década de 1920 cuando, un buen día, el barrio de Drassanes (o Atarazanas), situado en lo que entonces se conocía como «Distrito V.º» y actualmente como «Raval», amaneció rebautizado como «Barrio Chino». Al calumniante nombre se le atribuye hoy en día la paternidad de dos cronistas barceloneses de la época: Paco Madrid (según Villar, 1996) o Àngel Marsà (según Huertas, 1979). En ambos casos,

se imputa el calificativo a las afinidades que creían encontrar los citados autores entre la vida en el antiguo barrio de Drassanes y lo que, al parecer, debieron de ver en películas hollywoodienses o leer en reportajes periodísticos sobre los *chinatown* de San Francisco o Nueva York (Theros, 2009).

La historia del Barrio Chino debe contemplarse de manera escindida y basándonos en dos distintas fuentes: la primera de ellas es la que se desprende de la ingente historiografía que retrata una zona eminentemente obrera y poco proclive a la mansedumbre. La segunda fuente provendrá de la (re)construcción social de un simbólico —y por tanto efectivo— «territorio del mal».[2] En términos parecidos se expresa Henri Lefevbre con relación a la dualidad intrínseca de la ciudad. En este sentido, podemos entender aún más hasta qué punto esta escisión del relato sobre el Barrio Chino da buena cuenta de su sentencia, según la cual la ciudad es un espacio de oportunidad, juego y liberación y, al mismo tiempo, para otros, es un centro para el poder, el control y la represión (Lefebvre, 1991).

Cien años después de la pronta e intensa industrialización del Raval desde el primer tercio de siglo XIX, la ciudad alcanzaría el millón de habitantes, caso insólito en todo el Estado. En este contexto —como ya se ha comentado anteriormente— el barrio se densificó de manera extraordinaria. El Raval seguía, a pesar de los planos de Cerdà y los de Baixeras o Jaussely, en un proceso irregular de urbanización al que especuladores inmobiliarios y propietarios se habían conjurado.

> *Desde mediados de la década de 1920 en adelante, una serie de analistas sociales, periodistas, médicos, historiadores, autoridades locales, grupos empresariales y sindicales reformistas líderes empezaron a hablar de una nueva parte de la ciudad: «el Barrio Chino».*[3]

2 De hecho, es común encontrarse con epítetos parecidos a la hora de referirse a los barrios obreros. Sirva como ejemplo la descripción de un barrio proletario de una ciudad que tantas veces se ha comparado con Barcelona: Manchester. En este caso, el autor Carlyle escribe: «¿Es un mundo reverdeciente y florido, creado y gobernado por un Dios, o es un sombrío e hirviente infierno lleno de vapores de vitriolo, de polvaderas de algodón, de batahola de borrachos, de cóleras y de horrores del trabajo, creado y gobernado por un demonio?». Citado por Engels (1980*a* [1845]: 182).

3 Véase Ealham (2005*b*: 374).

El Barrio Chino fue quizás uno de los mitos que podemos encontrar en las explicaciones del paulatino abandono de las clases industriales y gestoras de sus viviendas en el Raval. Los propietarios industriales, por ejemplo, comenzaron a irse del barrio a finales de siglo, en busca de mejores fuentes de energía y de un mejor y más estable control sobre *sus* obreros (Artigues, 1980: 45). Era ésta la época en la que se lo conocía como «Distrito V.º», uno de los once en los que estaba dividida la ciudad antigua. El puerto demandaba continuamente fuerza de trabajo, que era provista desde la zona que se encontraba en las proximidades del cuartel de Atarazanas (Drassanes). Alrededor del puerto y de la importante concentración de trabajadores, marinos y soldados, se fue constituyendo toda una típica infraestructura de área portuaria del momento, con tiendas, pensiones, bares, bodegas, restaurantes y lugares de ocio. La preparación de la Exposición Internacional de 1888 atrajo a nuevos pobladores, sobre todo del resto del Cataluña.

En medio de estos cambios, el Raval se erigió en un importante centro de atracción para todo tipo de activistas políticos, entre los que destacaban los anarquistas (McDonogh, 1987: 175; Oyón, 2008: 8). La politización obrera se concentraba especialmente en la zona norte del distrito. De hecho, en el Distrito V.º se distinguían diferentes barrios formados alrededor de las parroquias de las que recibían el nombre. Los barrios del «norte» (el este cardinal), los más próximos a la «ciudad nueva» del Eixample, aglutinaban a la gran mayoría de congregaciones obreras, fuertemente activas y que protagonizaron buena parte de las revueltas reseñadas en páginas anteriores. La mayoría de asociaciones de trabajadores —en las épocas en que estaban permitidas— se mantuvieron allí, hasta la ocupación franquista de la ciudad el 26 de enero de 1939.

Mientras, la zona del barrio más próxima al mar seguía siendo un lugar de entrada y expulsión de los habitantes; fiel a su tradición portuaria y fronteriza, se erigía como refugio de cada más vez más personas, perseguidas o huidas. Juli Vallmitjana dejó escrito que la mayoría de individuos con los que había tratado en el barrio, cuando no estaban en prisión, vivían alrededor de la calle Migdia (Vallmitjana, 2004 [1910]: 45). Este ambiente propició la configuración de un imaginario caracterizado por la vida portuaria, la pobreza, la irreverencia moral y el crimen, que llegaría hasta prácticamente nuestros días. Un militante anarquista de la época describe la zona de la siguiente manera:

Quanta desgràcia i dolenteria s'hi manifestava en el viure d'aquella grípia de quinzenaires, d'anormals, tarats hereditaris i de pudallots, marcats pel presidi, que aquests eren els reventa-pisos, professionals del traslado! (Llavors no abundaven els atracadors.) Aquests vivien en el seu ambient dintre el fastigós pati de la Gardunya; aquella era la púrria que, amb tot l'aplom i fent ganyota de riure, assegurava en llurs converses que sentien el trobar-se de pas, però que forçosament havien de tornar al presidi perquè hi havien «deixat la cullera». Era la carn de presó que, en recobrar la llibertat, anava en munió a arrecerar-se darrera el baluard i les reixades casernes de les Drassanes que, pel fet d'ésser l'indret del ranxo sobrer i de la soltera joventut uniformada, en tot temps retingué al seu entorn perduts vagabunds i prostitutes.[4]

Al parecer, descripciones por el estilo eran comunes en la época (tal y como recogen McDonogh, 1987: 176; Ealham, 2005*b*; Villar, 1996; Huertas Clavería, 1979). Por este y otros motivos, la zona de Drassanes fue conocida en Europa como una especie de *distrito rojo*, que servía tanto al puerto como a la sociedad burguesa. Los clubes y burdeles se situaban en el Paral·lel, el centro en aquel momento del mundo del teatro y cabaré barcelonés, cosa que coadyuvó a incrementar su reputación. Mientras la población obrera cualificada que se lo podía permitir hacía todo lo posible por abandonar el barrio de Drassanes, las imágenes extremas de vicio atrajeron a escritores, reformadores sociales e higienistas (McDonogh, 1987: 176).

Los años previos a la República convocarán a autores —especialmente franceses del momento—, como Paul Morand, Pierre Marc Orlan, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Georges Bataille y, algo más tarde, André Pieyre de Mandiargues. Aunque quizás el autor que más ahondó en la vida del barrio de Drassanes fuera Jean Genet con su *Diario del ladrón* (Castellanos, 2002, 2005; Vázquez Montalbán, 2004). La lectura romántica e idealizada provocó, en su momento, fuertes críticas de los autores y pensadores catalanes (McDonogh, 1987: 180).[5]

4 Véase Salut (1938: 74).

5 Emili Salut, vecino del Raval, clamaba sobre la literatura sobre «el Chino», que había «falsejat per certs escriptors que l'ha presentat com un racó del Port Vell marsellès» (Salut, 1938: 78).

La exploración del barrio de Drassanes, durante los años veinte, por parte de cronistas, literatos o poetas hará proliferar aún más su aura de misterio, romanticismo, pobreza y perversión. Será en estas publicaciones donde se empezará a hablar del «Barrio Chino». También se lo comparará con el puerto de Marsella, y su vida bohemia, con la del barrio parisino de Montmartre.

En la década de 1930, el Barrio Chino resume lo que era atractivo y a la vez repulsivo para la burguesía que controlaba la ciudad. Por un lado, se presentaba como una zona de «vicio y de placer», especialmente para los hombres. Por otro, los reformistas, tanto de izquierdas como de derechas, lamentaron la alta tasa de mortalidad, las condiciones de vida deficientes y las «escuelas para el vicio» del barrio, y pidieron su erradicación (Salut, 1938: 78).[6]

Paulatinamente, desde principios del siglo XX, y sobre todo después de la Primera Guerra Mundial, el barrio irá perdiendo su estatus de distrito industrial. Los centros obreros se trasladarán a los nuevos suburbios populares y las segundas periferias (Oyón, 2008: 44-49). La zona comenzó a sustituir, literalmente, las fábricas por cabarés.[7] El ambiente de la época, de libertad, heterogeneidad, diversión y opulencia hicieron que Barcelona fuera conocida

Para Capdevila, era una burda adaptación del escenario parisino: «La perversitat, les aberracions sexuals, el sadisme, els paradisos artificials, tota la requincalla literària traduïda del francès ha caigut damunt aquest barri per mans de quatre nois que, més que viure a Barcelona, feia l'efecte que vivien a la lluna» (Capdevila, 1975: 28).

6 Las descripciones realizadas por dirigentes políticos liberales de izquierdas, conservadores, franquistas e incluso algunos autores de adscripción anarquista coincidían de manera pasmosa y llegaban a utilizar idénticos epítetos. Así, el llamado «médico del pueblo» y primer alcalde republicano, miembro de ERC (Esquerra Republicana de Catalunya), hablaba de la «erradicación de las escuelas del vicio» y de «la perversidad del distrito» (Aiguader i Miró, 1929). Emili Salut, como otros anarquistas, asociaba la «perversión moral» que describía a la adopción de costumbres burguesas refiriéndose así a las calles del barrio de Drassanes: «[…] un autèntic poble espanyol de carn i ossos, barrejada entre l'abundant prostitució que vegetava entremig d'una fosca vida de trampa i de delinqüència» (1938: 77). O, como se recoge en el boletín franquista de la propiedad urbana de 1943, en el que se anuncia «la demolición del llamado barrio chino […] los edificios ofrecen un aspecto desastroso […] por el nidero de inmoralidad que, en su vivir inexplicable, ofrece la masa humana que los habita» (De Otero, 1943).

7 Algunos de los centros de ocio y diversión más importantes de esos años, se establecieron precisamente en naves industriales abandonadas. Tal es el caso del famoso *dancing club* La Criolla, situado en el barrio de Drassanes (Villar, 1996; Huertas, 1979; VV. AA., 2004).

también como «el París del Sur». La situación de neutralidad en la contienda bélica, como ya se ha avanzado, caracterizó aún más el barrio de Drassanes como lugar de refugio de fugitivos, desertores o presidiarios. Con ello, se estimularon actividades de ocio ilegales que, debido a su alta demanda, requerían que se importase mano de obra. En este sentido, se incrementó el tráfico de drogas, especialmente de cocaína y opio, así como las apuestas ilegales (Villar, 1996).

Esto coincide en el tiempo con la *época del pistolerismo*. Se estableció un mercado negro de armas, accesible y barato. Por un lado, los temores a los atracos y, por el otro, a los sabotajes a las empresas favorecieron la multiplicación de grupos armados a sueldo de los empresarios.

Éstos fueron algunos de los elementos que alimentaron el mito del barrio de Drassanes como el de los bajos fondos y por ello sería bautizado como «Barrio Chino». Sin embargo, el mito obviaba un par de cuestiones importantes. En primer lugar que, evidentemente, en el Raval e incluso en el ya infamado barrio de Drassanes, existía una importante estratificación social y económica. No se trataba ni mucho menos de un mundo homogéneo habitado exclusivamente por «gentes del hampa y del mal vivir». Como nos recuerda Oyón (2008), allí aún vivía un importante contigente de población obrera, además de pequeños artesanos, comerciantes, propietarios de locales, fincas o pensiones, que compartían territorio. En segundo lugar, no hay que olvidar que lo que fuera el Barrio Chino se alimentaba profusamente de la población burguesa que se servía del barrio como lugar de excepción moral (Castellanos, 2002; Huertas, 1979).

Hay que añadir a este boceto del barrio un elevado grado de corrupción policial, ya desde finales del siglo XIX. Por entonces, la policía estaba implicada en numerosos casos de contrabando de armas, prostitución, juego ilegal, tráfico de drogas y otras actividades delictivas. Según recoge Pedro Trinidad Fernández (1991), con el cambio de siglo, *Policía Española* —revista profesional del cuerpo policial— señalaría que la principal actividad de la policía de Barcelona fue la «producción de ciudadanos inocentes» —y, por tanto, paralelamente, culpables— y que la erradicación de la delincuencia sólo podía lograrse después del encarcelamiento de un importante número de policías de la ciudad.

Refugio del «enemigo interno». La etiqueta de «clases peligrosas» para los habitantes del Raval

En este sentido, el espacio social, especialmente el de Drassanes, era compartido por criminales profesionales, élite industrial, pequeños delincuentes o traficantes, así como también las clases medias; todo ello libremente mezclado en el ambiente prostibulario callejero, en las tabernas, casinos, burdeles, cabarés o en los *dancing clubs*.

Con todo, el Raval continuaba siendo un distrito de clase obrera. Las estadísticas de la época (recogidas por Artigues, 1980; McDonogh, 1987), y trabajos posteriores más precisos (Pascual Esteve, 1981; Tatjer, 1998; Oyón, 2008), señalan que el Raval concentraba, a principios del siglo XX, más de una cuarta parte de la población proletaria de toda la ciudad. Éste fue el escenario también de las grandes revueltas de principios de siglo. Dicha conjunción de elementos generaba mucha inquietud entre las clases medias, ya asentadas en la ciudad nueva del Eixample. La localización del Liceo —el teatro de la ópera de Barcelona y santuario de las élites barcelonesas— en la Rambla, o de los centros administrativos u oficinas de negocios en la Via Laietana, aumentaba aún más la sensación de riesgo por parte de esta población. La confrontación entre los *hombres de orden* y lo que se englobaba bajo el calificativo de «clases peligrosas» estaba —como se ha descrito en el apartado anterior—, años antes a la llegada de la Segunda República (1931), en uno de sus momentos álgidos. En este sentido, el temor no sólo se centró en el crimen, los sabotajes obreros y las huelgas. Se apuntaba al barrio de Drassanes y, por extensión a todo el distrito —hasta nuestros días—, como territorio prohibido y residencia de estas «clases peligrosas»; es decir, una indefinible y por ello más efectiva manifestación del mal.

En este punto, resulta muy sugerente pensar cuál puede haber sido el motivo central para la agrupación, en el imaginario externo sobre la zona, de todos los barrios que conformaban el Distrito V.º bajo un solo nombre. Esta división administrativa estaba constituida por cantidad de barrios poblados por clases industriales, obreras o populares, entre otros: el barrio de Sant Antoni, el del Pedró, el del Carme, el de Betlem o el de Drassanes, que

era el conocido, efectivamente, como «Barrio Chino». El hecho de llamar Barrio Chino a todos estos barrios puede tener que ver, entre otras cosas, con una confusión más o menos deseada por parte de la burguesía sobre su definición de «clases peligrosas». David Harvey, en su estudio sobre París, destaca que se confundían, de manera sistemática, lo que eran las «clases industriales» con lo que los marxistas llamaban *lumpenproletariat*, categorizando ambas como «clases peligrosas», lo que permite hacerse la pregunta de cómo, siguiendo qué procesos y con qué expectativas, se hace de una particularidad una generalidad (Harvey, 2008*a*). Para el caso de Barcelona, el mismo López Sánchez alertaba a propósito de esta confusión, señalando la posibilidad de que su sustantivación diera cuenta de intereses convergentes entre grupos de obreros y/o de pobres:

> *En los escenarios conflictivos [...] aparecen a menudo, confundidos, en el lado de la disidencia, pobres y proletarios; también, y otras veces, enfrentados entre sí. Parece oportuno, por lo tanto, no dejar de lado esa probable convergencia de las clases trabajadoras y de las clases peligrosas, aunque se pretenda, en último extremo, arribar a discernir las claves del antagonismo. De esta manera, redundamos que esos dos exponentes del agonismo social que son la ingobernabilidad y el antagonismo presentan, a menudo, unas fronteras demasiado tenues.*[8]

Pues bien, esta concentración de sectores pobres junto a clases trabajadoras recibió, nuevamente, a población procedente de otras zonas del Estado, en respuesta a la Exposición de 1929. El territorio se consolidaría, entonces, como lugar de paso. Trabajadores del puerto y, en general, lo que se ha venido a llamar «picaresca proletaria» habitaban la zona portuaria y disfrutaban de una bohemia obrera en sus bares y cabarés (Villar, 1996). De nuevo, y si cabe con mayor énfasis, la expresión de «la vida dura» de «tipos rudos» y de la presencia en las calles de prácticas económicas de subsistencia se añadieron a la producción de *pánicos morales* sobre el barrio (McDonogh, 1987).

8 Véase López Sánchez (1993*b*: 108).

Para no describir el Raval como un lugar de miseria y desesperación, cabe insistir en que, contrariamente al mito, a la leyenda del Barrio Chino y a la representación de la zona como extraterritorial y rebelde, había un orden social y cultural: «que era una práctica de la clase obrera áspera, agresiva y asertiva. Fue esta cultura antagonista la que llevó el terror al corazón de las élites urbanas» (Ealham, 2005*b*: 383). Gary McDonogh (1989) desmiente este temor. Según él, el miedo de las élites barcelonesas respecto al Barrio Chino tenía que ver con quién controlaba el territorio para que ellos pudieran seguir manteniendo sus privilegios de acceso a la zona. Ese escenario era precisamente el que temían las «buenas familias de Barcelona» y que colaboró aún más en la estigmatización del lugar como residencia de «clases peligrosas» (Antillano, 2002; Borja, 2006).

Pues bien, va a ser en este contexto en el que se va a producir el imaginario de zona desterritorializada y se va a instituir el mito del Barrio Chino. Este mito —en el que más adelante profundizaré— servirá a las autoridades municipales políticas y económicas para elaborar y justificar los contundentes planes de intervención urbanística y punitiva hasta nuestros días. Las más determinantes actuaciones públicas contra «el barrio chino» se llevarán a cabo a partir de ese momento.

La incomprensión del «mal». Los liberales contra el Raval

Tal y como se ha señalado en las páginas anteriores, los reformistas o higienistas formaban la vanguardia política de los partidos liberales de izquierdas, y en estos presupuestos, así como en los relativos al orden y la seguridad, coincidían con los conservadores (Ealham, 2005*a*: 141).

La influencia de la criminología hegemónica de Lombroso de finales del siglo XIX[9] permitía racionalizar y legitimar estas diatribas contra los habitantes

9 Cesare Lombroso elaboró una criminología que influenció sobremanera las políticas criminales europeas desde finales del siglo XIX. Incluso hoy podemos oír todavía los ecos de sus presupuestos. Simplificando mucho, se trata de identificar las características del *hommo criminalis*. En este sentido, Lombroso centraba su análisis en un rígido «determinismo biológico» como causa

del Distrito V.º (Maristany, 1974). En este contexto, durante la década de 1920 y principios de la de 1930, la ideología urbana colaboró en la formación de un discurso sobre el mal que hundiría sus orígenes en la época preindustrial y se situaría en el barrio portuario. Igualmente se establecen los motivos principales: delincuencia, prostitución, enfermedades, pobreza, miseria y el peligro potencial de reproducción de esta situación (McDonogh, 1987: 178).

Esta convergencia entre higienistas liberales y moralistas conservadores alimentará la prensa sensacionalista y generalista de la época, mitificando el lugar como la «sede del mal». Las élites dirigentes colaborarán de diferentes maneras en esta construcción mitificada. Ésta se valdrá de cierto discurso periodístico, que a su vez impregnará el académico y literario, estableciendo una relación impensada entre el distrito obrero y el caos.

Los cronistas más prolíficos de ese momento son Paco Madrid y Àngel Samblancat. Este último, definido como republicano radical, coincidiendo en la descripción apocalíptica del barrio proponía como soluciones «la justicia social, la reforma y el castigo a los poderosos» (McDonogh, 1987: 179).

Paco Madrid (uno de los autores a los que se atribuye el bautizo de Drassanes como Barrio Chino), periodista politizado y asesor de Lluís Companys, consideraba esta barriada no sólo como un lugar de denigración humana, sino también como un hervidero de iniciativas y de acción política. Esta postura también sería adoptada por el alcalde republicano Jaume Aiguader (McDonogh, 1987). Aun así, Madrid dejará para la posteridad su ya conocido reportaje *Sangre en Atarazanas* (Madrid, 1926; Villar, 1996), en el que realizará una de las primeras, más intensas y descarnadas descripciones del barrio. Las «buenas intenciones» reformadoras nacían de un retrato agrio de la zona que él mismo definió como «la úlcera de la ciudad [...] el refugio de la gente mala» y un «inframundo», «una zona prohibida mucho peor que cualquier cosa en Marsella, Génova o Londres» (Madrid, 1925). En la revista *El Escándalo,* donde publicará parte de este reportaje, describirá el barrio como «el de los pecadores, ladrones y matones [...] cueva de delincuentes y otros detritus

principal del comportamiento criminal, aunque tampoco descuidaba otros factores como los psicológicos y sociales. Quizá su obra más conocida sea *El delito, sus causas y remedios*, publicada en 1902. Más elocuentes son aún sus otros títulos: *Los anarquistas, Los criminales, L'homme criminel: atlas* o *La femme criminalle et la prostituée*, publicados entre 1865 y 1906.

sociales». Era, además, «centro de terribles infecciones», «el fondo de una alcantarilla pestilente», con «su olor a pecado y dolor».[10]

Àngel Marsà (otro de los «bautistas» del Barrio Chino) publicaba en la misma revista sensacionalista reportajes descarnados y moralizantes sobre el lugar. Mientras para Samblancat y Madrid, la prostitución, las drogas y la vida desordenada en la calle eran problemas por resolver, para Marsà, era un espectáculo horroroso que describir para escandalizar.

Como se ha avanzado en páginas anteriores, la etiqueta de Barrio Chino se ancló en una fetichización del barrio de Drassanes, dotado de poderes causales que explicarían la destrucción de toda vida moral y física dentro de él. La imagen del barrio no tardó en devenir «sinónimo de inmoralidad y crimen» entre las clases medias, especialmente las de cariz más socialdemócrata, que veían amenazada la pulcritud y respetabilidad de las *clases trabajadoras*. Era así hasta tal punto que algunos círculos anarquistas reproducían descripciones parecidas sobre el lugar, aunque las asociaban —como ya se ha comentado— a los «vicios burgueses» y, en este sentido, a la imposición cultural de estas prácticas «en contra de la cultura obrera y disipando las energías revolucionarias» (Ealham, 2005*b*: 376).

A estas aproximaciones, más o menos politizadas, se unieron más adelante las de autores burgueses que pretendían poner en evidencia las contradicciones que, para los miembros de su clase, representaba el Barrio Chino. La obra de Sagarra *Vida privada* resulta un buen ejemplo de una crítica mordaz a los vaivenes de hombres entre los «barrios altos» y los «bajos fondos». En esta novela, los «hombres de orden» se mezclan con las mujeres en los «tugurios» y burdeles del «Chino». Aun así, los problemas del barrio quedan indemnes, ya que no se realiza análisis alguno sobre sus posibles causas (Sagarra, 1983 [1930]).

Esta imagen ha llegado hasta nuestros días con más vigencia que nunca: un barrio poblado por habitantes inmorales, inmigrantes, vagabundos, prostitutas, insurrectos, violentos y, ahora, «incívicos». Esto ha sido el resultado del mito del Barrio Chino, de su invención. No obstante, como recoge parte de la historiografía citada, el lugar fue «la barriada obrera más vibrante de la

10 F. Madrid en la revista *El Escándalo*, entre 1925 y 1926, citado por Ealham (2005*b*: 375).

ciudad» (Ealham, 2005*b*: 390). Su fuerte densidad de relaciones, su cohesión social, una supuesta inmoralidad que era el resultante del rechazo a la moral burguesa, un cultura obrera dignificada que se presentaba a sí misma como la contraimagen de la cultura de las élites, e impermeable a ella, se encuentra probablemente en el núcleo del odio que se ha volcado sobre su población y aún hoy supura, tanto en los planes urbanísticos más recientes, como en el trato mediático con el que es abordado.

El Barrio Chino, los usos de la leyenda

Siguiendo la argumentación que aquí se está exponiendo, es preciso detenerse en las implicaciones urbanísticas que ha tenido, hasta nuestros días, la construcción mítica de una zona de la ciudad que «parecía gozar de extraterritorialidad».[11] Además, resultará aún más pertinente enriquecer el análisis no sólo con esta producción simbólica del barrio, sino con la de la interpretación de la expansión del imaginario más allá de Drassanes, donde originalmente se fraguó. Por efecto de la sinécdoque, se extendió la infamia en el tiempo y en el espacio, y los límites del infierno alcanzaron, hasta hoy, la totalidad del primer distrito obrero barcelonés: el Raval.

A principios del siglo XX, como ya se ha dicho, se produce la conversión de las Reales Atarazanas en caserna militar, provocando que en el extremo sur del Raval surja un pequeño grupo de cafés, tabernas y pensiones baratas, que vivirían de las estancias de los marineros en la ciudad y de los soldados, que en sus días de permisos, salían en busca de lugares de esparcimiento (Aisa, 2006; Artigues, 1980; Villar, 1996).

Del mismo modo, el Raval es (re)conocido como un vivero revolucionario desde el primer tercio del siglo XIX (Salut, 1938). Gran parte de la población trabajadora vivía y se empleaba en el mismo lugar; a veces, residía en las casas-fábrica de mediados del siglo XIX. Además, las propias condiciones de vida comportaban una elevada densidad de relaciones y una «intensa vitalidad», ejemplificada en los espacios de fiesta , de sociabilidad vecinal (tabernas, bodegas, tiendas de alimentos, lavaderos), equipamientos de esparcimiento y también en el asociacionismo del barrio (Oyón, 2008: 322-341).

11 *La Vanguardia*, 22 de octubre de 1933.

Estos ingredientes —interpretación sensacionalista de una intensa vida callejera y portuaria— permitirán la rápida elaboración del mito del Barrio Chino. Según queda recogido en diversas investigaciones sobre el distrito, los mismos «señores del orden», tanto republicanos como monárquicos (Ealham, 2005*a*: 141), que se ocupaban de propagar el reflejo invertido de la Barcelona burguesa y correcta, no renunciaban a visitar «el Chino» para vivir alguna de sus noches más sórdidas.[12] En este sentido, podría insinuarse que los miembros de las clases acomodadas que vivían en el Eixample y que experimentaban lo *endemoniado* de aquellas noches en los bajos fondos intentaban redimirse a la luz del día, mediante los escritos y crónicas agrias que se publicaban en revistas sensacionalistas como *El Escándalo* o diarios como *L'Opinió* o *La Publicitat,* en los que se divulgaban sentencias del tipo: «Hay que esterilizar completamente» al «enemigo interno» que reside en el «distrito maldito».[13]

En estas expiaciones, encontramos el primero de los pasos de las estrategias de doblegamiento de la población del barrio y de las destrucciones urbanísticas que lo acompañan. Este primer paso, el de la estigmatización, se da enmarañado en una gran inquietud por la irreverencia de las poblaciones obreras y populares del Distrito V.º, cuna de las grandes insumisiones proletarias catalanas desde mediados del siglo XIX.

Como ya se ha expuesto en las páginas anteriores, el barrio de Drassanes, el más cercano al puerto, próximo a la puerta de Santa Mònica, ha sido, como mínimo desde el siglo XVI, un lugar de congregación para una innumerable tipología de personas que vivían en o de la calle: pequeños delincuentes, fugitivos, estafadores, vendedores ambulantes, tahúres o prostitutas (hombres y mujeres) callejeras, además de militantes obreros, parados y anarquistas; todos, eso sí, danzando por igual sobre los lindes de la legalidad burguesa.[14]

12 Encontramos referencias en Castellanos (2002); Da Silva (2002); Ealham (2005*a*, 2005*b*); Espinàs (1965); Huertas Clavería (1979); McDonogh (1987) y Villar (1996).
13 *L'Opinió*, 16 marzo de 1933; *La Publicitat*, 16 de agosto de 1933.
14 Para Foucault, la legalidad es un instrumento del poder, a la que él mismo no siempre debe someterse, y que predispone en función de su mayor efectividad disciplinar. Por otro lado, la basculante definición de lo ilegal y la arbitrariedad de su aplicación abren o cierran el cerco de la población sancionable, en función de sus mismos intereses. En este mismo

No hace falta recordar, además, que estos espejos distorsionados con los que se intentaba dar cuenta de lo que allí sucedía estaban faltos de cualquier validez sociológica. Ni tampoco hacer hincapié en el énfasis exclusivista en las categorías morales que ocultan mostrando; es decir, aún hoy, se descarta una multicausalidad socioeconómica, enmascarándolas bajo una única y esencial variable explicativa, en este caso, una supuesta y generalizada inmoralidad de sus pobladores.

El mito del Barrio Chino era más que un «torrente de desesperación distópica». En realidad, el discurso sobre el barrio serviría a una gran variedad de usos políticos, que se anclaban en torno del centro simbólico y físico del espacio:

> *Sirvió a una gran variedad de usos políticos: era una declaración de la voluntad de las élites urbanas para intervenir en la organización social de la ciudad con el fin de recuperar el espacio simbólico y físico, y formó parte de un proyecto para afirmar el control local sobre las clases trabajadoras, tanto dentro como fuera del lugar de trabajo. En otros términos, el barrio chino era parte de una lucha hegemónica, una forma de ejercer la dominación cultural y la reafirmación de la autoridad del Estado a través de una comunidad desafiante, un arma ideológica conservadora en una «política cultural del lugar».*[15]

La producción de este imaginario servía igualmente, en términos generales, a una intervención estatal para desactivar las profundas resistencias de las clases trabajadoras, sus tradiciones políticas, económicas y su identidad, confrontada con la hegemónica. El objetivo que se vislumbra y que tiene en el Raval un escenario privilegiado es el de imponer allí «la civilización» y crear una nueva geografía moral, que obligue a sus mismos pobladores a renunciar a la confrontación (McDonogh, 1987).

sentido, la noción de «legalidad burguesa» permite establecer cuándo, en qué momento, y en respuesta a qué estrategias de poder se enfatiza la aplicación de la ley sobre poblaciones que se requieren disciplinadas (Foucault, 2003).

15 Véase Ealham (2005*b*: 390). Las citas textuales de Ealham (2005*b*) han sido traducidas libremente por el autor al castellano. Excepto los textos extraídos de bibliografía en catalán (que se mantienen en el idioma original), también el resto de citas en otros idiomas han sido traducidas al castellano por el autor.

Pronto se añadirá un nuevo ingrediente al discurso infamante sobre el barrio, es decir, la condena de la inmigración. Tal y como sucede en la actualidad, las sucesivas oleadas de población, llegadas primero desde el campo catalán (a partir de mediados del siglo XIX) y, poco después, de las regiones colindantes como Aragón, Murcia, Alicante o Valencia (desde principios del siglo XX), van a ir asentándose primero en el Raval y Sant Pere y, posteriormente, en los suburbios populares de Poble Sec o Poble Nou. Los nuevos trabajadores se instalarán en las segundas periferias: Gràcia, Horta o Sant Andreu (Oyón, 2008: 25-38). Estos pobladores van a resultar extremadamente útiles. Y no sólo por su aportación en forma de fuerza de trabajo más barata y, a priori, más solícita. Su valor, de manera parecida a lo que ocurre hoy (Fernández, 2005, 2009), para el caso estudiado, va a establecerse en el uso político de su presencia.

Esta externalización de los problemas sociales convertidos en culturales y, por tanto, esta esquematización y esencialización van a ser de gran utilidad para implementar el abordaje del conflicto social de manera simplista, dividir y enfrentar a la población trabajadora y justificar todo tipo de medidas de excepción, dirigidas a estos grupos de «inmigrantes» de manera efectiva y, a modo de llamada al orden, al resto de población proletaria.

La extranjerización de los problemas locales es un recurso político tradicional. Así, la culpabilización de la «inmigración» —de forma parecida a lo que ocurre con la pertenencia a la vecindad del Barrio Chino— será un tema transversal. Literatos, periodistas, académicos y representantes políticos lanzarán infamantes condenas sobre la población inmigrada.

Para Salut, por ejemplo, era un error llamar «Barrio Chino» al barrio más español de todos «on no agraden els bellíssims cants de la tenora, cosa del tot natural, perquè l'ànima no pot disfressar-se, i era per aquest motiu que aquella gent estimés més el *cante jondo*, els cartells de toros, els *chatos* y els *carajillos*» (1938: 76). Gabriel Alomar, no se sabe si con ironía o no, destacaba la «extracatalanidad» de la vida sexual del barrio: «En la nostra Barcelona, la sicalipsis, la pornografia són extracatalanes, són d'importació francesa o castellana precisament».[16]

16 Véase Alomar (1911) citado por Castellanos (2005: 24).

Desde una postura liberal, la intervención sobre el barrio era más compleja en la medida que debían representar también a los votantes de clase obrera, muchos de ellos residentes en el Raval. Como se mostrará en las siguientes páginas, será necesario convertir en prioridad «el orden público». De esta manera, la coincidencia estratégica estaba servida: si para los conservadores, la mayoría de la población del Raval era susceptible de «alterar el orden», para los republicanos de ERC, por ejemplo, se recurría a la distinción entre verdaderos o falsos, pobres o parados. De esta forma se justificaba, nuevamente para el bien del barrio, identificar, separar, detener y expulsar o encarcelar a aquellos miembros que «contaminaban» el orden público republicano con su actitud de insumisión.

En este sentido, la progresiva influencia que el mito del Barrio Chino iba a tener en constructores, arquitectos, urbanistas, criminólogos o técnicos de la administración implementaría de razón científica y progresista dicho mito. Éste continuó propagándose, también entre círculos obreros, a partir de publicaciones como *El Escándalo*, en las que colaboraban periodistas afines a los partidos socialdemócratas, como Paco Madrid, de quien ya se ha dicho que ejercía de asesor de Lluís Companys. Según relata Ealham a partir de los textos publicados en la revista *Justicia Social,* órgano de comunicación de Unió Socialista de Catalunya (USC), miembro de la misma coalición gobernante que ERC:

> *Para estos socialdemócratas, no sólo se trataba de que los crudos placeres hedonistas del Barrio Chino resultaban una afrenta al sentido que ellos tenían de la respetabilidad del proletariado y la gratificación diferida, también alegaron que sus rivales anarquistas estaban en alianza con «parásitos subterráneos y un lumpenproletariado de "vagos y ladrones profesionales"».*[17]

La confusión acerca de la unión entre anarquistas, parásitos y criminales profesionales —el primitivo y recurrente batiburrillo entre «clases trabajadoras» y «clases peligrosas» (Chevalier, 1978)— facilitó la coalición de grupos para abordar el tratamiento del Distrito V.º. Esta especie de conjura de los

17 Véase Ealham (2005*b*: 393).

bajos fondos, discursivamente, contaba con la gran ventaja de que representaba distintos retos al orden urbano: anarquistas, criminales profesionales, traficantes de drogas, etc., etiquetados todos y amalgamados contra el orden establecido. Se consensuaron hasta tal grado el «diagnóstico» y las «soluciones» relativas al Raval que la intervención institucional pudo llevarse a cabo con cierta impunidad y falta de rigor jurídico (Ealham, 2005*b*).

Es en este sentido que los conflictos políticos y económicos se criminalizaban: se situaba a los anarquistas, por ejemplo, en el mismo plano moral que a los criminales, definiendo la problemática del lugar en términos de orden público. De manera muy similar a lo que sucede hoy —y que analizaré más adelante—, el mito del Barrio Chino brindó la oportunidad de modificar las actitudes populares hacia el papel del Estado, justificando su legitimidad coactiva: simplificando complejas cuestiones socioeconómicas y políticas y reduciéndolas exclusivamente a términos de ley y orden. Se implementaron una miríada de planes de reforma, campañas moralizantes, iniciativas educativas y una represión policial desacomplejada. Con estas medidas se separaba nuevamente a los «verdaderos pobres» de los «respetables», a «los honrados trabajadores» de los «saboteadores». Mientras los «elementos moderados» y «saludables» podían ser recuperados para el sistema, los radicales o degenerados serían presa fácil de actitudes contrarias a la República, sujetos sobre los que había que tomar disposiciones drásticas «de higiene y saneamiento».

Éstos son los ingredientes con que se irá preparando un gran consenso entre las élites políticas, económicas y culturales para intentar ejecutar el que debía ser el primer gran asalto urbanístico al Raval: el Pla Macià.

Las «soluciones» republicanas para el Raval: el Pla Macià y la ley de Vagos y Maleantes

En el contexto que se ha ido describiendo hasta ahora y que López Sánchez define como «deserciones obreras»[18] (1993*a*), caracterizado por una elevada

18 Asaltos a mercados, huelgas generales y de alquileres, prostitutas que ejercían en la calle y una multitud, en aumento, que vivía de desplumar precisamente a los miembros

conflictividad social, se produjo el advenimiento de la Segunda República. En relación con el interés de este trabajo, dos son las acciones que protagonizará el gobierno de la Generalitat de Catalunya que servirán para sustentar la argumentación que aquí se ha elaborado.

Por un lado, la aceptación y aplicación de un nuevo marco jurídico para la fiscalización de la vida en la calle. Se trataba de la ley de Vagos y Maleantes promovida por Luis Jiménez de Asúa, un respetado jurista del PSOE (Partido Socialista Obrero Español). En Cataluña, será Lluís Companys, quien fuera abogado laboralista del mayor sindicato de la ciudad (y del Estado) —la anarcosindicalista CNT—, el que la ponga en práctica, especialmente a partir de 1934, cuando asume el cargo de presidente de la Generalitat. Companys, presionado por la mediana burguesía catalana, atemorizada por las noticias que se producían sobre el barrio y por lo que estamos definiendo como «deserciones obreras», contemplará esta ley como la máxima expresión de la «república del orden» (Ealham, 2005*a*: 118-119).

Por otro lado, se alzaba la propuesta urbanística elaborada desde una clara postura liberal de izquierdas y catalanista: el Pla Macià de 1935. Éste, que se vio truncado por el alzamiento militar rebelde de julio de 1936 y, especialmente, por la ocupación militar desde enero de 1939, fue la propuesta de intervención en la ciudad vieja más ambiciosa desde el Pla Baixeras de 1899. El Pla Macià recibió su nombre por la admiración que profesaba a Francesc Macià —apodado afectuosamente como *el Avi*— el arquitecto Le Corbusier, director encargado del proyecto y que contaba con el apoyo y la colaboración del GATCPAC.

Desde el punto de vista aquí adoptado, estas dos cuestiones serán la aportación democrática, republicana y catalanista a los problemas sociales, de seguridad y orden público para el Raval.

«Garantizar la paz social» y «evitar el poder de las masas en la ciudad»

Lluís Companys se convertirá en presidente de la Generalitat de Catalunya, en 1934, tras la muerte del *Avi* Francesc Macià. Este cargo le llevará a

de las clases medias, que se precipitaban a los bajos fondos a disfrutar de la excepción a la rigurosa moralidad burguesa de la *ciudad nueva*.

enfatizar la «república del orden» y a prometer que tomaría serias medidas contra aquellos que representaban «la negación de la autoridad». Establecerá su cometido como el de «garantizar la paz social» y «evitar el poder de las masas en la ciudad». En el mismo momento, Jaume Aiguader i Miró, el que fuera alcalde de Barcelona conocido como el «médico del pueblo», definiría la función del Ayuntamiento como la «defensa del orden en la calle».[19]

La ley de Vagos y Maleantes de la República será la respuesta republicana a los desórdenes públicos en la calle. La alerta que los partidos conservadores habían lanzado sobre los partidos progresistas, en relación con su incapacidad para reprimir y mantener el orden público, se encontrará detrás de la promulgación de esta ley. Ésta legalizó ciertas prácticas policiales de carácter preventivo. Su objetivo era, siguiendo la criminología hegemónica de la época en el el Estado español, identificar al lombrosiano *hommo criminalis* (Maristany, 1974). Se elaboraba así, nuevamente, una categoría deshumanizadora para separar a los «individuos peligrosos y violentos» y detener «la avalancha del desorden» (Ealham, 2005*a*: 139).

Éste era el interés explícito de la Generalitat: segregar a los «parados respetables de los pobres peligrosos». A la práctica, servía de mecanismo «antinómada» que permitía imponer un orden espacial fijo y represivo sobre los obreros, que respondía a un concepto del orden en el que el Raval emergía «como un espacio ingobernable y peligroso, en el que la chusma asediaba la ciudad» (Ealham, 2005*a*: 141).

Fue en este marco que los partidarios de ERC, así como sus propios dirigentes, cultivaron algunos «pánicos morales» sobre el Barrio Chino. En ellos se describía el lugar como una zona fuera del control oficial. El planteamiento era contundente en este sentido: «Defender la inmoralidad pública de la amenaza de los bajos fondos» (Villar, 1996).

Luis Jiménez de Asúa, su promotor estatal, concibió la ley en el marco de un proyecto modernista diseñado para racionalizar la criminología mediante la introducción de un sistema de castigo más proporcional y medido que, además, comportara más credibilidad a la autoridad del Estado para establecer el orden. Como si se tratase de un «sistema penal del enemigo» *avant la lettre:*

19 Ealham (2005*a*: 118) recoge estas declaraciones que aparecieron publicadas en varios diarios, entre ellos *Las Noticias*, 3 de mayo de 1931 o *El Diluvio,* 30 de mayo de 1931.

Producto de un consenso en torno a la seguridad ciudadana establecido en 1931 entre las viejas élites y las autoridades republicanas, que despojaba a los individuos «peligrosos» y «violentos» de su condición de «ciudadanos auténticos», no merecedores, por tanto, de los derechos civiles y políticos aplicables al resto de la población».[20]

La versión progresista de la represión consitía, precisamente, en la separación del «grano de la paja». La Generalitat republicana acogió la ley con los brazos abiertos, bajo el presupuesto de la necesidad de identificar a aquella población renuente a la «república del orden». Según reconocía *La Vanguardia*, la ley permitiría separar a los parados «peligrosos» de los «tranquilos, para evitar que del fondo de las masas surja espontáneamente la banda de lobos, como en las grandes revoluciones, o el tropel y el rebaño de vagabundos».[21]

Siguiendo la lógica —aún vigente hoy— de forzar a aceptar cualquier tipo de trabajo, se perseguía a los parados, criminalizando la venta ambulante y «limpiando» así las calles de usos «no aptos». En este sentido, se castigaba a los que no encontraban espacio en el mercado laboral capitalista y se acosaba a los afiliados a la CNT y a toda aquella gente que se resistía a entrar en dicho mercado.[22]

El mito del Barrio Chino permitió invocar por parte de un partido como ERC la necesidad de defender la moralidad pública de la amenaza de los bajos fondos. Ya en aquel momento —como ocurrirá nuevamente durante el franquismo y el posfranquismo—, las redadas policiales en bares y «focos de criminalidad» eran algo común.[23]

20 Véase Ealham (2005*a*: 140).

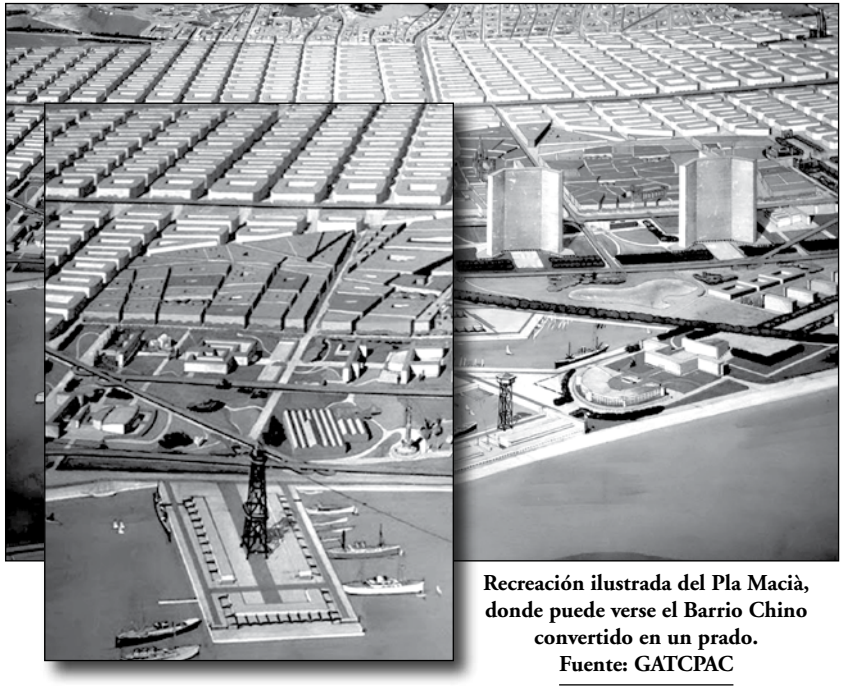
21 *La Vanguardia*, entre agosto y octubre de 1935.

22 Esta lógica es recurrente también en la actualidad. El trabajo de Louis Wacquant recoge investigaciones de otros autores que muestran una correlación positiva entre «el deterioro del mercado laboral» y el aumento de los detenidos, mientras que «no existe ningún vínculo comprobado entre índice de criminalidad e índice de encarcelamiento». Tal y como muestro en el siguiente capítulo, el hecho de estar en el paro no sólo aumenta en todas partes la posibilidad de sufrir una detención preventiva y de mayor duración, sino que, además, por el mismo tipo de infracciones, un condenado sin trabajo es puesto entre rejas con más frecuencia en vez de recibir una sanción administrativa (Wacquant, 2000: 106).

23 Por ejemplo, en 1988, la zona de la extinta Illa Sant Ramon, se mantuvo sitiada por la Policía Nacional durante más de dos meses (entre febrero y abril). Además, se llevaron a cabo bloqueos de calles enteras con la intención de detener, identificar y amedrentar a sus habitantes (véase *La Vanguardia*, 26 de febrero de 1988).

En este contexto de inquietud e histeria que provocaban las imágenes periodísticas sobre el Barrio Chino y el dispositivo represivo que representaba la ley de Vagos y Maleantes, se fraguó la idea de una reforma urbanística radical en el Raval. Sería el conocido plan Nova Barcelona o Pla Macià.

«Podeu creure'm; si pogués ho enderrocaria a canonades»



Recreación ilustrada del Pla Macià, donde puede verse el Barrio Chino convertido en un prado. Fuente: GATCPAC

Con la llegada de Esquerra Republicana al poder en Cataluña, se intentaron abordar la mayor parte de los problemas que sus votantes —algunos de ellos afiliados a la CNT en las elecciones de 1936— consideraban urgentes. Su electorado estaba formado esencialmente por la pequeña y mediana burguesía, propietarios y medianos empresarios. En la atmósfera que se había ido creando alrededor del Distrito V.º, se consideró que una de las primeras acciones

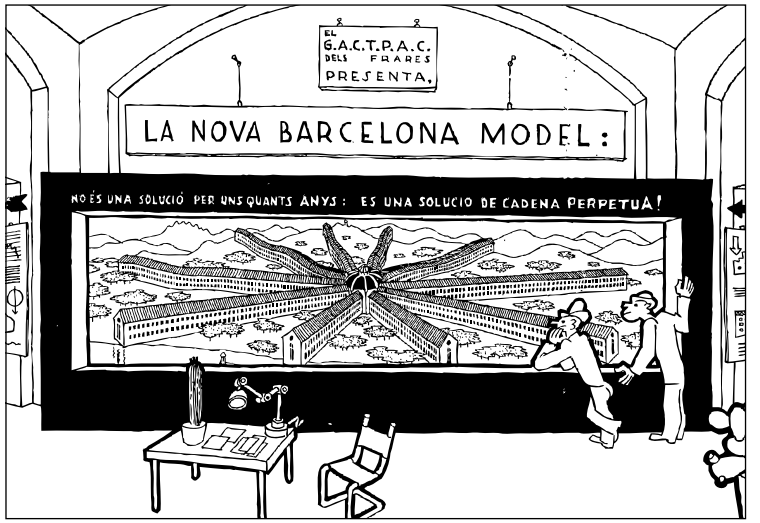


Ilustración satírica sobre el Pla Macià en la revista *El Be Negre*.

del nuevo gobierno republicano debía ser la construcción de una Nueva Barcelona. La convergencia entre las críticas de los movimientos marxistas a la propuesta de una Gran Barcelona —del Pla Baixeras y el de Jaussely— y los pánicos morales sobre el Distrito V.º generaron el contexto del Pla Macià. Redactado bajo la denominación de «la Nova Barcelona» por el GATCPAC (grupo de especialistas y técnicos desligados tanto de la Generalitat como del movimiento obrero), sería Le Corbusier quien lo bautizaría como «Pla Macià». En su primera presentación, el plan incluía los proyectos de la Ciutat de Repòs i de Vacances de Castelldefels, el saneamiento del Distrito V.º, el estudio de un nuevo tipo de edificación en las manzanas del Ensanche, la Casa Bloc, el estudio crítico de las ordenanzas, etc. Todos estos proyectos se incluyen como elementos de detalle del plan de conjunto de la Nova Barcelona. Será la propuesta de intervención urbanísticas sobre el Raval más ambiciosa desde el Pla de Reforma Interior de Cerdà (Tarragó, 1972).

Con ocasión de la exposición del Pla Macià en los subterráneos de la plaza de Catalunya, en junio de 1934, el entonces presidente de la Generalitat Lluís Companys confesó al arquitecto Josep M.ª Sert, asesor en ese momento de Le

Corbusier, el director del proyecto de reforma: «Podeu creure'm; si pogués ho enderrocaria a canonades», refiriéndose al problema del hacinamiento del Barrio Chino (Tarragó, 1972: 29; Ealham, 2005*b*, 2005*a*: 145; Moreno y Vázquez Montalbán, 1991: 87).

Según Salvador Tarragó, el Pla Macià tiene en este comentario del presidente Companys una de sus caracterizaciones más importantes. El otro momento destacable se producirá cuando el ayuntamiento mande retirar un panel de la exposición del Pla Macià que se celebraba en el palacio de Montjuïc, en abril de 1935. En dicho panel se criticaba el proyecto oficial de reforma, urbanización y enlaces recientemente aprobados por el consistorio. Se trataba del Pla Vilaseca que había sido rechazado por miembros del GATCPAC. Éstos pedían que no se llevase a cabo con aquel trazado ni aquellas características. Al parecer, era un plan historicista que recuperaba la abertura de la Gran Vía C propuesta por Cerdà, que debía cruzar el casco antiguo desde la Ronda de Sant Pau hasta el Arc de Triomf. En opinión de los miembros del GATCPAC, la Gran Vía C (parte de la cual es hoy la avenida de la Catedral) era un «error urbanístico». Sería una crítica implacable a las intervenciones más queridas del urbanismo tradicional, calificadas administrativamente como planes de reforma. El Pla Vilaseca, recuperado durante el franquismo y posfranquismo, «es el testimonio de cuál era el sentido superficial y académico de aquellas operaciones de reforma, que nuestro Ayuntamiento aún persiste en llevar a cabo cuarenta años después» (Tarragó, 1972: 29).

Al parecer, la propuesta para el Distrito V.º del GATCPAC era algo más sutil. Se realizó a partir de un estudio general de las condiciones de vida en el barrio. Pretendían demoler zonas degradadas a gran escala y sustituirlas por bloques en forma de meandro para mejorar la calidad de vida y mantener la misma densidad de viviendas. Rechazaron la apertura de calles y las reformas historicistas del Pla Vilaseca; preferían la perforación y el «esponjamiento» (Von Heeren, 2002: 46; Coordinadora contra l'Especulació del Raval, 2004: 300).

Aunque los proyectos del GATCPAC parecían distanciarse de la propuesta historicista, el «diagnóstico» sobre el Distrito V.º era prácticamente idéntico, refiriéndose al barrio como el «cáncer barcelonés»:[24]

24 Recurrente siempre esta metáfora médica para referise al Chino: «Era nada más que un tumor en el vigoroso cuerpo de la bella y progresiva Barcelona. Un tumor infecto y maligno

El Barrio Chino de Barcelona (Distrito V.º), en el que, por imperativos de profilaxis elemental, proponen por primera vez el saneamiento (derribo progresivo) de este cáncer barcelonés. Nos encontramos ya con uno de los puntos fundamentales del «Pla Macià» y que señalábamos en los condicionantes teóricos. Su lectura, así como el que publicamos como apéndice del punto 12, son los elementos clave para la comprensión de la grave importancia de la remodelación urbana para el modernismo racionalista.[25]

Los miembros del GATCPAC, influidos por las teorías que, desde la época de Cerdà, ponían énfasis en la necesidad de facilitar la circulación de vehículos y mercancías, criticaban la propuesta de Vilaseca de la vía transversal (Gran Vía C). Y era precisamente porque «constituirán puntos de congestión que complicarán el tráfico de la Via Layetana y Ramblas». Por otro lado, y siguiendo los mismos principios de mejorar la circulación:

Se ha de resolver la circulación de la ciudad vieja, en el sentido normal al mar, para establecer una mejor comunicación con el Puerto, origen de un tráfico importante. Creemos por tanto acertadas, en principio, la nueva vía normal al mar [actual avenida de Drassanes], situada entre la Rambla y la avenida de Francesc Layret [actual Paral·lel], que se piensa llevar a cabo.[26]

Queda por dilucidar cómo el Pla Macià ejecutaría una abertura en canal del barrio y en qué medida el inicio de la Gran vía B, en la forma de avenida García Morato y, posteriormente, Rambla del Raval, tendría las consecuencias desoladoras que ha tenido sobre la trama del antiguo Raval. Aún con estas dudas, no hay que olvidar una serie de elementos que pueden ayudar a contemplar el «espíritu» de dicho plan. El primero de estos elementos es que no deja de contemplarse el proyecto desde una utopía tecnocrática que será el germen del actual urbanismo. En este sentido, cabe recordar que la máxima del asesor principal del plan, Le Corbusier, era: «Arquitectura o revolución. La

cuya extirpación era preciso realizar. Ahora el Barrio Chino ya no existe. La ciudad se lo ha extirpado por fin» (Paquer, 1962: 9).

25 Véase GATCPAC (1932).

26 Véase GATCPAC (1934) en V.V. A.A. (1972).

revolución puede evitarse», expresión coincidente con las utilizadas tanto en los trabajos cerdanianos como en los haussmanianos. Aún así, las contradicciones existían igualmente dentro del plan. Si bien es cierto que la diagnosis sobre el Raval era coinicidente y las respuestas seguían pasando por «higienizar» o «esponjar», destruyendo trama urbana y patrimonio habitacional, no pueden olvidarse las propuestas de alguno de los arquitectos responsables como Sert, que establecían como premisas la socialización del suelo.[27] Además, siendo la voluntad final «evitar la revolución», se contemplaba la construcción de la Ciutat de Repòs i de Vacances, en la que las «masas obreras» podrían gozar de sus vacaciones y organizarlas de manera autogestionada (FAVB, 2007).

La crítica a unas propuestas para elidir cambios estructurales profundos en términos políticos o económicos, ofreciendo bienestar y confort para la población subalterna, se arraiga en otras que ponen en evidencia el papel de la vivienda obrera, precisamente, para el control de su población, con la construcción de complejos de casas baratas, pensados en términos de cuartel militar, con aquel prepuesto de Jaussely —repito la cita— de construir «científicamente los barrios obreros, para que puedan vivir con comodidad las multitudes disciplinadas». Los presupuestos de la «arquitectura moderna» que propugnaban los arquitectos del GATCPAC contemplaban la *taylorización* de la ciudad y su zonificación en áreas industriales, residenciales o de ocio (Tarragó, 1972: 36). Estos presupuestos urbanísticos conllevan lógicamente la expulsión de población y el reordenamiento de las actividades económicas. Lo que, en el caso de Barcelona y según describe acertadamente Oyón, ha sido un elemento decisivo en lo que él ha llamado «la quiebra de la ciudad popular» (2008) y, por otro lado, en lo que Richard Sennett apuntaba como uno de los elementos claves en lo que definió como «el declive del hombre público» (Sennett, 1978). Para el sociólogo *chicagiano*, la separación de actividades laborales, educativas, de ocio, familiares y comerciales es uno de los motivos que medra al *hombre público*. Lo inhibe del trato con extraños, así como de la cultura urbana, la de la calle, recluyéndolo paulatinamente en el ambiente íntimo o privado. Esta retirada, entre otras consecuencias, produce «analfabetos urbanos», es decir, personas que poco a poco tienen más dificultades para incorpo-

27 Uno de los destacados arquitectos del GATCPAC, Josep Lluís Sert escribía a Le Corbusier: «¡Las cosas han ido bien para nosotros esta vez! Ha sido una buena revancha del fracaso aparente

rar o relacionarse en espacios urbanos típicamente densos, en términos de alteridad. Es en este sentido que la calle, repleta de extraños, se convierte progresivamente en un entorno hostil.

Nunca sabremos qué habría supuesto el Pla Macià o la Nova Barcelona. Conociendo el ambiente hostil generalizado hacia el Distrito V.º, algunos presupuestos de la «arquitectura moderna» y la obsesión, casi histérica, con la que también el gobierno republicano abordó la cuestión —en un clima que ellos mismos definían de «revolucionario»—, cuesta imaginar una intervención en el lugar que no contemplase el intento de arrasar la cultura urbana, sus relaciones sociales y económicas características y, en el fondo, la memoria de una población refractaria al incipiente orden capitalista y burgués.

Para Ealham —uno de los críticos de las implicaciones que debía tener el Pla Macià—, la principal diferencia de los demás proyectos urbanísticos para Barcelona era que éste pretendía ser una utopía urbana tecnócrata de clase media progresista. Las coincidencias entre estos planes y los posteriores serían notablemente similares: «Mantener intacta la estructura económica opresiva y excluyente de la ciudad […] y construir a un tiempo una ciudad jerárquica y firmemente controlada en la que el "cáncer" del desorden desapareciera al aceptar toda clase, su sitio y función en el sistema urbano racional» (2005*a*: 145).

Vázquez Montalbán también hará un referencia velada al Pla Macià, destacando sus contradicciones conceptuales:

> *Ni siquiera puede ofrecerse el referente real de la ciudad socialista, lo que pudo haber sido y no fue, porque finalmente también se vio condicionada por ideologizaciones de la élite, por la desigualdad de uso al servicio de la élite y por la estética de la élite del poder.*[28]

Tal y como recoge Tarragó, las contradicciones se amplían. Al menos en la cuestión relativa a las modificaciones en la estructura económica, la postura del GATCPAC era profundamente transformadora, por no decir, revolucionaria. De hecho, cuesta encajar con la reflexión de Ealham lo que manifestó el

del 6 de octubre de 1934. ¡La revolución puesta en marcha el 14 de abril del 31 no ha sido detenida a pesar de todo». Citado por Tarragó (1972: 36).

28 Véase Vázquez Montalbán (1993*b*).

arquitecto Josep Lluís Sert en el informe sobre el Pla Macià, durante el V.º Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, en 1937:

> *Las condiciones únicas e insoslayables necesarias para la aplicación de cualquier plan urbanístico deben ser: socialización de la propiedad urbana, colectivización de la industria de la construcción y socialización del trabajo profesional de los técnicos.*[29]

Finalmente, el Pla Macià se quedará en papel mojado o, mejor dicho, calcinado. Las tropas franquistas entrarán en Barcelona el 24 de enero de 1939 y se desentenderán de parte del proyecto republicano. Como se relata en el *Boletín de la Propiedad Privada* de 1943:

> *Poco tiempo después de la célebre reforma de Barcelona [por Ildefons Cerdà] en la que gran parte del casco antiguo quedó demolida para formar la Gran Vía Layetana, se tuvo el proyecto de realizar la urbanización a la que nos referimos [la demolición del llamado Barrio Chino]. Muchos inconvenientes se presentaron. Fueron innumerables los que surgieron tanto de procedencia interesada y egoísta como de política y confusionismo. Pero, con todo esto, precisaba terminar, y he aquí cómo durante el glorioso periodo de la Dictadura de D. Miguel Primo de Rivera se constituyó la llamada Comisión de Urbanización y Acuartelamiento, de la que formaban parte elementos del Ejército, del Ayuntamiento y la Diputación, de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana y de otros organismos oficiales. La actuación de la Comisión citada puede decirse que quedó en suspenso al advenir la caída de la mencionada Dictadura, pues nada se hizo durante el periodo de Gobierno que la*

29 Sert, citado por Tarragó (1972: 36), afirmará en dicho informe: «Mientras los alojamientos constituyan la base de negocios y de especulación para el capital privado, y que su construcción y explotación dependan de empresas que no buscan más que un mayor rendimiento de los capitales invertidos, las viviendas en nuestras ciudades no serán decentes, ya que son la más pura expresión de esta organización financiera. […] Sólo podremos empezar la regeneración de nuestras ciudades el día en que el alojamiento se considere como un servicio público de primera necesidad y se realice con las técnicas modernas para satisfacer nuestras eternas o nuevas necesidades. Para alcanzar ese resultado es preciso: a) Liberar el suelo de las ciudades. b) Que el alojamiento sea un servicio público».

sucedió, ni tampoco durante la República y, como es de suponer, ninguna labor se llevó a efecto durante el periodo marxista.[30]

Se insistirá entonces en la necesidad de la Gran Vía B de Cerdà y se criticará la dejadez a la que los gobiernos republicanos, supuestamente, han condenado al barrio. A continuación, se mostrará cómo el nuevo marco político plantea la reforma del Raval.

Los bombardeos como «primer saneamiento urbanístico». La demolición del Barrio Chino

El Pla Macià donava solucions racionalistes i integrades als problemes del barri. Però van ser les bombes de la Guerra Civil les que van fer els primers sanejaments urbanístics al sud del Raval (avinguda de García Morato, avui avinguda de Drassanes).

Ajuntament de Barcelona (2014)

Tal y como se recoge actualmente en la web municipal, en el apartado relativo a la historia del Raval, los primeros «saneamientos urbanísticos» en el sur del barrio fueron realizados por los bombardeos fascistas.

Los sueños que miembros del GATCPAC como Sert habían depositado en el Pla Macià (con sus contradicciones, utopías y distopías) se verán truncados con la derrota republicana frente a las tropas del general Franco, en enero de 1939.

Como ya se ha señalado, la Gran Vía B se pensó para atravesar el barrio del Raval de este a oeste (o de mar a montaña). La intervención propiamente dicha podríamos decir que empieza a gestarse involuntariamente —o no— con los bombardeos que sufrió el barrio de Drassanes (Atarazanas) el 24 de septiembre de 1938 y las incursiones regulares de la aviación italiana entre 1937 y 1938,[31] que destruyeron más de 1500 viviendas de la zona. Aquí, como en Santa Caterina y Sant Pere —enclaves tradicionales del movimiento obrero barcelonés—, que fueron igualmente bombardeadas, se mantuvieron durante

30 Véase De Otero (1943: 16).

31 En total, se calcula que estos bombardeos causaron más de 2500 muertos y una cifra cercana a los 3200 heridos. Véanse Villarroya (1999) y Albertí y Albertí (2004: 40-43).

años los escombros que habían provocado las bombas.[32] En 1943, poco después de reconquistar la ciudad para la oligarquía rebelde, se declaró la demolición de la zona afectada —el Barrio Chino—, planeando una gran avenida que primero se llamó García Morato y, actualmente, recibe el nombre de avenida de Drassanes (De Otero, 1943).

El bombardeo resultará entonces el trabajo inicial de lo que posteriormente se conocería como la «demolición del llamado "Barrio Chino"»:

Seccionó la zona central del viejo Barrio Chino. Las bombas de la Guerra Civil facilitaron el inicio de un proyecto municipal impopular, que se arrastraba desde el Plan Baixeras: la apertura de una gran vía que uniese el puerto con la calle Muntaner, dividiendo el Raval en dos. [...] No pasó de Nou de la Rambla. [En 1965] se destruía el emblemático Arc d'en Cirés, que para mucha gente significaba la muerte del barrio chino [...] ya estaban mutiladas Arc del Teatre y Cid y desaparecen Migdia y Cirés. El famoso Patio de la Mina, lugar concurrido por toda clase de mendigos y bautizado por Paco Madrid como la puerta del Chino era solamente un recuerdo [...].[33]

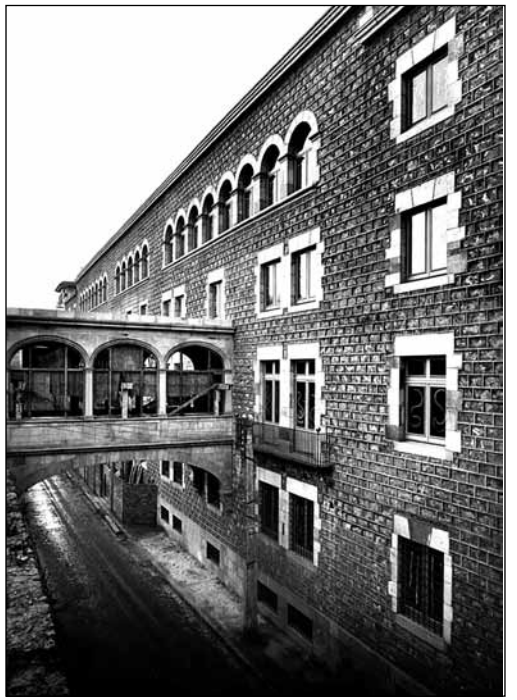
Se destruyeron algunos de los míticos locales que habían alimentado la leyenda del barrio como el «ludibrio de la capital catalana» (De Otero, 1943: 16). Por ejemplo, La Criolla, en la calle del Cid, que «tenía la peor fama del barrio» (Huertas Clavería, 1979: 71), profusamente citada y frecuentada por el personaje de *Diario del ladrón,* álter ego del autor, Jean Genet (1987 [1942]):

Otras bombas habían caído en el Barrio Chino y habían alcanzado algún prostíbulo, matando a rameras y a los hombres que con ellas estaban haciendo el acto. Eso decían. Y los muchachos correteaban por lo alto de los barrancos, a ver si veían algo de todo eso. Pero sólo veían piltrafas nauseabundas, nada más, únicamente.[34]

32 Véanse referencias en Aisa (2006: 315), Teixidor Mallarach (1999), Villar (1996) y Peña (2004).

33 Véase Villar (1996: 255).

34 Véase Huertas Clavería (1979: 71).



Antigua Casa de las Egipcíaques, actual sede del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Además de La Criolla, las bombas acabaron con el cine Potaje y el Colón. Y también con el cine Argentina, que se encontraba en la que ahora es la plaza de Salvador Seguí, actual nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya, en el cruce entre Robador y Sant Pau, en cuyo solar se hallaba, hasta finales del siglo XIX, la Galera, la antigua prisión de mujeres que posteriormente sería convertida en una escuela (Salut, 1938).

Esta transformación me resulta un ejemplo insuperable del uso que se le ha dado al barrio del Raval y querría detenerme un instante a explicar su origen. Se sabe que la cárcel de mujeres se construyó cuando se trasladó el monasterio de las Egipcíaques, antigua Casa de Mujeres Arrepentidas. De hecho, el nombre provenía de María Egipcíaca, que había sido santa después de pecadora. Tal y como nos explica Roger Benito:

> *Fue fundado en 1409, aunque hay fuentes que dicen que fue un año después. Un cartujo de Mallorca, Francesc de Valldemosa, fue quien compró unas casas al lado de la calle d'en Canyet, hoy llamada Egipcíaques, para construir un centro asistencial bajo la advocación de Santa María Egipcíaca.*[35]

35 Véase Benito Julià (2008: 17).

La antigua Casa de Mujeres Arrepentidas es la actual sede del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). No sería hasta el año 1671 cuando el monasterio inició la tarea de «recoger», o recluir, y de esta manera redimir y llevar por buen camino a las mujeres que vivían de la prostitución en la zona:

> *Este centro tenía la finalidad de recoger a las mujeres públicas que quisieran abandonar su vida. También se recogían huérfanas, a las que se les imponía una serie de normas de conducta, comida, dormir, oración, como si se tratara de un auténtico espacio conventual.*[36]

A principios del siglo XVIII, el monasterio de las Egipcíaques se trasladará, evento que comportará que las recluidas pasen de la calle de las Egipcíaques al nuevo edificio que será cárcel de mujeres. Víctor Balaguer y Manuel Tello (1987 [1888]) destacan que en la calle d'en Robador, en el cruce con Sant Pau, sobresalía un gran edificio:

> *El grande edificio que se ve formando esquina con la de San Pablo es la Casa Galera o Penitenciaría de mujeres. Erigido en 1709. En 1800, se instaló una fábrica de hilado en cuyo trabajo se ocupaban las penadas. Es de suponer que de ahí venía el nombre de Casa Galera, es decir, un lugar donde se castigaba con trabajos forzados a las condenadas.*[37]

Pero poco después, a principios del siglo XX, las penadas serán trasladadas a la nueva cárcel de mujeres de la calle Reina Amàlia, derribada por los anarquistas a principios de la Guerra Civil. Durante ese tiempo, antes de la destrucción de esta sede de la antigua penitenciaría por parte de la aviación fascista italiana en 1938, fue reciclado como escuela municipal. Hasta 1900, todavía funcionaba con el cartel de «Escuela Pública Municipal». El nombre de la prisión-escuela se mantuvo,

36 Véase Benito Julià (2008).
37 Véase Balaguer y Tello (1987 [1888]: 242).

... perquè era un edifici de miserable arquitectura, de parets llises i finestres amb solidesa i reixes de ferro; durant dos-cents anys havia estat una presó de la ciutat. Sembla que al segle XIX alguna autoritat va determinar que aquella antiga presó havia de servir ara d'escola [fins i tot] encara prestaven servei en el pis superior, on es guardaven les velles armes i els uniformes del «cos de veteranos».[38]

Poco después de la guerra, se demolerá la caserna de Drassanes y el Teatre-Circ Barcelonès. Se añadirá todo a las destrucciones de las bombas y la Gran Vía B pasará a llamarse avenida García Morato (actual Drassanes). El plan se expone en 1943 en el citado *Boletín de la Propiedad Urbana* de la siguiente manera:

El proyecto va a ser puesto en práctica, y no se tardará en ver a la piqueta demoledora cómo hace desaparecer lo que es el ludibrio de la capital catalana. Esta reforma total del Distrito V.º tiene como principal y favorable consecuencia la apertura de una nueva avenida, a la que piensan llamar García Morato, dedicada a la memoria del famoso aviador. La citada avenida partirá desde lo que fuera Atarazanas, y desde donde está instalado el Museo Marítimo, hasta la calle del Conde del Asalto, conocida vulgarmente por calle Nueva. Esta realización de obras, y principalmente la apertura de la citada avenida, hará que desaparezca el por desgracia muy conocido «barrio chino», lugar donde la maldad y la porquería tenían su asiento y en el que la gente del hampa y del mal vivir tenían montado sus garitos, prostíbulos, tascas indecorosas, y en cuyo barrio también se confabulaba lo más pernicioso de la sociedad para arremeter contra el orden, la tranquilidad, la paz y el trabajo de Barcelona.[39]

El gobierno franquista recuperará el Pla Vilaseca de 1934 —tan criticado por los miembros del GATCPAC— y lo modificará un poco. Oficialmente, iba a ser la desaparición del barrio de Drassanes. Se rompería el tejido urbano del viejo Raval y se «sanearía», el «perverso Barrio Chino» (Huertas, 1979: 66). Se abrirá la avenida de la Catedral (siguiendo lo que debía ser la Gran Vía

38 Salut (1938: 23).
39 Véase De Otero (1943: 16).

C de los planes de Cerdà) y la García Morato (los inicios de la Gran Vía B), edificándose entonces una parte de la Comandancia de Marina (Von Heeren, 2002: 47).

La prensa del momento recibió el plan con entusiasmo:

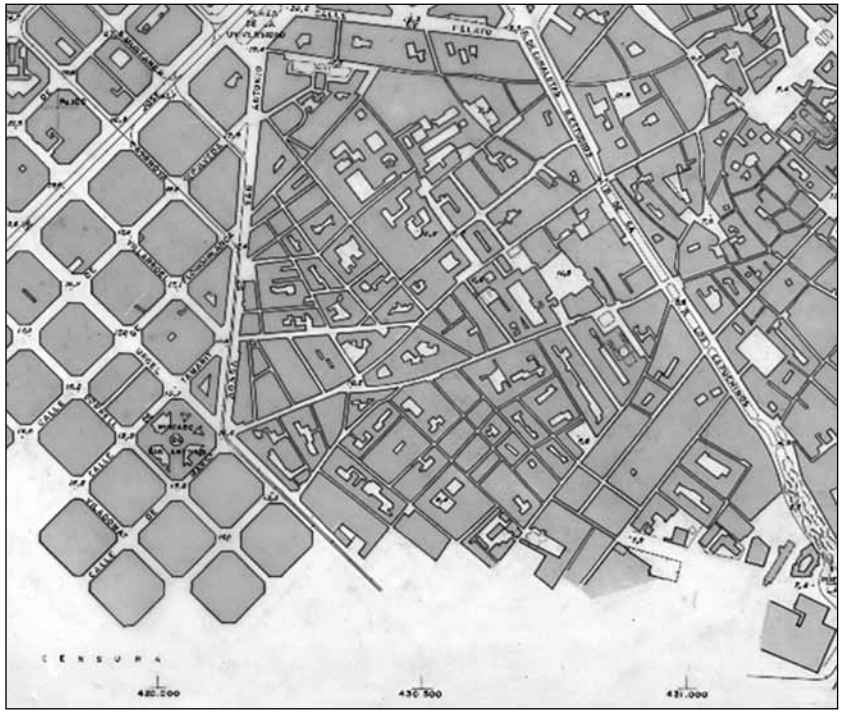
Barcelona se trasforma. Ya es una gran ciudad moderna. Ya es un pueblo limpio de determinadas morbideces, ajenas a él. Lo que nos importa como barceloneses y lo que importa a los españoles es que ya no exista el Barrio Chino y quede limpio y con brillo nuevo el Distrito V.º.[40]

A pesar de las protestas vecinales, y según recogía un titular de la época, la «mejora del barrio» se iniciaría en 1964 afectando a siete mil familias y «aniquilando definitivamente» el Barrio Chino.[41]

En el mapa de Ciutat Vella de 1967 que aparece en las páginas siguientes, la parte baja, los límites de la zona de Atarazanas del Raval aparecen borrados con una nota que dice «CENSURA». Algunos años antes se publica la crónica periodística novelada *Historia del Barrio Chino de Barcelona* (Paquer, 1962), en la que se produce la segunda evocación de la muerte del Barrio Chino (recordemos que la primera sería en 1943 con el boletín firmado por De Otero). El prólogo del texto de Paquer es suficientemente elocuente respecto a la destrucción que se iba a llevar a cabo sobre el entonces ya extinto Barrio Chino, que «ha sido barrido de la geografía urbana de Barcelona gracias a unos ambiciosos y loables planes urbanísticos»:

Las laberínticas callejas que constituían el Barrio Chino ya no son más que recuerdo. Los tugurios y garitos ya no existen. Aquella hez humana que poblaba el barrio ha sido dispersada. Aquel ambiente de desarraigada bohemia —a veces un tanto artificial y gregaria, casi siempre bordeando la ley—, que constituía el morboso atractivo del Barrio Chino, ha pasado también a mejor vida. [...] Sí, se acabó para siempre el anémico pintoresquismo del Barrio Chino. Porque donde estuvo enclavado antaño el «Barrio

40 «Lo actual: Distrito V.º», *Diario de Barcelona*, 27 de abril de 1962.
41 A. Guallar: «Siete mil familias afectadas por una mejora urbana. La avenida García Morato aniquilará definitivamente al famoso Barrio Chino», *Diario de Barcelona,* 25 de agosto de 1964.



Ciutat Vella (1967), Distrito V.º. Fuente: Institut Cartogràfic de Catalunya

Chino» luce ahora el sol y crece la ciudad limpia de toda lacra social o arquitectónica. La añosa mole de las Reales Atarazanas ha dejado de ser oscuro y degradado parapeto del hampa, para recuperar su categoría de hito histórico.[42]

Como ya se ha dicho, los despojos causados por las bombas se mantuvieron durante años. No sería hasta el 30 de junio de 1971 cuando, contra las numerosas protestas de los vecinos, se inauguró la avenida y el edificio de 25 plantas que desfiguraba completamente el paisaje urbano (Villar, 1996). La Asociación de Vecinos del Distrito V.º promovió campañas revindicativas

42 Véase Paquer (1962: 5-9).

contra la expropiación y especulación sobre las calles Om y Arc del Teatre, afectadas por este plan.

Con relación a los barrrios obreros de Drassanes y Santa Caterina, las aperturas programadas a través de sus calles no se realizaron hasta principios de los setenta, aunque se habían iniciado ya en los cincuenta. El *boom* inmobiliario se reflejó en Ciutat Vella en edificios monumentales de aspecto inhóspito, como puede comprobarse en Paral·lel y las rondas de Sant Pau y Sant Antoni. Pero, por encima de todo, en Drassanes y Francesc Cambó (avenida que une la Via Laeitana con el mercado de Santa Caterina) (Von Heeren, 2002: 49).

En 1974 se publicaba la *Guía secreta de Barcelona* elaborada por Josep M.ª Carandell. Con ella se reiterará por tercera vez la defunción del Chino. Siguiendo la literatura clásica sobre el barrio, el texto anuncia nuevamente su desaparición total —para satisfacción general de los prohombres de Barcelona — y la «liquidación de los bajos fondos en un lugar tan céntrico»:

> *En los decenios, además de ampliarse el área prostibularia y de multiplicarse los bares y locales de estilo «andaluz», el arrabal se transformó en un suburbio de inmigrantes hacinados, entre los que reinaba la miseria y que servía de caldo de cultivo para la delincuencia y la marginación en general. Recientemente, sin embargo, se ha producido una reacción, tanto por parte del Ayuntamiento, como de la Policía y de los empresarios, en el sentido de liquidar los «bajos fondos» de un lugar tan céntrico, airear con amplias vías el laberinto de callejas oscuras y establecer locales de orden y a la moda, como ampliación de la zona ociosa y comercial de la Rambla.*[43]

Todos los males de la ciudad debían quedar exorcizados con esta «demolición del Barrio Chino». Pero, al parecer, no fue del todo así. El Raval llegó a ser uno de los barrios más densos de la Europa de la época. La prostitución y la pequeña delincuencia, la venta ambulante se desplazaron, y los restos del barrio irredento llegaron más allá de Nou de la Rambla, la antigua frontera del Chino. La reinstauración por parte del gobierno franquista de la ley de Vagos y Maleantes en 1952, que en Barcelona fue aplicada con severidad por

43 Véase Carandell (1974: 152).

el gobernador civil Rodolfo Martín Villa, así como el cierre de prostíbulos en 1956 iban a dar buena cuenta de ello. El barrio del Raval, el espejo invertido que el Chino representaba para los «hombres del orden» y las mentes biempensantes de Barcelona, iba a continuar alimentando las «pesadillas en la ciudad» (López Sánchez, 1993*b*: 74).

El posfranquismo
Hacia la «renovación de personas» del Raval

La rehabilitació [...] ha millorat considerablement la qualitat mitjana de l'habitatge a Ciutat Vella, el que fa preveure una cada vegada més normalitzada rotació de residents en el districte i, per tant, una lògica renovació de persones. [...]No cal témer la important concentració d'emigració pakistanesa o magribí en aquesta zona [...] El més probable és que a poc a poc les famílies es resituïn per tota la ciutat i l'àmbit metropolità, alhora que, en anar trobant ocupacions laborals, es dilueixi aquesta presència, aparentment constant i un tant inquietant.

Martí Abella (2004)

Si algún alcalde barcelonés del periodo franquista es recordado por encima de otros, éste es Josep Maria Porcioles, que gobernó el Ayuntamiento entre 1957 y 1973. Para Manuel Delgado (2007),

> *... los motivos que habían hecho de Porcioles y su séquito uno los personajes más odiados, y por más gente, eran las sospechas sobre su enriquecimiento personal a costa de la ciudad, la desconsideración a cualquier cosa que obstaculizara sus recalificaciones salvajes, su desprecio hacia la provisión de equipamientos y servicios, la persecución policial contra la oposición de los vecinos […].*

En septiembre de 1993, Porcioles será enterrado en presencia del presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, y del entonces alcalde de Barcelona, Pascual Maragall, que glosará la influencia por él recibida, su «posibilismo» y su «vibración catalanista». Se ausentarán representantes de Iniciativa per Catalunya y de Esquerra Republicana. Pero no nos avancemos. En las siguientes páginas se expondrá la manera en que se realiza la transición de un marco totalitario a uno formalmente democrático, y cómo esto afectará a los planes urbanísticos sobre el Raval.

Del Plan Comarcal de 1953 al PERI del Raval

En 1939 Franco cede la gestión de Barcelona a los buitres locales. Los últimos años han transcurrido sin que ninguna fuerza social pudiera oponerse a la oligarquía que emprendió, en nombre del progreso y la prosperidad, la mayor devastación de espacio urbano de la que se tiene noticia.

Jesús Ynfante (1974)

En 1953 el gobierno municipal franquista elaborará el Plan Comarcal, que será un regreso al Pla Vilaseca con algunas leves modificaciones: se abrirán la avenida de la Catedral y la García Morato y se edificará una parte de la Comandancia de Marina. Aún así, las aberturas programadas no se finalizaron hasta principios de los años setenta, aunque habían sido iniciadas en los cincuenta (Von Heeren, 2002: 48; Villar, 1996).

En la década de 1950, Ciutat Vella vivirá sus años de máximo poblacional alcalzando los 258.867 habitantes y llegando, en el Raval, a una densidad extraordinaria de 1800 habitantes por hectárea (Tatjer, 2009: 19). El barrio mantenía una fuerte actividad económica, ya que allí había todavía un importante tejido industrial y de almacenamiento. En las décadas posteriores, de la mano del alcalde Josep Maria Porcioles, en un marco de crecimiento metropolitano y desarrollo económico, se alcanzará una de las mayores cotas de especulación inmobiliaria (López Sánchez, 1986; Tatjer, 2009).

Como se ha dicho, en el entierro de Porcioles, Maragall reconocerá lo que el alcalde franquista había influido «en la vida de Barcelona y mucho, en la vida de todos nosotros y en la mía en particular».[1] Quizá donde se puede identificar más esta influencia es en el papel que ambos atribuían al fomento de grandes acontecimientos para «impulsar» económicamente la ciudad. En este sentido, Porcioles propuso la organización de una nueva Exposición Universal en 1982, con unos argumentos harto parecidos a los utilizados para la promoción de los juegos Olímpicos de 1992:

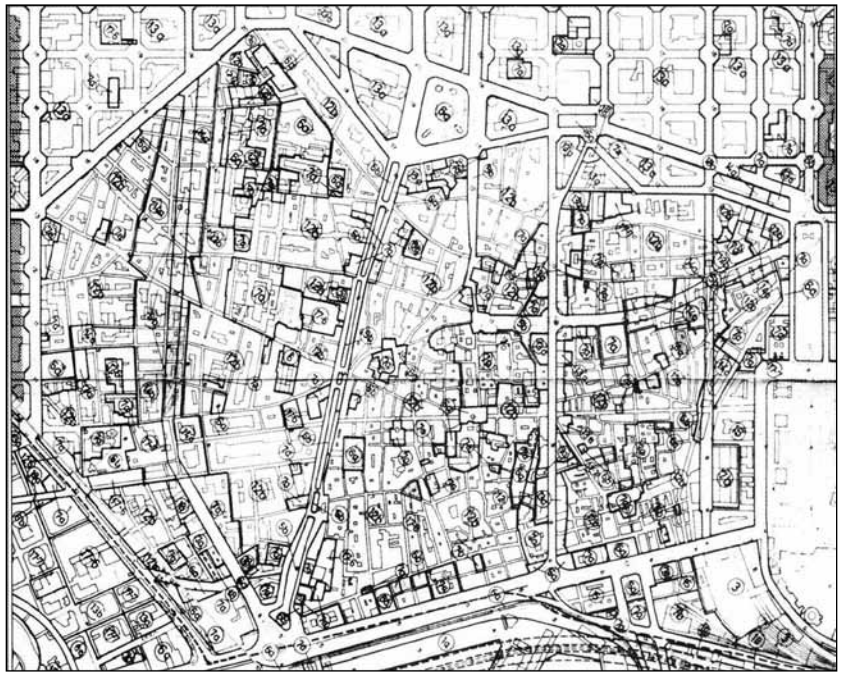
> *La exposición puede y debe ser el instrumento adecuado para encauzar la expansión de Barcelona y promover, a la vez, su reforma interior, de acuerdo con las exigencias que implica su crecimiento y obliga la profunda transformación social.*[2]

De hecho, Porcioles recupera los planes de Cerdà que a su vez serán desarrollados por los que, en el ayuntamiento democrático, dictaminarán las directrices del futuro diseño urbanístico de Barcelona. Tal y como destaca Mercè Tatjer:

> *Porcioles programava la conversió del litoral industrial i d'oci popular en una àrea de sol i platja d'alt nivell, clarament manifestada en els dos grans projectes de la dècada dels anys seixanta vinculats al gran capital industrial i financer: el Pla de la Ribera (1965), obra d'Antoni Bonet Castellana, i el Pla Especial d'Ordenació de les Zones Sud-oest de Montjuïc (1964-69), obra del mateix arquitecte, en col·laboració amb Oriol Bohigas i Josep M.ª Martorell.*[3]

En lo que respecta a Ciutat Vella, las continuidades se manifestarán en el paso del Plan Comarcal al Pla General Metropolità (PGM), aún hoy

1 Antonio Cerrilo: «El Alcalde que marcó el rumbo de Barcelona entre 1957 y 1973. El funeral de Porcioles deviene un homenaje a su posibilismo durante el franquismo», *La Vanguardia*, 6 de septiembre de 1993.
2 Porcioles citado por Riera (1999: 76).
3 Véase Tatjer (2009: 75).



**Ciutat Vella de acuerdo con el Plan General Metropolitano (1976).
En la parte izquierda del mapa, ya se insinúa lo que debía ser la Gran Vía B.
Fuente: M. Abella (2004)**

vinculante para el resto de planes, incluyendo las dos grandes vías planeadas por Cerdà, aunque con alguna pequeña modificación. Las grandes vías iban a ser cambiadas por bulevares (Von Heeren, 2002: 51) y se reclamará en ese momento el sacrificio del peatón en favor del automóvil. Maragall reconocerá que el Raval requiere una atención especial, afirma que no se sacrificarán los automóviles y que el barrio deberá irse transformando en un «distrito cultural» (Nofre, 2010):

> *És un projecte de cosidora, molt lent, que caldrà fer amb molt de compte, que també demanarà un gran esforç, però que hi és, que està dibuixat i que és possible de fer i que es farà. De manera que el Raval, que és ara un niu de nostàlgies, si volen, i de problemes, s'anirà convertint poc a poc en un centre de cultura i d'activitat cultural.*[4]

En esta conversación entre Maragall y M.ª Aurèlia Capmany, regidora de Cultura en aquel momento, ésta le pregunta si construirán, finalmente, la Gran Via de les Drassanes [actual Rambla del Raval] y Maragall le contesta: «No, però tots aquests projectes els haurem de tirar endavant. Tot plegat ho hauré de tirar endavant sense caure en l'ideologisme d'intentar suprimir el cotxe privat» (Capmany y Maragall, 1984: 90). Añadirá el alcalde que el Ayuntamiento promoverá la intervención de la iniciativa privada de carácter asistencial y algunas de ellas de carácter fiscalizador-represivo, mediante educadores de barrio, desde el Centre de Serveis Socials Erasme de Janer, el Casal de la Font, el Casal d'Infants, la Casa de Jubilats y, en 1986, la Casa d'Acollida a Dones Maltractades.

Los gobiernos posfranquistas rechazaban formalmente los procesos urbanos desarrollados en la época anterior y sólo reclamaban aquellos en cuya elaboración habían colaborado los mismos técnicos ahora responsables. El arquitecto Oriol Bohigas, el urbanista Jordi Borja o el mismo Pasqual Maragall se incorporaron como técnicos municipales al Ayuntamiento porciolista, encargados del desarrollo de los planes urbanísticos que ellos mismos recuperarán, una vez reinstaurada oficialmente la democracia. En este sentido, se restablecerán argumentos cientifistas, racionalistas e higienistas para proponer las destrucciones que se irían llevando a cabo en el Raval.

A pesar de sus grandes dimensiones, el Plan General Metropolitano —que englobaba los 27 municipios del área metropolitana de Barcelona— también tenía en cuenta los detalles, como el planeamiento correspondiente al centro histórico de la capital. El interés por Ciutat Vella se reflejaba de diversas maneras. Por un lado, manteniendo la mayor parte de las antiguas afectaciones de apertura de grandes vías, aunque reducía su longitud en algún caso. Por otro, consolidando también el concepto de «esponjamiento selectivo» de las zonas más densas del tejido existente, con la calificación de

4 Véase Capmany y Maragall (1984: 90-91).

«nuevo espacio público» en puntos concretos y aislados unos de otros, más o menos bien distribuidos por la geografía del distrito (Ros y Villares, 2008: 46).

Algunos años más tarde, en 1980, se redacta el anteproyecto «Del Liceu al Seminario», propuesto por Lluís Clotet, Òscar Tusquets y Francesc Bassó. Se concretaba en una remodelación del espacio público y recuperación de los edificios históricos en el Raval (Casa de la Misericòrdia, Casa de la Caritat, y Convent dels Àngels). Era un estudio muy detallado del estado físico de todas las edificaciones del sector, orientado a contemplar las posibilidades de rehabilitación.

La idea de fondo, y que ha llegado hasta nuestros días, era la de crear un «corredor cultural» que uniera el teatro del Liceu, situado en la Rambla, esquina con Sant Pau, con el Seminari, en la calle Diputació, entre Balmes y Aribau.[5] Éste estaría formado por los centros culturales: MACBA (Museu d'Art Contemporani de Barcelona*)*, el FAD (Foment de las Arts Decoratives, que cuenta también con un local en el sur del Raval) y el CCCB (Centre de Cultura Contemporània de Barcelona). En las calles centrales del Raval —Carme y Hospital— encontramos el Espai Mallorca y la Capella, espacio de exposiciones del ICUB (Institut de Cultura de Barcelona). En el *sur* hallamos el único edifico de patrimonio cultural de relevancia internacional, el Palau Güell de Gaudí y, en la rambla de Santa Mònica, el Centre d'Art Santa Mònica.

Para Martí Abella, el Raval...

5 Este corredor funciona, hoy en día, prácticamente como una especie de «cordón sanitario», cuya guinda fue la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca Nacional. Resulta, efectivamente, una especie de pasillo para que los visitantes del Raval interesados en «la Cultura» no se adentren en lo que se encuentra más allá del trayecto marcado, ejemplos irredentos de miseria, pobreza, delincuencia o prostitución callejera. El pasillo recibe entonces una protección especial en todos los aspectos: se higieniza y se establece una especie de «lugar de excepción» que impide que lo que se manifiesta a ambos lados del corredor desentone, permitiendo así una agradable y enriquecedora «procesión cultural». Las intervenciones más recientes insisten en este «pasillo cultural» y serán rematadas por las obras de remodelación del Museu Marítim, que se convertirá en la «gran puerta cultural del Raval» (Roger Marcet, director del Museu Marítim en *El Periódico*, 30 de mayo de 2011).

> *... està dividit pel carrer Hospital en dues zones ben diferenciades: el costat de muntanya, més «normalitzat» (sense tanta pressió social ni humana), i el costat de mar, històricament subjecte a importants tensions socials, humanes i urbanes.*[6]

Los eufemismos no pueden ocultar la distinción que el PERI recogía entre una zona «recuperable» y que permitía rehabilitaciones y otra en la que se debía barrer con todo. Como mostraré más adelante, los supuestamente «históricos» problemas del barrio sólo podían resolverse con una actuación decidida, es decir, la destrucción urbana sin precedentes que allí se iría a llevar a cabo.

Resumiendo, lo que es pertinente para la argumentación que aquí se está desarrollando es identificar la continuidad en los proyectos urbanísticos desde Cerdà hasta el actual PGM, que se arremolinarían en la consecución de la excelencia de la ciudad burguesa. Si bien es cierto que los planes Cerdà (1859) o Macià (1933), productos de una perspectiva liberal progresista, divergirían en ciertos puntos del Plan Comarcal (1953) o del llamado «Plan Porcioles»(1971), que provendrían de tradiciones ideológicas más conservadoras (Tarragó, 1978: 24), convergirían en cualquier caso para el Raval en lo relativo a la necesidad de producir tanto espacios de transparencia y accesibilidad como de control de la población y producción de plusvalías.

En el año 1979, se celebraron las elecciones municipales del estrenado periodo posfranquista. Una de las primeras decisiones del nuevo ayuntamiento fue el nombramiento de Oriol Bohigas como arquitecto jefe, iniciando así una nueva época en la planificación urbanística de Barcelona. También se encargaron proyectos para el centro histórico basados en el PGM, para así instalar el «orden» en una Ciutat Vella con 2000 años de antigüedad (Von Heeren, 2002: 48):

> *Bohigas encargó a algunos arquitectos de renombre la elaboración de proyectos para la creación de nuevos espacios públicos, así como la revitalización y renovación de zonas urbanas degradadas. De este modo surgieron los planes de remodelación, denominados «Planes Especiales de Reforma Interior»*

6 Véase Abella (2004: 45).

(PERI), que concretizaron las pautas jurídicas del PGM para ciertas zonas de Ciutat Vella. Las primeras propuestas referentes a los PERI se presentaron en 1982; su aprobación definitiva tuvo lugar en 1985.[7]

Estos PERI (Planes Especiales de Reforma Interior) se aplicarán en Ciutat Vella como proyectos específicos para cada zona, siguiendo la propuesta de Bohigas de centrarlos en planes concretos del PGM. Se trata de documentos administrativos destinados a realizar una previsión de espacios y fijar normas que permitan ordenar un proceso de transformación. Indican qué zonas deben ser expropiadas y demolidas. Generalmente, en los PERI no se contemplan rehabilitaciones o reformas particulares. El del Raval se presentará en 1981 y, después de algunas alegaciones, se aprobará definitivamente en 1985. Éste debía ser un medio para afirmar la particularidad del barrio frente a la generalización normativa del PGM. Además, recogía en parte reivindicaciones vecinales relativas a zonas verdes o protección de edificios emblemáticos (Ros y Villares, 2008: 48).

Ya en 1985, el proyecto, recogiendo la idea cerdaniana de la Gran Vía B, propone una abertura en el corazón del Raval, que recibirá el nombre de Pla Central del Raval, y plantea, además, como estudio de detalle lo que actualmente se conoce como «Illa Robador». Entre este programa y el que incluía el MACBA y el CCCB, se preveían 118 actuaciones de renovación urbanística, que afectaban a 226.448 m^2 del techo existente.

El PERI debía provocar lo que Bohigas llamó «manchas de aceite» o «metástasis benignas», de forma que allí donde se interviniera, se produciría una «contaminación» a su alrededor, que aceleraría la rehabilitación de todo el sector. En otros términos, la «mancha de aceite» sería promovida por las administraciones públicas y de su extensión se ocuparía la iniciativa privada (Magrinyà, 2002).

Con estos planes sobre la mesa se iba a desencadenar la mayor destrucción de patrimonio arquitectónico, habitacional, cultural, económico y político que jamás hubiese sufrido el Raval. Los arrasamientos más importantes vendrían, como ya había anunciado Porcioles, con motivo de la organización de

7 Véase Von Heeren (2002: 50).

un gran macroacontencimiento: los Juegos Olímpicos de verano de 1992. Barcelona será designada, en 1986, como organizadora, lo que significará el mayor impulso para la «reforma» del Raval. El primer objetivo será la Illa Sant Ramon, bautizada por aquel entonces como «Illa Negra».

Las primeras intervenciones sobre el «Raval Sur»: la destrucción de la Illa Sant Ramon

La elección de Barcelona como sede olímpica en 1986 congrega a todas las fuerzas políticas y económicas de la ciudad a aprovechar la oportunidad «para ser una ciudad competitiva» y «entrar en el mercado de ciudades globales» o para «vender el producto Barcelona».[8] En el caso concreto del Raval, se apuesta por la financiación que puede recibir de todas las administraciones públicas, así como de las grandes expectativas privadas de producción de plusvalías. Esto se dará gracias al plan de «reconversión» de una parte del centro histórico —tradicionalmente refugio de clases subalternas— en espacio de «nueva centralidad», dirigido al consumo «cultural» de visitantes o nuevos vecinos con resueltas capacidades de dispendio.

El disparo de salida de la reconversión se dará en febrero de 1988 y el primer objetivo identificado será la demolición de la Illa Sant Ramon, ya difamada entonces con el nombre de «Illa Negra». Es importante esta intervención, por ser la primera en esta zona del Raval sin la excusa de la necesidad de eliminar los escombros de las bombas de la Guerra Civil, como había sucedido en la avenida García Morato.

El protocolo que se utilizará en esta intervención será recurrente en los sucesivos planes urbanísticos pensados para zonas habitadas poco rentables económica o políticamente. La estrategia era la de provocar confusiones convirtiendo hechos particulares en generales, disfrazando intereses privados como si fueran colectivos y estigmatizando o ignorando completamente la presencia de los afectados por las reformas. Los grandes proyectos urbanísticos en esta nueva época empiezan a gestarse cuando se atribuye a un barrio

8 Todas estas expresiones son de Pasqual Maragall en su época como alcalde de la ciudad, publicadas en la prensa con el título: «Barcelona: una ciudad más competitiva. Cómo optimizar sus potencialidades», *El País*, 28 de abril de 1993.

determinado una centralidad y, por lo tanto, una nueva posibilidad de producir plusvalías inmobiliarias.

Seguidamente, se aprovecha algún hecho infamante ocurrido en el barrio para iniciar una campaña de descrédito y estigmatización por parte de los medios de comunicación que colabore en la definición de la zona como «hostil» o «problemática» y que, en consecuencia, reclama una intervención contundente. Dicha contundencia suele expresarse fatalmente con el proyecto de destrucción de fincas o de manzanas enteras, que deberá «higienizar» o «esponjar» el terreno.

Las expropiaciones e indemnizaciones a los vecinos también suelen estar rodeadas de sospechas sobre la insuficiencia o el regateo de los recursos destinados y las garantías para mantener a estos habitantes afectados en el barrio. Una vez «esponjada» la zona, se construyen equipamientos y nuevas viviendas destinadas al consumo de población con niveles adquisitivos progresivamente más elevados que la de los residentes históricos. Y, finalmente, empieza a desembarcar esa nueva población con un mayor poder adquisitivo. Éste será el último paso para hacer irse a los vecinos que aún no lo han hecho, como resultado directo de las expropiaciones o indemnizaciones mencionadas.[9]

Extremadamente pertinente es conocer la opinión de uno de los responsables de la operación, Martí Abella,[10] al respecto de la población sobre la que se iba a intervenir. Éste, durante un debate televisivo titulado «Del Xino al Raval»,[11] y tras una enconada controversia con Josep M.ª Benet i Jornet a

9 Los hechos se relatan con sumo detalle en el artículo que publiqué con seudónimo en la revista *Sin permiso*, titulado: «Un caso paradigmático: la rehabilitación de las calles d'en Robador y Sant Ramon del barrio del Raval de Barcelona. El oscuro antecedente de la Isla Negra». Rodolfo Rufián Roto (2011): http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3987 [septiembre de 2014].

10 Martí Abella, coordinador de la revista del Colegio de Arquitectos Técnicos, llega a Ciutat Vella en 1985, para activar la Oficina de Rehabilitación. En 1987, formaría parte del equipo que puso en marcha el Área de Rehabilitació Integrada (ARI) y, un año después, participaba en la creación de Procivesa, que después sería Focivesa. En el momento de la entrevista, era responsable de promoción y comunicación de Procivesa, empresa con un 61% de capital público y un 39 % privado, encargada de la rehabilitación del casco antiguo de Barcelona.

11 R. Colom (2005): «Del Xino al Raval», programa *Millenium* de Televisió de Catalunya. Intervienen, además de Martí Abella, Rosa Gil (propietaria del restaurante Casa Leopoldo),

propósito de lo desiguales que habían sido las intervenciones urbanísticas en el barrio Gótico y en el Raval, prácticamente al final del programa, confiesa con cierta afectación:

> *Cuando en 1987 o 1988 fui a ver la Illa Sant Ramon, que había que derribar completamente, y pasé casa por casa, puerta por puerta, para saber quién y en qué condiciones vivía allí, tuve la oportunidad de ver todas las fincas, de descubrir que el Barrio Chino... Encontré mucha gente muy normal y me sorprendió mucho. Y la otra cosa es que, en muchas de las casas que visité, no se podía vivir, había un mal olor... En ese momento, en 1988, se pensaba que no había nada que justificara su rehabilitación.*

La demolición de las fincas de la manzana se hizo con el apoyo de Pep García, entonces —como ahora— presidente de la Asociación de Vecinos del Raval. El argumento central utilizado era la necesidad de acabar con la «batalla de la droga» que se produjo en febrero de 1988.

A finales de los años ochenta, un contingente importante de consumidores de heroína por vía intravenosa perdieron la vida. Esto ocurrió especialmente entre aquellos grupos sociales más descapitalizados. Los motivos eran varios y algunos de los determinantes fueron, sin lugar a dudas, la falta de higiene, el intercambio de jeringuillas sin control y un abandono total por parte de los servicios sanitarios públicos.[12] Sólo en Barcelona y sus inmediaciones murieron[13] más de sesenta personas ese año. Dos de ellas, vecinos del

Joan Fuster (entonces director de *L'Avenç*), Josep M.ª Benet i Jornet (dramaturgo) y Paco Villar (historiador).

12 Las urgencias y las muertes agudas relacionadas con esta sustancia aumentaron de forma notable durante el periodo 1987-1990, así como también las enfermedades transmisibles ligadas a la inyección. El sida pasó de afectar a 4 usuarios de inyectores en 1983 a 2734 en 1990, siendo ya, a principios de los noventa, más numerosas las muertes por sida que por sobredosis de heroína. Véase Brugal i Puig (2005).

13 Cabría preguntarse si el elemento que esta vez resulta determinante, el consumo —y por tanto, el tráfico— de drogas, tiene una presencia reciente en el barrio o si, por el contrario, ésta ha sido manifiesta desde hace años hasta el día de hoy. Y cabría interrogarse, además —y alguien como el fallecido director de cine Joaquim Jordà empezó a hacerlo—, si la virulencia con que entró la heroína en los barrios obreros y populares de Bilbao o Barcelona, precisamente en el momento de la llamada «Transición» democrática, no resultó

aledaño barrio de la Cera, murieron por sobredosis y parece ser que dos familiares del fallecido decidieron tomar la justicia por su mano, persiguiendo a los supuestos responsables de la muerte de sus parientes, que debían de ser algunos de los «camellos» de la zona.

El hecho va a magnificarse de manera extraordinaria y, como si de un juego se tratase, este enfrentamiento entre hermanos ofendidos y vendedores de droga ofensores se convertirá en una «batalla campal por el control de la droga en el Barrio Chino» (*La Vanguardia,* 24 de febrero de 1988).

El 26 de febrero,[14] la Asociación de Vecinos del Raval reclama que la policía ocupe las calles durante dos meses más, prolongando un ambiente que recordaba mucho al estado de excepción o a los toques de queda. Se decidirá tanto la expulsión de «inmigrantes», gracias a la recién estrenada ley de Extranjería, como el cierre de pensiones donde estos reciban cobijo. «Por el momento, y desde el 1 de enero pasado, ocho locales de diversa naturaleza han sido precintados por orden municipal; se han rechazado 13 peticiones de licencias (5 de ellas eran de pensiones y 2 de locales de espectáculos) y 15 solicitudes han sido declaradas caducadas».[15] Al día siguiente, aún se anunciarán medidas más drásticas, para acabar con el «nuevo problema de la delincuencia y la drogadicción»; se decide expulsar a los «extranjeros indocumentados», cerrar pensiones y bares y hacer «una reforma urbanística sin precedentes en el barrio». El Ayuntamiento y la Generalitat «ofrecen» una inversión pública de más de 13.000 millones de las antiguas pesetas: 3000 millones aportados por la Administración, la misma cantidad por la iniciativa privada y el resto producto del endeudamiento público, de manera que la intervención urbanística pueda realizarse lo antes posible.

Las autoridades políticas de todas las administraciones competentes ya han tomado medidas. A continuación será la patronal Fomento del Trabajo la

una especie de aceite balsámico y efectivamente neutralizador para gran parte de los jóvenes ansiosos de llevar la tan esperada democracia a algún otro lugar muy diferente de donde hoy la tenemos. El filme de Joaquim Jordà a propósito de esta cuestión fue rodado, finalmente, por Laia Manresa, con el título *Morir de día*.

14 Si no se especifica lo contrario, cada fecha hace referencia a una noticia aparecida en el diario *La Vanguardia.*

15 «Ciutat Vella quiere clausurar las pensiones que albergan a extranjeros sin documentos en regla», *La Vanguardia*, 25 de marzo de 1988.

que advertirá de la «gravedad» de la inseguridad ciudadana, que está alcanzando unas «cuotas inadmisibles».

El hecho va a resultar tan trascendente que el 27 de febrero hay una reunión entre el gobernador civil, Ferran Cardenal, el alcalde Pasqual Maragall y el presidente del distrito Joan Clos. En este encuentro, aparecerá por primera vez la idea de que hay que realizar una intervención contundente sobre la Illa Sant Ramon que, al parecer, irá tomando forma en un encuentro posterior, que se llevará a cabo un mes más tarde.

El 4 de marzo se constituirá oficialmente el Consell de Seguretat i Prevenció del distrito con el titular «Ciutat Vella cree que el cierre de pensiones y bares mejorará su nivel de seguridad ciudadana». Los objetivos que se explicitan para «mejorar la convivencia» son: «El cierre de bares y pensiones, ayudar a la Policía a expulsar extranjeros en situación ilegal y hacer frente al tráfico de droga». Se trata de un nuevo tipo de Consell de Barcelona que recibe su «bautismo de fuego» precisamente a raíz de los conflictos mencionados. El Consell lo componen el presidente del distrito Joan Clos, el subinspector de la Guàrdia Urbana, los portavoces de los partidos políticos y los sindicatos, el comisario jefe de la comisaría de policía de Drassanes y representantes de la Conselleria de Justícia, de Sanitat y de las asociaciones de vecinos del distrito. El plan establece cuatro líneas concretas de actuación: control sobre «extranjeros irregulares» para facilitar y acelerar su expulsión; «plan de actuaciones concretas en materia de drogas»; persecución de «establecimientos públicos que atentan contra la seguridad ciudadana, especialmente bares y pensiones»; y un último plan, más explícito en términos de intervención urbanística, sobre la siniestralidad del distrito, centrado en estudios de los edificios en ruina y las «zonas especialmente peligrosas».

El plan sobre la Illa Sant Ramon recibía así una suficiente, aunque mejorable y discutible, justificación. En el marco de la elección, en 1986, de Barcelona como sede de los Juegos Olímpicos de 1992, el inicio de la llamada «remodelación» del Raval obtenía su carta blanca. Fue en este primer momento en el que se elaboraron los instrumentos más poderosos para el desarrollo de los posteriores planes de destrucción del casco antiguo: la elaboración de los PERI que iban a ejecutarse con la complicidad de todas las administraciones y el abanderamiento del entonces alcalde Pasqual Maragall:

El consistorio ha llegado a la conclusión de que la única solución para una reforma «rápida y eficaz» de Ciutat Vella es realizar una fuerte inversión en la compra de edificios, indemnizaciones a propietarios y demolición de todo lo que sea necesario para dejar el distrito en unas condiciones urbanísticas y de equipamientos adecuada. [...] Maragall cree necesario que los empresarios paguen este proyecto, por considerar que resultarían muy beneficiados con una rehabilitación del barrio y su cambio de imagen.[16]

Una vez establecido este clima, los responsables del Ayuntamiento decidieron iniciar la destrucción de lo que quedaba del malogrado Barrio Chino. Las medidas fueron decididas por Joan Clos, entonces concejal del distrito, con el visto bueno de presidente de la AA. VV. del Raval, Josep García. Se derribaron edificios catalogados no previstos en el PERI inicial. En lugar de esta manzana se construyeron un polideportivo, una comisaría y una residencia de estudiantes. INCASÒL (la empresa constructora de la Generalitat) levantó dos edificios de viviendas públicas. Se conservó una chimenea para preservar el recuerdo de la historia industrial del barrio. El centro cívico Drassanes se erigió en 1991. Y, finalmente, «se construyeron los pisos a precios mínimos, evidentemente, de baja calidad» (Von Heeren, 2002: 49).

Los afectados por los derribos o expropiaciones tenían derecho a ser realojados en apartamentos construidos a tal efecto. Pöppinghaus afirmará que «barrios enteros del centro histórico son destruidos y sus habitantes expropiados. Sólo unos pocos reciben vivienda de alquiler en el mismo barrio. Muchos son trasladados a edificios nuevos y anónimos en la periferia de Ciutat Vella» (Von Heeren, 2002: 50).

16 «Preocupación institucional por Ciutat Vella», *La Vanguardia*, 26 de marzo de 1988.

Rambla del Raval e Illa Robador: los estandartes de la «recuperación del Raval»

A mí no me importa que sepulten mis cines, mis colegios, los puntos de referencia del país de mi infancia bajo una propuesta de paraíso que se llama Rambla del Raval y todo lo que le cuelga, sino que la deconstrucción se lleve por delante toda posible memoria de la ciudad mestiza y se practique a costa del vecindario más débil de la ciudad.

Manuel Vázquez Montalbán (2002)

La actual Rambla del Raval se llamó inicialmente Pla Central del Raval. No iba a ser una vía rápida estilo Via Laietana, si no una con prioridad peatonal. Eso sí, las demoliciones que debían llevarse a cabo eran, igualmente, de gran alcance. Se trataría de la operación urbanística de mayor envergadura realizada en un tejido urbano consolidado en Europa (Von Heeren, 2002).

Pues bien, va a resultar hegemónica la idea de que no había motivo ni posibilidades para rehabilitar lo que, en muchas ocasiones, eran edificios del siglo XVIII o, en cualquier caso, elementos significativos para la identidad popular y obrera del barrio (Teixidor Mallarach, 1999; Benet i Jornet, 2000; Alexandre, 2000; Capel, 2007; Von Heeren, 2002). En el caso de la Rambla del Raval, van a destruirse edificios catalogados, como la farmacia modernista de Puig i Cadafalch en la calle del Hospital y la también modernista Casa Buxeres d'Antoni Serrallach, de 1905. Los vecinos alrededor de la plataforma Veïns en Defensa de la Barcelona Vella ofrecieron un proyecto alternativo a la destrucción que fue desoído con el siguiente argumento que recogió una revista del barrio. Sirva esta cita, además, para avanzar la crítica a la participación que se realizará más adelante:

Según Procivesa, esta asociación no es un colectivo representativo de la voluntad del barrio, cuyos vecinos apostaron desde el principio por la construcción del Plan Central. «No es un procedimiento correcto que dos meses antes de iniciar las obras de derribo aparezca un grupo de gente que se oponga, cuando esto ya estaba aprobado desde 1995», declaró Martí Abella, responsable de Procivesa, quien, sin embargo, no negó la legitimidad y la coherencia

de este colectivo vecinal a la hora de defender la continuidad de la Casa Buxeres. No obstante, cuestionó la oportunidad: «Es coherente que lo defiendan, aunque inicialmente luchaban en el contexto del barrio Gòtic y ahora parecen interesarse también por esta zona, pero desde el Ayuntamiento no podemos estar pendientes de esto», dijo.[17]

Varios estudios realizados en años recientes, como trabajos de fin de licenciatura de la Escola Superior d'Arquitectura de la Universitat de Barcelona, destacan las ejecuciones de la Rambla del Raval y de la posterior Illa Robador como «exageradas» e «innecesarias». Las asociaciones de vecinos coinciden en que, si bien son ciertas las exigencias de abrir espacios para que entre la luz y el aire en el barrio, éstas no requerían la destrucción mayúscula que se llevó a cabo en nombre de la Rambla del Raval. Según muestran estos trabajos, simplemente deconstruyendo la cantidad de interiores de manzana resultado de las masificaciones de población pobre y obrera de los años 1920 a 1960, se hubiera conseguido igualmente el objetivo, sin necesidad de demoler manzanas enteras de viviendas.

Si, además, se hubiese actuado legalmente contra los propietarios —actualmente más del 30 % en régimen de propiedad vertical[18] y que habían desatendido sus obligaciones durante decenios de realizar las reformas mínimas—, se habría mantenido prácticamente intacta la estructura y la trama del barrio (Ros Chaos y otros, 2008; Touceda y otros, 2002). De hecho, este escamoteo en las rehabilitaciones será excusado por la ley de Arrendamientos previa a la de Boyer de 1994, que liberalizó los precios. Supuestamente, los alquileres eran antes tan bajos que dejaban a los «propietarios de fincas enteras en una situación de indigencia», como recogería algún medio de comunicación del momento (véase también Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007).

17 Véase Portavella (1999).

18 Este dato hace referencia a las últimas de las calles del malogrado Barrio Chino: Robador y Sant Ramon. Según un estudio del mismo Ayuntamiento y de la implementación realizada por vecinos organizados alrededor del Col·lectiu Alerta Robador-Sant Ramon, en estas vías «el 52 % de las viviendas son propiedad de inversores y sociedades privadas» (*Masala*, n.º 59, mayo-junio de 2011). Con relación al conjunto del Raval, Subirats explica que «fins als anys vuitanta aquest era pràcticament inexistent ja que la gran majoria de pisos eren de propietat vertical», aunque, en la actualidad este tipo de propiedad representaría algo más del 30 % (Subirats y Rius, 2008: 15).

Y un hecho que parece obviarse de manera recurrente es que las afectaciones de la zona desde el siglo XIX explican en gran parte el hecho de que los propietarios en régimen de propiedad vertical no destinasen ninguna inversión a la rehabilitación de sus fincas. Además, el consistorio fue denunciado por rechazar dichas rehabilitaciones y dejar intencionadamente que muchos edificios antiguos, algunos de ellos con valor monumental se degradasen hasta la ruina, siguiendo una política de *tabula rasa*, para facilitar así su demolición y expropiación, y la expulsión de población poco adecuada a lo que se esperaba que fuera el nuevo barrio. Tanto la UNESCO (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization) como ICOMOS (International Council on Monuments and Sites) certificaron en su momento que estos edificios tenían y tienen alto valor patrimonial y que deberían haber sido preservados a toda costa (Von Heeren, 2002: 69).

Evidentemente, si se recuerda el tipo de población característica de la zona, se puede deducir que la gran mayoría —cuando pudo— tuvo que abandonarlo. Si antes ya sufrían duras condiciones económicas, a partir de ese momento la situación aún se volvió más díficil, teniendo en cuenta el mercado de la vivienda y el trabajo. Adaptarse a dichas condiciones presupuso que esta población se veía obligada a irse no sólo fuera del barrio, sino de la ciudad y los que no pudieran marcharse se reinstalaron, realquilando habitaciones en el barrio, casos que se dieron sobre todo entre la población de más edad (Coordinadora, 2004; Aramburu, 2000).

Miles de familias fueron expropiadas y forzadas a abandonar sus casas y sólo una parte de ellas recibió un nuevo piso en el mismo barrio. Los vecinos hablaban de indemnizaciones de entre 4800 y 7200 euros por vivienda, mientras que Procivesa daba cifras de entre 100 y 250 euros por metro cuadrado. Resumiendo, se acusó a los abogados de la empresa público-privada de presionar a los vecinos para que abandonasen sus casas (Von Heeren, 2002: 60). En el siguiente capítulo ahondaré en esta cuestión.

Varias asociaciones de vecinos se juntaron en abril de 2001 para organizar una manifestación en contra de estas prácticas fraudulentas. La «táctica del

agotamiento» incluye, según afirmaciones de varios afectados, hasta el terror organizado para conseguir que los últimos habitantes abandonen los edificios.[19]

Es en este sentido que los vecinos denunciaban la correlación entre la delincuencia y los derribos, tanto en el Raval como en el barrio de Santa Caterina (Von Heeren, 2002: 61). De hecho, y como nueva muestra de la ideología urbanística, las intervenciones también se justificaron como capaces de resolver los «problemas sociales» del barrio, hasta el punto de que una actuación como la llevada a cabo «relega a un segundo plano el trabajo social, priorizando la estructura urbana y la mejora del espacio público» (Ferrer, Sust y Bohigas, 2002).

La intervención se evaluó por parte de los urbanistas encargados, destacando la gran creación de «espacio público», que supuso la destrucción de cinco manzanas de casas, aunque se lamentaba de que:

Pese a los esfuerzos del Ayuntamiento, la visión de las clases burguesas de Barcelona no ha mejorado. El barrio del Raval, parte del Gòtic y Santa Caterina siguen siendo barrios inseguros e insalubres, aspectos que priman sobre el valor cultural e histórico del mismo.[20]

La plaza pensada inicialmente daría paso a una avenida peatonal acotada por dos rotondas destinadas, en parte, a reordenar la movilidad viaria del Raval. Se demolieron cinco manzanas completas, 65 edificios de casas que supusieron la desaparición de 1384 viviendas y 292 locales comerciales situados entre las extintas calles Cadena y Sant Jeroni, y Sant Pau y Hospital. El coste de las obras fue a cargo de todas las administraciones públicas —municipal, autonómica y estatal—, además de servirse de las ayudas del Fondo de Cohesión de la Unión Europea.[21]

19 Véase Von Heeren (2002).

20 Véase Ferrer, Sust y Bohigas (2002).

21 Curiosamente, estas ayudas debían destinarse a cumplir los requisitos medioambientales que imponen este tipo de dotaciones económicas. Pero este fondo se utilizó para fomentar el uso del vehículo privado, lo cual iba claramente en contra de los principios del organismo europeo. Según Von Heeren: «La Comisión Europea, responsable de la aprobación de estas subvenciones, es engañada de manera intencionada por el Ajuntament» (2002: 68).

También se utilizó un nuevo instrumento, el ARI (Área de Rehabilitación Integrada), «para mejorar la calidad de vida» y que establece cinco grupos temáticos muy elocuentes: urbanismo, bienestar social, seguridad ciudadana, fomento de la actividad económica, estructura de relaciones ciudadanas e imagen.

Tal y como había anunciado el alcalde Maragall en 1988, iba a ser de sumo interés para la empresa privada participar en la remodelación del Raval. Para incentivar y comprometer su participación se creó la anunciada sociedad con capital mixto privado-público Procivesa. El capital inicial, 17 millones de euros, tenía un 61% de participación pública y el resto privada, compuesta por el Banco Bilbao-Vizcaya, La Caixa, Caixa de Catalunya, la empresa de aparcamientos SABA (Societat d'Aparcaments de Barcelona), SCP (Societat de Ciutat Nova), EURSA Arquitectura y la Compañía Nacional de Telefónica (CNTE). Y se creó, precisamente, a llamamiento del alcalde, para hacer frente a la demolición de la Illa Sant Ramon en 1988. No hace falta decir que, en temas urbanísticos, la participación privada se regiría, en gran medida, por las expectativas de beneficios económicos, alcanzados en relación con la especulación inmobiliaria.

No es éste el momento ni el lugar en que hablar de las implicaciones que tuvo la reconversión del barrio, en tanto nuevo centro de producción de plusvalías inmobiliarias alimentadas por fondos públicos. Aún así, cabe decir que fue ése el momento histórico en el que los dos vectores de transformaciones de la ciudad (control de la población pobre y adecuación a los intereses del mercado de ciudades) resultarían más que evidentes (Von Heeren, 2002: 68).

Procivesa es, por tanto, una sociedad que actúa en el mercado con las posibilidades legales de un organismo público y el interés económico y medios de una empresa privada. Esto representa, a parte de las ventajas, también un peligro de abuso de poder para fines especulativos […] Hasta el año 1995 se habían expropiado 240.000 m^2 de un total de 393.000 m^2 de techo edificado y afectado, del cual ya se derribaron unos 233.000 m^2. Durante los primeros siete años de existencia de Procivesa se ha trasladado a 1600 familias de 2200 pisos derribados. En este tiempo se invirtieron […] 47 millones de euros en la

reforma del centro histórico (expropiaciones, indemnizaciones, traslados y derribos).[22]

De nuevo resulta interesante la importancia que tiene el mito de Barrio Chino para justificar estas destrucciones masivas. Para *La Vanguardia,* la demolición de las cinco manzanas que supuso la Rambla del Raval significaría el «fin del viejo Barrio Chino». La respuesta de los vecinos organizados fue unánime y contundente, poniendo en cuestión las bondades de tan drástica reforma:

Enmig de les fortes transformacions urbanístiques i els enderrocs de la Rambla del Raval, neix la CRIT el 1998, una coordinadora de veïns afectats per les expropiacions executades per Procivesa. La CRIT, a més de defensar els drets dels veïns com a expropiats i com a residents del Raval, tenia com a finalitat denunciar aquest procés de transformació urbana al Raval i a tota Barcelona, constatant les seves irregularitats, la manca d'informació que patien els afectats i també el procés de substitució social que s'estava produint al barri.[23]

De hecho, estas intervenciones-destrucciones —las de Sant Ramon primero y las de la Rambla del Raval después, así como las más recientes en la Illa Robador— se justificaron con el discurso tradicional sobre el Barrio Chino. Éste se entroncaba en la tradición de pánicos morales alrededor de la zona, forjados a partir de la década de 1920, y que se inflaron o desinflaron, según el interés fuera el de expulsar a la población o atraer a nuevos habitantes.[24]

La plaza-rambla debía servir para albergar todo tipo de acontecimientos cívicos, pero, aún hoy —más de diez años después de su inauguración—, resulta un espacio de tránsito para visitantes y de (des)encuentro para los vecinos (véanse Horta, 2010; Maza, McDonogh y Pujadas, 2002).

22 Véase Von Heeren (2002: 89).

23 Véase Coordinadora contra l'Especulació del Raval (2004: 303).

24 Los ejemplos de producción de pánicos morales son innumerables; basta echar un vistazo a la hemeroteca para encontrarlos u hojear el apartado de este texto que se ocupa de la Illa Sant Ramon. Por otro lado, las alabanzas hacia el lugar son más reducidas. Un ejemplo es el monográfico de la Fundació Tot Raval publicado en *El Periódico* el 8 de octubre de 2003 con el título «Una joya por descubrir», en el que se habla de esta transformación que ha permitido «revitalizar el centro histórico de Barcelona, darle brillantez», «devolverlo a la vida» y que ha «significado la salvación del barrio».

Por otro lado, esta rambla es especialmente hostil para una vida en la calle fuera de los cánones que la Administración impuso a través de la llamada «ordenanza cívica» —que analizaré más adelante—. Las reuniones fuera de las terrazas privadas de los bares han quedado prácticamente prohibidas, en la medida en que los bancos, que alguien llamo «de autistas» (Capel, 2007), impiden la congregación y reducen la interacción a una expresión meramente visual. Por otro lado, se prohibió el consumo de bebidas alcohólicas, obligando a los usuarios a consumir dentro de los locales o en sus terrazas y a pagar los elevados precios de los bares *fashion* del lugar. Además, a partir de la hora en que los bares cierran (la una de la madrugada, entre semana, y las tres el fin de semana), aparece una patrulla de limpieza, con la protección de la Guàrdia Urbana, y expulsa literalmente «a manguerazo limpio» a todos los usuarios que allí se encuentran (Horta, 2010).

Pues bien, mientras se finalizaba lo que sería la Rambla del Raval, se empezaba a expropiar y demoler lo que primero se recibió el nombre de «Illa de la Rambla del Raval» y posteriormente «Illa Robador». Según Martí Abella, «aquesta és l'actuació iniciada per Procivesa amb criteris de recuperació de plusvàlues» (Abella, 2004: 48).[25] Operación concebida para «dar el impulso económico, social y cultural definitivo a la Rambla del Raval […] una de las actuaciones más emblemáticas del plan de reforma del Raval» (*El Punt*, 10 de noviembre de 2004). De hecho, en los planos sobre la Rambla del Raval ya se insinuaba la voluntad de convertir la zona en «un nuevo Born», cosa que ni tan sólo hoy parece haber sucedido. El proyecto debía proseguir con el arrasamiento de lo que hoy es la Illa Robador (situada entre la Rambla del Raval y las calles de Sant Rafael, Sant Pau y Robador). Se destruyeron 50 edificios, con sus correspondientes 450 viviendas y 93 locales comerciales (Coordinadora, 2004: 99).[26] Se demolió de la sede del Gremi d'Hortalers, de

25 Sólo el solar destinado a la construcción del hotel Barceló se vendió por 8 millones de euros (Coordinadora, 2004: 100).

26 Resulta especialmente difícil acceder a las cifras de desplazados por la operación. A título general y con base en datos cruzados, se estima que las operaciones realizadas por Procivesa han comportado el desplazamiento de más de 7000 personas (Fabre y Huertas,

principios del siglo XVIII, casas-fábrica de mediados del siglo XIX (Alexandre, 2000), viviendas, zapaterías, peluquerías, innumerables *meublés*, «casas de gomas» y bares; en definitiva, se intentó hacer desaparecer lo que quedaba de la cultura urbana callejera que aún podía subsistir: meretrices, vendedores ambulantes y propietarios o gestores de las casas de citas o bares de alterne (Lahuerta y Serrats, 2005; Sirvent y Carreras, 2013). Contrariamente a lo que el imaginario oficial sobre la zona intentó imponer, el barrio ha llegado hasta nuestros días como un importante centro de libertad y autonomía de mujeres, travestidos, homosexuales y, en general, perseguidos por la represión institucional, que podían vivir en aquella —o de aquella— «isla».[27]

Vecinos agrupados alrededor de la Taula del Raval impugnaron ante los tribunales el plan que afectaba a la Illa Robador. En concreto, se presentaron dos contenciosos administrativos: uno por la superación del nivel de edificabilidad permitido al hotel y el otro por el recorte de los 2700 m^2 de zona verde asignados por el PERI del Raval. Tal y como recogió Joaquim Jordà (2003) a partir del libro *Raval. Del amor a los niños* de Arcadi Espada (2000), se «inventó» el caso de una supuesta red de pederastia internacional

2005: 189). Las sospechas sobre las acciones fraudulentas llevadas a cabo por dicha empresa, en relación con las expropiaciones, indemnizaciones o las presiones a las que se han visto sometidos vecinos de Ciutat Vella para abonar sus casas, son numerosas. Esta situación es reconocida por Martí Abella cuando declara que se han visto obligados a «no reinstalar» a vecinos que no pudieron demostrar «su arraigo» o en cuyos casos existían «irregularidades» en la documentación acreditativa (Abella, 2004: 101). Por otro lado, Pep García, presidente de la AA.VV. del Raval, confesaba ante Joaquim Jordà que, en los casos de expropiaciones o indemnizaciones, se ha tenido que «pagar un sacrificio» y «mirar hacia otro lado», por el bien de la transformación del barrio (Jordà, 2003). Además, en el contexto de elevado crecimiento de los precios de compra y alquiler de vivienda, la mayoría de estos vecinos se vieron obligados a realquilar habitaciones en el mismo barrio. Según un estudio de Cáritas de 2006, el 19% de los residentes mayores de 65 años del Raval vivían en habitaciones realquiladas (Coordinadora, 2004: 101).

27 Goytisolo describe en su *Genet en el Raval* el «islote de libertad» que resultaba el lugar en la década de 1950: «En la Barcelona de aquella época en la que primaba el nacionalcatolicismo y se oprimía la cultura catalana, las únicas zonas interesantes eran las trastiendas de algunas librerías y el ahora llamado Raval, que era una zona de libertad. Recuerdo las canciones obscenas y anticlericales que se cantaban en el bar Cádiz. Cuando llevé a Monique no podía imaginar que en la España de Franco pudiera existir un islote de libertad como el del Barrio Chino» (Goytisolo, 2009*a*).

en el Raval. Este caso, en el que se vieron implicados, y posteriormente liberados y exculpados, los miembros de dicha entidad, desarmó completamente la oposición visible al plan de transformación de la Illa Robador. Como afirman algunos autores, se trataría del primer caso de criminalización y encarcelamiento de un movimiento vecinal en tiempos posfranquistas (Jordà, 2003; Taller contra la Violència Immobiliària y Urbanística, 2007: 102).

Tras presentar el contencioso administrativo contra el plan de la Illa Robador, que acabó archivado, los envites de los poderes administrativos y económicos no remitieron, al contrario.[28]

Poco a poco, la destrucción de las fincas que se encontraban entre las calles Sant Rafael, Robador y Sant Pau allanó el camino, nunca mejor dicho, al desembarco de las últimas poblaciones que podían adquirir un piso nuevo aunque fuera de «protección pública». La empresa hotelera Barceló finalizó el Hotel Barceló Raval, una especie de panóptico del lujo para asegurar el consumo de «turismo de calidad» (eufemismo con el que se describe a los turistas con nivel adquisitivo medio y alto). El edificio, además de superar los límites de altura estipulados para el barrio, fue el resultado de una nueva y sospechosa recalificación (Magrinyà y Maza, 2005) que motivó la citada demanda de la Taula del Raval.

28 El último foco de insurgencia civil en la Illa Robador era el bar Ciutat Vella (Coordinadora, 2004). Después de una intensa resistencia, que duró varios años, contra lo que parecían secuaces de las constructoras o del Ayuntamiento (o de ambos) sobre la última finca quedaba en pie, el bar fue expropiado literalmente a la fuerza, por la temible Unitat de Policia Administrativa i de Seguretat (UPAS) de la Guàrdia Urbana, golpeando a vecinos y a periodistas por igual. El edificio en el que se encontraba se demolió por entero inmediatamente. Una vez cautivo y expulsado a la fuerza el dueño del bar y arrinconados los vecinos que le apoyaban, pudieron dar inicio las obras.

Poco después, saltaría a la luz pública el caso de *mobbing* inmobiliario más sonado. Las irregularidades eran incontables, comenzando por el hecho de que la finca se inscribía en el registro de la propiedad como «libre de arrendatarios», a pesar de que estaban habitadas al menos 17 viviendas. El edificio se vendió cuatro veces entre 2001 y 2003, multiplicándose su precio por más de tres, pasando de 70 a 227 millones de pesetas, sin que por ello se hubiera realizado rehabilitación alguna, más bien al contrario. La dejadez de la finca pretendía aumentar la presión contra los habitantes del edificio del número 29 de la calle d'en Robador para que la abandonasen. La mayoría de inquilinos con contratos de alquiler indefinidos estaban sufriendo un acoso que contemplaba cortes de luz, de agua, amenazas, y, en general, acoso sistemático hacia todos los vecinos (Coordinadora, 2004).

La sede de UGT regresó al barrio que la había visto nacer. Además del hotel de lujo, los sindicatos UGT y CCOO y la AA. VV. del Raval acordaron, mediante sus empresas inmobiliarias, y bajo la forma de cooperativas de viviendas,[29] la construcción de viviendas protegidas que prácticamente no alojaron a ningún vecino afectado por éstas u otras expropiaciones en el barrio.

De manera muy elocuente, la configuración final de Illa Robador sintetiza el reparto del «pastel» terciario y especulativo que significa la operación en relación con la ciudad imaginada por sus próceres: en el ámbito barrial reciben su parte la Asociación de Vecinos, la industria cultural (Filmoteca Nacional de Catalunya) y el negocio turístico (Hotel Barceló Raval), los tres agentes que pactaron y defendieron el modelo de barrio impuesto por la evocada regeneración urbanística del Raval desde 1988.

Se bautizó la plaza del hotel con el nombre de Vázquez Montalbán. Precisamente, aquel que dejara escrito (repito la cita):

> *A mí no me importa que sepulten mis cines, mis colegios, los puntos de referencia del país de mi infancia bajo una propuesta de paraíso que se llama Rambla del Raval y todo lo que le cuelga, sino que la deconstrucción se lleve por delante toda posible memoria de la ciudad mestiza y se practique a costa del vecindario más débil de la ciudad.*[30]

En la plaza se prohibió jugar a la pelota, se instalaron los bancos «de autistas» y se asentó la sede principal del sindicato UGT y su sección de Mossos d'Esquadra. Se construyeron, como es pertinente en estos casos, un *parking* (respondiendo con sorna a las supuestas necesidades de pacificación del tráfico en la zona) y un supermercado.

En febrero de 2012, con varios años de retraso, se inauguró finalmente la Filmoteca Nacional de Catalunya. Las últimas noticias relativas elevaban el

29 Especialmente sonados son los casos de usos especulativos de suelo público protagonizados por el sindicado UGT. Véase, por ejemplo: «UGT dio un pelotazo de 1,8 millones con la compraventa de unos solares», *El Periódico,* 25 de octubre de 2010. También existen sospechas sobre la adjudicación de los pisos, véase, por ejemplo: «Altos cargos de UGT acaparan pisos protegidos en la Vila Olímpica», *El Periódico*, 4 de febrero de 2011.
30 Véase Vázquez Montalbán en Von Heeren (2002).

monto definitivo a 34,2 millones de euros y hablaban de que mantendrá endeudado al erario público hasta el año 2037.[31] Un nuevo «centro cultural» para uso mayoritario de vecinos del resto de la ciudad. Ajeno, en gran medida, a las necesidades de equipamientos que tiene el vecindario característico de la zona, e ignorando los restos de cultura popular que están colaborando en arrasar. Se espera que este nuevo «centro cultural» sea el *ángel redentor* de las clases biempensantes de la ciudad, aquellas que avalan retóricamente los intereses especulativos y el menosprecio hacia la población más descapitalizada con el discurso de la fatalidad, de la necesidad de esponjamiento, con la razón del aumento de los precios de la vivienda, que sólo permitirán habitar el centro de la ciudad a una parte cada vez más reducida de la población. Los sucesivos gobiernos municipales «progresistas» han justificado la destrucción de miles de viviendas en aras del bienestar de los nuevos vecinos de mayor capital económico o cultural. Y han legitimado así una política de destrucción que, ni siquiera en las épocas más oscuras de la oligarquía barcelonesa protegida por el explícito gobierno fascista de Franco, ésta habrían soñado hacer: intentar lapidar un barrio irredento, sus gentes, su cultura, la memoria de su insumisión y levantar sobre sus cenizas un nuevo mundo, perfecto, ideal, de clases medias universales, armonioso, homogéneo y, por encima de todo, solícito y sumiso.

Últimas llamadas al orden: participación, patriotismo de ciudad y civismo como contramovimientos

> *[En el proyecto institucional de ciudad que ha llegado hasta nuestros días] se encumbra una metrópoli y fabrica a unos ciudadanos, a la vez que se derrumba una ciudad y destruye unas maneras de vivir lo urbano. En esas, el orden urbano —y para atrapar a los urbanitas en la colmena de todos y cada uno que es el proyecto [de ciudad]— se ha dedicado a la fabricación de una nueva ciudadanía para una ciudad habitable.*
>
> Pere López Sánchez (1993*b*)

31 «La Filmoteca costarà 34,2 milions d'euros i no s'acabarà de pagar fins al 2037», *Masala*, n.º 65, enero-febrero de 2014, p. 6. El elevado coste de las obras, frente a unas fincas que, como se describirá más adelante, ofrecen un aspecto deplorable, fue una de las quejas que enarbolaban los vecinos el día de su inauguración.

Este recorrido sobre los efectos de las transformaciones urbanísticas no puede obviar algunos de los mecanismos necesarios para llevarlas a cabo con la menor resistencia posible por parte de los afectados y del resto de habitantes. Recuperando las reflexiones de apartados anteriores sobre la producción mitificada de figuras contrarias al orden, los mecanismos institucionales han perfeccionado algunas de sus prácticas en este sentido, que aquí glosamos con los epítetos de participación, patriotismo de ciudad y civismo.

Estos tres elementos están dialécticamente relacionados en la producción de un consenso de ciudad que legitime prácticas irregularmente democráticas sobre territorios o poblaciones, categorizadas previamente como contrarias a un modelo de espacio público «ordenat, segur, net, cívic, de qualitat i de llibertat» (Hereu, 2009).

La calderilla de la participación

En este sentido, y recordando alguno de los ejemplos citados, los procesos llamados de «participación ciudadana» resultan de una estrategia que convierte la participación en «calderilla» (López Sánchez, 1993*a*: 110):

> *La participación ciudadana se propone, entonces, no tanto como solución a los problemas de democracia contemporánea y a los problemas de su crítica, sino como calderilla que se instrumentaliza para la recolectivización del sentido de la democracia toda vez que las grandes alternativas han caído.*[32]

La participación, entonces, se dirige hacia la gobernabilidad de barrios tradicionalmente poco proclives a la mansedumbre. Según Manuel Castells, se trata de evitar el socavamiento del consenso y de

> *…contribuir por todos los medios a reforzar el tejido social de las grandes ciudades, favoreciendo el desarrollo de asociaciones ciudadanas de todo tipo y la proliferación de sus actividades, aunque deslindando cuidadosamente la participación ciudadana y la información de los ciudadanos del ejercicio efectivo del poder.*[33]

32 Véase López Sánchez (1993*a*: 111).

De hecho, la participación tiene que ir en una dirección contraria a la de poner en evidencia que las prácticas de demolición de barrios históricos enteros son la causa y consecuencia del conflicto antagonista, generando entonces un «patriotismo de ciudad» que lo diluya. Tal y como resolverá Jordi Borja, asesor del Ayuntamiento en aquellos momentos, para el buen encauce y la legitimación de estas prácticas se requiere congregar a los habitantes hacia el orgullo de «su pasado y su futuro» (Borja, 1990: 62) y, para ello, «articular la cooperación ciudadana» y «promover la cohesión social». Se potenciará así una canalización normativa, regulada y castrada, impuesta precisamente por el gobierno de la ciudad (López Sánchez, 1993*a*: 108).

Desde las asociaciones de vecinos, se ha denunciado intensamente la instrumentalización de la participación para legitimar intervenciones urbanísticas como las que aquí se están recogiendo (FAVB, 2007). De hecho, las llamadas a la participación en estos contextos se definen mejor como «contramovimientos» (Maza, McDonogh y Pujadas, 2002), es decir estrategias de desligimación de movimentos vecinales que se oponen a ciertas intervenciones urbanísticas. Institución de «mayorías normalizadas y de sujetos sujetados» para garantizar «la estabilidad del orden urbano» (López Sánchez, 1993*c*: 113).

Según ha recogido Von Heeren entre los vecinos afectados por las intervenciones urbanísticas en Ciutat Vella, ninguno de los PERI se ha hecho teniendo en cuenta su opinión. Los procesos participativos son de nula credibilidad en tanto han servido básicamente para legitimar propuestas municipales interesadas en ellas mismas y sin voluntad de recoger las inquietudes de los vecinos ni sus necesidades (Von Heeren, 2002: 61). Otros autores critican que «tot i una creixent retòrica de la participació, la veu dels ciutadans ha estat marginada del debat de lo estratègic i ignorada en les decisions del planejament» (Clarós, 2007: 2).

33 Véase Castells (1986: 103).

Gaspar Maza hace, a partir de su trabajo etnográfico sobre Ciutat Vella, una crítica a la participación que él llama «oficial»:

> *La participación social en Ciutat Vella es, por lo tanto, una participación mayoritariamente municipal, de comerciantes, de las instituciones públicas y de las entidades, algunas de vecinos pero otras no, entidades con fines sociales, de solidaridad, universidades o museos. Estos grupos han acabado ocupando en el caso del Raval la mayor parte del espacio de representación sin corresponderse con todas las clases superpuestas que componen el barrio, especialmente con las clases sociales más desfavorecidas.*[34]

Para la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona (FAVB), la participación se reduce a la «d'aquells i aquelles que participen dels consells d'administració, que lliguen els seus noms a la propietat de determinats espais de la ciutat: els senyors (i senyores) de Barcelona», mientras:

> *Nosaltres ciutadans i ciutadanes compromesos amb la construcció de la ciutat que respongui als interessos de tothom […] ens sentim membres de l'escolania de Montserrat i finalment veiem com la nostra participació, valoracions, deliberacions d'anys mereixen la mateixa consideració que una enquesta resposta de forma virtual [...]. Ells […] marquen l'agenda, estableixen prioritats, discretament, calladament, i quan s'aixequen de la taula encaixen les mans, el nostre procés participatiu i formal ja ha estat sancionat i sentenciat.*[35]

Albert Recio, economista de la Universitat Autònoma de Barcelona, también reconoce que la percepción que tienen muchas de las personas que, como él, se toman en serio la participación constata que sus propuestas y demandas frecuentemente chocan con dos escollos muy evidentes: propuestas que llegan ya aprobadas y que difícilmente pueden ser discutidas y temas tabú que son sistemáticamente excluidos del debate (Recio, 2007: 10).

34 Véase Maza (2002: 223).
35 Véase FAVB (2007: 2).

Incluso el citado urbanista Jordi Borja[36] ha realizado críticas contundentes, después de haber sido en gran parte responsable e ideólogo de las primeras transformaciones urbanísticas en Ciutat Vella. En la actualidad, se muestra especialmente mordaz con los llamados «procesos participativos». En uno de sus artículos, denuncia que se aprueban proyectos municipales en nombre de la participación, que podrían interpretarse como planes para «desarticular els moviments ciutadans crítics i amb capacitat de plantejar alternatives i substituir-los per la relació clientelear amb nuclis reduïts de veïns que plantegin demandes estrictament localistes» (Borja, 2007: 22).

Borja, nos recordaba en este artículo dos de los elementos básicos de la función de la participación: la desactivación de movimientos ciudadanos críticos y la creación de un «consenso pasivo». Éstos actúan por separado aunque en la misma dirección: el escamoteo de las condiciones económicas y laborales, como variables explicativas del desorden urbano en sus múltiples expresiones, es decir, delincuencia, venta ambulante, prostitución, violencia o una creciente desafección hacia las instituciones.

Más de veinte años de trabajo de campo en el barrio del Raval analizando movimientos sociales e intervenciones urbanísticas permiten afirmar a sus autores que, como mínimo desde el Pla Cerdà:

> *Les polítiques socioculturals i urbanístiques públiques han adoptat la forma d'un contramoviment social, que, amb la disculpa de lluitar contra la marginació social […] ha posat l'émfasi en mesures de control que volien suplantar o tutelar les iniciatives associatives sorgides de la gent del barri.*[37]

36 Borja es reconocido como uno de los urbanistas clave para entender las intervenciones urbanísticas desde finales del franquismo, en 1968, hasta los últimos años posfranquistas. A través de su despacho Jordi Borja Urban Technology Consulting S. L., además, acuñó, publicitó y exportó el criticado «Model Barcelona» (Capel, 2007). A modo de reparación, publicó un libro recientemente en el que criticaba lo que él llama «la traición al modelo Barcelona» (Borja, 2009). Para otros autores como Manuel Delgado, la actual Barcelona modelada por Borja y otros «no es un proyecto genuinamente posdemocrático sino que partió de la determinación de los elementos franquistas de poner la ciudad a disposición de los intereses del capitalismo inmobiliario financiero internacional» (Delgado, 2007: 33).
37 Véase Maza, McDonogh y Pujadas (2002: 114).

La creación de nuevos espacios vacíos por parte de las autoridades municipales o la negación de controles privados o públicos sobre el barrio «són indicadors de la tutela permanent que s'ha exercit sempre a partir d'una ideologia del control» y son manifestaciones de un «verdadero contramovimiento social» (Maza, McDonogh y Pujadas, 2002: 120). El éxito, entonces, de los contramovimientos es el de producir un consenso particular —el de las autoridades privadas y públicas— y generalizarlo de forma que sea aceptado y no legítimamente problematizado por aquellos afectados por las intervenciones urbanísticas. El contramovimiento tiene, del mismo modo, unos objetivos ligados a la sustitución de población del barrio por otra con mayor capacidad de consumo y de asunción acrítica de postulados ligados a intereses de gobierno tanto como inmobiliarios.

El movimiento oficial y semioficial de participación y representación se convierte en un movimiento contra posibles movimientos de dentro (Maza, McDonogh y Pujadas, 2002). Los vecinos, habitantes del barrio, acaban así siendo siempre explicados y representados por otros. Se convierten en «espectadores de forma permanente que sólo alcanzan a mirar cómo se suceden las obras y las transformaciones urbanísticas» (Maza, 2002: 223).

Con todo, en el Raval, tal y como sugieren los resultados de la etnografía citada, los contramovimientos han sido vencidos muchas veces por sus propios errores. Por ejemplo, la imposible gentrificación de la zona centro y sur del barrio, una Rambla del Raval aún hoy poco favorable al consumo compulsivo y a la ostentación pecuniaria, igual que los parques del Raval, que se han convertido en espacios que dan la espalda a los posibles usuarios (Maza, 2002: 128).

Es en este sentido que la concertación y el diálogo se erigen como dispositivos de contramovimiento. Aún así, para que estos mecanismos mejoren su éxito es necesaria aún la propagación de un «patriotismo de ciudad».

Patriotismo de ciudad

Acaso Barcelona encarne un episodio más de los esfuerzos que todo orden político ha hecho siempre para imponer sus discursos de homogeneización, centralización y control sobre la tendencia de todas las ciudades al enmarañamiento simbólico.

Manuel Delgado (2005)

Más de un autor (López Sánchez, 1993*a*; Delgado y Malet, 2007) se ha referido a las nuevas técnicas para imponer la gobernabilidad en la ciudad de Barcelona como típicas de lo que Michel Foucault llamó «modalidad pastoral de poder» (Foucault, 1988, 1991).

Según Foucault, podemos ver al Estado como una moderna matriz de individualización o una nueva forma de poder pastoral (1988: 8). El pastor ejerce el poder sobre su rebaño, lo agrupa, guía y conduce. Al «jefe político le corresponde calmar las hostilidades en el seno de la ciudad y hacer prevalecer la unidad sobre el conflicto» (1991: 101). Una novedad de esta modalidad es que, a diferencia de los jefes griegos que logran la gloria si son buenos jefes, los jefes hebreos (los fundadores de esta forma de poder) están más próximos a la «abnegación». Todo lo que hace el pastor

> *... lo hace por el bien de su rebaño. Ésta es su preocupación constante […] Presta atención a todos, sin perder de vista a ninguno. Se ve llevado a conocer al rebaño en su conjunto y en detalle. Debe conocer no sólo el emplazamiento de los buenos pastos, las leyes de las estaciones y el orden de las cosas, sino también las necesidades de cada uno en particular. El poder pastoral supone una atención individual a cada miembro del rebaño.*[38]

Pues bien, estos dos elementos —el ejercicio del jefe de calmar las hostilidades dentro del grupo y mantener la unión bajo su manto—, al tiempo que desencadenan los procesos de individuación, son los que dan cuerpo a la estrategia del «patriotismo de ciudad».

38 Véase Foucault (1991: 103).

En el gobierno «posdisciplinar de la metrópoli, la circulación de configuraciones de fascinación y anonadamiento» alrededor del proyecto de ciudad ha de ajustarse a las estrategias del poder pastoral: se trata a las poblaciones como colección de individuos cuando se convoca al *nosotros* —«Tots som Barcelona» era el lema de campaña del alcaldable Xavier Trias— y esa misma colección se descompone en unidades numeradas cuando el destinatario es el «rasgo individualizador de cada uno que se acopla al poder totalizante que aborda a los ciudadanos como conjunto» (López Sánchez, 1993*a*: 109).

El análisis de López Sánchez (1993*a*) estriba en contemplar las intervenciones sobre el Raval como una propuesta de un orden urbano que pretender hacer «impensables e imposibles aquellas otras maneras de vivir» el barrio. La población que no se aviene es tipificada como ingobernable o, como ya se ha apuntado y se desarrollará en el siguiente apartado, «incívica», y debe ser exorcizada del espacio público.

Lo que está en juego, entonces, con la constitución del patriotismo de ciudad, es la potenciación del consenso a base de promocionar un entusiasmo colectivo —uno de los últimos lemas publicitarios del ayuntamiento es el «ViscABarcelona!»—. Potenciar el consenso, neutralizar el disenso, producir ciudadanos solícitos que, a su vez, se indentifiquen con el reflejo contrario del que disiente. Es en este sentido que se fabrica una ciudadanía como herramienta clave en la «constitución de mayorías normalizadas y de sujetos sujetados». Es el antídoto para atajar los síntomas de «desorden urbano y garantizar entonces su estabilidad» (López Sánchez, 1993*a*: 112).

Por un lado, esta modalidad está bien representada por el urbanismo, que se erige como guía para «cohesionar la ciudad», al mismo tiempo que se fija y cuida que bancos, plazas, avenidas o calles que se implementan en el Raval permitan una neutralización de aglomeraciones colectivas o reuniones insidiosas (Horta, 2010; Sirvent y Carreras, 2013; Magrinyà y Maza, 2005).

Así, esta modalidad de poder alimentaría este patriotismo de ciudad que, a su vez, requiere de la creación de un consenso similar al que provee el nacionalismo, es decir, una adhesión simbólica y acrítica a una fantasmagoría. Barcelona ha podido producir las bases «escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad política emergente» (López Sánchez, 1993*a*: 115). La apuesta es aquí la de su principal teórico, Jordi Borja; es decir, poner en marcha un conjunto de

campañas publicitarias que han de permitir «articular la cooperación ciudadana y promover la cohesión social» (1988: 408-409). En este sentido, algunos autores hablan de la promoción de un *barcelonismo,* definido como, «un neonacionalismo urbano que se ofrecería como opción alternativa al catalanismo tradicional y al españolismo estatal» (Delgado, 2005: 85), que permite reducir la complejidad, la contradicción, el conflicto antagonista, la pluralidad a una única condición que moviliza en una única dirección: el barcelonismo. Tal y como Jordi Borja lo articularía: «el barcelonismo debe producir ese *feeling* entre ciudad y ciudadanos, instituciones y entidades, administraciones y grupos de base» (Borja, 1988: 408). Este *feeling* ha de consentir alcanzar y estabilizar unas cotas de consenso donde la mayoría se convierta en sujeto político que arropa la dinámica urbana del capital (López Sánchez, 1993*a*: 114).

La hegemonía del «civismo»

Estas transformaciones urbanísticas han sido implementadas en su última fase por nuevas y mejoradas estrategias de fiscalización del espacio urbano. Se trata de una nueva ordenanza municipal que tiene el objetivo explícito de «fomentar y garantizar la convivencia en la ciudad de Barcelona»[39] y que es conocida como la «ordenanza cívica».

El presupuesto de la ordenanza es que el espacio público, idealmente desconflictivizado, ha sido alterado por «l'augment de conductes incíviques que posen en perill la convivència». Este aumento se debe, según los redactores de la normativa, a dos cuestiones, la primera de las cuales sería: «El fenomen derivat del creixement de la mobilitat geogràfica i la globalització econòmica que tendeix a barrejar poblacions procedents de cultures diverses» (eufemismo políticamente correcto para hablar de los «problemas de la inmigración»). Y la segunda cuestión, que explicaría este aumento de «conductas incívicas»,

> *...no vindria de fora sinó que tindria a veure amb la gent del lloc. S'hauria produït una pèrdua de normes culturals pròpies i que deriva, per tant, en una*

39 Véase Ajuntament de Barcelona (2005).

situación d'anòmia, de falta de sentit, en la que els individus no saben com han d'orientar la seva conducta en no estar socialment ben delimitada.[40]

En 2006, se publicó el libro *Civisme per la convivència* (Subirats, 2006), que era la recopilación de unas jornadas organizadas por el Ajuntamet de Barcelona que reunía a los «expertos» (urbanistas, politólogos, sociólogos, arquitectos y filósofos) de la ciudad para hablar de espacio público y civismo. La coordinadora de las jornadas y del libro, Marina Subirats, advertía en su preámbulo que «l'espai públic és un bé disputat i que s'ha de garantir el dret que tothom el pugui gaudir. La densitat i la diversitat de la població sembla posar en perill el gaudi d'aquest». También señalaba que han aparecido nuevas formas de apropiación de este espacio que no se ajustan a unas normas de «buen comportamiento», que permitirían lo que la lectura *habermarsiana*[41] del ciudadano había destinado para el espacio público: un ámbito de conversación, dialógico y de comunicación entre iguales preocupados por el bien común.

Se trataría entonces de lo que, por ejemplo, Silveira llama «el fomento de la convivencia a través de la represión del *espacio público*» (2006). Desde este punto de vista, la normativa hace aparecer una nueva figura que amenaza el orden social en la ciudad. Esta figura es el incívico que, a grandes rasgos, queda definido como toda aquella persona que, de un modo u otro, vive en o de la calle. Tal y como recoge la ordenanza, se considera comportamiento incívico y contrario a la convivencia toda acción en el espacio público no prescrita por el consistorio que consista en: vender o comprar objetos, vender o comprar sexo, hacer música u otros espectáculos, patinar, dormir, lavarse, ir visiblemente (¡sic!) indocumentado, beber alcohol, repartir octavillas o pegar carteles,

40 *Ibídem*, p. 7.

41 En otro estudio, de carácter más teórico, estoy trabajando los presupuestos actuales sobre los que se funda la actual definición hegemónica de *espacio público,* concepto clave para el desarrollo posterior de mi tesis doctoral. Aunque sólo sea a modo de anotación, cabría decir que, para los herederos teóricos de Kant, como por ejemplo Habermas, el espacio público evoca el dispositivo democrático por excelencia, la esfera en la que se representa públicamente la acción democrática en el sentido de Kant y Habermas, conducida por el placer sociable de departir, de conversar libremente y sin obstáculos. Ésta es la definición política hoy dominante en una serie de discursos a veces voluntaristas que acuden regularmente a las virtudes de la concertación (Joseph, 1999*b*).

pintar o dibujar las paredes. Estos comportamientos pueden estar sancionados administrativamente con multas que pueden ir de los 50 hasta los 3000 euros. En su momento, la presentación de la normativa provocó una serie de protestas y movilizaciones que denunciaban la excesiva regulación, la penalización de los problemas sociales (como la mendicidad o el trabajo sexual en la calle) o la neutralización de actos definidos como molestos por la propia ordenanza (como jugar a la pelota en la calle, patinar o tocar música). Se crearon dos agrupaciones: Víctimes del civisme y El carrer és de tothom. Estas protestas dieron lugar a una serie de charlas, reuniones de los colectivos afectados por la normativa, manifestaciones —como la que se celebró el 17 de diciembre de 2005 y que acabó con fuertes cargas policiales—[42] y un recurso de inconstitucionalidad —desestimado—, presentado por un conjunto de entidades de la ciudad encabezadas por la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona y el Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos. Se señaló entonces que la ordenanza se inspiraba en las doctrinas de *zero tolerance* implantadas en Nueva York, en noviembre de 1996, que, a su vez, inspiraron las prácticas impulsadas en Londres bajo el epígrafe de *law & order*. La doctrina *zero tolerance* parte del supuesto que el desorden social tiene unas causas muy concretas y que eliminar el desorden comportará acabar con la delincuencia. Simplificando, esta doctrina presupone que para luchar contra la delincuencia deben combatirse ferozmente los comportamientos «desordenados» (Guillén, 2009).

El «civismo» así entendido se ha generalizado, aparentemente, entre las «masas normalizadas», transformando la premisa institucional de «civisme per la convivència» en la de «civisme *contra* la convivència». Actualmente, la variedad de actos «desordenados» son denunciados como «incívicos», y no exclusivamente por la policía. Se ha agrandado el consenso sobre qué cosas no se pueden permitir en el espacio público. Esta aquiescencia ha multiplicado el malestar debido a que, ahora, todos los desbarajustes e incomprensiones de la vida urbana tienen una etiqueta casi punitiva y de *poder*. En este sentido, estas mayorías normalizadas colaboran de forma entusiasta en la consecución de un orden burgués y se permiten denunciar, también, todo tipo de acciones, incluso de subsistencia, que se produzcan frente a su vista.

42 Óscar Muñoz: «La protesta contra la ordenanza del civismo provoca disturbios», *La Vanguardia*, suplemento *Vivir*, 18 de diciembre de 2005, p. 3.

Las continuidades en las culturas de control sobre el Raval

Barcelona ha resultado un escenario privilegiado para interpretar en un caso concreto los presupuestos que fundan la noción de *culturas de control*. La historiografía de la ciudad y, más específicamente, del barrio que hoy conocemos como Raval permiten entenderlo como uno de los últimos reductos *urbanos*. Desde este punto de partida, es posible convocar el marco historiográfico desplegado aquí y contrastarlo con las intervenciones sobre el barrio, desde que se iniciara su urbanización en el siglo XVIII hasta la actualidad. Este trabajo ha reconstruido la continuidad en las culturas de control del Raval, desde la *misericoria* hasta el *civismo*.

Convergencias

A raíz de la primera tesis anunciada en la introducción «Sobre los usos del bien», se derivarían otras dos, íntimamente relacionadas: la primera de ellas sería la convergencia diacrónica entre las propuestas políticas que podríamos llamar de raíz *progresista* y las de raíz *conservadora*. De hecho, las intervenciones más contundentes sobre el Raval se han llevado a cabo desde posturas *progresistas* y durante periodos democráticos. Siendo esto así, el siguiente elemento que destacar, sería una regia y notable incomprensión de la vida urbana por parte de las instituciones promotoras de las sucesivas intervenciones. Se trataría de una incapacidad para interpretar tanto algunas de las consecuencias del *conflicto antagonista*, como los procesos masivos de aculturación y homogenización cultural. Esta incomprensión, claro está, encuentra una afinidad electiva —como nos diría Max Weber— con una propulsión capitalista obcecada en su necesaria producción de lucro a costa de cualquier cosa.

En este sentido, se avanza aquí, como ejemplo de lo que acabo de decir, la tradicional lectura sobre el Barrio Chino como *reducto del mal*. Ésta ha sido convocada unánimemente por las autoridades políticas de la ciudad desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Esta unanimidad se manifestaría tanto en la descripción como en gran parte de las diagnosis o de las propuestas de intervención sobre el barrio. Los periodos estudiados se caracterizarían por

un elevado consenso institucional[43] a este respecto, que atravesaría etapas dictatoriales, democráticas, progresistas o conservadoras.

Una incomprensión que no estaría reñida con el establecimiento de distancias sociales entre grupos humanos, engendradas por el antagonismo social. Es decir, si el resultado del conflicto antagonista se resolviera con la segregación espacial —primero en el interior de la ciudad amurallada y después enfatizada por la creación del Eixample—, una consecuencia derivada de ésta sería precisamente el enconamiento de las diferencias entre los grupos culturales enfrentados. Esta separación también se expresaría dando lugar a gobiernos copados por representantes de clases burguesas, distanciados de las culturas practicadas en los distritos obreros y ajenos, en gran medida, a sus problemáticas concretas, así como a las estrategias para un abordaje del barrio menos drástico.

El Raval, escenario para el conflicto

Una segunda tesis que aquí se sostiene sería la pertinencia de conceptualizar las culturas de control sobre el Raval y las diversas respuestas de sus habitantes como «territorialización del conflicto antagonista». Sería lo que López Sánchez llama «vertiente territorializada del antagonismo» (1993*b*: 31). Las culturas de control se articulan desde este punto de vista como «dispositivos de poder en tanto se observa, ya sea en sus discursos o en sus prácticas, su entrega a la consecución de la ciudad disciplinaria» (1993*b*: 11).

Desde este punto de vista, se afirma que el Raval ha sido sede de multiplicidades humanas y, por tanto, lugar de procesos de subjetivación diversos, y espacio de actos imprevisibles en el cual la colisión social es constitutiva (Santos, 1986). La voluntad de disciplinamiento, entonces, se convertiría en un conflicto por recursos claves: espaciales, culturales o económicos.

43 Exceptuando, quizá, ciertas divergencias en el análisis de las causas de la «degradación del barrio», que unos puede asociar a la presencia de «gentes de mal vivir» y otros a la «miseria y pobreza efectiva o moral» de sus habitantes. A su vez, esta pobreza sería naturalizada por unos, y otros la explicarían por las condiciones del entorno. Otras discrepancias tendrían que ver con las dimensiones de dichas intervenciones o el criterio de destrucción de fincas.

El suelo

Los gobiernos sobre el Raval han llevado a cabo expropiaciones de viviendas por motivos de utilidad pública o interés social, ofreciendo a cambio nuevas viviendas o indemnizaciones económicas, cosa que no en todos los casos se ha producido.[44] Estas expropiaciones han provocado, en muchos casos, la expulsión de la población allí arraigada, así como la destrucción de importantes redes vecinales. En este sentido, el vecindario ha sido sustituido, en unos casos, por otro de condiciones socioeconómicas parecidas a la de los anteriores habitantes y, en otros, por población con mayor capital económico y cultural (Subirats y Rius, 2008). De esta manera, se les regatearía a ciertos habitantes su derecho a vivir en zonas centrales de la ciudad. Pues bien, esta primera requisa ha conllevado otras dos, igualmente destacables.

Las prácticas culturales

El segundo escamoteo sería el de las de prácticas culturales *otras* que se plantean como antagónicas a las propuestas gobernativas. Dichas prácticas divergen profundamente de aquellas que se pretenden hegemónicas y homogeneizantes, y coagulan la serie de respuestas contundentes y refractarias a

44 Aunque no es el tema central de esta investigación, es preciso anunciar que las expropiaciones se basan en la primera ley de Expropiación forzosa de 1883 y sus sucesivas implementaciones, como la de 1954 y la de la Constitución Española de 1978. El Plan de Actuación Integral sobre Ciutat Vella preveía, ya en 1991, «l'operació expropiatòria de més envergadura en la llarga història de Ciutat Vella» (Alibés, 1991: 115), que se llevará a cabo a través de la empresa mixta público-privada Procivesa. Desde el principio hasta nuestros días, las expropiaciones han sido una fuente importante de conflicto (Maza, McDonogh y Pujadas, 2002). Sólo este plan contemplaba la demolición de 3368 viviendas y, a finales de 1990, se había facilitado vivienda alternativa sólo a 109 familias y se había indemnizado a 93. La dificultad para realizar una expropiación exhaustiva aumenta en las «situacions marginals, que fan difícil un tractament general i que representen un percentatge important dels edificis que s'expropien» (Maza, McDonogh y Pujadas, 2002: 117). Además, y como denuncian diversos autores y entidades vecinales, estas expropiaciones siempre están rodeadas de la sospecha, por los escasos recursos destinados a ellas (Aisa y Vidal, 2006; Von Heeren, 2002; Aramburu, 2000), porque no son bien resueltas (Ros Chao y Villares, 2008) o porque están implicadas en casos de corrupción (FAVB, 2007; Gabancho y Pomés, 1991).

un orden económico capitalista. En este sentido, si definimos la vida urbana como aquella caracterizada por catalizar una miríada de estrategias económicas o políticas —al margen o contra las instituciones establecidas—, ésta colisionaría con lo que parece la tendencia de los administradores de una ciudad como Barcelona. Éstos contemplarían como prioridad idealizar o purificar el barrio del Raval, con el anunciado objetivo de imponer un *orden urbano burgués*.

El trabajo y el ocio

La tercera de las requisas que se desencadenarían como resultado de la aplicación de estas culturas de control sería precisamente la neutralización de estrategias económicas, algunas de ellas de subsistencia, que serían oficialmente deslegitimadas, cuando no criminalizadas. En este sentido, se deduce de ello no sólo un intento de apropiación de la calle por parte de las autoridades, sino también el objetivo de forzar a estas poblaciones —que hacen de la calle su escenario de vida, trabajo y ocio— a que se incorporen tanto al mercado laboral como al del ocio, ambos, especialmente a día de hoy, intensamente normativizados y disciplinantes. Este cometido alienaría nuevamente a los sujetos de sus capacidades para procurarse recursos básicos, por sus propios medios o por aquellos que su entorno o su cultura podían brindarles. Esta separación, típica del capitalismo —que escinde al trabajador del producto de su trabajo (Harvey, 1977)—, debería conducir a un aumento de la población asalariada y, por tanto, aún más descapitalizada. En otras palabras, además de expropiar a los individuos de su fuerza de trabajo y de sus prácticas de asueto, se suprimirían las estrategias laborales y de ocio, autónomas y no sometidas a la producción de plusvalías (Wacquant, 2000).

El conflicto

Otro ejemplo de las consecuencias de estos procesos de aculturación sería lo que, nuevamente, López Sánchez llama «secuestro del conflicto antagonista» (1993*a*, 1993*b*). Y ésta sería otra de las sugerencias interpretativas que se desprenden del trabajo aquí expuesto. En este sentido, uno de los conceptos clave

sobre el que pivotan las fiscalizaciones urbanas, así como las intervenciones urbanísticas, sería el de *conflicto*. La noción de conflicto se convierte entonces en un concepto central, que es vaciado de contenido antagonista y secuestrado para servir a mejoradas culturas de control.

El conflicto urbano, entendido como sustantivación del conflicto social y económico en la ciudad —que cuenta con una larga e intensa tradición en el Raval— sería liquidado. La nueva interpretación de la noción de *conflicto* se instituiría como premisa del orden urbano, aunque, como he dicho, descargada completamente de significado. El conflicto abandonaría su condición de concepto de síntesis de los antagonismos socioeconómicos, para convertirse en un marco normativo de prácticas ciudadanas en el espacio público, al servicio de una nueva implementación de las culturas de control.

Pues bien, llegados a este punto, queda confrontar este recorrido historiográfico con la etnografía crítica de la calle d'en Robador. Se pretende con esta comparación establecer los vínculos con el pasado relativos a las culturas de control, así como describir y analizar de cerca las afectaciones concretas de las contundentes intervenciones urbanísticas llevadas a cabo en aquella zona, el corazón del mítico Barrio Chino.

Etnografía crítica de la calle d'en Robador

De vecinos tradicionales, tipos raros, mujeres comunes y modernillos

presentándose, esquivándose, enfrentándose

Nosotros nos quejamos de todo el movimiento que hay allí. Yo venía buscando diversidad y singularidad. A mí, antes, el Rawal Super me encantaba, pero ahora estamos desbordados por este tipo de tiendas y no hay nada más. Bueno, es que esto es Karachi directamente.

Comentario de una de las nuevas vecinas de la operación Illa Robador en una entrevista televisada

En este capítulo voy a exponer alguno de los resultados de la etnografía de la calle d'en Robador realizada entre la primavera de 2010 y el verano de 2012. He dividido el análisis en cuatro apartados que pretenden dar cuenta de las afectaciones de la vida urbana en este lugar como consecuencia directa o indirecta de las transformaciones urbanísticas allí producidas y el intenso control institucional al que está sometida la vida de aquella calle.

En la parte ancha de la calle, desde la esquina con Sant Rafael hasta Sant Pau

Una de las cosas que más puede sorprender a un recién llegado a la calle d'en Robador es el trajín, el volumen y la variedad de gente que allí se encuentra. Es probablemente una de las calles que, por ejemplo, un viernes a principios de mes —cuando la población usuaria de ese espacio dispone de más dinero líquido para gastar en la zona—, entre las cinco y las nueve de la tarde, puede llegar a concentrar a más personas por metro cuadrado. Y parece que esto es así desde hace décadas: «La calle de Robador estaba en plena ebullición hacia las seis de la tarde» (Francisco González Ledesma, 2005).

Joan Llarch se refiere al poder evocador d'en Robador:

> *La calle Robadors posee un poder evocador. Recuerda a aquella otra aparecida en el cine mudo de Charles Chaplin: «La calle de la paz». Los hombres van y vienen incansablemente arriba y abajo de la estrecha y larga calzada que parece algo así como el mango de un cucharón. A veces, al observar a los curiosos paseantes, se espera que, de pronto, como en los celuloides cómicos y rancios todos empiecen a cobrar una inusitada rapidez, corriendo febrilmente con paso menudo y veloz, de un cabo al otro de la calle y vuelta a empezar.*[1]

A grandes rasgos se puede ensayar una primera descripción del ambiente urbano, parafraseando a Gerard Horta en su *Rambla del Raval*. Él dirá, respecto a la colindante Rambla del Raval, que «la morfología social de los andarines urbanos responde, por su vestimenta, a la de un barrio trabajador y a su vez miserabilizado, con mucha gente mayor y gente foránea» (2010: 173).

La calle d'en Robador ha estado habitada como mínimo desde el siglo XVIII por la población que «tenía una posición más baja» en relación con el resto del barrio. Robador era un ejemplo claro del tipo de vecindario del Raval de la época:

1 Véase Llarch (1968: 123).

Aspecto de la calle d'en Robador una tarde del mes de julio de 2012.

> *Eran hortelanos, sastres, comerciantes, médicos, un notario, un artesano fabricante de órganos, un platero y un pintor. Los que tenían una posición más baja, dedicados a la agricultura, corresponden a los de la calle Robador, y los de mejor situación eran los de la calle del Hospital; esta diferenciación se corresponde con la distinta consideración que tenían las calles en cuestión. Si bien en la periferia urbana —gran parte de la cual la constituía el Raval— se concentraban las capas más pobres, las profesiones menos valoradas y la gente sin ocupación, no se puede considerar que este sector compartiera estas características desde el punto de vista de sus habitantes, exceptuando algunos casos de la calle Robador.*[2]

Actualmente, en la d'en Robador se sigue suscribiendo esta percepción de gentes trabajadoras y descapitalizadas, aunque el movimiento es más liviano,

2 Véase Sargatal Bataller (2012: 1-22).

algo menos agitado que el de la Rambla del Raval. Los cuerpos acostumbran más bien a estar estacionados; personas que suelen estar allí *paradas* contemplan los vaivenes de los cuerpos hacia arriba y abajo de la calle, de forma bien semejante a la descripción que André Pieyre de Mandiargues hace de la colindante calle de Sant Ramon: «la gente que se aglomera en ella sin un objetivo determinado dando la impresión de flotar más que de vagar» (Pieyre de Mandiargues, 1996: 87).

Los usuarios del lugar se apoyan en la pared de los edificios o en algún poste, entre otros motivos, porque que no existen bancos ni algo parecido y, hasta la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya, ninguno de los bares de la calle disponía de terraza, por la misma estrechez del lugar. Allí se reúnen generalmente hombres, con alguna bebida en la mano, charlando y observando a los demás. Entre estos «demás», se encuentran las chicas —la mayoría de ellas ofreciendo servicios sexuales—, a las que luego regresaré con más detenimiento.

De manera probable, el visitante puede ver todo este ajetreo y se puede sentir afectado positiva o negativamente. En cualquier caso, el simple hecho de la aglomeración y de los flujos incesantes de personas que presenciará le alterarán. Se trata de un escenario total de presentación y representación, un auténtico proscenio donde ver y ser visto. Un lugar donde las miradas se intercambian entre una mayoría de personas, conocidas, apenas conocidas, compañeros y compañeras de trabajo en momentos de asueto o productivos. Allí todo el mundo mira y es mirado, de forma directa, frontal cuando se quiere interpelar al otro o la otra, o por el rabillo del ojo cuando el observado aparenta intenciones amenazantes de fiscalización o control.

Se trata de un enjambre de comunicación en el que hasta las paredes hablan[3] y en los balcones se ve a hombres, mujeres o niños asomados. Desde allí, también emanan olores a comida especiada y músicas posibles, especialmente las tardes de algún fin de semana.

3 Algunas de las pintadas que observé en paredes y persianas de locales, y que recogí en mi diario de campo, fueron las que reproduzco aquí, exactamente como allí estaban inscritas: «La liberta e un consepto de cada 1»; «Akí, las putas llevan plaka»; «Apaga la tele, estimA el teu clítoris»; «No ahogaremos nuestra vida para saciar vuestra $ed».

> *Ya en Robador se oye música (¿tipo Bollywood?). En la calle, parece que sale de un balcón donde hay un hombre de aspecto indostánico sentado en una silla y mirando en dirección a la calle del Hospital.* (Nota del diario de campo, 4 de junio de 2010, 20.30 h)[4]

Los cuerpos, las miradas, las voces, los desplazamientos, los asentamientos, las conversaciones, los gritos, los bailes, la música o el canturreo son mensajes que se lanzan al grupo —generalmente efímero, aunque regular— que allí se posa o se desliza.

Esta amalgama de mensajes hablados, gestualizados e incluso olfateados no se presta a un descifrado fácil. El nuevo visitante sentirá en los primeros instantes que una gran cantidad de ojos se posan sobre él. Su respuesta a estas miradas le adjudicará un papel: mantener la mirada a otros hombres podrá resultar invasivo y hasta desafiante; a una mujer, en cambio, significará interés en la adquisición de servicios sexuales, algo que será respondido por la interpelada y quizá por alguna otra trabajadora que no haya advertido el enlace no verbal producido o, simplemente, que quiera negociarlo haciéndose visible.

> *Salgo de casa y aparece en la calle otra de las chicas que vi el primer día, precisamente en el bar de Rubén. Me ha mirado/visto todos los días que he estado allí, pero éste ha sido el primero en que me ha interpelado, muy sutilmente, primero mirando fijamente y, cuando yo le he mantenido la mirada, me ha hecho una señal y ha expresado casi sin hacer ruido una especie de «vamos», a lo que he respondido sonriente y negativamente. Poco después, ha vuelto a acercarse adonde estaba y me ha dicho: «¿Qué haces?», sin detenerse y con un bajo tono de voz. Yo he respondido con un «pues mira, aquí» sonriente y ha continuado caminando . Mientras se marcha, oigo que otra mujer la llama por su nombre, que —si no he escuchado mal— es Martia.* (DC, junio de 2010, 14 h)

4 Todas las notas del diario de campo [«DC», a partir de ahora] han sido traducidas del catalán al castellano por el autor.

En este sentido, si la nueva presencia es la de una mujer, deberá esquivar algunas miradas incisivas, tanto por parte de hombres como de mujeres. Los primeros interrogando sobre la posibilidad de acceso a una oferta de servicios sexuales imaginaria, y comprensible dado el juego de sujeto y lugar, es decir, de una calle en la que todas las mujeres que *están* trabajan mercadeando servicios sexuales. Las segundas, las mujeres habituales del lugar, de manera eminentemente más expeditiva, necesitarán sólo unos instantes para averiguar si las otras resultan intrusas o, simplemente, son otra más de las nuevas y más o menos extrañas visitas de mujeres que están allí de paso o de camino hacia alguno de los dos bares de ambiente *modernillo*[5] de la calle, el Robadors 23 o la Bata de Boatiné.[6] La presencia de hombres que ofrecen servicios sexuales es relativamente menor y algo más sutil.[7]

Huelga decir que las tradicionales vecinas del lugar que no se dedican al mercadeo sexual tienen una relación ambigua con las trabajadoras de la calle, pues un tipo de relación más continuada en público puede llevarlas a ser objeto de confusión. Los vecinos tradicionales hombres, en cambio, suelen saludar a las chicas con naturalidad, se detienen a charlar con ellas o comparten relajadamente el espacio frente a los bares o en su interior. Metodológicamente, cabe añadir que es un hecho la gran dificultad que implica —incluso para un observador con varias etnografías realizadas— evitar por completo

5 Utilizaré la categoría «modernillos» para etiquetar a aquellas personas que destaquen frente a los que estoy llamando «vecinos o usuarias tradicionales». Dicha categoría remite prácticamente a elementos puramente estéticos y relativos a una indumentaria distintiva (peinado o, por ejemplo, gafas o zapatos). En la mayoría de casos, podrá equipararse a la de «turistas» o «guiris». Tanto unos como otros pueden vivir por allí, algunos también trabajan y los más están de paso y frecuentan los dos bares en los que se concentra clientela «no tradicional», en comparación con el resto de locales de ocio de esa calle. Sus prácticas y usos del espacio serán comentados según convenga. De hecho, también puede entenderse esta estética a partir de la propuesta que englobaría a personajes como los definidos por David Brooks (2002) como «bohemios y burgueses», con el acrónimo *bobos.* Con este pseudoconcepto, Brooks pretendía dar cuenta de la «pequeña burguesía intelectual».

6 La Bata de Boatiné cerró definitivamente en septiembre de 2014.

7 Esta cuestión será ligeramente ampliada en el último apartado de este capítulo, titulado «La calle y las horas en juego». Concretamente, cuando describa y analice las prácticas de subsistencia fuera del mercado institucional, como en este caso, el trabajo sexual masculino o femenino.

los juicios previos sobre las personas y las relaciones observadas. En este sentido, los encuentros y los tipos de hombres observados ofrecen una enorme variabilidad:

> *Él está en el centro y las dos [chicas] le dicen: «Siempre tan elegante». Lleva gafas no muy oscuras, cabello blanco bien peinado, una chaqueta azul cielo, vaqueros claros y mocasines. Parece que él las invita a beber algo mientras responde a una solicitud de la chica de aspecto y acento brasileño y le dice «hoy no que...» y no oigo la excusa. Me siento al lado de la máquina de tabaco y escucho que el hombre que habla con ambas chicas dice: «Espinosa [¿por Baruch Spinoza?] mantiene la tesis de que Dios somos todos y todos participamos de la creación». Me quedo muy sorprendido y presto atención. Entre los tres, hablan de la fe, de las creencias personales. Él pregunta si está hablando demasiado y ellas responden que no, al contrario, que les gusta mucho lo que dice.* (DC, junio de 2010, 20.30 h)

Las formas de hablar comportan, claro está, una manifestación del estatus que se quiere representar. En este lugar, como en cualquier otro espacio urbano, hombres y mujeres utilizan una estética y un lenguaje con el que denotan una posición social a la que se quiere ser adscrito. Tal es el ejemplo anterior y también los dos siguientes:

> *Entran consecutivamente tres personajes que me llaman la atención. El primero es un hombre de unos sesenta años, bien vestido, y que cada vez que pide algo añade un «si eres tan amable»: «Si eres tan amable, ¿me pones una mediana?», «si eres tan amable, ¿me pones esta tapa?». Y se sienta junto a la máquina de tabaco. Poco después, entra un hombre que aparenta más de 35 años, con barba y ropa de hacer deporte, que pide «una mediana». [...] Y, finalmente, entra otro hombre. La primera impresión que me dio era que se parecía a Oriol Bohigas: pelo blanco, alto, piel clara, con un casco de moto en las manos y con lo que parecen unas llaves de casa adentro, que sin miramientos pone sobre una de las máquinas tragaperras, bajo la TV. Rubén le ofrece «¿una medianita?». «No, un blanco pescador.» «No sé si tengo, pero...» y le saca otra marca de vino blanco. Le pide «unas gambas», todo en catalán.*

Entre los tres no parecen conocerse. Diría que Rubén sólo conoce a este último. (DC, 4 de junio de 2010, 21 h)

En general —anoto en mi diario de campo del 18 de agosto de 2011 sobre las siete de la tarde—, tengo la impresión de que la mayoría de la gente que vive o trabaja en esa calle no actúa muy aceleradadamente. Parecen llevar un ritmo muy sosegado que contrasta, por ejemplo, con el que se puede ver en otras zonas del barrio o de la ciudad. Los días de más afluencia, los visitantes suelen ser hombres solos paseando y mirando el flujo incesante de personas. Están quietos o utilizando lo que tengan a su alcance para reposar; una pared, un poste o una farola.

Algunos hombres mayores, paseando o quietos, apoyados en las paredes, los otros sentados en los pilones de hierro clavados en el suelo para que los coches no invadan la acera. (DC, 1 de junio de 2010, 14.40 h)

Pero también es muy común encontrar a los hombres en grupo, frente a los bares o en la acera de los números pares de la calle, donde están los pisos nuevos de promoción pública de las cooperativas de los sindicatos UGT, CCOO y la AA. VV. del Raval. Montan un corrillo y pueden pasarse horas allí. Mientras se crea el círculo, unos se incorporan y otros desaparecen. Beben, charlan, cantan, ríen, miran y ven pasar a los demás transeúntes. Conversan con las chicas y, en algún momento, cuando el grupo se ha visto reducido, quizás alguno de ellos busca o acepta la oferta de alguna de las chicas y la acompaña a cualquiera de las habitaciones de las inmediaciones.

Si bien ya se ha dicho que la inmensa mayoría de las mujeres que están en aquella calle tienen en común el ejercicio de la prostitución, también entre ellas podría ensayarse alguna tipología que enriquezca esta categoría. Una podría ser la zona de la vía que utilizan: la esquina con Sant Pau o con Sant Rafael, generalmente en la calle o sobre todo en los bares, apoyadas en los quicios, sentadas en los bordillos o paseando con lentitud; o todo sucesivamente. Solas, o más bien acompañadas, fiscalizadas por hombres, por mujeres, por compañeras o a su aire. Chicas jóvenes:

Entro por Sant Josep Oriol y veo a una chica que parece centroafricana, que no había visto nunca: se acerca y yo ya le digo que no. Dice que es de Ghana y que tiene 21. Se llama Linda. Me despido. (DC, 21 de julio de 2010, 17.40 h)

Hay otras aparentemente más jóvenes y a las que veré con frecuencia durante la segunda mitad del verano del año 2010:

Después de comer, pasamos por Robador y vemos a una de las dos prostitutas con aspecto centroafricano (¿nigeriano?) que parecen, a todas luces, menores de edad. Mi amigo Mawa confirma mi impresión y opina que no tienen más de quince años. (DC, 15 de julio de 2010, 15.25 h)

Podríamos decir de algunas de las jóvenes que son de composición corporal canónica o que siguen los patrones estéticos femeninos hegemónicos:

La chica a la que llamaré «la Reina de África» es una de las mujeres que allí trabajan que me parece más bella. Alta, de piel negra y, desde hoy, con cabello rizado y encrespado. Unos labios muy carnosos y una postura completamente recta, su espalda completamente recta también y los hombros siempre hacia atrás. (DC, 10 de junio de 2010)

También hay otras menos jóvenes y menos estándar:

Escucho una conversación entre dos mujeres que parecerían prostitutas. Una de ellas [¿55 años?] le dice a la otra que tiene la menopausia desde hace dos años y que nota cambios de temperatura corporal (DC, 8 de junio de 2010). *[...] Antonia me pregunta si sé cuántos años ha cumplido la Gallega y le digo «50». A la Gallega no le gusta hablar de los años, pero me contesta: «77 años». Y me pregunta Antonia: «¿Cuántos me echas?». Y yo comienzo por 50 y subo hasta 75, para que ella me diga, finalmente, que acaba de cumplir 80, que nació en 1930* (DC, 4 de agosto de 2010, 13.30 h). *[...] Al rato, a la mujer con la que estoy hablando la llama otra mujer, aparenta unos cincuenta años, paseando con un perro y con un aspecto poco atractivo, de poca*

estatura y con una barriga pronunciada que cae por encima de su cintura hasta la entrepierna. Con gafas de cristal grueso, cabello corto, pantaloncitos cortos y camiseta verde por fuera del pantalón. Al cabo de un segundo vuelve y le pregunto si era una vecina suya y me dice que no, que es una amiga: «Aquí todas las que estamos, estamos trabajamos en la calle, hay de todo, guapas, feas, jóvenes, viejas, blancas, negras».[8] (DC, 3 de junio de 2010)

Mujeres de apariencia centroafricana, eslavas (una de las mujeres se me presentó con un clarificador: «Marina, de Ucrania, capital Kiev»), ibérica o indoamericana:

La mayoría de las chicas parece que ofrezcan servicios sexuales: hay de aspecto africano, eslavo o balcánico, muy jóvenes, jóvenes, menos jóvenes, morenas, rubias. En general, todas ofrecen un buen aspecto, algunas parecen más saludables que otras y otras parecen más afectadas que otras por lo que uno puede deducir debe de ser un consumo intensivo de ciertas drogas. (DC, 18 de mayo de 2010, 18 h)

Y, claro, comparten calle y locales:

Entra una mujer de unos cuarenta años, rubia, con un acento que parece eslavo, vestida de negro, con falda, saluda a la gente y se abraza a Luis. Al poco tiempo entra otra mujer, de aspecto «centroafricano», que saluda hablando en castellano con un acento que parece caribeño. Ambas podrían pasar por trabajadoras sexuales. (DC, 18 de mayo de 2010, 18 h)

Entonces, las chicas de la calle d'en Robador *están* allí básicamente trabajando, concretamente ofreciendo servicios sexuales. Las trabajadoras están más o menos fijas en algún lugar y se mueven lentamente alrededor de la zona donde

8 De hecho, se sabe que es precisamente en lugares como la calle d'en Robador, donde mujeres no estándares pueden continuar ejerciendo la prostitución (Sirvent y Carreras, 2013), cosa que sería harto difícil en algún club o burdel. Esto será desarrollado cuando me ocupe de las formas de ganarse la vida, fuera del mercado laboral institucional, que allí se practican.

estacionan su cuerpo. Entran en algún bar, saludan, miran si algún hombre requiere sus servicios, se ofrecen, negocian, son invitadas a tomar una copa y, si la negociación es satisfactoria para ambas partes, salen del lugar en busca de una habitación donde consumar la transacción. Estas negociaciones suelen hacerse igualmente en la calle. Las chicas acostumbran a estar en algún lugar, frecuentemente el mismo, que puede ser el costado de un portal, una esquina, un local vacío o cualquiera de los sitios que existen en que se puedan sentar —poquísimos a resultas del diseño urbanístico de la calle—. Por ejemplo, en la parte de la sede del Institut d'Estudis Catalans (IEC), en el extremo del edificio número 30, se han instalado unos hierros en forma de triángulo que deberían impedir su uso para sentarse. Este obstáculo es contrarrestado por usuarios y trabajadoras poniendo gruesos cartones, que amortiguan el efecto punzante de los hierros, o garrafas vacías de agua, que producen idéntico efecto.

Sede del Institut d'Estudis Catalans con hierros en sierra como mecanismo disuasivo. Abajo a la izquierda, garrafa de plástico empleada para acomodarse sobre este método de prevención urbanística.

Al poco rato, sale una cuadrilla de trabajadores (vestidos con ropa de faena, parecen pintores); se sientan en el suelo, justo debajo del escaparate del IEC, que tiene unas barras en forma de triángulo que impiden que la gente se apoye allí, algo que obliga a los trabajadores a estirarse literalmente en el suelo. (DC, junio de 2010)

Los bares de la zona son regentados, generalmente, por hombres; algunos de ellos propietarios del negocio y algunos que parecen trabajar para otros. Es el caso de los bares más próximos a la nueva sede de la Filmoteca. Las mujeres que dirigen bares son tres: Montse del bar Alegría, una mujer de aspecto eslavo en el bar Filmax y otra, de apariencia norteafricana, Fátima, encargada del bar Andalucía.

Si establecer una taxonomía *femenina*[9] de la calle d'en Robador es difícil, aún lo es más respecto a la masculina. A grandes rasgos, puede decirse que están los vecinos de la zona, generalmente jubilados y pensionistas, a veces solos, a veces en grupo, aunque no siempre aparentan *lo que son*.

Allí cerca, casi en la esquina con Sant Josep Oriol, veo a un hombre con traje marrón, cabello blanco, un maletín de cuero y calcetines blancos que sólo se muestran cuando camina. A priori, me parece un ejecutivo desorientado [...] Después va hacia él alguien que parece un vecino y comienzan a hablar. Quien ahora tiene aspecto de comercial dice que le ha quedado una pensión muy baja, de 560 euros, y que suerte que sólo paga 200 de alquiler. Suerte también que aún puede salir a trabajar en la calle [imagino que vendiendo algo que debe de llevar en el maletín]. (DC, 8 de junio de 2011, 18 h)

Los que aparentemente no son vecinos resultan ser algo más jóvenes y podríamos situarlos en un amplio rango de entre treinta y cincuenta años. Éstos denotan, en algún caso, su cualidad de trabajadores manuales cuando, si están allí a la hora del almuerzo (por ejemplo, en el clausurado restaurante Mamma Dum del número 41, actualmente en traslado), visten monos azules u otra ropa eminentemente de faena.

9 «Femenina» es una apariencia de la que no siempre se desprende un género sexual u otro.

Observo a hombres solos que parecen volver del trabajo: uno con un recipiente de goma de esos que utilizan los albañiles para hacer masilla o cemento, pero lleno de herramientas y ropa. Veo a otro, con una mochila que también parece volver del trabajo (DC, 28 de julio de 2010, 19.15 h). *[...] Observo asentamientos —podríamos decir que caracterizados, porque la mayoría parecen miembros de una cuadrilla de trabajo industrial o de construcción—. En el número 28, sentado en un taburete rojo, un hombre que aparenta unos sesenta años. Entre los hombres, dos chicas, una de las cuales no había visto antes. Otras cuadrillas de trabajadores a la altura del número 24. Y, separadas pero no lejos, más prostitutas.* (DC, 3 de agosto de 2010, 14.20 h)

También es frecuente ver a otros hombres vestidos con traje que parecen empleados de alguna inmobiliaria y que, en algún caso concreto, observé mientras mostraban algunos de los pisos del número 25 a posibles nuevos residentes. En alguno de los casos, por ejemplo el 8 de junio de 2010 sobre las ocho de la tarde, descubro a un tipo con traje y corbata:

Lleva traje sin chaqueta, camisa rosa con cuello y puños de manga blancos, con botones gruesos en el puño y corbata verde, hablando por teléfono: «Es que el mercado de la vivienda en Barcelona es otra cosa». A los pocos minutos vuelve a bajar con unas llaves en la mano y con dos chicos de aspecto indostánico detrás de los que se despide y que, seguidamente, irán hasta el número 21, en el que entrarán. El que parece un comercial inmobiliario saluda a las prostitutas que salen por allí y una de ellas le da dos besos; se saludan amistosamente y caminan juntos unos metros en dirección a la calle de Sant Pau.

La calle da para la observación de una intensa hibridación identitaria que dificulta su categorización nacional. De hecho, el lugar es conocido como lo que queda del antiguo Barrio Chino, un barrio chino, ya se sabe, sin chinos. Y esto fue así excepto en un par de las visitas al campo. Sirva la siguiente cita de mi diario como ejemplo:

Por primera vez, ayer vi trabajando de prostitutas, en la calle, frente al bar de Rubén, a dos chicas de aspecto chino. Hoy veo a una de las dos mujeres,

la que tiene una ligera cojera en la pierna derecha. Está allí, en la puerta del bar. Se acerca un hombre desde Sant Pau. (DC, 31 de julio de 2010, 21.30 h)

En este sentido ocurre algo peculiar y que no siempre se tiene presente. Se trata del alto número de parejas o matrimonios de procedencias nacionales distantes.[10] «Hay una pareja en la que él parece marroquí, joven, y ella, de aspecto ibérico, más bien rellena y con gafas, lo mira a él constantemente [muy afectada, como una especie de Julieta mirando a su Romeo]» (DC, 6 de junio de 2010, 21.15 h). Más pruebas de ello, y de su manifestación en el lugar, es esta situación anotada en el diario de campo en abril de 2010:

Una conversación entre tres hombres en el bar de Rubén. Dos de aspecto ibérico y uno de ellos, interpelado por los otros dos, de aspecto indio sudamericano al que le dicen «el Samurai». Él terminará diciendo sobre sí mismo que tiene 52 años, seis hijos —todos nacionalizados menos él—, y que «sus paisanos son más bien bolivianos». Se podría decir que va arreglado, muy aseado, perfumado: camiseta ajustada, pantalones vaqueros, botas camperas, una bolsa tipo mariconera colgada del hombro, anillos y un reloj dorado y vistoso. Muy bien peinado; cabello negro, frondoso y denso. (DC, 2 de agosto de 2010, 20.15 h)

La cita ejemplifica las llamadas «relaciones interétnicas», que no pudiendo ser de otra manera, resultan completamente naturales a lo largo de toda la observación. Su reivindicación del arraigo al lugar pasa por la *desextranjerización* institucional de su extensa familia.

Pero la variedad tipológica no pasa solamente por las pretendidas diferencias estéticas o fenotípicas nacionales. Como es de sobras sabido, pasa también por su relación con el sistema productivo: jubilados, pensionistas, trabajadores en un mercado laboral institucional, generalmente precarizado, nuevos vecinos que aparentan estar adscritos a mejores categorías profesionales[11] y *buscavidas*: furtivos vendedores o vendedoras ambulantes de objetos de consumo o estupefacientes, vigilantes o comerciantes y los onmipresentes policías —Mossos d'Esquadra o Guàrdia Urbana—, uniformados o de paisano. En cambio, resulta particular la muy escasa presencia de lo que aparentan ser «trabajadoras sociales».

10 He visto, alrededor de la zona de estudio, un número significativo de parejas en las que ellas, por ejemplo, parecen prodecentes de Perú o Bolivia y ellos de la India o Pakistán. Gary W. McDonogh (2011) hace reflexiones parecidas en su estudio sobre los otros barrios chinos del mundo.

En este orden de categorías cabe encuadrar la aparición de grupos de dos o tres personas haciendo proselitismo evangelista, especialmente los sábados, «para decirle a la gente de aquí que Dios tiene un sitio para ellos en el Cielo» (DC, 5 de junio de 2010, 20 h).[12]

Pues bien, los corros de hombres que se forman, además del de los vecinos tradicionales, están compuestos por personas con aspecto ibérico —catalán o castellano— y latinoamericanos con sus respectivos acentos, sin poder distinguir exactamente las nacionalidades. Igualmente existen, de manera más irregular, hombres de aspecto centroafricano con una actitud más vigilante que podría sugerir que se ocupan de algo o de alguien; como, por ejemplo, de estar pendientes de otras chicas también con rasgos centroafricanos con las que hablan o juegan: «Hay, justo delante del bar Alegría, dos jóvenes de aspecto centroafricano, robustos, parecen fuertes y son altos, tanto como yo; 1,85 m, aproximadamente» (DC, 18 de mayo de 2010, 17.30 h).

En otros momentos he visto a otros hombres con actitud parecida:

Por detrás de mí pasa un grupo de hombres [parecen personajes del filme Accattone *de Pasolini]. Aparece la que he llamado «Nikita», por su aspecto balcánico, que los saluda gritando medio en broma. Hacen guasa sobre que uno de ellos —el que parece más grande o más fuerte o más líder— quiere pegar a Nikita y otro amigo, siguiendo con la payasada, lo retiene por la*

11 Datos relativos a esta posición son simplemente el hecho de que, para acceder a los pisos de protección oficial, se requieran unos ingresos mínimos y regulares, una nómina y trabajo estable. Por otro lado, tengo conocimiento de ocupaciones laborales de algunos vecinos: trabajadores del sindicato, deportistas de élite o profesoras de secundaria. En otro orden de cosas, he visto entrar en el *parking* del edificio motocicletas de gran cilindrada con un precio de mercado que supera los 16.000 euros.

12 Se trata de actividades de ocio y de subsistencia, así como las relativas al control social institucional o a los llamados «contramovimientos», que serán analizadas en los apartados posteriores correspondientes.

Cartel inutilizado de «Prohibido jugar a la pelota» en la plaza de Vázquez Montalbán.

espalda y lo agarra de los brazos. Minutos después, este chico clavará una patadita suave y más bien amistosa en el culo de Nikita, que ella recibirá riéndose. (DC, 8 de junio de 2010, 20.40 h)

Podemos incluir en otra categoría a los trabajadores o propietarios de bares, como el de Rubén, el Robadors 23 y la Bata de Boatiné; o también los de los bares más cercanos a la plaza de Salvador Seguí, que son los que han sufrido remodelaciones recientes. Es el caso del bar Filmax o el Tandoori Restaurant. Lo mismo sucede con las tiendas de teléfonos y accesorios o los pequeños supermercados, generalmente atendidos por hombres de aspecto indostano, que aparentan tener menos de treinta años.

En otras ocasiones, también deambulan por la calle jóvenes con este perfil en aparente busca de entretenimiento sexual. En el bar Filmax, en el número 45, un joven como el descrito parece trabajar para una mujer de aspecto balcánico, que actúa como si fuera la regente del lugar.[13]

Otro de los tipos frecuentes en la zona son los usuarios intensivos de narcóticos. Los más manifiestos son los que los consumen por vía intravenosa y que contemplan la posibilidad de realizar algún robo para procurarse dinero.

13 Me informan, curiosamente, de que el bar con ese nombre, repleto de fotografías de actrices y actores de cine, no se decoró así por la inminente llegada de la nueva sede de la Filmoteca, sino que lleva desde antes de 2005 con idéntica decoración.

Me despido de todos y salgo a la calle. Viene hacia mí un chico con aspecto de yonqui y acento entre italiano y marroquí. Lleva una bolsa de plástico en la que rebusca algo y entre los dedos una jeringa llena de sangre, cubierta con un tapón. Le digo que hay mucha poli y responde: «A mí los polis...», como diciendo que le da igual. Me pide un cigarro y le doy, le digo que tenga cuidado con eso —la jeringa llena de sangre— y contesta que la lleva «porque ahora voy a ponerme...» y luego añade: «Así puedo hacer robo con fuerza» y le digo que eso es muy problemático, que va a ir a la cárcel. En ese momento, parece que se va a poner a llorar mientras dice cosas en italiano que no entiendo. Se detiene y por un instante me asusto un poco y me dice: «Amigo, amigo, invítame a una cerveza» y le digo que vale, pero que espere lejos de allí. Entro al súper y oigo que me pide «una Voll-Damm». Le compro una, se la doy y me responde: «Gracias, amigo», y yo le digo: «Cuídate». (DC, 15 de junio de 2010, 19.20 h)

En contraste natural, por las mañanas, especialmente en época de vacaciones, también pueden verse niños pasando por allí, a veces solos y a veces acompañados por lo que podrían ser sus monitores.

Tres adolescentes caminan en dirección a Sant Rafael a la altura del bar Rubén: dos chicas y un chico, éste parece el mayor, debe de tener unos doce años (DC, 29 de julio de 2010, 17.20 h). *Ante la sede del IEC, en dirección a Sant Rafael, dos niñas que parecerían hermanas pasan por la acera de los números pares d'en Robador, caminando decididamente. Una debe de tener seis años y la otra, entre diez y doce. La grande hojea una revista de publicidad de una marca de telefonía. La pequeña parece imitarla con otra revista en la mano. La mayor le dice a la pequeña que vaya más rápido* (DC, 28 de julio de 2010, 12.40 h). *Veo por allí a un grupo de escolares, menores de catorce años, acompañados por lo que parecen sus profesores* (DC, 29 de junio de 2010, 11.30 h).

Antes de la inauguración de la plaza de Salvador Seguí, los niños jugaban sobre todo en la plaza de Manuel Vázquez Montalbán, compartida por hombres adultos de aspecto mayoritariamente indostano:

Llego al campo a las 19.30 h. El cielo está nublado y hay viento de mar. En la plaza de Vázquez Montalbán acaban de poner una señal de «Prohibido jugar a la pelota». Veo a una decena de niños de entre cuatro y diez años, corriendo, riéndose y jugando a la pelota. Sentados en los bancos individuales, unos catorce hombres adultos, en grupos en torno a los bancos, hablando entre ellos o mirando la calle. (DC, 18 de agosto de 2010)

Otra de las sorpresas que ofrece la variedad de sujetos y de prácticas en aquel escenario es la diversa filia que los usuarios pueden demostrar con relación a los otros usuarios, a las chicas que allí trabajan, los locales de alterne o los objetos que pueden encontrarse. Observé una situación de este tipo cuando fue apalancado un gran cuadro con una foto del cantante Julio Iglesias para que el camión de la basura se lo llevase. La imagen, en medio de otros despojos, era completamente ignorada por los usuarios habituales de la zona, aunque no pasó inadvertida para otros no tan habituales:

Entre los trastos tirados emergerá un póster enmarcado del cantante Julio Iglesias, de 100 x 50 cm aproximadamente, que será objeto de alabanzas por parte de dos jóvenes de aspecto «guiri» (turistas o trabajadores europeos estacionales). Uno de ellos parece residir allí, en el número 33. (DC, 8 de junio de 2010, 19.50 h)

Los llamados «modernillos» son otra de las categorías útiles para aproximarse a una taxonomía urbana de la calle d'en Robador. Ya se ha dicho —y en el siguiente apartado se detallará con mayor profundidad— que existen dos locales que absorben este tipo de población: el Robadors 23 y la Bata de Boatiné. Ambos tienen reservado el derecho de admisión y no es infrecuente que se ejerza. Por ejemplo, el segundo de estos locales acostumbra a estar cerrado y para entrar es necesario llamar a un timbre. El primero, en cambio, está generalmente abierto, aunque los días de concierto hay a una persona vigilando la entrada y cobrando.

Quiero ir a Robadors 23 a escribir todo esto pero el chico que está sentado en un banco en la puerta, de aspecto indostano y con bigote frondoso, me dice

que tengo que pagar tres euros, le digo que sólo estaré un rato y que me quedaré allí en la barra, junto a la entrada y lejos del escenario. Me contesta que le da igual, que no puedo entrar si no pago. (DC, 6 de junio de 2010, 21.50 h)

Esta última categoría destaca, primero, por su predilección por estos dos locales frente a cualquiera de los otros —excepto en contadas ocasiones que inmediatamente comentaré— y también por algún otro motivo. El principal es que allí están de paso hacia estos lugares o estacionados justo enfrente. No acostumbran a detenerse en otra parte de la calle y caminan diligentemente sin mirar a los costados. No siendo muy frecuente que allí se hable catalán, la proporción de hablantes de esta lengua aumenta en las horas nocturnas, cuando se abren estos locales que atraen a este tipo de usuarios.

Un grupo de ocho postadolescentes (¿20 años?) que hablan catalán entran en Robador por Sant Pau; van en grupo, entre risas nerviosas. Una vez llegan al local Robadors 23 y ven que todavía está cerrado, recorren diligentemente el camino de vuelta. (DC, 19 de enero de 2010, 19 h)

De hecho, no sólo los visitantes, sino también nuevos y nuevas vecinas que se instalan en la parte de los números impares de la calle, la de los pisos más desvencijados, acostumbran a ser jóvenes que transitan la calle pocas veces en soledad y más frecuentemente en grupos de amigos. En este caso, cuando son, por ejemplo, chicas que frecuentan la zona, contrastan por ser de las poquísimas mujeres que no están ofreciendo servicios sexuales. En el caso de algún chico, el uso de los locales o la interacción con los usuarios comunes del espacio se puede reducir, por ejemplo, a comprar tabaco.

Lo primero que veo, precisamente saliendo del portal de esta finca, es a un hombre joven de aspecto modernillo: bermudas de color negro, polo lila, gafas de pasta. Primero entra en el súper del número 39 e, inmediatamente después, vuelve a salir y se mete en el bar Filmax, donde parece que ha comprado tabaco, diría que Marlboro. Desde el bar Filmax vuelve directamente a la finca. (DC, 28 de julio de 2010, 20.50 h)

Pero eso también está cambiando. Si bien es cierto que los que parecen tener la exclusiva de los visitantes modernillos son los dos locales locales citados, de un tiempo a esta parte es posible también encontrarse con este tipo de población —más vanguardista, si cabe— en otros bares. Es el caso de una situación en el bar Alegría:

> *Vuelvo al Alegría y me encuentro a un conocido, Martín Salas. Me cuenta que el año pasado con Núria, una poeta que también conozco, estaban escribiendo un libro «anecdotario» sobre el Raval con el que, finalmente, la editorial no quiso continuar. Está con él uno de los chicos que lleva el bar Robadors 23, que se despide cariñosamente de Núria, la propietaria del negocio.* (DC, 30 de julio de 2010, 22 h)

O la situación que presencié en el bar de Rubén y que me resultó especialmente elocuente:

> *Entro en el bar de Rubén y me encuentro a tres chicos con aspecto friki que, en un primer momento, parecen turistas (un asiduo del bar me dice que «son americanos») pero hablan perfectamente el catalán y aparentan ser de Barcelona. Al cabo de un rato vienen más chicos de ese grupo. Da la impresión de que celebran el cumpleaños de quien aparenta ser el más friki de todos.* (DC, 4 de febrero de 2010, 21 h).

El flujo de este tipo de personas es relativamente bajo en relación con el resto de categorías humanas aplicadas sobre los usuarios de la zona. Destaca el hecho de que acostumbran a ir en parejas o en grupos, raramente solos o solas. Sirva, entre otras notas de campo,[14] la siguiente:

> *Tres chicos, de entre 20 y 25 años, uno de ellos con un perro tipo «pit bull», pelo con algunas rastas y, en general, aspecto de surfistas o «skaters», vienen de Sant Rafael en dirección a Sant Pau.* (DC, 2 de agosto de 2010, 13.45 h)

14 Del 4 de junio de 2010, a las 20.45 h; del 31 de julio de 2010, a las 22 h y del 6 de junio de 2010, a las 21.20 h.

En el caso de que un hombre con este aspecto vaya solo y no se dirija a los bares mencionados ni sea un vecino de la calle, es obviamente posible que intente acceder a la compra de drogas ilegales o de servicios sexuales:

> *Observo una última negociación entre una prostituta de complexión pequeña, que parece muy joven, centroafricana, y un hombre que parece rondar los treinta años, estilo surfista, que suben juntos desde Sant Josep Oriol hasta Sant Rafael. Al cabo de un rato —parece que no han encontrado lugar para estar—, vuelven a salir de la parte estrecha d'en Robador por Sant Rafael y él, justo delante de mí, dice algo así como «qué pesada» y se da la vuelta de nuevo hacia el este d'en Robador. Ella se despide sin detenerse y lo saluda moviendo la mano de un lado a otro. Cuando subo por Robador, el chico vuelve a cruzar en dirección contraria a la que iba.* (DC, 1 de junio de 2010, 15 h)

En este sentido, a parte de los conciertos diarios de Robadors 23, pocos acontecimientos tienen lugar en la zona que atraigan a este tipo de usuarios. Uno de ellos es una jornada de talleres abiertos de artistas. Concretamente, se trata de un taller de joyería situado en la calle de Sant Rafael, muy cerca d'en Robador, donde «en la entrada se anuncia "Coleccionismo alternativo"» (DC, 6 de junio de 2010, 20.30 h).

La presencia de hombres y mujeres que aparentan tener entre 20 y 35 años de paso por la calle durante las tardes —por la noche es frecuente encontrarlos frente a las puertas de los mencionados locales modernillos— ha ido en paulatino aumento desde que inicié la observación. Además de los propiamente modernillos, podemos establecer otra subcategoría que caracterizaría, por ejemplo, a jóvenes de aspecto que podríamos llamar «okupa». Su atuendo más o menos común estaría compuesto por peinado con algunas rastas, ropa oscura, algo remendada o directamente rasgada, *piercings* y tatuajes:

> *Dos hombres jóvenes, con aspecto de «okupas», llevan un perro con cadena pero que camina liberado. Más tarde, bajarán otros dos jóvenes más con el mismo aspecto pero más marcado, uno de ellos con una cresta y una cola en el cabello y una cerveza de litro en la mano.* (DC, 28 de julio de 2010, 23.20 h) *[...] En dirección a Sant Rafael aparecen dos hombres jóvenes, con*

aspecto punki, uno con una cresta que le tapa la mitad de la cara y el otro, cabello corto y piel muy pálida, con una camiseta que dice «Tourist go home». (DC, 28 de julio de 2010, 18 h)

En este sentido, también observé una figura híbrida. Aunque fue el único caso, encontré a una chica con un aspecto como el descrito, trabajando en aquella calle ofreciendo sus servicios sexuales:

A la altura del número 22, veo a la chica que he llamado la «prostituta punki» que, a diferencia del resto de prostitutas, que siempre llevan una bolsa pequeña, siempre acarrea una mochila. Le faltan unos cuantos dientes, sobre todo los de los lados. Viste ropa «poco glamurosa» con relación al resto, de un estilo que podría llamarse «okupa». Tiene los costados de la cabeza rasurados y la parte superior suficientemente larga como para hacerse una especie de cola-moño. La saludo, porque ya lo he hecho más veces, y con la excusa de que lleva un sombrero tipo «country» rojo colgando de la bolsa, le pregunto y me dice que es de su hermano. Hablamos un rato y me cuenta que es italiana y que estaba harta de Berlusconi (el primer ministro italiano de ese momento). Lleva cinco meses en Barcelona. Me pregunta qué hago y le contesto que estoy paseando y ella me dice que trabajando. Se despide con un: «Bueno, voy a trabajar un poco». (DC, 9 de junio de 2010, 17.40 h)

Por otro lado, modernillos y turistas a veces parecen confundirse. Esto sucede especialmente cuando se organiza algún macroacontecimiento como el festival de música electrónica Sónar, durante el mes de junio (DC, 19 de junio de 2010, 01 h).

Entro a Robadors 23, hay sesión de flamenco. Proporción destacada de «guiris» (DC, 13 de junio de 2010, 22 h). *[...] Veo a una pareja de turistas tan «cool» que prácticamente pasan desapercibidos: él de tez negra y ella blanca, con ropa que no parece nueva y compartiendo una bolsa de pipas... Ella mira hacia delante y él observa el entorno y los balcones con cara de sorpresa. Eso les delata como extranjeros, policías, periodistas o todo a la vez. Veo a dos familias de turistas en momentos diferentes. (DC, 2 de agosto de 2010, 14 h)*

Ésta sería, de hecho, la última de las categorías de personas que podemos elaborar para finalizar esta aproximación taxonómica a los practicantes de la calle d'en Robador: la del turista. El Raval nunca ha sido un barrio turístico en el sentido estricto del término. Son conocidas las visitas de escritores y artistas franceses, sobre todo, desde el primer tercio del siglo XX hasta prácticamente nuestros días. Algunos de los que podrían ser los últimos representantes de ese tipo de «turismo» abandonan un barrio que, según ellos, se ha vaciado de sentido como consecuencia de las destrucciones urbanísticas y de las desapariciones de vecinos y usuarios.[15]

Como es de suponer, el desembarco en el barrio de hoteles más o menos lujosos ha colaborado en el aumento de este tipo de transeúntes que acostumbran a gozar de una mayor capacidad e inclinación hacia el consumo ostensible. En concreto, el controvertido hotel Barceló Raval, de forma cilíndrica, inaugurado en septiembre de 2008 y donde pasar una semana en una habitación doble, en régimen de alojamiento y desayuno, cuesta entre 1300 y 2200 euros aproximadamente, ha hecho aumentar de forma sustancial el flujo de turistas en la zona. El mismo hotel se anuncia en su página web de la siguiente manera:

El hotel Barceló Raval está situado estratégicamente en el corazón de Barcelona, en el barrio del Raval, uno de los lugares más de moda y epicentro del movimiento artístico y cultural de la ciudad. El hotel Barceló Raval se ha convertido en símbolo de la transformación y modernidad que está viviendo esta zona del casco antiguo de la ciudad, por su singular arquitectura oval y su cuidado interiorismo de vanguardia.[16]

15 Una de las últimas cronistas galas de la zona fue Adèle O'Longh, la autora de *De Beauchastel a Barcelona* (2007), que incluye un documental sobre la transformación de la Illa Robador. «Comenzó el año 2003 y Adèle seguía plantando su cámara en la misma ventana. Al removerse la última piedra sintió el vacío y se marchó también, porque no aguantó las historias de desamparo, ni la transformación del barrio que le recuerdan a la capital de su país: "Harán de Barcelona una ciudad museo como París. Una ciudad muerta"». En Maritza García: «Lo grabó todo», *El País*, 27 de noviembre de 2007.

16 Curiosamente, esta descripción que alaba el barrio como centro artístico y el hotel como «símbolo de transformación y modernidad que está viviendo el barrio» ha desaparecido recientemente de la web y ha sido sustituida por el siguiente texto: «El hotel Barceló Raval

Además del hotel, es sabido que al menos existen dos fincas de lo que se conocen como «apartamentos turísticos». Una de ellas estaría situada en el número 47 y sería uno de los edificios con apariencia de estar en proceso de avanzado deterioro. La otra, única finca que parece íntegramente rehabilitada, se encuentra en la parte de los números impares de la calle, concretamente en el 35. La empresa que se anuncia como gestora a través de una página web y un teléfono se llama Med-Building.[17] He llamado varias veces para recabar más información y, aunque he sido atendido, nunca he recibido respuestas. Pues bien, yo mismo he visto en varias ocasiones a personas con apariencia de «turistas» entrar y salir del edificio. Otros vecinos, que habitan en los bloques nuevos y los ven por el balcón, también confirman que en ese bloque se instalan turistas.

Entre estos hoteles y la conversión —gracias a las guías turísticas, entre otras cosas— del Raval en zona de ocio de moda, ha aumentado el flujo turístico. Normalmente, se les ve pasar por allí medio despistados y siempre en dirección a otro lugar. En varias ocasiones, las expresiones de estos visitantes denotan una cierta inquietud, que provoca que cambien su ruta.

> *Antes de salir d'en Robador veo que entra por Hospital una especie de familia de turistas: tres adultos varones, tres mujeres y algunas chicas jóvenes con mapas y guías. Me detengo y observo. La muchacha joven me mira y me vuelve a mirar cuando pasa por delante, más bien con cara de miedo que otra cosa. El padre reacciona y giran por Sant Rafael en dirección a la Rambla del Raval.* (DC, 9 de junio de 2010, 17 h)

goza de una ubicación privilegiada, ya que está situado en el Raval, el barrio más moderno de Barcelona y a sólo cinco minutos andando de los museos de arte contemporáneo MACBA y CCCB. A la misma distancia encontrará también las Ramblas, el mercado de la Boquería, la plaza de Catalunya y el barrio Gótico y, a diez minutos, la zona del puerto. Otros atractivos muy cercanos que no puede perderse son el fantástico Palau Güell, patrimonio de la humanidad, el Museu Marítim, el Gran Teatre del Liceu, el monumento a Colón, la Filmoteca de Catalunya y la iglesia románica de Sant Pau del Camp [...]». http://www.barcelo.com/BarceloHotels/es_ES/hoteles/Espana/Barcelona/hotel-barcelo-raval/descripcion-general.aspx [septiembre de 2014].

17 En el siguiente apartado regresaré a este particular.

Desde que se inicia la observación en la primavera de 2010, resulta cada vez menos sorprendente cruzarse con lo que parecen ser grupos de padres y madres, con hijos e hijas por aquella zona. Similar sorpresa provocan algunos grupos de turistas acompañados por un guía:

> *Veo «tropas» de turistas más bien jóvenes; una en dirección a Sant Pau, más tarde otra en dirección a Hospital. También a un grupo de turistas entrando en una finca del número 49. Lo que parece «una familia» de turistas desciende en dirección a Sant Pau. También descubro a dos hombres con la cara roja del sol, que aparentan tener más de cincuenta años, en dirección a Sant Pau.* (DC, 27 de julio de 2010, 19 h)

El flujo de personas, de una variedad como la aquí apuntada, es constante en esa calle, especialmente durante las horas diurnas. Éstos serían apenas los grumos más o menos constantes. Con esta aproximación a los tipos urbanos de este tramo d'en Robador, podríamos ensayar una especie de geografía humana del lugar. Ésta diferiría sustancialmente de otra, más reducida y que más bien frecuenta la parte más estrecha de la calle, entre Sant Rafael y Hospital, y que aún resta algo más recóndita.

En la parte estrecha de la calle, desde la esquina con Sant Rafael hasta Hospital

Se puede decir que este tramo tiene entidad propia y de diferenciada tipología urbana en relación con el descrito anteriormente. La amplitud de la calle se reduce sobremanera aquí; no supera los tres metros. Los vehículos deben extremar la precaución, no sólo para no atropellar a ningún peatón, también para no rozar las paredes de las fincas.

En este tramo varían mucho los tipos humanos presentes y las formas de estar. La propia morfología del lugar lo convierte en más inaccesible, y los usos se alteran. Existe, por ejemplo, un asentamiento de hombres y mujeres presuntamente afectados por el consumo intensivo de estupefacientes y que mercadean con estas sustancias, que pueden ser de muchos tipos —ilegales o

Fotograma del filme *Desde mi ventana* **(O'Longh, 2007) en la que un vecino amenaza con suicidarse saltando al vacío desde la azotea del n.º 29 d'en Robador.**

legales, tipo Trankimazin—: «Me voy d'en Robador en dirección a la calle del Hospital, donde extraigo de una conversación el comentario: "Es como el Trankimazin, pero mejor"» (DC, 3 de junio de 2011, 16.20 h). Estas sustancias se ofrecen cual si fuera un mercado de fruta y pueden adquirirse a un euro la pieza. Esto sucede a la altura del número 3, en un bordillo. La gente de por aquí habla con frecuencia de su situación relativa al sistema penitenciario, sugiriendo que están de permiso, que acaban de salir o que tienen alguna cuestión pendiente con la justicia.

> *El chico negro saluda a una chica blanca, delgada, y le dice: «¡Cuánto tiempo!» y ella contesta: «Estoy de permiso [...], pero yo aquí nada, no puedo hacer nada» [se insinúa que está de permiso de algún centro de reclusión].* (DC, 28 de junio de 2010, 20.15 h) *[...] Antes de salir para Hospital paso por el asentamiento y oigo una conversación entre un hombre y una mujer (¿de entre 25 y 35 años?) con aspecto y voz de yonqui: «Luego te paso mi número y si quieres recetas o algo [...] que yo acabo de salir del talego*

> *y...»; no termino de escuchar bien lo que dice.* (DC, 29 de julio de 2010, 19.15 h)

Podemos encontrar a personas de pie o sentadas, bebiendo y a veces también consumiendo alguna sustancia como las señaladas. La relación que se observa con la policía es fluida y no se han visto confrontaciones. Una de las notas de campo describe así alguna de las interacciones comunes:

> *A una de ellas, que parece conocida por los policías, le dicen: «¡Vaya si vas bien hoy!», y ella, con pinta de afectada [podríamos decir «colocada»], les pregunta que qué quieren decir. Uno de ellos repite: «Que parece que estás un poco mareada». Al cabo de unos minutos, la chica interpelada le enseña los dientes y el policía desaprueba el estado en el que están.* (DC, 18 de mayo de 2010, 17.20 h)

De hecho, en más de una ocasión, da la sensación de que alguna de las mujeres también parece ser confidente de la policía. He visto situaciones en que policías de paisano hablaban ostentosamente —en términos que sugieren algún intercambio de información— con alguna de estas chicas que están trabajando en la calle o que consumen o mercadean con estupefacientes.

Por otro lado, en este callejón, se forman regularmente unas importantes colas de personas, que esperan entrar en la Misión Evangélica, Grupo Nueva Vida.[18] Aquí ofrecen comida caliente los martes, jueves y sábados por la noche. Otros días y a distintas horas, dan bocadillos o chocolate caliente. De nuevo, la diversidad es notable, aunque acostumbran a tener en común, claro, el hambre y la predisposición a usar ese tipo de centros para satisfacerla. También suele tratarse de gente de más de sesenta años, aunque la presencia de hombres y mujeres más jóvenes también es significativa. La relación entre los voluntarios del centro evangélico y los auxiliados no es siempre fluida.

> *Al lado nuestro, pero en sillas situadas perpendicularmente a las nuestras, hay dos mujeres de más de 75 años [...] Frente a mí tengo a tres chicos. Uno*

18 Este tipo de centros y las visitas de miembros de otros centros evangélicos a la zona serán analizados en apartados posteriores.

de ellos tiene el lóbulo de la oreja derecha perforado con un aro grueso, tatuajes en el cuello, el cabello rasurado por los lados y de 4 o 5 centímetros en la parte superior. «Os daremos la comida pero antes os vamos a hablar un ratito, porque este pan viene del cielo.» Y el chico que está delante de mí, el de la camiseta del desaparecido equipo de fútbol americano Barcelona Dragons dice: «Viene del cielo y va al infierno cuando lo cague», y los dos que lo acompañan —y yo también— nos reímos con disimulo pero incontroladamente. [...] Otro, que ha llegado último, un hombre de unos sesenta años con un sombrero de cowboy, no quiere saludar y una de las mujeres exclama: «¡Que Dios te bendiga!», visiblemente molesta. (DC, 6 de junio de 2010, 20.30 h)

Pues bien, hasta aquí se ha mostrado y categorizado la variada tipología urbana que frecuenta esta calle. En las siguientes páginas quiero detenerme en los conflictos callejeros y cotidianos: unos más ostensibles, otros menos, unos más ligados a la interacción diaria entre iguales y otros vinculados a la confrontación de maneras de hacer y de vivir que, en muchas ocasiones, pueden resultar antitéticas.

Nuevos vecinos, viejos problemas. Viejos vecinos, nuevos problemas

La primera secuencia del documental *Desde mi ventana*, de Adèle O'longh, empieza con un hombre encaramado a un andamio, y que amenaza con suicidarse, en el número 29 d'en Robador (O'Longh, 2007). El señor en cuestión se llama Bienvenido. En la pancarta que cuelga de la plataforma que ha improvisado en lo alto de la finca puede leerse: «Justicia. Especuladores fuera». Él grita: «¡Son 44 años y no debo un duro a nadie!». La gente en la calle responde: «¡Estamos contigo!». Hacen su aparición unos con pinta de técnicos municipales y los bomberos.

Sobra decir que gran parte de los nuevos problemas de los vecinos tradicionales tiene que ver con el acoso que sufren, ya sea por parte de la policía —una cuestión de la que me ocuparé específicamente en un apartado posterior llamado «La calle y las horas en juego»— o como resultado de la «re-

volución urbanística» e inmobiliaria que se ha vivido en la zona desde la primera gran intervención sobre la llamada «Illa Sant Ramon», a partir de 1988, y las subsiguientes —las de la Rambla del Raval y la Illa Robador—. Carme Gual, una de las responsables de la actual Focivesa, explicaba el malestar de algunos vecinos porque «els problemes bàsics són que els processos s'allarguen molt i la gent es crispa molt» (entrevista a Carme Gual, octubre de 2011).[19]

Dichos cambios urbanísticos afectan a la vida cotidiana de infinidad de maneras: desplazamientos, expropiaciones, expulsiones, indemnizaciones más o menos ridículas, etc., relacionadas directamente con las obras, los derribos y las nuevas construcciones. Éste es el caso del inicio de la instalación de la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya en la plaza de Salvador Seguí.

A la altura del número 41, aproximadamente, pero en la acera de los números pares, empezó a construirse dicha plaza y se intentó colocar un muro para proteger la obra, a una distancia menor de tres metros de su parte más estrecha. Fueron los vecinos —en concreto la encargada del bar Alegría, en el número 29, y el hombre que aún regenta la perfumería y mercería María Dolores, situada en el número 53— quienes lo impidieron.

[...] El de la droguería [...] se levantó cuando el solar. Querían cerrarnos la calle y dejarnos sin paso. Entonces, la Flora y el de la droguería se plantaron allí diciendo: «Oye, a mí no me jodes el negocio y esta valla me la corres para allá». Esto sería en el 2005-2006. Para arreglar el otro lado de la calle, nos pusieron una valla a un metro de la puerta de casa y, entonces, pedimos que las pusieran a dos metros. No podías pasar, era una encerrona.[20]

Este momento de conflicto por los usos de la calle fue respondido por los vecinos. Así fue relatado por uno ellos:

19 De esta cuestión me ocuparé en el análisis posterior de esta tesis, titulado «En el principio era el verbo».

20 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011. Todas las citas de esta entrevista han sido traducidas al castellano por el autor.

Por suerte conseguimos que nos corrieran el muro que estaba a 80 centímetros de nuestras puertas [...]. Aunque los vecinos llevábamos protestando desde buena mañana —cuando vimos claros sus planes—, no fue hasta por la noche, debido a la presión de los comerciantes de la zona —que protestaron por las pérdidas que supondría para sus negocios tal estrechez—, cuando deshicieron lo levantado durante el día. Dio lo mismo que preguntásemos por dónde pasarían los bomberos si había un incendio o que expresásemos los inconvenientes que ello nos suponía; no fue hasta que aparecieron los comerciantes, como héroes, que el Ayuntamiento cedió en sus pretensiones. Al vallar la plazoleta d'en Robador, nos cerraron el acceso a una fuente a la que muchos acudíamos cuando el casero nos cortaba el agua, con lo que se facilitó y se agravó el acoso inmobiliario al que nos sometían.[21]

En este sentido, los problemas con los que deben lidiar los vecinos/vecinas o trabajadores/trabajadoras «tradicionales» de la zona son de enormemente variados y tienen que ver, claro está, con la variopinta y necesitada gente que busca, en aquella calle, algún tipo de refugio o lugar donde proveerse de techo, trabajo o asueto.

La zona es propicia a ello por diversos motivos. Uno —que también está relacionado con las incisiones urbanísticas en la zona— es que, al estar afectados por planes urbanísticos, los procesos de vaciado de los pisos por compra-venta, por ejemplo, facilitan la proliferación de fincas vacías enteras, como es el actual caso del edificio número 29 d'en Robador. Aquí se instalaron unos «ocupas» a quienes se atribuye el robo de la antena colectiva de televisión. Finalmente, de maneras torticeras e ilegales y de espaldas incluso a la regidora del distrito del momento, se acabó desalojando a todo los inquilinos.

Por otro lado, es habitual que los antiguos vecinos destaquen que antes el barrio estaba mejor y que la expulsión directa o indirecta del resto de habitantes tradicionales, como consecuencia de las reformas, ha colaborado en su degradación:

21 Un vecino d'en Robador, en 2006.

Además, el ambiente del barrio había empeorado considerablemente con el aumento de la delincuencia. Lo peor de todo es que la marcha de esos habitantes de toda la vida tenía un fin: en cuanto mi madre salió por la puerta, la casa fue tomada por «okupas», que incluso accedieron a pagar alquiler a los dueños, y éste podía permitirse el lujo de subir las tarifas y no dar ninguna garantía. ¡Esas ocupaciones se producían con el consentimiento de los dueños! Ahí el ayuntamiento tendría que haber hecho algo. A grandes rasgos, la peor época fue la de finales de los años ochenta y durante toda la década de los noventa. Entonces fue lo peor, porque no había regulación, aumentó el tráfico de drogas, llegó la inmigración, la trata de blancas… Muy mal, muy mal.[22]

Otro tipo de conflictos son los relativos a los encontronazos físicos. Los lances entre personas quizá son más visibles y públicos aquí que en otras zonas de la ciudad, según se dice. Aún así, en el tiempo de observación, no fui testigo de ningún enfrentamiento físico de manera directa. Se trata más bien de *performaciones* violentas que no llegan, en la mayoría de los casos, a conllevar interacciones físicas lesivas. Son escenificaciones de la dureza, sobre todo de los hombres, muy asociadas a ciertas formas de solucionar problemas mediante la amenaza de una agresión y, las menos de las veces, mediante la agresión propiamente dicha (Simmel, 1927 [1908]; Willis, 1988). En este sentido, oí y vi amenazas o narraciones de enfrentamientos (DC, 18 de junio de 2010, 20 h). Relato a continuación una de estas ocasiones, que resume el tipo de situaciones, así como las reflexiones que acostumbran a provocar:

Entra Buenaventura, que está bebiendo un whisky y bailando y cantando [Rosa también], y en la puerta le dice a Rosa que llame a los Mossos d'Esquadra [la policía autonómica catalana], que han pegado a Fátima (del bar contiguo al Andalucía): «¡Que han pegado a una mujer embarazada, que le ha dado con una silla, con un taburete!». Rosa llama y explica. Tarda un poco hasta que responde. «A ver, ¡si está embarazada no va a tener ochenta años!» No ha colgado el teléfono todavía que Buenaventura dice que ya están aquí los Mossos. Antes de eso, Buenaventura dice que no había oído lo que estaba

22 Entrevista a M.ª Teresa Vivó, mayo de 2012.

pasando y que ya se ha ido el tipo que supuestamente la había agredido. No obstante, quita los cojines ostensiblemente del sofá que hay en la puerta y busca algo que resulta ser una especie de porra blanca y más bien blanda que introduce en el pantalón y disimula con su camisa. Sale a la calle y parece que no puede hacer nada. Mientras esto ocurre, la Gallega asegura que hay gente muy mala. Y hablan entre los tres sobre cómo alguien puede pegar a una mujer, además embarazada. Las caras de alegría mutan ligeramente en otras más circunspectas. (DC, 4 de agosto de 2010, 13.20 h)

Éste es uno de los casos típicos —que desarrollaré en otro apartado relativo a las *encarnaciones* del mito del barrio— de expresión de «dureza» y otros atributos ligados a una masculinidad «clásica». La impresión que me provocó era que la actuación de Buenaventura se trataba de una clara representación de *quién era el hombre allí*. Y consiguió totalmente su efecto, innecesario por otra parte para mí, que lo veía efectivamente como un hombre que trabajaba rodeado de mujeres, a su vez rodeadas por otros hombres; contexto que reclama un tipo concreto de actitud frente a posibles amenazas de otros varones.

En una segunda ocasión, mientras me encontraba de nuevo en un bar, charlando con las empleadas y con un hombre de menos de treinta años que parecía compañero de alguna de ellas, éste golpeó a otro tipo en la calle que, visiblemente borracho, insultaba a una de las chicas. El joven, fornido y con aspecto magrebí, pero nacido y criado en el Raval, salió a increpar al otro hombre. Según relató luego, al parecer le abofeteó y consiguió ahuyentarlo.

Estas situaciones tienen un inmejorable escenario en los bares. Allí es fácil ser interpelado por alguien que puede llegar a expresarse de forma cruda, por ejemplo, en lo referente a las prácticas sexuales. Y, en alguna ocasión, eso provoca situaciones incómodas que, eso sí, acostumbran a ser reconducidas por alguien que presencia la escena.

Le explica [a mi compañera Helena] que él «se folló» a Sonia mientras la aludida lo niega. Y él dice que sí, que encima de la mesilla de noche. Y no sólo eso, hoy ha estado con dos chicas y «se ha corrido las dos veces». Ese nivel de detalle hace reír e incomoda a Helena, y también a mí, hasta el punto de que le hago un leve gesto a Núria y ella se acerca inmediatamente y le dice que se calle, que no

son cosas para contar por ahí y que se marche a buscar unas cervezas. (DC, 20 de febrero de 2012, 16.30 h)

Estos lugares, que podríamos llamar «bares de alterne», tienen su propia idiosincrasia y lógica normativa y, por tanto, también conflictiva. Se sobreentiende que un hombre que está en el local y que recibe la atención de las chicas que allí están trabajando debe atenderlas, ya sea adquiriendo un servicio sexual o consumiendo e invitando a alguna.

El chaval negro que bebe una cerveza está discutiendo con la chica negra con acento argentino. Acaba diciendo que «todos los negros vienen de África». Núria recrimina al hombre y le dice que «es un pesado», y añade: «Invítala a una copa, y si no la invitas por lo menos no le metas bronca». Él contesta que ya la ha invitado a un agua y parece que se enfadan. Él se dirige a Núria: «Tú ya me conoces» y ella responde: «No, con lo que estás haciendo ahora no te reconozco». El chico negro se despide y se va. Cuando se ha marchado, Núria suelta: «Sí, vete ya, ¡que eres un gafe!». Y hablándome a mí: «Quiere que la chica le dé conversación y sólo la invita a un agua», y otros argumentan: «Igual es que no tiene dinero». Núria responde que sí tiene, pero que no quiere gastar y que, encima, espera que las chicas le den charla. (DC, 18 de junio de 2010, 23.15 h)

Yo mismo fui objeto de este celo que se tiene para que los hombres que utilizan estos bares no olviden en qué lugar están. Una tarde, en uno de esos bares, un hombre que resultó ser el compañero sentimental de la chica que dirigía el local, me increpó porque me había sentado en el lugar equivocado:

«¡Ey, que ahí no puedes estar! ¡Ese sitio es para las chicas!» Me levanto y me disculpo. Rápidamente me pregunta qué quiero y le contesto «café», olvidando que no tienen máquina de café. Él me responde: «No tengo café. ¿Quieres una copa o una cerveza?» con un tono algo agresivo que es advertido por la Gallega que le dice: «¡Si el chico viene mucho por aquí!», a lo que él replica: «¡Pero Gallega, que no tengo café!». (DC, 21 de julio de 2010, 16.45 h)

Por otro lado, las discusiones entre las trabajadoras y los hombres pueden producirse, como es evidente, con relación a algún malentendido sobre la transacción económica —como en la cita en la que se le recrimina a un joven que sólo invite a las chicas a agua—. En el siguiente caso, la discusión tiene que ver con el pago o impago de los servicios sexuales prestados:

> *Discuten —más o menos en broma— porque él le dice que es una ladrona y ella contesta que él no le quería pagar. La discusión parece que tiene que ver con que, según el hombre, él le había pagado antes de fornicar, algo que ella niega. Cuando la mujer le pidió que le pagara —imagino—, él respondió que ya le había pagado, ella insistió y, finalmente, él le dio el dinero, pero recalcando que ya le había pagado al principio, de forma que, según él, le había abonado el servicio dos veces. Él argumenta que, en realidad, ella no le gusta, que: «Cuando tú quieres a una mujer, te pones... fiuuu [...] pero cuando no, se te encoge el pito». Ella le dice que es muy feo y que no se iría con él ni pagando; siempre en tono jocoso. Él, mientras le acerca la mano a la entrepierna: «Mira, y si le toco el chocho fipla [sic]».* (DC, 31 de julio de 2010, 21.40 h)

En otro orden de conflictos, están aquellos resultantes de la construcción de nuevas viviendas y la llegada de nuevos vecinos. Éstos muestran su descontento organizadamente. Según explican ellos mismos, su malestar tiene que ver con que no se han producido los cambios prometidos por los promotores inmobiliarios o los representantes de la Administración.

Los bloques nuevos contrastan de manera contundente con los antiguos. Cuando uno desciende por Robador desde la calle del Hospital, al llegar al cruce con Sant Rafael la anchura de la calle prácticamente se dobla. Ahí emergen justamente los nuevos bloques de protección pública que ocupan los números del 18 al 30. Estos pisos, como ya se ha dicho, están construidos en régimen de propiedad por las cooperativas de los sindicatos UGT (Qualitat Habitatge Social, 30 pisos protegidos), CCOO (Habitatge Entorn, 30 pisos) y por la de AA. VV. del Raval (El Teu Barri, 42 viviendas protegidas). En la parte trasera, que da a la calle Nou de Sadurní, los locales de las plantas bajas están ocupados por un gran supermercado Caprabo, en el número 9; la sede del Consell Islàmic de Catalunya, en el 7; y, en el número 5, la Oficina d'Atenció

al Ciutadà de la Generalitat de Catalunya. Ya en la esquina con Sant Rafael, una agencia de viajes que parece regentada por personas de aspecto indostano. Todas estas fincas lucen irregularmente en sus balcones dos tipos de carteles plastificados, que cuelgan aquí y en el lado d'en Robador, sólo en los pisos nuevos, con dos lemas. «Volem un barri digne» [queremos un barrio digno], auspiciado por un colectivo llamado Raval per Viure, y el otro, promovido por la AA. VV. del Raval, que dice «Ajuntament, el Raval no aguanta més».

Algunas de las vecinas tradicionales de la calle ven «la revolución urbanística»[23] sobre Robador con cierta inquietud. Uno de los momentos especialmente tensos en ese sentido fue la reciente declaración de la zona como «Àrea de conservació i rehabilitació a l'entorn del carrer d'en Robador i Sant Ramon».

> *[La propietaria del bar Alegría] me pregunta si he visto la prensa y la TV, que hablan de la calle. Contesto que sí y me interroga: «¿Qué pasará?». Respondo que quieren obligar a los propietarios a hacer obras y ella se preocupa por su local. Dice que el Ayuntamiento no ha dado ningún permiso de obras a los propietarios de su finca. Se pregunta qué ocurrirá con su bar.* (DC, 10 de febrero de 2011, 18.15 h)

De hecho, la misma persona, en otra situación en que se le insinuaba que querían unir su bar con el local de la finca contigua para construir un lugar de ocio destinado a población con mayor poder adquisitivo, exclamó: «¿Quedarse con mi bar? ¡Vamos, hombre!» (DC, 8 de junio de 2010, 20 h). La inquietud que estos cambios en el barrio provocaban entre las trabajadoras del lugar, concretamente en otra mujer que regenta uno de los bares de alterne, es palpable y evidente:

> *Núria está visiblemente preocupada y no sé qué decirle. Asegura que no podrán cerrar los meublés, que los volverán a abrir. Y que no pueden prohibir*

23 Esta denominación utilizada en el marco teórico de la tesis, que no ha sido reproducido en esta publicación, da cuenta de los acelerados y drásticos cambios acaecidos en la década pasada en la zona de estudio. También es aplicada, igualmente, por la prensa: «El acoso inmobiliario avanza en un distrito que vive una *revolución urbanística*» (Bauzà, 2007).

a las chicas que trabajen en la calle. Que son libres. Que es como cuando no se podía fumar dentro del bar: ella lo ponía en la puerta y quien quería fumar entraba y quien no, pues no. No pueden obligar a las chicas a hacer otro trabajo si ellas no quieren. (DC, 11 de febrero de 2010, 14.20 h)

En idéntico sentido responden respecto a las razias irregulares de la Guàrdia Urbana o los Mossos d'Esquadra. De manera algo imprevisible, la policía se dedica a multar intensivamente a la gente que está en la calle, trabajando, bebiendo, o a hombres que están hablando con las chicas. Esta situación provoca desazón entre las mujeres que se ganan el sustento allí:[24]

La Gallega me cuenta que está preocupada por las chicas que tienen hijas y se pregunta qué harán si no las dejan trabajar. Dice que por ella no se preocupa [...], que ya está de retirada y que sólo tiene sus «amiguetes» [...] Se pregunta qué será de las chicas: «Pobrecitas, ¿dónde van a ir, las que tienen familia?». (DC, 11 de febrero de 2010, 14.30 h) *[…] ¿Y qué van a hacer si cierran los «meublés»? Quieren que estemos en los bares, pero en los bares no podemos trabajar. Yo tengo una pensión, pero no me da para el piso, la luz, la comida [...] E insiste: «Lo quieren cerrar; dicen que en agosto ya no quieren ver a ninguna en la calle. Los clientes ya no vienen, ningún español. Ahora esto está muy mal, entre la tele y los policías. Antes aquí se vivía muy bien. No faltaba trabajo, pero hace unos diez años que ya no se puede. [...] Yo sólo tengo mis amiguitos, que vienen una vez por semana, pero ahora ni eso. Tienen miedo porque siempre sale por la tele. Y, además, si te ven, te multan. Por ejemplo, si ahora estamos aquí hablando y vienen dos polis «cabreaos», nos ponen una multa de 300 euros a cada uno».* (DC, 15 de junio de 2010, 19 h)

Estas situaciones, claro está, están afectando a todos los negocios de la calle. Durante el trabajo de campo, uno de los bares de alterne que solía frecuentar dejó de abrir por las mañanas porque a los dueños no les salía a cuenta pagar a una mujer que hiciera ese turno, ya que las visitas habían descendi-

24 En el apartado posterior sobre control institucional de flujos humanos, titulado «La calle y las horas en juego», me ocuparé con más detalle de la relación entre la policía y las trabajadoras y usuarios de la calle d'en Robador.

do sustancialmente (DC, marzo de 2012, 17 h). Por otro lado, los rápidos cambios urbanísticos suscitan opiniones ambivalentes entre los usuarios o trabajadoras «tradicionales» del lugar:

Dicen que el barrio está cambiando mucho y que cuando se inaugure el cine traerá a nueva gente. Núria me aclara: «¿Quieres que te diga por qué pasa esto? [refiriéndose a la numerosa presencia policial] Por el hotel». Me cuenta que vive frente al hotel y que a veces ve allí a «gente guapa, yo creo que son modelos o actrices». Pero a la vez se sorprende de cómo creen que entrará alguien en ese hotel si en la puerta hay un hombre con turbante. (DC, 19 de enero de 2011, 19 h)

Como en otras muchas calles, también en Robador existe el clásico problema relacionado con el ruido que generan ciertos locales. En este caso, es interesante destacar la resolución del problema sin mediación institucional. Así ocurrió con el desaparecido Ateneu del Xino, situado en el número 21. Al parecer, un vecino interpuso una denuncia contra el Ateneu por el ruido. Los representantes del centro se reunieron con él y llegaron a un acuerdo que consistía en que no se podía poner música ningún día de la semana a partir de las doce de la noche y que a las tres de la madrugada debía cerrarse.

Cuando los problemas se dan entre propietarios y arrendatarios, una manera eficaz de solventar malentendidos es el pago a los ofendidos arrendatarios, tal y como explica un antiguo vecino de la finca del número 29:

Los dueños de la finca... —«¿El Mancià?», pregunto. [Silencio.]— ... no querían salir en la tele y me dijeron que si les sacaba el juicio, me sacaban las costas [del proceso] y me daban doce mil euros. Ellos no querían salir en la tele y, como yo había hablado de ellos, me dijeron que no querían que sus nombres salieran más y, por ese lado, pude regatear.[25]

A continuación, veremos cuáles son algunos de los conflictos que surgen con la llegada de nuevos vecinos a la zona. Algunos de aspecto modernillo, que

25 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

viven en las fincas más destartaladas y, en cierta medida, de espaldas a la cotidianidad de aquella calle, deben sortear por momentos las propuestas comerciales que hombres y mujeres pueden llegar a hacerles. Observé una persecución a uno de estos jóvenes:

> *Veo a una de las prostitutas centroafricanas (¿nigeriana?) más guapas de la calle persiguiendo a uno de estos guiris, que después loarán la fotografía de Julio Iglesias dejada entre los despojos, los escombros y la basura. Éste, en ningún momento, la mira o le habla; sólo intenta escabullirse de ella.* (DC, 8 de junio de 2010, 20.30 h).

Las chicas que trabajan allí acostumbran a tener mejor relación con los «vecinos y vecinas tradicionales» que con los nuevos vecinos. Sus quejas tienen que ver con la incomprensión que desprende la actitud de éstos, con relación a su oficio:

> *Tenemos a los nuevos vecinos en contra. Los de toda la vida nos tratan como a una trabajadora más, pero los nuevos nos miran como si fuéramos personas enfermas. No reconocen nuestra profesión y nos estereotipan como ladronas o drogadictas. ¡Todas queremos que el barrio esté limpio y en condiciones! No nos interesa que haya violencia porque ahuyenta a nuestra clientela y asusta a los vecinos.*[26]

Los nuevos habitantes y empleados de la zona muestran su molestia «por el ambiente que allí se respira», porque según su opinión «el ambiente, la atmósfera, en general, es más desagradable: la suciedad, gente... muchos yonquis..., la metadona y todo eso. [...] Nosotros, como trabajadores, siempre estamos alerta, a ver qué... por dónde pueden salir... ¡Hay un [mal] ambiente!».[27]

Este escenario poblado de personas desconocidas —algunas de ellas algo desaliñadas— centra la atención de estos nuevos vecinos y, claro, sus quejas son que «hay un ambiente en la calle que hace que no te apetezca salir del piso y, según a qué hora llegas por la noche, es peligroso, inseguro. Y

26 Entrevista a Bambolina (Elmaimouni, 2012).
27 Entrevista a Emma, IEC, 25 de mayo de 2011.

por el ruido también, hay mucho ruido por la noche».[28] Algo que, al parecer, tampoco es nuevo, como nos recordaba Joan Llarch:

> *La noche se adueña de todo otra vez y, en las casas que flanquean ambos lados de la calle, los vecinos, que a la mañana siguiente irán a cumplir con su trabajo cotidiano, vuelven a cerrar los ojos con resignación y también con esperanza inútil de continuar su interrumpido sueño, sin verse truncado por otra explosión de bronca callejera.*[29]

En este sentido, el malestar de los nuevos habitantes del barrio —expresado en las pancartas «Volem un barri digne»— ha recibido la atención de la televisión pública. En un programa en concreto, una de las nuevas vecinas d'en Robador mostraba su malestar por «todo lo que hay allí»:

> *Yo venía buscando diversidad y singularidad. A mí, antes, el Rawal Super me encantaba pero ahora estamos desbordados por este tipo de tiendas y no hay nada más. Bueno, es que esto es Karachi directamente.*[30]

Las interacciones entre nuevos y viejos vecinos o usuarios están cargadas de una profunda incomprensión que no es exactamente recíproca. Si bien, en general, los nuevos pueden mostrar desconfianza, e incluso menosprecio, hacia los «tradicionales», a la inversa no ocurre lo mismo. En cualquier caso, la confrontación entre tipos poblacionales tan dispares parece ser terreno abonado para malentendidos o conflictos. Una de las entrevistadas narraba una situación en la que un hombre en la calle le ofrecía su número de teléfono:

> *A ver, tengo la libertad de coger un teléfono o no, pienso yo, digo yo, y escojo no cogerlo. Y me dice: «Ya está bien, no sé qué...». O sea intentan de algún modo enrollarse, darte algo para que tú le des algo o tenga algún contacto o yo qué sé... A saber la intención que tenía, porque por darte un papelito con un*

28 Entrevista a Asunción, noviembre de 2011.
29 Véase Llarch (1968: 133).
30 Mercedes Abad, periodista y escritora, en *Marxar del Raval*, que puede consultarse aquí: http://www.tv3.cat/videos/3100315/Marxar-del-Raval-1 [17 de septiembre de 2014].

teléfono... ¿Qué gana él con eso...? No sé... me siguió hasta Robador y le dije: «Bueno, me voy a trabajar» y él seguía: «Ya me gustaría verte en mi situación... no sé qué». Y me pregunta: «¿A ti no te han puesto nunca una multa por coger el tren, no?». Y yo: «No, porque si no puedo coger el tren, ya no me subo». «Ya, pero es que yo tengo que cogerlo.»

Esta cita y las dos siguientes son de una trabajadora de la nueva sede del IEC, un ejemplo de la instalación de «centros culturales» que deberían colaborar en lo que se llama la «regeneración» de la zona. Claro está que siendo un barrio «reincidente» (Subirats y Rius, 2005: 69), eso no se contempla como empresa fácil:

Los argumentos que [los patrones del IEC] dan son que ahora el barrio se está abriendo culturalmente, o sea, que están haciendo instalaciones culturales y que nosotros tenemos que formar parte de este [plan], de este nuevo polo de atracción cultural. Eso es lo que dicen los capos. Nosotros estamos en investigación, cultura y normativa de lengua catalana. Seríamos la RAE en catalán, las normas de... pero esto es una parte del IEC, la filológica. [...] Nosotros estaríamos más en la parte de divulgación científica, de temas concretos muy específicos, y en teoría lo que se propone es que la librería esté más al alcance de la calle. Antes estábamos encerrados en el claustro, la librería estaba allí y si no entrabas al IEC por alguna razón no pasabas por ahí porque no estaba a pie de calle. Ahora sí. Pero es un contrasentido porque quien llega al IEC es aquel que puede consultar, como si dijéramos, [pero de los vecinos] tenemos un flujo de «clientes» ínfimo... viene una media de una persona al día a comprar, o sea, no es real.[31]

La entrevistada destaca que un centro como el IEC, aunque contenga también una librería con vitrinas que dan a la calle d'en Robador, está más bien destinada a visitantes que a los usuarios comunes del lugar.

Esta trabajadora del IEC vive fuera del barrio y se desplaza al Raval para trabajar como licenciada universitaria en un centro de investigación. El local donde está situado el IEC forma parte de los nuevos edificios de protección

31 Entrevista a Emma, IEC, 25 de mayo de 2011.

oficial construidos por las cooperativas mencionadas. En este sentido, de una manera muy elocuente, la entrevistada hace notar que los nuevos vecinos están en mejor situación económica que los tradicionales:

Los pisos donde estamos nosotros [18 a 22 d'en Robador] son de nueva construcción. Unos cuantos —éstos son de CCOO— son de sindicatos, UGT... La gente es siempre nueva, llegan nuevos... Yo conozco a algún vecino y son gente que ha vivido en el barrio y ha accedido a viviendas... pero gente muy como... rehabilitada, como si dijéramos... o sea no es gente que no sabe cómo llegar a fin de mes o... bueno, en eso estamos todos, ¿no? [risas] Sí, bueno, con situaciones familiares mínimamente estructuradas.[32]

En dichas fincas, los nuevos residentes tienen impresiones aún más desoladoras; y esto parece ser así prácticamente desde el día de su llegada a su nueva morada. Las descripciones del lugar y de sus «nuevos vecinos» son especialmente agrias y acostumbran a estar cargadas de prejuicios. Es común que las sospechas de venta de productos robados, así como la indisciplina de los andantes, produzcan desasosiego entre los extrañados habitantes. Uno de ellos, por ejemplo, recordaba el *shock* que sufrió durante su primer día en la calle d'en Robador: «Llego a Robador, que entonces era mucho más estrecha, y no podía girar el coche porqué estaban vendiendo artículos robados, pero sin ningún problema, era como un mercadillo en la calle. [...] No se marchaban, pasabas con el coche y no se apartaban».[33]

De hecho, se trata nada más y nada menos que de lo ya citado por el responsable de Procivesa-Focivesa, Martí Abella, que auguró, sin acierto, que la presencia «constante e inquietante» en la zona del Raval debería ir diluyéndose progresivamente. Al parecer no ha sido así. Este hecho ha provocado desencanto entre los nuevos vecinos, aunque no tanto entre los constructores, especuladores y promotores turísticos. ¿Cómo no?, de este malestar por la difícil «gentrificación» —o renovación— de los vecinos tradicionales por otros con más capacidad de consumo se hacen eco alarmante los medios de comunicación, impelidos quizá por la posibilidad de volver a evocar el

32 Entrevista a Emma, IEC, 25 de mayo de 2011.
33 Entrevista a Ernesto, noviembre de 2011.

Barrio Chino y toda su aura. Es en este sentido que la gran mayoría de estos nuevos vecinos que podríamos asociar a las «clases medias»[34] se sienten traicionados por los promotores inmobiliarios y por la administración municipal: «Lo que pasa es que nos engañaron a todos, porque nos dijeron que mejoraría, que construirían un Caprabo, que la calle cambiaría, que construirían también una Filmoteca al lado… pero no ha cambiado para nada».[35] Otra de las quejas es que Robador y, en general, el Raval concentran un gran número de asociaciones y organizaciones no gubernamentales que tienen entre sus objetivos principales «garantizar la cohesión social» o «la mejora de la calidad de vida del barrio». Pues bien, el hecho de que el Raval concentre gran parte de este tipo de entidades «de asociaciones subvencionadas y de fundaciones» es, para los nuevos vecinos, el motivo que comporta que:

> *Aquí tenemos una serie de fundaciones y asociaciones que se ocupan de la pobreza. Entonces, la gente de todas partes viene al barrio y se queda aquí todo el día; toda la gente que tiene problemas, los sin techo... gente que no... drogadicción, todo esto viene aquí, a la calle Robadors (sic) […] Y, entonces, claro, los vagos de toda Barcelona no se van de aquí porque lo tienen todo. Ése es el porqué de que este barrio no pueda cambiar. ¿Por qué no se los llevan a otros barrios? ¿Por qué no dan, por ejemplo, desayunos gratis en Sarrià?*[36]

La crítica velada iba destinada a la fundación Tot Raval, que aglutina 180 entidades benefactoras del barrio. Desde otros foros, la objeción a la fundación es más expeditiva. Es el caso de la plataforma Raval per Viure (promotora de las pancartas «Volem un barri digne»). Para esta entidad, la fundación «recibe el 40 % de las subvenciones» destinadas al barrio, que son utilizadas para situarse en contra de dicho colectivo.[37]

34 Sólo a título orientativo, entre los entrevistados propietarios de una vivienda en estas nuevas fincas, se encontraban dos licenciadas universitarias, una profesora de educación primaria y un técnico administrativo de uno de los dos sindicatos más importantes del Estado.

35 Entrevista a Esmeralda, noviembre de 2011.

36 Entrevista a Asunción, noviembre de 2011.

37 Participé en una reunión de la agrupación Raval per Viure en noviembre de 2010, a las 20 h, en el centro cívico Erasme Janer. En el momento de más afluencia llegué a contar a

Estas visiones de los nuevos vecinos alimentan el más o menos reciente mito de la huida de los «autóctonos». Éste ha sido etnográficamente desmentido por la investigación de Mikel Aramburu. Según este autor, este mito está muy asociado a la denigrante etiqueta de «inmigrante», que acaba adquiriendo la cualidad de chivo expiatorio, y ha cultivado tanto éxito que se corre el riesgo de se que convierta en una «profecía autocumplida»:

> *La identificación del «inmigrante» como figura degradante obedece a las propiedades de su categorización social y cumple la función de chivo expiatorio de diversos «males» (la despoblación, la degradación, etc.) a los cuales les falta una explicación o una estructura narrativa que dé cuenta de su complejidad. El «inmigrante» se ofrece así como un lenguaje económico y simple que sirve para eludir la identificación de los procesos sociohistóricos que causan la desigualdad urbana. Sin embargo, la función de chivo expiatorio de la degradación urbana y de la huida autóctona que cumple el «inmigrante» puede convertirse, con el tiempo, en una profecía que se autocumple. Si pasa de ser un elemento narrativo a una creencia, al final, efectivamente, tendrá un efecto sobre la acción social y será una causa efectiva del cambio de vecindario. Por eso es tan urgente desenmascarar el mito.*[38]

Parece ser que el mito de la huida sigue más vivo que nunca entre los nuevos vecinos. Hasta el punto de que ya no son sólo los «autóctonos» quienes

25 personas. Cabe tener presente que se trataba de un día especial, porque otra asociación parecida —en este caso de Trinitat Vella— buscaba su apoyo. De los vecinos concurrentes, una pareja era recién llegada al barrio y los demás se presentaban como antiguos militantes vecinales. La palabra fetiche durante la reunión y a la que hacían referencia para explicar todos los desajustes del barrio era «incivismo». Los asistentes hacían gala de una corrección política envidiable, algo que advertí cuando, en un momento del encuentro, uno de los oradores fue severamente reprendido por utilizar el término «moros» en lugar de «traficantes» o «incívicos». Por otro lado, y durante un rato de distensión, uno de los presentes reconoció que el problema del incivismo y, en general, del Raval sólo tenía una solución, que pasaba por un endurecimiento de la ley de Extranjería y del Código penal (DC, 17 de noviembre de 2010). Curiosamente, uno de los *mossos d'esquadra* entrevistados, que patrullaba por la zona, coincidía en esta solución, añadiendo que el Código penal debía endurecerse especialmente con los reincidentes (entrevista a Antonio, 9 de febrero de 2011).

38 Véase Aramburu Otazu (2001: 1-12).

huyen, sino que los propios «inmigrantes», cuando se distancian del estigma y «entran dentro de la sociedad, ellos mismos se marchan. A este barrio —observa un entrevistado— siempre está viniendo gente de fuera, no hay manera de hacer barrio».[39] En el mismo sentido en que lo expresa Aramburu, se recurre de manera insistente a la figura del «inmigrante» para explicar «la degradación» del barrio o a la idea de que «nunca ha estado tan mal como hoy»:

> *Porque el «Chino» del [Joan] Colom [el reconocido fotógrafo del Barrio Chino] era, yo pienso —quizá desde su visión, yo no lo he vivido así porque yo no estaba, o sea nací en el 1972—, era más humanizado, yo creo. O sea, la gente estaba en un ambiente degradado, pero era más familiar. Ahora, como hay mucha gente de fuera que está de paso, que viene a Barcelona y mira cómo está el panorama y después se va, se crea un clima de desconfianza general de todos hacia todos.*[40]

Otro de los elementos que incomoda a los nuevos moradores es el hecho de que no parecen encontrar ningún motivo para relacionarse con los vecinos o usuarios tradicionales: «Con el tipo de gente que vive por Robador, es complicado tener una relación, porque es gente muy marginal».[41] Esta especie de «jerarquización cultural» es recurrente entre los nuevos vecinos o visitantes para justificar su incomprensión y su sentimiento de inseguridad al verse en medio de personas y de prácticas que asocian a la «extranjeridad» o al «subdesarrollo cultural», ya sea por su procedencia «inmigrante», ya sea por sus actitudes «incívicas», ya sea por su «bajo nivel cultural».[42]

En este sentido, los nuevos vecinos parecen contar con el apoyo de la autoridad municipal para contrarrestar el uso incómodo e insolente que se hace de la calle. E intentan conseguirlo organizando fiestas o ferias en lo que llaman «el espacio público» que, de momento, sólo tiene éxito en la Rambla del Raval.[43]

39 Entrevista a Néstor, noviembre de 2011.
40 Entrevista a Emma, IEC, 25 de mayo de 2011.
41 Entrevista a Asunción, noviembre de 2011.
42 Entrevista a Asunción, noviembre de 2011.
43 Gerard Horta (2010: 146) describía este enclave con escasos años de existencia de la siguiente manera: «[...] la cuestión es que la Rambla del Raval es toda ella un lugar de encuentro para vecinos y forasteros del barrio —en cualquier caso, llegados de todas

Pues bien, ésta no es más que una medida promovida institucionalmente para que se dé a la calle un uso que revierta en los comerciantes o en actos laudatorios hacia las mismas instituciones. A su vez, esto conlleva un beneficio previo que es el de apartar a toda la amalgama de personas que por allí pululan y no rinden todas las cuentas que se les piden: prostitutas, vendedores ambulantes, mirones, merodeadores y, en general, un abanico de gente que hace de la vía pública su lugar para procurarse subsistencia y asueto. Pues bien, esta estrategia promovida por el Ayuntamiento parece ser que requiere de un aumento del número de nuevos vecinos, destinado a la toma del lugar:

> *A nosotros, el Ayuntamiento nos dice «coged la calle», pero, claro, ¿cómo coges esta calle? ¿Haces fiestas en la calle…? Pero si esta gente no sabe… ¿Sabes qué pasa? ¿Sabes cuál es el gran problema? Que el nivel cultural de la gente que vive aquí es muy bajo. Esta gente está como los españoles de los años cuarenta. Para ellos escupir en la calle no es una cosa de otro mundo, para ellos es*

partes—, independientemente de que la planificación espacial señale hacia otra dirección: ni áreas de juegos para viejos como la petanca, ni césped en que sentarse a hablar». Allí se celebran las fiestas mayores del Raval, la segunda semana de julio, o un mercadillo de artesanía y de diseñadores de ropa durante todos los domingos, excepto en julio y agosto. Por otro lado, recientemente ha aparecido en escena un nuevo colectivo llamado Raval Viu, aparentemente más heterogéneo pero en el que están presentes —aseguran que a título personal— miembros de Procivesa, de la asociación Ibn Batuta —cuyo presidente es Mohammed Chaib, diputado en el Parlament por el Partit dels Socialistes de Catalunya—, miembros de la criticada fundación Tot Raval y comerciantes del barrio. El énfasis coincidente en ambas entidades —Raval per Viure y Raval Viu— es el de la «vitalidad», que no oculta el presupuesto según el cual el barrio necesita que se le insufle «vida», que «está enfermo» o que precisa un cambio radical «en su vida». En el caso de esta última agrupación, intenta ser todo lo transversal posible y no vincularse a ningún grupo político. Su campo de acción es, sobre todo, el de lo simbólico y cultural. Se trata de «aceptar el barrio» tal como es y es prioritario, para ellos, cambiar la imagen de degradación tradicionalmente asociada al Raval. Las herramientas que utilizan son básicamente las nuevas redes sociales, como Facebook (https://www.facebook.com/movimentraval.viu [septiembre de 2014]), en las que se hace promoción de los «eventos culturales» que allí se celebran, al mismo tiempo que aplauden la «diversidad cultural» y el «cosmopolitismo» del barrio. Sin embargo, desmintiendo esta moderada actitud inicial recientemente han aparecido en su página de Facebook anuncios de entidades como Societat Civil Catalana, agrupación contra la consulta soberanista de Catalunya (2014), o de Plataforma per Catalunya, partido político abiertamente xenófobo.

natural. [Y también tirar las pipas…] Todo lo que ellos tiran al suelo… Tú quédate diez minutos y verás cómo es la única calle que barren yo creo que tres o cuatro veces al día y… siempre está sucia […] Yo pienso que la única solución —aunque habrá gente que discrepe de lo que opino— es tirar abajo los pisos que están medio destruidos y construir nuevos. Y entonces sí vendrá mucha más gente, pero es que nosotros no sobrepasamos todavía el porcentaje, somos muy pocos.[44]

Además de lo incierto de la frecuencia de paso de los servicios de limpieza, lo interesante de la reflexión del nuevo vecino es su lectura de la situación prácticamente en términos coloniales o incluso bélicos. El entrevistado expone la necesidad de superar en número de efectivos a los usuarios tradicionales de la calle, para así imponer sus prácticas sobre las de los primeros. Nada nuevo por otro lado; no hay que olvidar que el tan manido «civismo» —que enarbolan insistentemente estos nuevos pobladores— se contempla aquí como nueva práctica de control y, en este sentido, cabe recordar que se conceptualiza desde un discurso anclado en la tradición colonialista (De Gaudemar, 1981). De manera similar reflexiona Mike Davis (2005: 3):

El derecho en la era colonial se usa con frecuencia para justificar las expulsiones de antiguos vecinos. […] Verdaderamente, «guerra»[45] *es aquí una metáfora adecuada. El ritmo acelerado de los desahucios y las «limpiezas» urbanas por todo el mundo es la última etapa alcanzada por el inveterado conflicto entre ricos y pobres por el «derecho a la ciudad». Pero, como advierte el rojo fogonazo que se ve en el horizonte de París, los barrios miseria vuelven a la lucha.*

44 Entrevista a Néstor y Asunción, noviembre de 2011.

45 En parecidos términos bélicos, se expresará también el geógrafo Pere López Sánchez. En su caso, a propósito del papel que iban a tener los Juegos Olímpicos de Barcelona: «La reactivación de la metrópoli barcelonesa se está realizando, en fin, dejando en la cuneta a quienes no pueden o no quieren seguir el ritmo de la modernización. No en vano uno de los ejes de la renovación de la ciudad establece precisamente la declaración de guerra a la pobreza. También se asume que "declarar la guerra a la indisciplina" es un pilar fundamental del orden urbano que se arrope en el banderín de enganche de la Barcelona olímpica objetivo de todos» (1991: 94).

En este marco es que germina el agudo recelo hacia los vecinos, usuarias o trabajadoras «tradicionales». Se comprende mejor, entonces, que la relación de estos nuevos habitantes con los antiguos pueda resultar, cuando menos, inimaginable:

De hecho, hay un par de prostitutas que llevan a sus hijos al colegio… Yo ya lo sé porque las conocemos. Esos niños van a una guardería y, entonces, claro, después de tanto tiempo incluso terminas saludándote… No, es verdad. Yo no sé a ti [refiriéndose al entrevistador o a Asunción], pero la madre [prostituta] y sus dos hijas nos saludan siempre […] claro que nosotros somos más mayores. A nosotros nos saludan: «¿Qué tal vecino?» «Bien…» y, claro, los domingos a mí me traen los nietos a casa y me voy a pasear con ellos y piensan que...[46]

De nuevo, el mito de la huida sigue siendo recurrente y se expresa en los mismo términos que los antes citados. La referencia al malestar se centra en la presencia de extranjeros que, además de usar la calle, instalan tiendas de teléfonos, pequeños restaurantes o supermercados. En un programa de televisión, se realizaba la siguiente reflexión:

«Nosotros no nos quejamos de la presencia policial... Nos quejamos de todo el movimiento que hay allí. [...] Han disminuido las quejas por prostitución en un 69 %.» [¡Sic!] Y la entrevistadora pregunta: «¿A partir de qué hora no puedes circular por la calle?» «A las 18 h, porque ahora en invierno oscurece antes, o a las 17.30 h, pero no puedes circular a ninguna hora porque siempre está degradado, porque visualmente ya es problemático.»[47]

Bien, pues lo que se puede considerar el último asalto al Raval no sólo es en sí mismo un importante motivo de conflictos. Además, proliferan otros con los «nuevos vecinos», con las empresas inmobiliarias y con ciertos intereses de la administración municipal, que parecen más cercanos a los de los especulado-

46 Entrevista a Ernesto y Asunción, noviembre de 2011.

47 Entrevista televisiva a una nueva vecina d'en Robador en «Els veïns del Raval, tips de la inseguretat al barri», programa *Els matins* de Televisió de Catalunya, 14 de diciembre de 2010. Se puede consultar aquí: http://www.tv3.cat/videos/3265910 [septiembre de 2014].

res. También existe malestar y el hecho de que precisamente persista en aquella zona toda una serie de individuos y actividades típicas de un entorno eminentemente urbano es fuente de disputas con la Administración. Los pobladores recientes se sienten engañados por los responsables municipales y los promotores inmobiliarios. Se crearon enormes expectativas —reales o irreales— con el aura de una supuesta ultramodernidad multicultural, que se esperaba surgiría tras la erección de la Rambla del Raval y la destrucción de gran parte de la Illa Robador. Esto no se ha acabado de cumplir y aún no se ve la luz al final del túnel. Esta inquietud ha hecho que vuelvan a tomar relevancia lo que se creían problemas de otra época. Se reproducen con mucha facilidad, en multitud de artículos de prensa,[48] todos los tópicos ignominiosos sobre el del antiguo Distrito V.º y el Barrio Chino, y se colabora en la producción de pánicos morales *sobre* y *contra* las clases trabajadoras y más descapitalizadas, que allí todavía son mayoría. Por ello se han inventado nuevos conceptos que den cuenta de este contraste entre los vecinos que han ido a vivir recientemente y los de siempre: ahora se habla de «sensación de inseguridad», «incivismo» o de «degradación de la calle». Con ello se da a entender que, en realidad, en esa zona nada ha cambiado como se había prometido.

Como una carcoma, la interpretación sobre lo que ha pasado y está pasando en la calle d'en Robador pivota insistentemente sobre el hecho de que allí todavía vive gente trabajadora, pobre e «inmigrante». La llegada paulatina de turistas con mucho poder adquisitivo —gracias, en parte, a la propulsión del lujoso hotel Barceló Raval—; de profesionales, como los que puede llegar a atraer la sede de UGT; de «profesionales autónomos», instalados en los pisos de «protección oficial» de la Illa Robador; o la ubicación de «centros culturales», como la sede del IEC o la Filmoteca Nacional de Catalunya, con cualidades que se esperan redentoras desde el punto de vista de las llamadas «clases medias», aún no ha conseguido «matar al Barrio Chino». Es más, casi podríamos decir que lo ha resucitado.

Para continuar este capítulo, en la siguiente sección describiré el espacio morfológico de la zona d'en Robador, así como las destrucciones allí sufridas

48 Estas expresiones aparecen en la prensa e insisten en la huida de «los vecinos». Sólo a modo de ejemplo, véase Anna Vallbona: «Los vecinos desisten de vivir en el barrio del Raval y huyen de él», *L'Avui*, 17 de agosto de 2010.

y algunas de sus consecuencias. Ello me servirá para dar cuenta de qué se hablaba cuando se mentaba al Barrio Chino. Y también me permitirá ensayar una interpretación sobre la elaboración del «mito del Chino» y alguno de sus más controvertidos usos actuales: la criminalización, pero también la mercantilización de la pobreza.

En el principio era el verbo.
Del barrio de Drassanes al Chino, del Chino al Raval y d'en Robador a Robadors

Al fondo hay una estrecha calle cuyo nombre se torna legible al acercarse Sigismond, por encima del escaparate de una clínica de gomas más desvergonzada [...]. Calle de Robador, ¿no es «calle del ladrón» lo que eso significa? Antigua o legendaria apelación, pero el ladrón, o más bien el raptor, es hoy el negro sexo de la mujer lujuriosa, la herida ensortijada, el ojo peludo en el ángulo inferior del triángulo isósceles, especie de toro inverso que se fortifica con los golpes que recibe y que engorda con las estocadas que se le propinan.

André Pieyre de Mandiargues (1996)

El titular del diario «L'últim bocí del Raval convertit en ciutat» enaltece la integración definitiva del último solar que quedaba tras la destrucción masiva que condujo al nacimiento de la Rambla del Raval […] Ya sólo queda la calle Robador por «reactivar». Ahora bien, si lo que había antes no era «ciudad», ¿qué es lo que encierra esa calle?

Gerard Horta (2010)

Por esas calles pululan o merodean el esnob y el clandestino. Espacio desde el que los poderes gobiernan y los contrapoderes aspiran. Allí están Sant Pau del Camp, el Macba, el Pastís y otros templos en los que pecar o arrepentirse. Y quien vive, para bien o para mal, vive de veras. Allí uno se hace a la idea de lo que debe de ser la vida a secas.

Manuel Delgado (2004)

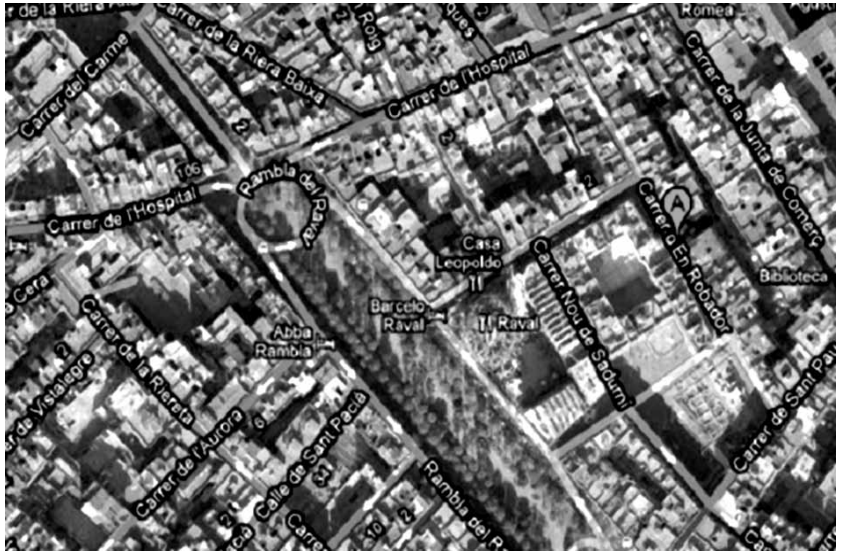
Es de sobras conocida la expresión según la cual «el nombre hace la cosa». Como se nombran, en este caso, un barrio o una calle, se habla del lugar, pero quizás aún más de cómo o por qué se popularizó cierta denominación. La desmemoria hace el resto, de manera que aceptamos los nombres impostados como reales, en la medida que el efecto es real. Los nombres de las calles, sus sobrenombres o la manera equivocada de nombrarlos nos cuentan del lugar, pero sobre todo de cómo se ha imaginado y también de cómo se quiere que sea.

En este sentido —ya se ha explicado en el capítulo anterior—, el mítico Barrio Chino estaba situado en el desaparecido barrio de Drassanes. Sus simbólicas y lábiles fronteras se fueron desplazando por los aledaños hasta que, coincidiendo con los preámbulos a las primeras destrucciones de la época posfranquista, se llegó a ampliar la denominación de Barrio Chino a todo el Distrito V.º o Raval. En el momento en que se empieza a erigir lo que luego sería la Rambla del Raval, se inicia el primer entierro del estigmatizador nombre y se rebautiza con el recuperado epíteto medieval de «Raval». En los últimos años, se ha resucitado todo lo que evocaba el mito del Barrio Chino en los *escenarios* mediáticos, pero esta vez circunscribiéndolo básicamente a dos calles y sus aledaños: Sant Ramon y Robador. Eso sí, en los medios de comunicación hegemónicos no se utilizaba el endemoniado apelativo de «Chino».

Pues bien, algo similar —aunque más elocuente— es lo que ocurrió con el nombre de la calle escogida para esta etnografía. Según Lluís Almerich Sellarès, a la calle se le dio el nombre de «Robador» porque allí vivió un conocido ladrón del mercado de Sant Josep de la Boqueria (1950). La historiografía más reciente niega este presupuesto y asocia el nombre al hecho de que en esa zona tuviera su masía una familia apellidada así.

> *Als segles XIII-XIV, al carrer d'en Robador acabava el teixit urbà en aquest sector de la ciutat; a partir d'aquest punt ens trobaríem amb explotacions agropecuàries, òbviament aïllades, fins a trobar el Monestir de Sant Pau del Camp o l'Hospital de Sant Llàtzer.*[1]

1 Véase Pujades i Cavalleria (2006: 212).



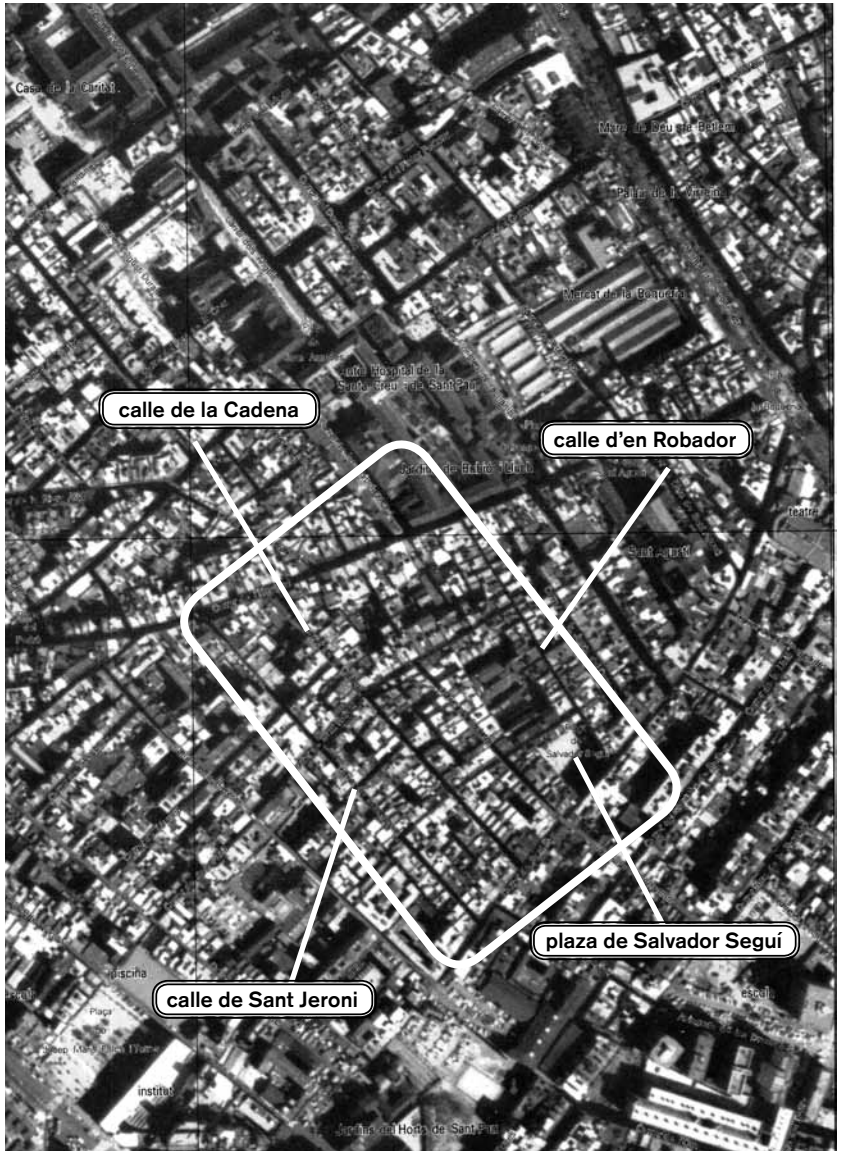
Mapa de la calle d'en Robador, anterior a la construcción de la nueva sede de la Filmoteca Nacional. Fuente: Google Maps

Pues bien, allí acababa el entramado urbano. Sin que eso fuera óbice para que el lugar sirviese ya entonces a la prostitución callejera. Este tipo de oferta de servicios sexuales está documentada en una esquina, entre la calle d'en Robador y la extinta calle Sant Pol, al menos desde el año 1339 (Benito Julià, 2008: 14).

Volviendo al origen del nombre, Balaguer y Tello ofrecen otra interpretación: «Robador, atraviesa a la de San Pablo. Parece que es un nombre propio el que lleva. No hallamos nada que decir de esta calle» (Balaguer y Tello, 1987 [1888]: 251).

Éste parece ser entonces el origen medieval de la calle d'en Robador y de su nombre, que ha llegado hasta nuestros días con más pena que gloria. El lugar de prostitución más alejado de las murallas y en el que, posteriormente, se instalaría la conocida prisión de mujeres La Galera.

Resulta muy interesante y sugerente esta confusión respecto al nombre de esta vía. A día de hoy, sólo los técnicos o estudiosos de la zona la nombran correctamente. La mayoría insisten en llamarla «Robadors» y, ciertamente,



Mapa de la zona centro del Raval. A la derecha, la calle d'en Robador, en 1993. Fuente: Institut Cartogràfic de Catalunya

tanto en castellano como en catalán, la palabra evoca el acto de *robar*. El mito y la historia sobre el barrio han facilitado que hoy se hable de la calle Robadors y se piense en personas y acciones ligadas al hurto, a la prostitución y a tantas otras prácticas que se asocian a éstas.

La calle d'en Robador de la época moderna fue, hasta prácticamente el año 2007, una de las pocas callejuelas estrechas y de difícil acceso que quedaban en el Raval. De hecho, todavía es un pequeño refugio, dada esta dificultad de acceso y también porque tiene aún una parte muy angosta. Esto permite que haya un control visual que facilita el avistamiento, por ejemplo, de la policía. Por otro lado, las reformas han dejado en pie todas las fincas con números impares y, aunque la otra parte de la manzana haya sido derribada, el resto del tramo d'en Robador —que va de Sant Rafael a Sant Oleguer, donde se han situado los nuevos bloques— es percibido igualmente como una especie de guarida. Así lo describía una de las nuevas vecinas:

> *Porque en la calle Robadors [sic] no hay nada de eso, está todo hacia el otro lado: o sea, el hotel, pero que está en la Rambla [del Raval]; el Caprabo, pero que también está al otro lado; la Filmoteca, que está en la otra esquina, tocando a la Rambla [del Raval]. La calle Robadors [sic] es todavía así y se meterá más gente, porque está como escondida.*[2]

Desde su extremo oeste cardinal, que linda con la calle del Hospital, hasta su opuesto, donde se encuentra con Sant Pau, Robador tiene aproximadamente unos 225 metros de largo y antes no superaba los tres metros de ancho. González Ledesma define su estrechez de forma algo exagerada: «Luego enfiló definitivamente la calle d'en Robador, que no tiene ni dos metros de ancho en la calzada y cuyas aceras apenas permiten el paso de un hombre» (González Ledesma, 2005: 121). El escritor Francisco Casavella también se refiere, en su novela *El triunfo,* a la angostura de las calles y a lo que podía significar:

> *Las calles del barrio son estrechas, pero hay algunas que son más estrechas que otras. Están tan juntos unos queos con los de enfrente que si voy por un*

2 Entrevista a Asunción, noviembre de 2011.

Entrada de la calle d'en Robador desde la calle del Hospital.

> *lado y usted viene por el otro, no es que nos tengamos que saludar a la fuerza, no, es que nos tenemos que poner a bailar un lento allí mismo.*[3]

Ésta era la anchura hasta la primera abertura de la calle que, evidentemente, coincidió con la construcción de los bloques de pisos del fragmento entre Sant Rafael y Sant Pau en el año 2007, cuando duplicó su amplitud.

En las proximidades de la calle d'en Robador hay siete cámaras de videovigilancia y dos papeleras. En la esquina de ésta con Sant Rafael, está instalada una de ellas con un cartel que la anuncia. Las restantes, en la sede del IEC, dos en la fachada d'en Robador y dos más en el costado que da a la plaza de Salvador Seguí. Una de las desangeladas papeleras se encuentra a la altura

3 Véase Casavella (1997: 70).

de la calle Sant Josep Oriol y otra, cerca del cruce con la calle del Hospital. Quizás éste sea uno de los motivos por los cuales la calle acostumbra a dar la impresión siempre de estar descuidada, sucia. Aunque deben de haber otras explicaciones complementarias, como la siguiente:

Dos de las videocámaras de vigilancia de la zona. Éstas, en la plaza de Salvador Seguí.

> *Un camión de la basura, grande, con tres personas adentro, se detiene un momento justo delante del aparcamiento del número 30. Minutos después un furgón de limpieza lo sustituye. Minutos después desaparecen. En general, y sobre todo comparado con otras partes del barrio, parece poca la presencia de patrullas de limpieza por la calle d'en Robador.* (DC, 29 de julio de 2010, 19.40 h)

Esta infrecuencia del paso de los servicios de limpieza por la calle es aún más chocante cuando se compara con la vecina Rambla del Raval. Gerard Horta nos dice que en esta avenida «el tráfico de camiones, especialmente el de furgonetas de limpieza y de recogida de basuras es apabullante» (Horta, 2010: 128).

Por mi parte, al preguntarle a un trabajador de la limpieza por la asiduidad de sus visitas a Robador, me responde que es la Guàrdia Urbana la que les indica a qué horas, cuándo y dónde limpiar. Esta manera de organizar la higiene de la calle, según un criterio de control, es también insinuado por Horta: «Con el anochecer profundo es usual ver a las furgonetas [de BCNeta!] en el

rectángulo [de la Rambla del Raval] disuadiendo con sus mangueras a los transeúntes de permanecer en los bancos»[4] (Horta, 2010: 177).

Recordemos que toda aquella zona era habitada por clases trabajadoras —junto a las más descapitalizadas de la ciudad, sobre todo en el barrio de Drassanes— desde sus primeros años hasta finales del siglo XVII. Desde prácticamente la primera época del despegue industrial catalán —concentrado, como se ha explicado antes, en el barrio del Raval— hasta que llegan las primeras destrucciones, a partir de principios de siglo XXI, esta zona estaba ocupada por viviendas, locales comerciales y almacenes. Además, contaba con numerosas casas-fábrica hoy ya desaparecidas, con escaso valor arquitectónico, según el punto de vista de los responsables de la «reforma». Martí Abella, de Procivesa, argumentará: «Bien, [las casas-fábrica] tampoco tienen un valor arquitectónico especial; además hay muchas».[5]

Morfología física de la calle d'en Robador

Joan Llarch describía la calle d'en Robador en 1968 de manera muy elocuente y detallada. Se refería a ella como paso obligado de la «ruta de los bisontes», una especie de procesión etílica por los bares de los bajos fondos. Llarch la veía «como un canalón de desagüe que enlaza la calle Hospital con la de San Pablo. […] A la calle Robadors sólo le faltan árboles a los lados para ser una alameda»:

4 Sobre este particular relativo al control institucional de la calle, regresaré en uno de los siguientes apartados.

5 Entrevista a Martí Abella, enero de 2012. No era exactamente ésta la opinión de muchos vecinos del barrio. Recordemos la cita del dramaturgo Josep M.ª Benet i Jornet (2000: 5): «Clamem, ras i net, sobretot, a favor d'allò que els destructors odien visceralment, desaforadament: l'existència del barri en si mateix. Clamem, doncs, sobretot, perquè afirmant la permanència d'aquests carrers i construccions afirmem la més noble i respectable de les històries, las de les classes més populars... I també, a més, ei, per la bellesa real que allí s'hi troba... o que s'hi trobava. Potser poc ortodoxa, però meravellosa bellesa». Más adelante regresaré a esta idea, que ahonda en el trato desigual que reciben las llamadas «clases populares» en lo referente a las contundentes intervenciones urbanísticas sobre los barrios céntricos, hasta hace poco, abrumadoramente poblados por este tipo de habitantes.

Las aceras nadie las usa por lo estrechas y los peatones van y vienen arracimados y todo ojos, deteniéndose y mirando al interior de los establecimientos. La calle tiene más bares que «saloon's» un pueblo del Oeste en un «western». Y los bares están llenos de «girls». Se fuma, se habla y se bebe. Brillan las luces repetidas en los espejos, centellean los metales de las anaquelerías y si alguien canta es la voz desenlatada en la urna de un tocadiscos.[6]

La calle aún denota un abandono crónico. Uno de los caminos que puede llevarnos a comprender el desamparo institucional y el de los propietarios del suelo d'en Robador es recordar uno de los problemas que arrastraban los barrios obreros por excelencia del primer tercio del siglo XX —Sant Pere, Santa Caterina y el Raval—: su afectación por el Pla Cerdà de 1858, que explicaría al parecer la inhibición de inversión privada y pública en reparaciones o mejoras urbanísticas.

Los locales de las plantas bajas de la calle acogen una variada tipología de comercios: una perfumería y dos peluquerías, un par de tiendas de teléfonos móviles, una de material informático de segunda mano, tres supermercados, tres restaurantes, un local de *fast-food*, una lavandería, una panadería, un almacén de electrónica, otro de construcción y rehabilitación de pisos y el local de la Associació de Treballadors Pakistanesos, en el número 13:

En el local de l'Associació de Treballadors Pakistanesos me encuentro a Javed Ilyas, amigo de otras cosas y fundador y actual presidente de la entidad. [...] Tiene el local lleno de gente (según me cuenta, sobre todo pakistaníes o indios) estudiando catalán o realizando consultas administrativas. (DC, 19 de enero de 2011, 19 h)

Al lado, en el número 11, hay un taller de reparación de bicicletas:

Me fijo nuevamente en el taller de bicis, que parece clandestino, en el número 11. Siempre está la misma persona, la persiana completamente bajada y sólo abierta una pequeña puerta que deja entrever una especie de almacén de bicicletas. Por las mañanas la persiana está subida. Él también las arregla frente al local. (DC, 29 de julio de 2010)

6 Véase Llarch (1968: 123).

Puerta del bar de Rubén en el n.º 33 d'en Robador.

También encontramos allí un «centro calor-café» gestionado por ÀMBIT,[7] donde se ofrece un espacio para comer algo o cubrir algunas de las más urgentes necesidades básicas, como la alimentación o la higiene a personas drogodependientes. También está el citado comedor de beneficencia, gestionado por una iglesia evangelista, que ofrece comida gratuita cada día de la semana después de escuchar el sermón del pastor.[8] Así se desarrolló una de las sesiones, que pude presenciar:

Cuando termina lo que parece el sermón, entra en escena quien guiará la oración recibiendo el aplauso de un sector de la gente que está en la sala. Cuento que debe de haber unas ochenta personas en total, más los que lo organizan, hombres y mujeres que parecen jubilados y que hablan entre ellos en catalán. Mientras el hombre da el sermón, la gente juega entre ella (como si fueran compañeros de

7 Su nombre completo es Fundació ÀMBIT, Institut per al Creixement Personal.
8 En la calle Espalter existe otro comedor de este tipo, llamado el «Chiringuito de Dios».

escuela), duermen, miran hacia la calle. Casi nadie habla y quien lo hace es recriminado hasta el punto de que, muy cordialmente, le invitan a irse; propuesta que, en este caso, el interpelado rechaza. Después sirven la cena, que parece consistir en un plato de fideos a la cazuela. [...] El que más pinta tiene de estar de encargado allí me cuenta que «la misión» lleva 23 años en Robador, que son evangelistas y que vienen de diferentes congregaciones, cada día de un lugar diferente. Él no es miembro de la misión, sólo colaborador, y siempre que se despide de alguien dice: «Bendiciones». (DC, 29 de julio de 2010, 20 h)

Los Picantes, el único bar de la zona estrecha d'en Robador, en el n.º 3.

Además, también están los bares de modernillos, que antes ya hemos citado, como la Bata de Boatiné —con una clientela generalmente crítica con la heternormatividad— y el local Robadors 23, donde se ofrecen conciertos de música popular, jazz, flamenco, samba, etc., y en el que los precios y las maneras de comportarse resultan sustancialmente diferentes con relación a las formas que se dan en los otros garitos de la misma calle.

Entro a Robadors 23 y pido una «samosa» y un vino y me piden 4,50 euros (2 euros el vino). Un chico con aspecto modernillo se acerca a la barra y pide, por favor, si pueden bajar el volumen de la música. El chico de la barra acepta. (DC, 1 de diciembre de 2010, 20.45 h)

En total hay ocho bares. Uno de ellos es una antigua bodega regentada por Rubén.

Puertas anchas, antiguas y altas, llenas de marcas y dibujos tipo firma personal de calle. El bar es más bien una bodega, con los barriles sobre el lado derecho, conectados por unos tubos a un distribuidor. La barra tiene «tapas»: gambas, chorizo, ensaladilla rusa. En la pared están las botellas y cuelgan una par de botas de vino sin estrenar y una maza de ésas que llevan escrito «caja registradora» o alguna irónica sutileza semejante. En una esquina del bar, hay una foto de Rubén con el torero Jesulín de Ubrique, hecha en lo que parece un restaurante y en la que Rubén aparece con un uniforme de cocinero con sombrero. Al lado hay un cartel que anuncia: «Prohibido trapichear o consumir drogas». (DC, 17 de mayo de 2010, 22 h)

Uno de los bares en el que no se acostumbra a alternar con las chicas que trabajan allí es el que está situado en el número 3 d'en Robador; un bar-restaurante que es, probablemente, el más pequeño de la zona.

Regreso a la parte de la calle que está más cerca de Hospital. Justo delante del número 3, un pequeño bar que se llama Los Picantes. Entro, pido un quinto y un pincho de chorizo. Me ponen el quinto y calientan o tuestan el pan del pincho. Todo me cuesta 2,70 euros. Es un bar increíblemente pequeño, con una barra de dos metros y una pequeña sala-comedor a la izquierda. (DC, 2 de julio de 2010, 18 h)

Otro de los locales no intensamente frecuentado por las chicas es uno que aparenta haber sido puesto en sintonía con los nuevos tiempos que la instalación de la Filmoteca presagia. Se llama Indiana y está en el número 49,[9] al lado de un «Rápido» de reparación de calzados. Ha sustituido al Indian Fato Tandoori Restaurant. Sigue siendo un restaurante regentado por

9 Recientemente se han retirado las licencias de las terrazas situadas frente a la Filmoteca, utilizadas generalmente por las trabajadoras sexuales y los habitantes habituales de la calle. Esta retirada de licencias coincidió con la apertura de la cafetería y la terraza de la Filmoteca, frecuentadas por otro tipo de clientela. Una nota de uno de los bares afectados, Robadors 23, explicaba que el Ayuntamiento les había puesto todas las facilidades para poner terrazas frente a su local pero que, una vez en marcha y con las mesas ocupadas por las prostitutas y la clientela fija de la calle —y no, por ejemplo, por el turismo del hotel Barceló Raval—, les habían sido inmediatamente retiradas las licencias.

hombres de aspecto indostano y es, quizás, el que tiene —junto al Filmax— una mejor posición frente a la Filmoteca. Por otro lado, ambos negocios disponen —una vez inaugurado el nuevo centro cultural— de terraza exterior:

> *En la pantalla de televisión dan un episodio de la serie de dibujos animados de los años noventa «Oliver y Benji». El bar tiene un auténtico surtido de tapas variadas: pizza, comida que parece pakistaní, tortilla de patatas, croquetas o boquerones. Sobre la máquina de café hay un póster de tamaño DIN A-3 que recuerda la reciente victoria del Barça por 5 a 0 frente al Madrid.* (DC, 4 de febrero de 2011, 16.25 h)

Uno de los cuatro bares de alterne identificados es el mítico bar Coyote, del que se hace eco André Pieyre de Mandiargues en su novela *Al margen,* de 1967:

> *El ciego camina golpeando con su bastón delante de él. Sigismond camina detrás. Así hasta la entrada del bar Coyote, en el cual un minusválido se introduce tras haber rechazado brutalmente a una lindísima rubia, con aire de chiquilla, que alargó el brazo para ayudarle.*[10]

Hoy el bar Coyote, situado en el número 31, sigue siendo un bar de alterne y también un lugar al que aparentes trabajadores manuales van a tomarse una cerveza después de terminar la jornada:

> *Entro en el bar Coyote. A diferencia del resto, éste tiene poca luz. Una televisión grande preside el lugar, noticias estilo CNN pero de un canal de TV que subtitula con lo que me parece grafía árabe; no es Al Jazeera. Dos luces iluminan la barra que preside una mujer. Hay tres hombres bajo la tele, en el extremo derecho de esa sala, que parecen indostánicos; hablan entre ellos. Justo delante, tres hombres bebiendo una cerveza Estrella, una «mediana» cada uno. Son cuatro y sólo uno de ellos tiene aspecto de ser de «por aquí», el resto parecen sudamericanos. El hombre de apariencia indígena más ibérica*

10 Véase Pieyre de Mandiargues (1996: 226).

> *está en el centro de la conversación: lleva una barba muy fina y un «piercing» en el labio. Fuerte, musculoso. Él bromea, sobre todo, con el que está más apartado y le pregunta: «¿Hasta qué hora te dejan salir hoy?». Y el interpelado indica «cuatro» con la mano. Y el resto sonríe. Él le dice: «Te invito a una "mediana", pero como no te la tomes te meto». En broma, claro. «Tú, aquí, pareces un santo, pero en la empresa...», añade. Poco después se van y, aunque no llevan lo que podría ser una ropa de trabajo manifiesta, deduzco que son una cuadrilla de trabajadores.* (DC, 29 de julio de 2010, 18 h)

Este tipo de usuarios comparte el espacio con trabajadoras sexuales que lo utilizan para ofrecer sus servicios a los clientes potenciales.

> *El bar tiene una sala al fondo de donde, de vez en cuando, salen hombres en dirección a la calle. Me he sentado a la barra, pido un quinto y enciendo un cigarro. Hay una mujer sentada a mi lado; la que antes, en la calle, me había dicho: «¿Vamos?», mientras pasaba por mi lado. Me lo soltó de una manera tan automática, tan «de pasada», que me provocó una sonrisa con la que dije que no. Ahora está sentada a mi lado y me repite: «¿Vamos?». Vuelvo a decir que no y me contesta: «Tú eres mala gente» y yo le respondo: «Qué va, al contrario». Y al poco rato se va.* (DC, 29 de julio de 2010, 18 h)

Y es en medio de todo esto que se encuentra la nueva sede del Institut de Estudis Catalans, flanqueada, como se ha dicho, por cuatro cámaras de videovigilancia y unas barras en forma de sierra en el escaparate, que intentan evitar que los transeúntes se sienten, algo que no siempre consiguen. Este tipo de «mobiliario urbano» forma parte de una nueva disciplina llamada «urbanismo preventivo». En una noticia aparecida en Barcelona Televisió se anunciaban las nuevas medidas del consistorio «para evitar que los toxicómanos se pinchen en la calle»:

> *Ciutat Vella ha comenzado a aplicar algunas medidas del llamado «urbanismo preventivo». Son pequeñas intervenciones urbanísticas que eliminan rincones, donde los toxicómanos puedan esconderse para pincharse en la calle. Éste es un primer paquete de medidas surgidas de la llamada «Comisión*

Baluard», que crearon Ayuntamiento y vecinos para intentar minimizar el impacto de la sala de venopunción [de Drassanes]. El distrito no descarta estudiar más intervenciones urbanísticas a pequeña escala.[11]

También existe un «punto estático» de la Guàrdia Urbana en forma de furgoneta y patrullas a pie alrededor. Y, por último, el edificio con aspecto a medio camino entre la «nave industrial y un edificio en construcción»,[12] que acoge la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya.

La calle d'en Robador, como ya se ha comentado, ha sido un lugar de prostitución callejera. Eso no quiere decir que la interacción sexual generalmente se produzca en la vía pública, aunque el contacto, el ofrecimiento y la negociación del precio se acostumbren a hacer allí o en los bares, y, por eso mismo, se concentran otros servicios alrededor de esa actividad: *meublés* y locales de alterne. Estos bares, según las chicas, son mejores para su trabajo.

Hablan de las prostitutas que están en la calle que antes sólo estaban dentro de los bares. Que si están en la calle quiere decir que tienen «macarró» [en catalán, quiere decir «chulo» o «proxeneta»] y que las chicas deben darle dinero. Ambas coinciden en que las mujeres deben estar dentro del bar, porque eso le da confianza al cliente. Dicen que cómo van a irse con una mujer que está allí sentada entre la basura y que siempre es mejor si está dentro del local, consumiendo. Además, claro, es más limpio. Hablan también de que en ese bar siempre hay mucha alegría, que siempre hay música y mujeres bailando. (DC, 4 de agosto de 2010, 14 h)[13]

11 La noticia es del 1 de junio de 2010 y puede consultarse aquí: http://goo.gl/iWcFs [septiembre de 2014].

12 Exactamente así es como el arquitecto definió su obra: «Para moderar el impacto visual de la construcción, la altura del edificio queda por debajo de la de los edificios circundantes. El diseño ha sido concebido a medio camino entre la nave industrial y un edificio en construcción a partir de la técnica pura, prácticamente sin acabados». Traducido del catalán al castellano por el autor. Véase: http://premsa.gencat.cat/pres_fsvp/docs/2012/02/13/13/35/ead20681-9ca4-453d-b649-cbe2b74bbbd7.pdf [julio de 2014].

13 Esta opinión se recoge también en otras etnografías realizadas sobre la misma temática y zona. De hecho, como recuerdan Sirvent y Carreras (2013: 29), los bares han sido siempre los espacios de prostitución más comunes en la calle d'en Robador, al mismo tiempo que los preferidos por las meretrices.

Un *meublé* cualquiera de la zona aún con bidé. En Robador fueron desapareciendo estos utensilios para que los pisos no fueran multados por ser usados como *meublés*.

La calle d'en Robador era conocida porque allí se encontraban algunas de las famosas «casas de gomas», donde se vendían preservativos y otros objetos relacionados con las relaciones sexuales. En la actualidad, estos comercios han desaparecido[14] pero todavía queda un buen número de *meublés* difícil de concretar.

Las chicas —y también algunos pocos chicos— acompañan a sus clientes a estos pisos para llevar a cabo el servicio que han pactado previamente, en la calle o en el bar. En estos apartamentos hay habitaciones y aseos para satisfacer las necesidades mínimas de prostitutas y clientes. Por lo general, en medio del pasillo habilitado como recibidor hay un hombre. Éste se ocupa del lugar,

14 En la calle d'en Robador había al menos dos: la Cosmopolita, en el número 43, donde hoy se encuentra el bar Oregon (actualmente cerrado y tapiado), y, la más famosa, la clínica Bola de Oro, en el número 47, cuyo local está hoy ocupado por el supermercado Pro Asian Food. En la esquina de esta calle con Sant Pau, en el número 53, la clínica La Oriental. En la zona de la actualmente llamada «Illa Robador», concretamente en la calle Espalter, también había otra de las más emblemáticas: La Mundial (Villar, 1996).

la limpieza y procura que las chicas se encuentren seguras. Además, es el encargado de cobrar entre cinco y diez euros por la habitación. Estos lugares son asaltados a veces por la policía, cuando sospechan que allí se cometen delitos relativos a la explotación sexual de mujeres. Uno de los *mossos* entrevistados me explicó lo siguiente:

> *Una vez, por orden del juzgado, tuvieron que entrar a un piso de la calle Sant Ramon a identificar a las personas que allí vivían. Dice que les recibieron dos ciudadanos italianos y que también había un iraquí (?). Dice que habían muchas habitaciones separadas sólo por una cortina. Y que observó en una mesita una lista con nombres de chicas y sus teléfonos.*[15]

También podemos encontrar otros pisos que podríamos llamar «autónomos». En ellos, otras chicas —normalmente conocidas entre las que trabajan en la calle— ofrecen, por ejemplo, una de las dos habitaciones que tiene su casa a un precio similar.

Detalle de la destrucción

Ahora quiero exponer qué se ha destruido y cómo se ha vivido este hecho entre los usuarios y trabajadoras del lugar. En este sentido, y como se ha mostrado previamente, la vida continúa en la calle d'en Robador a pesar de lo que voy a relatar a continuación.

La operación urbanística sobre esta zona y el resto del barrio no ha dejado de provocar, desde sus inicios en 1988, un auténtico trauma por el volumen de demoliciones llevadas a cabo:

> *La actuación que está llevando a cabo el Ayuntamiento pasa por la apertura de estos grandes agujeros, que están provocando una operación traumática. En términos médicos, es como si, en un campo de batalla, un soldado herido de un pie vuelve al hospital de campaña y el cirujano le corta la pierna.*

15 Entrevista a Antonio, febrero de 2011.

> *El problema, entonces, es que el soldado ha perdido una pierna cuando, seguramente, con otros medios se hubiera salvado.*[16]

Justo después de la inauguración de la Rambla del Raval, en el año 2001, se inició la llamada «operación Robador». Ésta contempló la demolición de todas las fincas situadas en el recinto que limitan las calles de Sant Jeroni (actual Rambla del Raval) y Espalter, con Robador, Sant Rafael y Sant Pau. Se mantuvo la estrechez de la vía, dejando en su interior un agujero de podredumbre, ratas y despojos. Este agujero, que se mantuvo hasta 2007, era utilizado por jóvenes que hicieron de aquel lugar su casa.

Pues bien, en Robador se destruyeron cerca de 70 fincas, más de 700 viviendas y locales comerciales. Con permiso del lector, voy a enumerar las destrucciones de patrimonio arquitectónico de la zona, inventariadas por Octavi Alexandre (2000). Se trata de los siguientes edificios: la casa de José Botey i Soler (de 1883) —entre las calles Sant Rafael, 15 y Sadurní, 2— y la casa José Tico (1864), en la extinta calle Sadurní, número 4. También se derrumbó la casa-fábrica Josep Antoni Miró y Jaume Armengol (1883) —entre Sadurní, 1 y Sant Rafael, 13—, la casa-fábrica Jaume Vallès (1828), donde posteriormente se instalaría la Escola Bressol Municipal Mont Tàber. La casa-fábrica de Eulogi Soler (1833) —entre Sant Josep Oriol, 4 y Sadurní, 17—; la casa Carme Mas (1861), que era un edificio de viviendas de cuatro plantas; la casa Pelegrín Guasch (1848), también finca de viviendas de cuatro plantas. En la esquina de Sant Pau, 66 y Espalter, la casa Joaquín Espalter (1798). La casa de cuatro pisos Marià Güell (1850), en Sant Pau, 75. La casa Josep Vila (1798), de cuatro plantas, en la calle Sant Oleguer, 9. Como consecuencia de una operación anterior —la de la Illa Sant Ramon—, se destruyó el conjunto arquitectónico Can Gelabert, del siglo XVIII, entre Marquès de Barberà, 35-37, y Nou de la Rambla, 60. Ninguno de estos edificios estaba protegido por la Administración y todos fueron derribados. Por otro lado, la casa de vecinos en la que se encontraba la antigua Serralleria Andorrà, del siglo XVIII, en el número 69 de Sant Pau, fue

16 Extracto de una entrevista grabada en vídeo a Enric Mir, profesor del departamento de proyectos de la Escola Tècnica Superior d'Arquitectura de Barcelona. Se puede consultar en Teixidor Mallarach (1999).

derribada aunque estuviera protegida por el mismo PERI (Pla Especial de Reforma Interior). Convertida en escombros, siguió la misma suerte que la Casa Llançà, que era del siglo XVII, situada en Sant Pau 71-73, y destruida por quienes la declararon protegida (Alexandre, 2000).

Los amos y responsables (o irresponsables) del suelo d'en Robador

A continuación quiero describir la situación de la propiedad del suelo en la calle d'en Robador. Esto ha sido posible gracias a la atención que me prestaron en el Registro n.º 3 de la Propiedad Inmobiliaria de Barcelona.

En calle d'en Robador y alrededores, las dueñas del suelo han sido, por lo general, familias que vivían fuera del barrio y que han ido cediendo en herencia las propiedades a sus sucesores.[17] A finales de los años setenta del siglo XX, algunas de estas fincas que habían ido pasando de padres a hijos vivieron un proceso de división horizontal de la propiedad. En aquellos momentos, los arrendatarios, haciendo uso de su derecho a tanteo compraban los pisos de entre 60 y 72 m^2 por precios que podían oscilar entre las 125.000 pesetas (poco más de 750 euros) y las 250.000 pesetas (unos 1500 euros). Muchos de estos pequeños propietarios se quedaron y todavía viven allí. Algunas casas fueron dejadas en herencia a los hijos. Otros decidieron vender a otros pequeños propietarios por precios que llegarían a multiplicarse por 65, hasta alcanzar los 16 millones de pesetas (unos 96.000 euros). En algunos casos, el último propietario ya era una empresa inmobiliaria.

La calle abandonada a la suerte de sus inquilinos, condena a sus antiguos vecinos, trabajadoras y usuarios

Hoy más del 80 % de las fincas de la calle gozan de régimen de propiedad vertical. Los inversores inmobiliarios internacionales se han centrado en las antiguas fincas de la parte más cercana a la plaza de Salvador Seguí. El resto

17 En este sentido, el estudio de Sargatal Bataller (2012) sobre la zona en el siglo XVIII destaca que los propietarios en esta calle «eran también sus ocupantes».

de la calle se ha dejado a los especuladores locales, que acostumbran a ser corporaciones familiares. Lo que suele pasar en la calle d'en Robador es que, desde finales de la década de 1990, estas familias han vendido sus propiedades a grupos de empresas especuladoras. Algunas veces, el mismo consorcio financiero se ha hecho con la titularidad de varios edificios.

Pues bien, la mayoría de las fincas están destartaladas y, al encontrarse en régimen de propiedad vertical, tienen un solo propietario por finca. A veces, por diversos motivos, los propietarios de estos edificios enteros se *ven obligados* a modificar los usos a los que querían destinar sus propiedades y los cambian por otros, con el objetivo de no perder ingresos:

> *En el Registro de la Propiedad Inmobiliaria me cuentan las siguientes cosas: «Aquí llega todo cuando ya está resuelto, los conflictos intermedios no se anotan prácticamente». Me explica que él es propietario de algunos pisos allí y que no los puede alquilar ni siquiera a los «guiris», porque hay gente «pinchándose y tal, en la puerta». Que está muy degradado y que se lo ha tenido que «alquilar a unos "pakis" [sic], que son buena gente, muy educados y que pagan, eso sí, cuando quieren». [...] Dice que un propietario d'en Robador 23, de una finca entera, que ha visto como el barrio no mejoraba, «se ha visto obligado a decirle a uno de sus inquilinos, a un moro [sic], que se encargue de la finca y la explote como "meublè"».* (DC, registro de la propiedad, 20 de noviembre de 2011)

No hace falta decir que estos propietarios del suelo d'en Robador no se han empleado en hacer reformas para mantener los edificios en un estado óptimo para que se pueda vivir dignamente. De hecho, aún hoy, se sufren accidentes en los pisos, ocasionados por el persistente deterioro de la estructura:

> *Hay coches de bomberos en la esquina con Sant Rafael: un «pick-up» y dos camiones medianos. Oigo la conversación entre dos de los bomberos: una humedad en una finca (creo que era alguna entre el número 5 y el 9) ha provocado que una de las vigas del techo se rompiera. No parece que la cosa haya ido a mayores. Los bomberos entran en acción intentando introducir uno de los camiones en la calle, algo de lo que desisten.* (DC, 18 de mayo de 2010, 17 h)

No es infrecuente que ocurran percances de esta índole, que afectan a los vecinos de la zona. Es, por ejemplo, el caso de una de las trabajadoras que frecuentan el bar Alegría:

> *«¡Ella [una de las trabajadoras] sí que está mal, que se la ha caído el techo de la cocina!» y ella dice que sí, que si hubiera estado allí la habría matado. Cuenta que tuvo que salir de la finca, que han reubicado a tres o cuatro vecinos, pero que ella, como alquila la habitación, no puede hacer nada.* (DC, 9 de junio de 2010, 17 h)

Interior del *hall* de una finca en la calle d'en Robador.

Todas las antiguas fincas de la calle d'en Robador presentan una estructura física parecida. Suelen contar con una planta baja en la que hay algún local comercial o almacén. Además, tienen cuatro pisos de altura y acostumbran a estar en unas condiciones deplorables desde hace décadas. La superficie de cada vivienda raras veces supera los 50 m^2, más bien suelen llegar a unos escasos 30.[18] A día de hoy, la mayoría de los inquilinos de estos edificios utilizan agua de un depósito que normalmente tienen en la terraza.

> *Cuando ellos se van, aprovecho para entrar porque la portería [del número 15] no se puede cerrar. La finca parece muy antigua y está efectivamente muy descuidada: sucia, con los buzones de metal abiertos o doblados. Subo hasta el último piso y no encuentro nada significativo más que la suciedad, el abandono y la falta de luz eléctrica en más de un rellano. La mayoría de las puertas están, igualmente, muy deterioradas.* (DC, 21 de julio de 2010, 17.20 h)

18 En una investigación sobre cómo era el lugar a principios del XVII se da cuenta de las pequeñas dimensiones de las fincas de esta calle: «En el frente de esta última calle [Robador], destaca el escaso tamaño de la mayoría de las viviendas. Esta morfología parcelaria se deriva directamente de la estructura medieval, caracterizada por un crecimiento orgánico» (Sargatal Bataller, 2012).

En cada planta suele haber cuatro viviendas. La gran mayoría de edificios están sin rehabilitar desde hace décadas. Sólo existen dos, los números 35 y 37, totalmente reformados y, en la actualidad, destinados ilegalmente a alojamiento turístico. El resto ofrece, tanto en su exterior como en su interior, una imagen de abandono: los buzones descuajeringados y rotos, las empinadas escaleras con barandas que se mueven o falta de luz en algunos rellanos. Casavella describe lo que podría ser cualquiera de estas viviendas:

> *En una de esas calles y no le voy a decir en cuál, estaba la casa de la Abuela, y le metían a uno por un agujero negro y subía por unas escaleras cantidad de empinadas y entonces uno se ponía a pensar que lo llevaban a una ratonera. Y si uno se ponía a pensar eso, se asustaba menos, pero se asustaba, porque la casa de la Abuela era una ratonera chunga.*[19]

De hecho, en el lado de los números impares, sólo cinco de las 17 fincas estudiadas se encuentran en régimen de propiedad horizontal. El resto son de un único propietario por finca —ya sea porque disfrutan del régimen de propiedad vertical o porque, aun siendo de propiedad horizontal, el dueño es el mismo— y pertenecen a empresas inmobiliarias nacionales e internacionales que en los años del *boom* inmobiliario[20] vendían y compraban incesanmente —a veces varios edificios de viviendas a la vez—, por periodos de tiempo que a veces no superaban el año, y conseguían suculentos beneficios con la transacción.

19 Véase Casavella (1997: 70).

20 Este *boom* en Barcelona se inicia a mediados de la década de 1990 con un crecimiento espectacular del 177 % de los precios de media estatal, que llegarán así hasta el año 2005, momento en que una ligera desaceleración disminuirá el aumento a un 12,8 %. En relación con la media de los salarios, cabe advertir que los precios se incrementaron siete veces más que los sueldos (Ramírez, 2006). En el caso de Barcelona, la subida de los precios de venta de vivienda fue aún mayor. Por lo que respecta a la media de la ciudad, éstos aumentaron un 250 % entre 1993 y 2003, mientras que, en el mismo periodo, en el Raval el incremento fue de un 370 % (Subirats y Rius, 2005: 16).

Carteles contra la empresa Sofic Investiments y otras, en el n.º 33, sobre el bar de Rubén (abril de 2010).

Expropiaciones e indemnizaciones bajo sospecha

Las expropiaciones e indemnizaciones siempre han estado bajo el punto de mira y así lo recogen varios investigadores de la zona (Aramburu Otazu, 2000; Maza y otros, 2002; Subirats y Rius, 2005; Von Heeren, 2002; Capel, 2009), así como muchos de los activos movimientos sociales del barrio.[21] Por ejemplo, vecinos organizados alrededor de las asociaciones Veïns en Defensa de la Barcelona Vella y Associació de Veïns per la Revitalització del Casc Antic denunciaron el impago sistemático de las indemnizaciones desde 1988. El periódico *Masala* ofrecía un cálculo para aclarar la cantidad del supuesto fraude en las indemnizaciones:

21 Un documento exhaustivo en este sentido son el libro colectivo *El cielo está enladrillado. Entre el* mobbing *y la violencia inmobiliaria y urbanística* (Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007) y numerosos ejemplares de *Masala*, periódico de información, denuncia y crítica social en Ciutat Vella.

> *Teniendo en cuenta los 2700 expedientes de expropiación realizados por la empresa mixta, si aplicamos una media entre 800.000 y un millón de pesetas (alrededor de 6000 euros) por cada expropiación, nos encontramos con más de dos mil millones de pesetas (aproximadamente 12 millores de euros) que tanto el Ayuntamiento como Procivesa habrían escatimado a los afectados.*[22]

Si como sostiene Eduardo Moreno (Roma, 2002), se pagó una media de 80.000 pesetas (unos 480 euros) a cada familia afectada, estaríamos hablando de un fraude en el abono de indemnizaciones que rondaría los 2000 millones de las antiguas pesetas, aproximadamente unos 13 millones de euros de finales de los años noventa y principios del 2000.

Las denuncias acerca del supuesto fraude municipal sobre las indemnizaciones fueron defendidas por el abogado Eduardo Moreno, que afirmaba lo siguiente en la misma entrevista, realizada por el semanario *El Triangle*:

> *No se ha indemnizado prácticamente a nadie. Sólo se les ha ofrecido otra vivienda de alquiler pero siempre más cara que la que tenían. Por ley, la diferencia entre un alquiler y otro durante diez años debería convertirse en la indemnización. Y, por el traslado de vivienda, les pagaron 80.000 pesetas, cuando la ley lo fija en más de medio millón (3000 euros). Por lo menos, sería un millón de pesetas (6000 euros) por vivienda.*[23]

Aquellos que han conseguido un piso lo han hecho en régimen de alquiler, que alcanzaba en el conjunto del Raval a un 70 % del parque de viviendas (Abella, 2004) hasta mediados del los años noventa del siglo pasado. Y, aunque los precios del alquiler de los pisos de protección pública estén por debajo de los de la media que impone «el mercado», también están notablemente por encima de lo que los vecinos pagaban antes:

22 «¿Fraude en las indemnizaciones?», *Masala*, julio de 2003.
23 Véase Roma (2002: 24-25). Otros datos como los que recoge Von Heeren muestran que si los vecinos del Raval recibieron menos de 4800 euros por vivienda, Procivesa publicaba que se llegaron a pagar hasta 25.000 euros por viviendas de 100 m^2 (Von Heeren, 2002: 60).

Ahora mi situación es que estoy en un piso de alquiler del ayuntamiento, de alquiler público, 300 euros un piso de una habitación, con 43 m². Yo pagaba 85 euros y tenía dos habitaciones. O sea, era mayor, tenía una habitación más y pagaba 85 euros, un alquiler que iba subiendo lo que aumentaba el IPC.[24]

Pero es que, además, siendo la mayoría de realojados personas mayores y «clases medias» —como nos muestra Mikel Aramburu (2000: 93)—, el primero de los grupos sólo disfrutará del precio del alquiler protegido durante unos pocos años, facilitando la «natural rotación de personas en el barrio» (Abella, 2004). «Hemos generado un parque de más de 3000 viviendas que ahora también se va vaciando constantemente, porque la gente o se va o se muere o "lo que sea", por tanto lo vamos reutilizando para fines sociales.»[25]

La mayoría de los pisos protegidos que se construyeron, por ejemplo, para alojar a algunos de los afectados por las intervenciones en la Illa Sant Ramon o la Rambla del Raval son, entonces, de alquiler. Curiosamente, los nuevos pisos d'en Robador, construidos por las cooperativas de vivienda de los sindicatos y de la AA.VV. del Raval, y que no alojan a ningún afectado por las intervenciones urbanísticas, son de compra.

Además, estos alquileres protegidos están sujetos a un control por parte de la Administración durante un tiempo indefinido (Casanovas i Folch, 2003; Procivesa, 2002). De forma que si el adjudicatario de un piso de alquiler protegido tiene una variación en sus ingresos puede ser invitado a abandonarlo:

El otro día fui al Patronato y les dije que tenía posibilidades de cambiar de trabajo y tengo miedo de que, si gano cien o doscientos euros más al mes, me quiten el alquiler y me dijeron que no me preocupe, porque esto se renueva automáticamente cada año y no hay... pero luego, a saber... Pedro me contó que le echaron de la Rambla del Raval, que les habían dado el piso y ahora ya no... Todos estos bloques son de alquiler protegido, de la Generalitat y del Ayuntamiento. De propiedad es muy difícil [no suelen hacer promociones de este tipo en esta zona].[26]

24 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.
25 Entrevista a Martí Abella, enero de 2012.
26 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

La presión asfixiante contra los vecinos o cómo quitarse un muerto de encima

Huelga decir también que estas empresas inmobiliarias presionan a los vecinos que tienen alquileres previos a la llamada «ley Boyer», de 1985-1994,[27] para venderlos a un precio más elevado y vacíos.[28] Incluso con estas premisas, se venden pisos y se comete fraude porque los vecinos se encuentran aún allí, mientras que en el Registro de la Propiedad los edificios aparecen con la calificación de «finca libre de vecinos».

En este sentido, y para poder llevar a cabo la compra-venta de fincas enteras lo más diligentemente posible, las empresas inmobiliarias despliegan una serie de técnicas al límite o al margen de la legalidad, destinadas a acelerar la expulsión de inquilinos de rentas anteriores a la ley Boyer. Por ejemplo, se niegan a cobrar los alquileres —muy por debajo de la media del momento— a

27 Se trata de la ley de Arrendamientos urbanos (LAU), promulgada con base en el decreto Boyer. La LAU ocultaba, tras un anuncio de facilitar el acceso a la propiedad por parte de los arrendatarios —cosa que ya se contemplaba en la ley anterior—, liberar el mercado de alquileres con la consecuencia directa de un aumento espectacular de los precios. Este incremento prácticamente no se ha detenido en Barcelona hasta lo que se conoce como el «pinchazo de la burbuja inmobiliaria» a partir del 2008. Por si esto fuera poco, la situación se complicó con la siguiente reforma. Por ejemplo, «de 1985 hasta 1991 los contratos de alquiler tenían una duración mínima de un año, después del cual el propietario podía rescindir el contrato a su antojo; la LAU de 1994 fijó la duración mínima de los contratos en cinco años, pero como contrapartida permitió aumentos ilimitados de alquiler, agilizó los procesos de desahucio por impago y modificó el régimen de subrogación suprimiendo la segunda incluso en los contratos antiguos» (Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007: 10).

28 A título de ejemplo, el tristemente célebre caso —por este motivo y por las numerosas denuncias de *mobbing* impuestas contra los distintos propietarios— de la finca d'en Robador número 29 (que forma una sola propiedad junto al número 31): «Se vendió cuatro veces desde el mes de julio de 2001 al 2003, con una progresión geométrica de plusvalías en cada transacción: en julio de 2001 se vendió a Obras y Promociones New Flat, SL por 70 millones de pesetas; en la segunda venta, a las sociedades limitadas Setenta (extinta), Promociones Viboni, Elsinor Castel [sic] y a Don Mariano Hervas Polo (el entonces administrador de la finca) por 90 millones; en la tercera, a GULMIS 21, SL por 160 millones, y en la última a Taravaus 8086, SL y Mancia 2003, SL por 227 millones; todo ello sin que los sucesivos propietarios hicieran la menor inversión en obras de rehabilitación, ni siquiera de mantenimiento» (Coordinadora contra l'Especulació del Raval, 2004: 74).

los vecinos, en muchos casos de avanzada edad. Una de las situaciones más conocidas se dio con la empresa Sofic Investments Inc., «con domicilio en Samoa Occidental, que a partir de mediados de 2003 presentó una batería de demandas de desahucio por impago que afectaban a 50 familias de los barrios del Raval y la Ribera» (Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007: 70).

Aunque en la zona estas formas de actuar han llegado a ser más o menos comunes, no dejan de ser violentas y suelen provocar desazón en los afectados por la situación en la que pueden verse envueltos si intentan aclarar estas anomalías:

> *Entonces una mujer estupenda compró ocho pisos [...] del número 29. Y en vez de efectuar la división, vendieron todo el bloque, pero antes debían hacer la hipoteca y, para ello, debían llevar a cabo la división horizontal y, por eso, pusieron «libre de arrendatarios»; tasaron sin que pasara ningún tasador, o sea, una de mierda... Podíamos haberlos denunciado por falsedad en documento público... por historias... O sea, para hacer una hipoteca tienes que decir que no hay arrendatarios... Entonces, a día de hoy a las 11 horas, están diciendo que se le comunica la compra-venta a ella y, a día de hoy a las 11 horas, firman una hipoteca libre de arrendatarios. O sea, ¡ella es la arrendataria pero no hay arrendatario! Entonces fuimos a la Fiscalía General de Cataluña y si tú decías «falsedad de documento público», en vez de «falsedad en documento público», «te ponemos una demanda por calumnias e injurias que te cagas»... Eso es lo que me dijeron a mí en Fiscalía. Yo salí del juicio amenazado por parte de Fiscalía... Allí había alguien que estaba haciendo falsedad en documento público pero con la colaboración de un notario, de un registrador de la propiedad... [...] De hecho, ya había una red corrupta. [...] Si me están diciendo que aquí vive alguien y que no vive, el mismo día a la misma hora, yo no puedo ponerlo... pero lo ponen... Para una persona normal, falsedad en documento público son tres años de prisión, pero para un funcionario es el doble. O sea, se pasan todo esto por el culo. Salí amenazado de Fiscalía y pusieron secretas a seguirme...*[29]

29 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

En el contexto de violencia como el descrito, no es de extrañar que los realojos de los vecinos afectados no siempre se hagan de la manera más transparente y para beneficio de la mayoría. Los «inmigrantes» y los sectores de rentas bajas salen perjudicados:

> *Haciendo un balance general, podemos afirmar que entre los beneficiarios de las reformas destacan dos grupos de población: una parte de los expropiados (muchos de ellos personas ancianas), en cuanto a la adjudicación de vivienda social, y las nuevas familias de clase media, en las ayudas a la rehabilitación. Los inmigrantes y gran parte de los sectores autóctonos de rentas bajas, aunque como vecinos han ganado con la mejora de infraestructuras y equipamientos en el barrio, no se han beneficiado de las ayudas directas (con la excepción de las ayudas asistenciales) y la cuestión es si, además, no resultarán perjudicados por la dinámica urbanística.*[30]

Respecto a este particular de la violencia —conocida popularmente como *mobbing*— ejercida sobre los arrendatarios por parte de *algunas*[31] empresas inmobiliarias y no siempre impugnadas por la administración pública —más bien lo contrario—[32] resulta muy interesante comentar la bibliografía elaborada en su mayor parte por los movimientos sociales del barrio.

Al parecer los acosos de las empresas inmobiliarias han sido frecuentes durante todo el proceso de «reconstrucción de Ciutat Vella». Estos llegaron a recibir gran atención por parte de la prensa precisamente por los casos que se dieron alrededor de la operación Illa Robador. Especialmente, el de la finca

30 Véase Aramburu Otazu (2000: 93).

31 Los miembros de la Coordinadora contra l'Especulació del Raval ponen en evidencia la función del concepto *mobbing,* que según ellos invisibiliza una práctica de violencia institucional y, en este sentido, denuncia que el empresariado local le saque partido para reducir la competencia sobre el suelo atribuyendo estas prácticas al intrusismo de «inversores recién llegados, muchos de ellos extranjeros, atraídos por las enormes plusvalías que se generan», «*amateurs* del mundo inmobiliario» que «deberían estar fuera del mercado» (citas de Xavier González, director general de la inmobiliaria Restaura, recogidas por el programa *30 minuts*, «*Mobbing* a Ciutat Vella», de Manuel Raya y Ramon Vallès, emitido por TV3 el 18 de enero de 2004 (Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007: 114).

32 Entre otros ejemplos, la Federació d'Associació de Veïns de Barcelona denunció que

d'en Robador, 29 y el del bar Ciutat Vella de la calle Sant Rafael, a los que se les prestó más interés. La Coordinadora contra l'Especulació del Raval ofrecía una lista de algunas de las noticias aparecidas en prensa o televisión[33] que se habían hecho eco del caso. Esta publicidad llevó a representantes del consistorio como Carles Martí —que sería luego efímero regidor del distrito tras la dimisión de su antecesora, Itziar González por haber estado sometida a coacción y amenazas— a visitar, acompañado por la prensa, a los vecinos afectados, en este caso de la finca d'en Robador, número 29.

> *Cuando yo aparezco en el* 30 minuts *«Coacció a domicili» [programa de Televisió de Catalunya], pues a Carles Martí [regidor del distrito en aquel momento], al que hacía un año que me estaba quejando, se molesta conmigo. Después del primer programa, me llama y se planta en casa unos minutos y luego desaparece, pero me deja a sus esbirros, [Josep M.ª] de Torres Sanahuja [director general de Focivesa][34] y Jesús Riveiro, que eran gente de Focivesa-Procivesa. Entonces, sólo llegar a casa, me dice Carles Martí: «Mira que yo no te puedo atender» y me deja a sus «perros». Y subimos a casa y se lo digo: «Mira, por aquí entra el agua, por aquí está el techo, trarará...». Y entonces*

la reciente creada Oficina Antimobbing, creada por el gobierno tripartito *progresista* del momento, empujaba a los afectados a no denunciar los acosos y a resignarse (Cedó, 2006). El vídeo tiene el título de «Realidades avanzadas de la vivienda» y aún puede verse en esta página web: http://goo.gl/X86rH [septiembre de 2014].

33 Aunque los autores (Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007) afirmaban que no era una lista exhaustiva, recogieron las siguientes noticias: *El País*, 28 de enero de 2004 (además, entre otros artículos, de un profundo análisis llevado a cabo por Jaume Bauzà [2007], publicado en el citado diario, añadiendo descripciones por parte de los afectados, así como un «Manual del perfecto acosador inmobiliario»] y 29 de noviembre de 2004; *La Vanguardia*, 2 de febrero de 2004; *El Mundo*, 9 de junio de 2005; *El Punt*, 17 de diciembre de 2003, 18 de diciembre de 2003 y 23 de mayo de 2004; *El Triangle*, 3 de mayo de 2004, 6 de diciembre de 2004 y 11 de mayo de 2005; *Masala*, n.º 19 (mayo-junio de 2004) y n.º 20 (septiembre-octubre de 2004); reportaje «Coacció a domicili», de Manuel Raya y Ramon Vallès, para el programa *30 minuts*, emitido por TV3 el 18 de enero de 2004; y entrevistas, en marzo de 2004, en los programas de Olga Viza, *No es lo mismo* (Tele 5), y Teresa Viejo, *7 días, 7 noches* (Antena 3). La situación reverberó hasta llegar a la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que denunció el «grave acoso inmobiliario que se produce en España» (Agencias, 2006).

34 Foment de Ciutat Vella, SA, la continuación de Procivesa una vez ésta se liquidó.

> *les pregunto: «Bueno, ¿me tengo que preocupar por las palizas? Porque al Jesús [del bar Ciutat Vella, que denunciaba agresiones relacionadas con la negativa a abandonar su local de ocio nocturno de la calle de Sant Rafael, esquina con Robador] le han pegado una paliza». Y me contestan: «Tú no te preocupes porque, como sales en los medios de comunicación, ya estás protegido». En vez de decirme alguna otra cosa, admiten [la amenaza] y me dicen que no me preocupe, que salgo en los medios y que por eso no he recibido ninguna paliza... Esto me lo dice De Torres Sanahuja.*[35]

Algunos vecinos buscan realojarse, en la mayoría de los casos por iniciativa propia, después de recibir presiones por parte de las empresas propietarias del inmueble o incluso por parte de representantes de la Administración. Así lo detalla un vecino de la calle:

> *Hubo uno que se pudo buscar la vida por su cuenta, encontró una habitación en Reina Amàlia. Bueno, una habitación... son como unos locales, yo creo que no se pueden usar de vivienda. O sea, en la habitación tiene un lavabito, pero para usar el cuarto de baño tiene que ir al pasillo compartido. [...] Hasta el último momento recibieron amenazas: «Claro, si el día del desahucio estás aquí, te tendremos que atender y llevarte al psiquiátrico» en Sant Boi, esto le dijeron al Pedro. A otro joven fue por lo de la custodia de sus hijos; a Mohammed porque le dijeron que le darían una paliza que sus hijos se acordarían toda la vida... Todas estas amenazas me las iban diciendo y yo les contestaba: «No les hagas ni puto caso, que me ha dicho la [Carmen] Trilla —que era la [Consellera de la Generalitat] de vivienda— que hay pisos, no te preocupes». De hecho, al Perico, hasta el día anterior —sí, el hijo de puta de Estanis [Estanislao Boada], que era el jefe de emergencias de Ciutat Vella—, hasta el último momento le estuvo amenazando, hasta el día anterior, que dieron las llaves. Entonces fue cuando le dijo: «Al psiquiátrico, si te encontramos aquí, vas directo al psiquiátrico». Y yo le dije: «No te preocupes», y al día siguiente tenía ya las llaves del piso. Pero, claro, hubo uno que no se fiaba y ya estaba harto. Ya había estado en una lucha antes, en una pensión de la calle*

35 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

Nou de la Rambla, de la que también los habían echado, y, sí, estuvo allí... y ganó un dinero.[36]

En busca de los datos perdidos

En este contexto que recuerda más a la «mierda y sangre» —con las que André Pieyre de Mandiargues se refería al franquismo en su novela *Al margen* (1996)— que a un Estado democrático, no se pueden conocer los datos de las expropiaciones con precisión. Las cifras que ofrece la administración municipal, relativas a estos casos de violencia, a las indeminzaciones o a los desplazados como consecuencia de las intervenciones urbanísticas, son confusas y poco clarificadoras.

Por ejemplo, las operaciones urbanísticas ejecutadas por Procivesa en Ciutat Vella, entre el año 1988 y el 2002, comportaron el derribo de 4200 viviendas, la destrucción de 500 fincas y de unos 800 locales. Mientras tanto se construyeron 2725 viviendas de promoción pública destinadas a las familias afectadas (Casanovas i Folch, 2003). El diario *Masala* realizó un sencillo cálculo: «¿Quién vivía en las restantes 1574 viviendas? Multiplicando por 2,3 da 3393 personas que no se sabe dónde han ido a parar» (*Masala*, 2006).

Es evidente que estas destrucciones y acosos han comportado la expulsión de una buena cantidad de vecinos que no siempre han sido reinstalados en la zona y, a veces, ni siquiera en Barcelona o su área metropolitana. Durante los primeros años de intervención los procesos de expropiación sí se inventariaban, pero este procedimiento dejó de llevarse a cabo a principios del presente siglo, como recuerda uno de sus responsables: «En mi empresa [Procivesa], en 1990 o 1992, empezamos a hacer resúmenes de inversiones, de familias, de adónde iban, de qué empezaban, qué se acababa... Todo eso hace ya cinco o seis años que no interesa».[37] Hoy en día, el acceso a los datos resulta casi imposible, hecho que reconocen los mismos responsables de las operaciones. Esto se explicaría, en parte, porque las impugnaciones sobre las expropiaciones e indemnizaciones se multiplicaron después del año 2002, cuando ya

36 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.
37 Entrevista a Martí Abella, mayo de 2012.

inaugurada la Rambla del Raval Procivesa hace pública su memoria de los catorce años de intervenciones (Procivesa, 2002).

Yo no sabría decirte de qué manera se puede saber más [sobre expropiaciones e indemnizaciones] y, además, ahora estamos en una época, más que nunca, en la que el pasado y la comparación entre el pasado y el presente no interesa nada y... Mi visión de todo esto, sobre lo que estamos hablando ahora, a mi empresa no le interesa un comino [...] Ni yo sé dónde encontrar datos de éstas [...] Ahora no interesa, ya no es una cosa de hoy en día, no interesa explicar el proceso más allá de los grandes datos, que son los que permiten que el regidor diga cuatro números; pero el análisis más social, sociológico, yo no... no... Si tú me dices: «Lo he intentado y no lo consigo...», me parece totalmente lógico, porque es que yo mismo, cuando tengo que buscar algún dato, no sé adónde cogerme...[38]

Donde hoy están los pisos nuevos de las cooperativas, en el lado de los números pares, anteriormente existían algunas viviendas, pero sobre todo *meublés* y bares de alterne: «un bar, un *meublé*, un bar, un *meublés*», explicaba una de las mujeres, la Gallega, que vivió de cerca su desaparición. Según ella misma, allí no queda ninguno de los vecinos de antes; les ha perdido la pista (DC, 15 de septiembre de 2010). De éstos y otros vecinos que fueron desalojados, no se tiene noticia. Uno de los motivos es que no se reservó ningún apartamento para los expropiados y otro es que acceder a un piso protegido requiere unos ingresos mínimos que esta población no siempre alcanzaba.

En este sentido, otra mujer con años en la zona —la propietaria del conocido restaurante Casa Leopoldo, de la calle Sant Rafael— afirmaba en una entrevista que le hizo el periodista Guillem Martínez: «Aquí ha pasado como en Bosnia. Han desaparecido las personas que vivían aquí y, en su lugar, han aparecido nuevos inquilinos. ¿Qué ha pasado con los anteriores? ¿Dónde están?» (Martínez, 2009: 270-272).

Este tipo de reflexiones son frecuentes por parte de los vecinos, de otros periodistas e investigadores:

38 Entrevista a Martí Abella, mayo de 2012.

Gran número de estos vecinos, como decíamos, ha desaparecido silenciosamente, sin recibir ninguna atención de los medios ni las instituciones municipales. Sólo se puede rastrear su pista en las conversaciones del vecindario: «El señor Antonio, de la tienda del número 21, fue a parar a Rubí», «En el número 19 sólo queda uno de los antiguos inquilinos», «La señora tal se ha metido de realquiler en la calle tal».[39]

La «desaparición» de los antiguos vecinos es más propia de un capítulo de la serie de televisión *Expediente X* que de un macroproyecto urbanístico llevado a cabo por instituciones democráticas. Y éste es sólo uno de los elementos de la controversia. La crítica al citado fraude de las indemnizaciones ha sido otro elemento protagonista.

«And to be continued?»

Los últimos acontecimientos *extraños* en la calle no han cesado. De hecho, por la zona es posible ver a lo que aparentan ser trabajadores o trabajadoras municipales o de empresas privadas merodeando y anotando no se sabe bien el qué.

Un chico con una identificación del Ayuntamiento le pregunta algo y el otro no responde nada. Yo me acerco y me explica que quiere saber si el local está abierto o cerrado. Es para el Ayuntamiento, para actualizar la base de datos de los locales de la zona y saber cuántos están activos y cuántos cerrados. (DC, 18 de mayo de 2010, 17.50 h)

Por otro lado, también se ha observado a albañiles realizando trabajos en los locales aparentemente vacíos; por ejemplo, en el del número 31 d'en Robador, que colinda con el bar Alegría, en el número 29.

Están haciendo obras en el local que está al lado del bar Alegría y que pertenece a la misma finca número 29. Me acerco y pregunto a los dos obreros

39 Véase Coordinadora contra l'Especulació del Raval (2004: 70).

que están allí. [...] Me cuentan que están trabajando para hacer un bar. Que el bar Alegría finaliza su contrato y que mirarán (así, siempre en primera persona del plural) de hacer un bar o restaurante entre los dos o tres locales de la finca. (DC, 8 de junio de 2010, 17.20 h)

En el año 2011, el consistorio saliente, con la regidora Assumpta Escarp al mando, propuso un nuevo plan de reforma sobre la zona. Esta vez muy concretado en las calles Robador y Sant Ramon. De nuevo, esto provocó inquietud entre vecinos y organizaciones vecinales. En este sentido, el periódico *Masala,* en su número de mayo-junio de 2011, dedicó un monográfico al citado proyecto. Lo tituló «Robador, Sant Ramon, Filmoteca. Llum, càmera, negoci». Aparecían noticias sobre las alegaciones de cinco asociaciones de barrio, así como de la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona (FAVB), presentadas contra el proyecto. También se denunciaba que la mayoría de las propiedades de la zona estaban en manos de inversores y sociedades privadas. Se sugería que alrededor de la Filmoteca se había tramado un negocio de alto valor especulativo, lo que vulgarmente se conoce como un «pelotazo». Por último, en el artículo titulado «Breve crónica de la guerra en el Raval», se afirmaba que el proyecto consistía en «un trasvase de dinero público al sector inmobiliario a través de ayudas a la rehabilitación y adquisiciones mediante tanteo y retracto. Y, como coartada y telón de fondo, diferentes colectivos que van desde prostitutas a pequeños delincuentes o consumidores de heroína y sus proveedores, juntos y revueltos en una misma narración, y utilizados como pretexto para una limpieza de clase que permita sustituir al vecindario de menor renta por otro de mayor nivel adquisitivo».

Llegado a este punto, quiero continuar con dos glosas más de la etnografía: la primera de ellas centrada en la confusión, más o menos provocada, entre un barrio obrero —irredento, abandonado progresivamente y con grandes bolsas de miseria— y el mito del Barrio Chino. En la siguiente sección, explicaré cómo se ha cubierto esta pobreza con la pátina exótica y literaturizada del mito del Barrio Chino, para finalizar ofreciendo una interpretación sobre los usos actuales del mismo.

«Una visión trágica disimulada bajo el boato aparente,
la pompa fingida de una fiesta turbia»

Més que el crim i el vici que alguns escriptors un xic tocats de l'ala hi han volgut veure, en el districte cinquè tu tans sols hi has vist brutícia i misèria. Sí, els carrerons infectes del districte cinquè tenen el seu drama, que els frívols, els amics de mentir i de mentir-se han eludit: el drama de la misèria. Ho remarcaràs un dia en el teu Barcelona, cor de Catalunya*, que no és un llibre del «districte cinquè».*

Lluís Capdevila (1975)

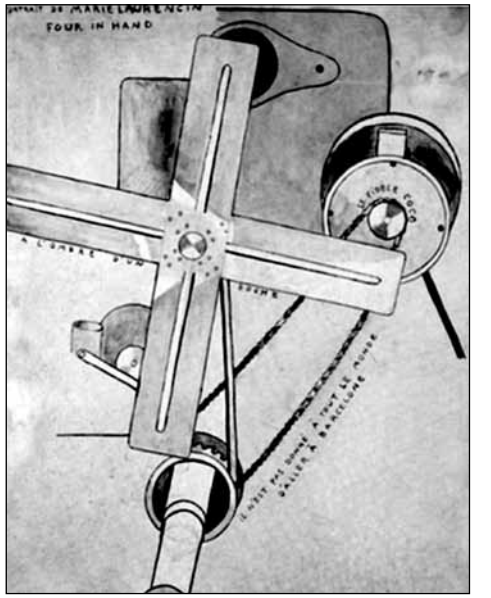
Misèria, misèria, la més terrible misèria només hi ha al districte cinqué i sobretot al barri xinés.

Jaume Aiguader i Miró (1929)

Literaturización del barrio de Atarazanas

Manuel Vázquez Montalbán afirmaba que «La literatura francesa mitificó siempre el bajo vientre de nuestra ciudad. Sobre todo del Barrio Chino y el Paralelo, aparador de teatros y cafés concierto donde se representaban revistas de variedades». Si el Paral·lel —prosigue Vázquez Montalbán— «tuvo algún bluf fomentado por voceros de provincias, el Barrio Chino barcelonés fue una auténtica creación de la crítica internacional» (2004: 124-129).

Se entiende entonces mejor, por qué se adjudica la literaturización del barrio de Atarazanas de Barcelona a los escritores franceses que inauguraron su filia por este territorio con Francis Carco y su *Primptemps d'Espagne* (1929). Le siguieron otros, pero sin duda será Jean Genet con su *Diario del ladrón* (2010 [1942]) quien postulará el «Chino» como escenario de la mejor literatura urbana del siglo.



Francis Picabia, *Retrato de María Laurencin* (1916-1917).

Genet, a diferencia de los escritores locales que «han utilizado el Barrio Chino como se utiliza una modelo para un cuadro y sin demasiada participación, no hay duda que vivió el Barrio Chino como nativo, desde la condición de lumpen» (Vázquez Montalbán, 2004: 129). Él fue quien hizo célebres las capacidades encantadoras de uno de los más novelados bajos fondos de Europa (posiblemente junto a los barrios portuarios de Marsella o Nápoles). Aunque se publicó en 1949, narra su experiencia personal entre 1932 y 1940 y describió «las experiencias de los piojosos» (Genet, 2010 [1942]: 18).

La atracción del mito

El efecto de Genet fue muy contundente y él atrajo, entre otros franceses, a cantidad de escritores a visitar el Barrio Chino y peregrinar por los locales que aparecían consecutivamente en sus novelas. Un ejemplo es el de Georges Bataille. En su caso, el espectáculo celebrado por Genet, «su territorio moral» (Goytisolo, 2009*b*), le resultará más bien desagradable.

Me encontré con Michel en Barcelona. Súbitamente me hallé delante de él. Sentado en una mesa de La Criolla. Lazare le había dicho que me iba a morir. La frase de Michel me recordaba un pasado penoso. Pedí una botella de coñac. Empecé a beber llenando el vaso de Michel. No tardé demasiado en estar borracho. Hacía tiempo que conocía la atracción de La Criolla. Para mí no tenía ningún encanto. Un muchacho vestido de mujer hacía un número de baile en la pista: llevaba un traje de noche cuyo escote le llegaba hasta las nalgas. Los taconazos del baile español retumbaban sobre el suelo. Experimenté un profundo malestar. Miraba a Michel. Él no estaba acostumbrado al vicio. Michel era tanto más torpe cuanto más borracho iba estando: se agitaba en su silla.[1]

Es en esta pintura de Picabia, «Retrato de María Laurencin» (1916-1917), en la que aparece la célebre expresión «Il n'est pas donné a tout le monde d'aller à Barcelone».

Además de Carco, Genet o Bataille, otros personajes de la *vanguardia* europea que visitaron el barrio antes de los bombardeos fascistas de 1937 y 1938 fueron Picasso, Stravinsky, Schönberg, Einstein, Trotski, Duchamp o Simone Weil. Lo mismo sucedió con el pintor Francisco Picabia que «pasa temporadas en Barcelona, como las pasa en Nueva York o Ginebra» (Vázquez Montalbán, 2004: 119). Él fue el primero en plasmar en un lienzo la espectacularidad, y el peligro que supuestamente encerraban los bajos fondos de Barcelona. Así alimentó el mito del Barrio Chino con su famoso cuadro *Retrato de María Laurencin* de 1916. Su contemplación provocó el despertar entre los círculos parisinos surrealistas del mayor atractivo imaginable, e inimaginable, en el que ya se reconocía la exclusividad que representaba correr la aventura de visitar la «ciudad de las bombas», la «Rosa de Foc», la «ciudad del Barrio Chino». Por si al cuadro le faltase «mensaje», Picabia dejaría escrito en un artículo publicado en la revista *391,* de Nueva York, en 1917:

Como toda ciudad de mala vida, Barcelona está llena de ladillas y de intelectuales «ruines», que aquí son de sangre fría y prefieren el onanismo a la violación; la mugre, al baño; el juego sutil de las insinuaciones contradictorias, a la afirmación peligrosa.[2]

1 Véase Bataille (1980: 42-43).

Glorificar y mitificar la pobreza

Se trataba entonces de invocar un lugar exótico, excitante y, en un sentido muy particular, redentor. Por otro lado, no debe separarse la alabanza extranjera pero coral, de un lugar como el barrio de Atarazanas de principios de siglo XX, sin tener en cuenta la mirada de Genet. En este sentido, Genet se preocupará con especial énfasis de «santificar la pobreza» y la miseria:

La miseria nos encumbraba […]. Los piojos eran nuestro único signo de prosperidad, del anverso mismo de la prosperidad, pero era lo lógico que, al darle nuestro estado un giro que lo justificara, justificáramos al tiempo el emblema del estado. Los piojos eran valiosísimos, pues se habían convertido en algo tan útil para dar fe de nuestra insignificancia como lo son las joyas para dar fe de eso que llaman éxito. Eran a la vez nuestra vergüenza y nuestra honra. He vivido mucho tiempo en una habitación sin más ventanas que un montante que daba al corredor y en la que, por las noches, cinco caras flacas, crueles y tiernas, sonrientes o crispadas por el anquilosamiento de una postura incómoda, empapadas de sudor, buscaban esos insectos de cuya virtud participábamos. […] Se me desarrollaba el talento al conceder un sentido sublime a tan poca apariencia […]. Es una disciplina que me resultó útil, ya que me permite sonreír con ternura incluso a los desechos más humildes, ya sean humanos o materiales, y hasta los vómitos, hasta la saliva que dejo correr por el rostro de mi madre, hasta los excrementos. Conservaré de mí mi propia imagen de mendigo.[3]

Quien dijo: «Impondré la visión cándida del mal, aunque en esta búsqueda tenga que dejarme el pellejo, el honor y la gloria» (Genet, 2010 [1942]: 206-207), debe leerse con admiración y también con cautela, a la hora de escudriñar qué era el barrio de Drassanes que Genet vivió. De hecho, el mismo

2 Véase Picabia (1917).
3 Véase Genet (2010 [1942]: 26).

autor es capaz de exponer esta distancia y proponer la narración de su experiencia en el Barrio Chino como una herramienta al servicio de su santificación: «Lo que sirviéndome de enseñanza me va a guiar no es lo que viví sino el tono en que lo narro. No son las anécdotas, sino la obra de arte. No es mi vida sino cómo la interpreto» (Genet, 2010 [1942]: 204).

Es desde aquí desde donde debe entenderse la alabanza de la miseria y cualquier forma en la que se exprese como su conversión en algo hermoso y majestuoso. Genet, como un asceta más, parecía aspirar a una especie de redención invertida o, incluso más, rozar una sacralidad regocijándose en la miseria, el vicio y lo que luego retomará brillantemente Mandiargues: un vivir *al margen*. «Durante un tiempo, viví del robo, pero en mi indolencia gustaba más de la prostitución. Tenía 20 años»[4] y esto le situaba por encima de los demás mortales.

> *Caído en la abyección, Genet decidirá asumirla y convertirla en virtud suprema. La escala de valores de la sociedad biempensante no será la suya sino dándole la vuelta: lo vil se transmutará en noble y lo noble en vil. El proceso de subversión íntima iniciado en el antiguo Barrio Chino barcelonés será largo y accidentado, y se plasmará en la siguiente década en sus primeras obras poéticas y narrativas escritas en la cárcel parisiense de la Santé. El joven inclusero, mísero e indocumentado se consagrará al robo, la prostitución y la mendicidad en su anhelo de alcanzar la dureza empedernida del criminal con la misma entrega de quien se inicia en los arcanos de una creencia mística y de su áspero camino de perfección espiritual.*[5]

Esta reflexión de Goytisolo a propósito del papel que Genet atribuyó a su experiencia en el Barrio Chino de Barcelona no va a ser gratuita ni mucho menos independiente, con relación al papel que muchos le asignan a los bajos fondos de Barcelona y, posiblemente, de otras ciudades del mundo. Se trata de la idea según la cual el lugar es concebido como espacio para la redención y espejo invertido de la Barcelona burguesa, antes y después de la Guerra Civil.

4 Véase Genet (2010 [1942]: 45).
5 Véase Goytisolo (2009*a*: 12).

Expiar el infierno y redimirse

> *La lobreguez espiritual de los antros [de aquel lugar] atraía irresistiblemente al cursi sentimentalismo de ciertas personas tan «chics» como de estrecha mentalidad. No se comprende demasiado como aquel oprobioso islote del hampa pudo mantenerse y prosperar hasta tales extremos y durante tanto tiempo en una ciudad como Barcelona.*[6]

Lluís Capdevila resume la impresión que podía tener un hombre de orden de los bajos fondos de Barcelona y, por extensión, de toda la ciudad. Narra concretamente la visión de un comisario de policía trasladado de Reus a Barcelona durante este primer tercio del siglo XX. El comisario clama detalladamente contra su nuevo destino:

> *Aquí no s'hi pot viure. Aquí els pobres policies som de plànyer perquè no tenim un moment tranquil per a dedicar-lo a la família i al recreo. Aquí som unes víctimes, uns màrtirs del treball perquè tant de nit com de dia hi ha massa feina. La gent honrada no ho sap i sort té de no saber-ho, pero Barcelona és una ciutat plena de lladres, d'estafadors, d'assassins, de corruptors de menors, de «macarrons», de dones que no els agraden els homes, d'homes que no els agraden les dones, de tocats de l'ala que en lloc de prendre el vermut prenen cocaïna, de pistolers que converteixen els pacífics carrers en un camp de batalla, d'anarquistes que es passen la vida tirant bombes com si tiressin taronjes, de nois de casa bona que no fan res de bo, de gent misteriosa que ningú no sap de què viu, d'escriptors que en lloc d'escriure novel·les sicalíptiques, que són les úniques que el Govern hauría de permetre, escriuen articles revolucionaris contra les coses més respectables: l'ordre, el comerç, la Banca, la tranquil·litat i els bons aliments […]. Decididament, Barcelona és un infern.*[7]

Contrariamente a la opinión del comisario, este espectáculo resultaba eminentemente atractivo para las vanguardias parisinas en las que, por otro

6 Véase Paquer (1962: 7).
7 Véase Capdevila (1975: 99-100).

lado, la burguesía barcelonesa soñaba verse reflejada. Éstas no podían hacer otra cosa que sucumbir a lo que no dejaba de ser «el espectáculo de la miseria» (Vázquez Montalbán, 2004: 129).

Los templos expiatorios de los que hablaba Manuel Delgado (2004) unas páginas atrás adoptaron múltiples formas, tal y como él sugiere: iglesias, conventos, pero también bares, antros, *meublès*, «casas de gomas» o burdeles. Es imposible entender la invención y posterior cristalización en Barcelona de un Barrio Chino —sin chinos— sin su relación especular con las afueras del lugar. Más concretamente, sin la relevancia creciente de una burguesía industrial, pero sobre todo especuladora (Moreno y Vázquez Montalbán, 1991).

Una burguesía que se construía frente a las recurrentes revueltas de las clases populares con la mayor representación europea de ácratas, ateos y anarquistas. El Barrio Chino existía ante todo en la medida en que representaba todo lo contrario que la incipiente burguesía quería aparentar. Montalbán recurrirá también a la imagen del *fanum* y nos dirá que «en tanto ciudad portuaria y por tanto pecadora, Barcelona tuvo que construir muchos templos expiatorios para purgar» aquellas imágenes que se erigirían como atentados contra una moral burguesa progresivamente más calvinista, reprimida y represora (2004: 19).

Es esta dialéctica entre la ciudad y *sus entrañas,* desde donde puede comprenderse la constitución y vitalidad del mito del Chino. En este sentido, tal vez la vida de «piojoso» del mismo Genet —nos proponía Vázquez Montalbán— pudo convertirse en espectáculo para los personajes de la novela *Vida Privada* de Sagarra. Éste se adentra, desde una mirada de la «alta sociedad» barcelonesa, «entre los olores a amoniaco y saltando sobre cadáveres de gatos muertos […] mujeres de sala de disección, pederastas de labios pintados, carteristas» (Sagarra, 1983 [1930]: 169). Si las descripciones de Sagarra son agrias, no lo es menos su lectura de la actitud de los *excursionistas* que provenían «de otro clima» y que se situaron frente a aquel espectáculo que ofrecía la contemplación distante de otros seres y otras prácticas:

> *Teodora va cloure els llavis, va escanyar el seu somriure permanent i va girar els ulls a una altra banda. Al Comte l'espectacle el vexava una mica, no pas per la part tenebrosa que hi pogués haver, perquè ell era molt comprensiu i molt modern, sinó per la misèria, la manca de confort i l'escàndol dels crits i rialles.*[8]

En esta atracción de las «clases altas» hacia el Barrio Chino se encuentra probablemente alguno de los elementos que colaboraron en la expansión de la fama —mala o buena, según se mire— del barrio. Este tipo de razias protagonizadas aún hoy[9] por vecinos de otras partes de la ciudad, con mayor capital económico o cultural, deben entenderse como producto del propio mito del Chino. A su vez, éste fue en gran parte elaborado por dichos visitantes, ya fuera a partir de relatos de terceros, ya fuera por su propia experiencia. El contraste entre una moral que se presuponía culturalmente calvinista y la celebración de la miseria o del «vicio» deberían de hallarse en el origen de los ríos de tinta escritos sobre el barrio que acostumbraban a ser —como se ha mostrado en el apartado anterior— poco amables.

> *Trobava una sèrie d'analogies entre aquell món del vòmit, de pietat i de sofriment de l'autor rus [de* Crimen y Castigo*, Fiódor Dostoyevski], i la llum del blau de metilè que feia més lívides les cares i més entomològic el vici de «La Criolla». Hortènsia pensava en la seva festa del dia abans, en els diners que havia despès en xampany per abeurar tot aquell personal limfàtic i grotesc [...] Hortènsia es va sentir miserable. Tenia els ulls humits, però no va fer cap comentari.*[10]

Pero Sagarra no se detiene aquí. Mientras los protagonistas de *Vida privada* —hombres y mujeres entre aristócratas y miembros de la alta burguesía—

8 Véase Sagarra (1983 [1930]: 172).

9 En el apartado de este capítulo titulado «De tipos raros, mujeres comunes y modernillos. Presentándose, esquivándose, enfrentándose», se hacen frecuentes referencias al paso y la presencia, en la calle d'en Robador, de estas figuras tipificadas con el adjetivo «modernillo». De hecho, mientras se redactaban estas páginas se produjo un conflicto en el barrio del Raval entre vecinos y jóvenes universitarios que descendieron hasta el barrio y organizaron una especie de procesión etílica de 400 participantes que «en la noche pasada arrasó a su paso […] algunas calles del Raval». Véase «Una novatada universitaria multitudinaria causa incidentes en el Raval y en el metro», *La Vanguardia,* 19 de septiembre de 2012.

10 Véase Sagarra (1983 [1930]: 173).

se encuentran inmersos en el bullicio de La Criolla, reflexionan sobre infidelidades extramaritales entre conocidos. El novelista catalán introduce este pequeño diálogo con el que parece buscar un vínculo entre el espectáculo «degoutant, degoutant, tout à fait degoutant» (Sagarra, 1983 [1930]: 174) y los comportamientos mascarados y los engaños asociados a su clase social. En ese momento, una de las protagonistas le pregunta a quien ha introducido el tema de las infidelidades lo siguiente: «Per què se t'ha acudit dir-m'ho, ara? —Què et diré, per associació d'idees» (Sagarra, 1983 [1930]: 175). Con este sucinto diálogo, el autor muestra esta freudiana asociación entre las vidas de los protagonistas y el sórdido espectáculo que contemplan. La misma escena se enriquecerá con la siguiente conversación:

> *—I això —va dir Isabel— és el vici?*
>
> *—No, no; això és la infinita pobresa de la carn, la infinita tristesa de la carn —va respondre Emili—. El vici no el trobaràs en aquests barris. Això no és el vici.*
>
> *—Aleshores —féu Teodora— vols dir que el vici... som per exemple nosaltres?*
>
> *—Vés a saber, vés a saber —contestà Emili Borràs.*[11]

Pues bien, éste sería otro de los elementos que podemos encontrar en los orígenes de la producción simbólica del Barrio Chino: una relación especular (Castellanos, 2002) necesaria para la elaboración del mito y complementaria para la reproducción de jerarquías sociales de la ciudad. De nuevo, Sagarra lo describe perfectamente. Dejará constancia en su novela de que la visita de los señoritos apenas si llama la atención a los indígenas del barrio. Es en este sentido que los tradicionales vecinos del Chino —de ayer y de hoy— eran conscientes de que «a costa de ellos se había hecho, se estaba haciendo, se haría siempre literatura» (Vázquez Montalbán, 2004: 129).

> *Les dames i els cavallers aturats a la porta de «La Criolla» cridaven molt poc l'atenció. El barri estava avesat a aquesta mena de visites, s'havia fet ja força literatura sobre l'aspecte purulent del districte cinquè, i els estrangers i els curiosos del país eren rebuts a «La Criolla» d'una manera normal i correcta.*[12]

11 Véase Sagarra (1983 [1930]: 178).

Aún hoy en día, se vive con cierta naturalidad la presencia de visitantes de lo que podríamos llamar «clases acomodadas» —que ahora serían los modernillos o los turistas de los hoteles de la zona—. Y, en este sentido, el Chino sigue siendo en la actualidad un escenario privilegiado para el cincelado recíproco de identidades urbanas.

La Criolla, Cal Sagristà y La Mina, la sagrada familia del «vicio»

Genet delimitará el Barrio Chino del primer tercio del siglo pasado: «El Paralelo es una avenida de Barcelona paralela a las célebres Ramblas. Entre estas dos arterias, muy anchas, una muchedumbre de calles estrechas, oscuras y sucias forman el Barrio Chino» (Genet, 2010 [1942]: 36). Aquel Barrio Chino original estaba delimitado por el puerto, la calle Conde del Asalto (actual Nou de la Rambla), la Rambla y el Paral·lel. Entre estas vías se encontraba La Criolla —que, como se ha dicho, se trataba de una antigua fábrica—, en la calle Perecamps, cerca del cruce con la calle del Cid; era una especie de *dancing club* que atraía a un público de lo más heterogéneo. Para los visitantes, estos lugares ejercían fascinación en los términos en que la habían provocado los literatos franceses: un atracción tocada profundamente por el peligro, el pecado y la abyección. Para los habitantes de la zona, esto no era mucho más que su ambiente natural.[13]

Pero regresemos de nuevo, para imaginar los míticos locales del Chino, al memorable capítulo de *Vida privada* en que Sagarra narra una excursión de la

12 Véase Sagarra (1983 [1930]: 171).

13 Un vecino de la calle d'en Robador explica lo siguiente: «Nací en 1946 en el número 21 de la calle d'en Robador […] El Barrio Chino, ése que ahora se empeñan en llamar "el Raval", era para mí un lugar absolutamente normal, nunca me planteé si era o no un lugar de mala fama. Putas, macarras, legionarios de uniforme, músicos ambulantes, mariquitas, jugadores de ajedrez, clientes habituales que venían a comprar un cuarto de moscatel o una gaseosa, aglomeraciones de los sábados por la noche, mancos, cojos, ciegos, todo absolutamente normal». Véase Pep López: «La Robadors de antes», en http://bcnmes.com/culture/la-calle-robador-de-antes/ [septiembre de 2014].

alta burguesía a los bajos fondos. Esto sucede después de una fiesta a la que asiste Miguel Primo de Rivera, primer capitán general de Barcelona[14] y posterior dictador a la sombra del monarca Alfonso XIII. Pues bien, después de esta fiesta con tan ilustre invitado, «s'organitzà una excursió als barris baixos, al barri "xino", que en deien» (Sagarra, 1983 [1930]: 167). La descripción de Sagarra no tiene desperdicio.

«Rafaela era la vídua de més anys; ella ja havia estat a "La Criolla"» (Sagarra, 1983 [1930]). Efectivamente, los locales de moda de esta época eran La Criolla, La Mina y Cal Sagristà. Para Capdevila, a estos lugares, les precedió en fama y tiempo «La taverna dels Italians, a l'entrada del carrer Migdia,[15] era una de les atraccions del barri» (Capdevila, 1975: 23).

Un lugar como La Criolla, que alberga el encuentro entre miembros de clases sociales con «actitudes antitéticas y al mismo tiempo, complementarias» (Castellanos, 2002: 189), permite una construcción identitaria basándose en identificar en «el otro» todo lo que el grupo deseaba y, en un sentido paralelo, lo que se rechazaba de la manera más vehemente, tanto por el lado de las clases obreras o descapitalizadas como por el de las «elites» culturales, políticas o económicas.[16] En este sentido, La Criolla parecía ser el lugar idóneo:

> *Se trataba del centro aristocrático donde se funden los soldados del cercano cuartel de Atarazanas, los marinos de la Aeronáutica naval, los obreros sin familia, los chulillos, los carteristas, los vulgares ladronzuelos, los borrachos empedernidos que, en cuanto beben dos copas de más, trazan un programa político al ritmo de un charlestón.*[17]

14 En Barcelona, Primo de Rivera se ganó el apoyo de los sectores más conservadores al enfrentarse con mano de hierro a los conatos de rebelión que tenían precisamente su escenario predilecto en los barrios del Raval o la Ribera.

15 Coincidirían, quién sabe —quizá ni los mismos protagonistas—, con los personajes de *Diario del ladrón*: «Nuestros días en Barcelona los pasaremos entre la calle Medioda [sic] y la calle del Carmen» (Genet, 2010 [1942]: 18).

16 Será Erving Goffman (2006) uno de los autores más destacados en conceptualizar una identidad del sujeto relacional, la cual es conformada por las interacciones y las proyecciones que los sujetos elaboran en la vida cotidiana frente a frente, imitando y rechazando.

17 Véase Madrid (1929).

Sagarra ofrece una detallada descripción del local, de los personajes y de las prácticas que llevaban a cabo, con la que uno puede hacerse una idea más aproximada, y en la que destaca la variopinta muchedumbre con la que se encuentran:

> *L'establiment era un magatzem aprofitat; les velles columnes de ferro que aguantaven el sostre estaven pintades per donar la il·lusió que eren palmeres; en el sostre la pintura simulava les fulles. En una mena de llotja hi havia els músics. L'orquestra era pintoresca i desllorigada. Un que tocava la trompeta representava l'excèntric de la casa saltant d'un cantó a l'altre de la llotja i fent-lo tremolar tot amb el seu terrabastall metàl·lic. [...] Al costat del proletariat anònim, es veien escampats per les tauletes els que treien suc del prestigi de la casa. Aquella nit no n'hi havia gaires. Uns duien la indumentària intencionadament efeminada; altres tenien una manera de vestir pinxesca. Altres, amb la pell cloròtica, tarats de raquitisme o de tuberculosi, tan incomprensius, no se sabia si eren dones o adolescents, o si eren éssers d'un altre planeta més trist i més acanallat que el nostre […] entre aquelles dones de sala de disecció, se'n veien d'altres que eren vives i senceres […]. D'homes, se'n veien de tota mena, des dels mariners, els mecànics i els obrers perfectament normals […]. Els venedors de coses per rosegar alternaven al mig del carrer amb els pobres monstruosos, presentant mutilacions que esgarrapaven la vista o mostrant mig cos un amb un braç raquític cargolat a l'esquena. Aquella mena de pobres els hi menava la policia, cobrant de les tavernes, perquè acabessin de donar color al barri.*[18]

Pues bien, La Criolla fue internacionalizada por el relato de Genet (2010 [1942]: 51-68) en el cual sus personajes convirtieron en proscenio de gran parte de sus (des)venturas:

> *La Criolla no era sólo una boîte de sarasas. Bailaban en ella algunos chicos travestidos, pero también mujeres. Las putas llevaban a sus chulos y a sus clientes. […] Stiliano decidió que iba a trabajar en La Criolla: —¿Quieres*

18 Véase Sagarra (1983 [1930]: 169-171).

que me vista de mujer? [...] Por Carnaval, era fácil travestirse, y robé de una habitación de hotel una falda con volantes y una blusa. Una noche, crucé apresuradamente la ciudad tapado con la mantilla y el abanico para ir a La Criolla. Para que la ruptura con vuestro mundo fuera menos brutal, me dejé los pantalones debajo de la falda.

Estas lecturas son aun más comunes cuando provienen de grupos sociales que se adscriben a otro *territorio moral* o a *otro clima* (como dirían Goytisolo o Sagarra, respectivamente). En este caso, la sensación de distancia —o más bien, la voluntad— sobre los personajes observados segrega una especie de condescendencia y altivez, que en cierta manera habla más del sujeto que observa que del observado. Regresemos de nuevo al relato de Sagarra para entender mejor lo apuntado:

Emili Borràs veia en aquelles prostitutes, que no tenien altre encís que la més desesperada tristesa sexual encastada als ossos, com una parada de sinceritat de tots els instints, sense amaniments ni trucs de perfumeria que fessin amable la dolorosa ganyota de la bèstia. Allò, per a Emili Borràs, era autèntic, i les rialles, la suor, els refrecs i els contactes es produïen d'una manera primària, sense escrúpol, sense vergonya.[19]

Si bien es cierto que algunos de los citados novelistas franceses convirtieron su experiencia en mito amplificando, distorsionando, banalizando o sacralizando la miseria y los mecanismos que desencadena, cabe destacar las lecturas no menos románticas que asignaban a estas poblaciones una cualidad de «verdad» o de «naturalidad». Es el caso de la lectura que realiza Sagarra de su personaje Emili Borràs, álter ego quizá de un personaje liberal típico, en el que su alabanza de la «autenticidad» de los personajes que observa no le otorga otra cosa que una vaharada insoportable de magnanimidad.

Y ello, claro está, es producto de un magma ideológico muy recurrente. Se trata de asociar a las «capas bajas» de la sociedad una afinidad con lo natural, lo desprovisto de artificio, como si se tratara prácticamente de seres —si fuera

19 Véase Sagarra (1983 [1930]: 172).

posible— «asociales». De hecho, no se trata de otra cosa que de una perspectiva *civilizatoria* que jerarquiza otras formas de hacer —otras culturas— y las sitúa, al exponer ciertas características, como más próximas a la naturaleza y, en este sentido, a «la verdad» y lo «auténtico». En otras palabras, se trataría del extremo opuesto —pero compartido— que asocia el mal y el desorden, precisamente, al resultado de este desajuste (Bourdieu, 1991).

Las fisuras del mito

El mito siempre oculta realidades fácticas y las reinterpreta; altera y modifica el sentido de la realidad o, yendo más allá, podría afirmarse que el mito acaba creando un *sentido* particular. Se ha intentado desencantar al mito, llamando «miseria» al «vicio», revirtiendo el sentido que lo alimenta. Pues bien, concretamente, en un reportaje del diario *ABC* de Madrid del año 1931, titulado «En el barrio chino de Barcelona», firmado por Felipe Sassone, con fotografías del barcelonés Brangulí, se insinúa este desfase entre lo que explica el afectado fotógrafo y lo que los periodistas están viendo con sus propios ojos:

Todos reímos del buen fotógrafo catalán, que, heroico Tartarín, asegura que estamos corriendo un gran peligro. Pero en las callejas no hay atracos, y solo vuela, como en una demanda de malos, postizos y mercenarios amores. Los desheredados, hasta de esta mala fortuna, duermen en los quicios de las puertas, apiñados junto a los hierros de un farol, tendidos entre basuras y periódicos viejos.[20]

Y se extenderá en su comentario haciendo notar que Brangulí no admite humor sobre lo que él —y gran parte de la literatura periodística barcelonesa de la época— contemplan como una zona de «maleantes»: «Blanquito y Viscaí llenan el aire de risas infantiles, mientras Brangulí se enfada de que tomemos a broma el barrio peligroso». La mofa del autor del artículo se expande para comentar que, más que miedo, siente náusea del lugar, por la experiencia de pobreza que allí penetra los cinco sentidos:

20 Véase Sassone (1931: 54).

Yo aprieto el paso, pero no por miedo, sino porque la calle del Cid, por donde andamos, toda llena de grotescas colgaduras de ropa interior, no huele a rosas, sino a humo de mal tabaco, a relieves de pitanza y a aguas de fregar.

Este tipo de apreciaciones era común, aunque no tanto como para frenar la potencia del mito; de hecho, bien podían aumentarlo. Contrariamente a la idea de que el Barrio Chino era un especie de infierno en la tierra, también han escrito muchos autores. Los más agudos han resultado ser los ya citados investigadores anglófonos, como Chris Ealham (2005*a*) o Gary W. McDonogh (1987). Por la parte local, hay también un buen número de críticos. Ya se ha citado a alguno de los autores catalanes que clamaban contra la «falsificación del lugar» (Salut, 1938: 78) por parte de «quatre nois que més que viure a Barcelona feia l'efecte que vivien a la lluna» (Capdevila, 1975: 28). Para todos ellos, en las calles del Barri de Drassanes, lo que sin ninguna duda se podía encontrar era una pavorosa pobreza.

Aiguader i Miró (1929) proclama en un artículo periodístico contra los literatos sobre el Distrito V.º que lo han pregonado como «dipositari de la masculinitat barcelonina […]. Entre els aficionats als plats forts, noctàmbuls avorrits que volen passar l'estona i esperar que surti el sol, se n'ha escollit un tros per a imaginar-ho i el barri "xino" i fer-ne focus de vici i criminalitat. Què té d'ésser així el districte cinqué!». Según el autor, no se trata más que «patrañas» de la «mala literatura» y añade que buena parte del «vici i de la criminalitat no són altra cosa que àpats endarrerits i manca d'aigua per rentar-se». La autoridad de relato se asienta en su conocimiento sobre el terreno que era su zona de beneficencia municipal:

En cada cambra del pis s'estatja una familia generalment nombrosa, pares, fills, germans i germanes, tots barrejats. Ocupada per un llit en els casos més sortosos, llit llardós i en el qual preveus els paràsits ; marfegotes a terra per als altres; roba penjada en un estenedor improvisat dins de l'habitació; una taula o, més comú, un caixó que serveix de taula; i el malalt i una sèrie d'individus tètrics que l'envolten, atrets per la visita del metge. Això és el que veus quan t'has pogut orientar en la foscor. Perquè per ells no existeix ni l'electricitat ni el gas, els més benestants tenien un llum d'acetilè, alguns empraven espelmes; la majoria, la immensa majoria s'aclarien amb llums de ganxo pestilents.[21]

Familia del Raval en el interior de su vivienda. Fuente: Margaret Michaelis

Con esta contundente descripción el autor pretendía poner en evidencia que, más allá del aura excitante y de paso obligado para todo aventurero de la época, no era más que «miseria, ignorancia y abandono».

En este sentido, a la literatura hiperbólica y *romantizada* del Distrito V.º, se contrapuso otra con mayor vocación crítica. Según Jordi Castellanos, serán

21 Véase Aiguader i Miró (1929).

Encuentro de «Makinavaja» y el «Popeye», célebres personajes del Barrio Chino, con unos turistas. Fuente: Ivà (1986)

Rafael Nogueras (con el poemario *Les Tenebroses*), Narcís Oller (con la novela *La Papallona*) o Juli Vallmitjana (con *La Xava*) los que empiezan a mirar hacia estos barrios marginados y a «responsabilitzar als autèntics culpables: els rics i virtuosos» (Castellanos, 2005: 28).

Entre la miseria y el vicio y la crítica que apunta a «los ricos» como responsables últimos del desenlace del lugar, no se puede olvidar que allí vivían, sobre todo, personas simplemente trabajadoras. En un momento más reciente, y por parte de uno de los responsables más implicados en toda la transformación urbanística del Raval, se destacaba que en el «Barrio Chino vivía mucha gente muy normal». Se trata del citado representante de Procivesa, Martí Abella, quien profundizaría en este contraste y compartiría su sorpresa con el entrevistador:

> *Lo que me sorprendió del universo que habitaba aquel ámbito [era lo que], en principio, cualquier ojo exterior se negaba a creer que existía. Que la visión ciudadana nos llevaba a pensar... a ver que en ese momento todo era un mundo decadente, marginal, un mundo incluso perverso en cierto modo. En cambio, encontré una representación importante [de gente] que toda la vida había vivido allí, que estimaba ese lugar, que vivía con normalidad, a mí me sorprendió mucho. Para mí también fue muy importante ese descubrimiento, que no lo hice de un día para otro. Durante un periodo fui a las casas y fui descubriendo a aquella gente que allí vivía. Cómo eran y qué necesitaban o qué no necesitaban o qué les daba pereza o qué les daba miedo... era... fue muy curioso.*[22]

Entonces, ¿qué era esa representación del infierno en la tierra que es causa y consecuencia del mito del Barrio Chino? Pues, tal y como se ha ido apuntando someramente hasta aquí: «Una visión trágica disimulada bajo el boato aparente, la pompa fingida de una fiesta turbia».[23]

Sin embargo hoy, a pesar de sus fisuras, el mito sigue vivo. No únicamente en las narraciones más o menos exageradas de los nuevos cronistas de los grandes medios de comunicación, también en la propia recreación que en la actualidad aún hacen las vecinas y usuarios de la calle d'en Robador. Esta cuestión, así como una interpretación de cómo y basándose en qué elementos se ha podido constituir el mito y qué usos ha permitido, voy a desarrollarla a continuación.

Elaboración y usos actuales del mito del Barrio Chino

> *Barcelona ha sido famosa por muchas cosas: Gaudí, las Ramblas y el Barrio Chino, durante décadas uno de los centros legendarios de los bajos fondos.*
>
> Time Out (1999)

Se cree que fue durante la proyección de una película sobre el Chinatown de San Francisco cuando a Paco Madrid se le ocurrió acuñar el nombre de «Barrio Chino» para referirse a la barriada portuaria de Barcelona. En este filme aparecían fumaderos de opio, así como el lucrativo negocio

22 Entrevista a Martí Abella, mayo de 2012.
23 Pierre Kyria citado en Gasch (1967).

que se llevaba a cabo en el barrio con la prostitución. Este mercadeo de personas así como el de estupefacientes convertían el lugar en terreno vedado a la ley y al orden del Estado.

Ya se ha señalado anteriormente que fue Madrid quien, afectado por lo que vio en la película y en otras con escenarios parecidos, publicó una serie de crónicas sobre el barrio de Drassanes, a partir de 1925 en el semanario *El Escándalo*. En octubre de ese año y refiriéndose a la casa de dormir «La Mina», situada en la calle del mismo nombre, escribió: «La Mina es la gran taberna del Barrio Chino. Porque el Distrito Quinto, como Nueva York, como Buenos Aires, como Moscú, tiene su Barrio Chino».[24]

Y si debemos la llegada al mundo del Barrio Chino a la influencia del séptimo arte en la mirada de un cronista, el último intento de sepultura viene de la mano, ni más ni menos, que de la construcción, en su corazón, de la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya.

La inauguración de este centro cultural representa la culminación de treinta años de drásticas intervenciones urbanísticas en la zona. La voluntad de que así sea explicaría que se le atribuyan a la Filmoteca cualidades auxiliadoras cuando se la define como «el último salvavidas del Raval» o «la última esperanza para dignificar el barrio [y] para recuperar la normalidad».[25]

Ésta es la historia de un lugar que no tan sólo se ha definido, sino también constituido, como resultado de una relación especular con su narración espectacular. El Barrio Chino resulta una narración *desde las afueras* del lugar, que ha determinado la lectura desde dentro. La espectacularización del barrio ha servido, además, a todo tipo de intervenciones sobre lo urbano: desde la urgencia de su destrucción hasta la morbosa llamada a visitar una de lo que uno de los vecinos expropiados de la calle d'en Robador definió como «últimas reservas» de población pobre y precarizada de Europa:

24 Esta cita apareció en el número 1 del semanario *El Escándalo*, en octubre de 1925. Se trata de la primera referencia al Barrio Chino. Aunque en el mismo texto aparecen otras igualmente interesantes. Por ejemplo, se vuelve a referir a La Mina como «la puerta del Barrio Chino». O el cruce de la calle del Cid con la del Mediodía como «el corazón del Barrio Chino. Ahí está toda el alma, todo el espíritu de los barrios bajos» (Madrid, 1925: 4-5).

25 S. Angulo: «La prostitución y la inseguridad se enquistan en el barrio», *La Vanguardia,* 10 de febrero de 2011.

> *Yo imagino el futuro del barrio con vecinos protegidos, en pisos protegidos, en peligro de extinción, o sea vecinos en manos de la Administración, rehenes de la Administración... «No puedes ganar más de lo que...» Están en reductos, como si fueran reservas de indios, y el resto a turistizarse: o sea, baretos, residencias de estudiantes, museos, Filmoteca. O sea, lo veo totalmente explotado de cara a la turistización y la cultura como polo de atracción y tal, y los vecinos en reservas.*[26]

Pues bien, en las siguientes páginas quiero mostrar cómo se produce el mito sobre la zona y cómo se la convierte en una «madriguera urbana» (Paquer, 1962: 6). El control del territorio se sirve, entonces, de una espectacularización que podríamos llamar negativa. Como se verá, resulta sólo aparentemente contradictorio el hecho de que esta espectacularización esté íntimamente ligada a la recreación de un barrio listo para la producción de plusvalías para terceros. El desembarco de industrias terciarias de alto valor añadido desde finales de los años noventa del pasado siglo agudizará el contraste entre la buena nueva de la «regeneración urbanística» y la sempiterna «degradación física y moral» del barrio y su población. En este marco, se precipita la precarización de gran parte de los antiguos vecinos, cuando no su expulsión.

Cómo se construye un mito y a qué demonios sirve

Fue Lévi-Strauss (2002) quien profundizó en la decodificación del mito. De hecho, sus investigaciones le llevaron a encontrar la estructura transcultural de los mitos. Una serie de repeticiones y de detalles permitían identificar estructuras similares al margen de marcos históricos o culturales concretos. El análisis se basaba igualmente en lo que él llamó la «eficiencia simbólica», concepto con el que recogía la capacidad encarnadora que tenía el símbolo. La noción de eficiencia simbólica es acuñada por Claude Lévi-Strauss para dar cuenta de los efectos prácticos resultantes de los rituales de magia por él estudiados (2000). El mito se propone entonces como objeto de análisis

26 Entrevista a Manel González, diciembre de 2011.

semántico, cuyo valor se establece en la medida que se convierte en el significante de signo de categoría superior: «Los mitos, por tanto, no venían a significar, en última instancia, sino la significación misma» (Delgado, 1994). Pues bien, de la eficiencia simbólica del mito, según Lévi-Strauss, resulta que lo simbólico de la narración mítica sólo puede serlo en la medida en que es efectivo; es decir, la narración *se hace carne* provocando alteraciones efectivas sobre el mundo sobrevolado por la narración. En este sentido, el mito es efectivo en la medida en que la narración se incrusta y se llega a hacer indisociable de «lo real». Para el análisis que aquí se propone es necesario asumir igualmente la acepción vulgar del mito. La que propone el diccionario de la Real Academia, que lo define como «persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen».

En el apartado titulado «La invención del Barrio Chino como territorialización del mal», que forma parte del capítulo historiográfico anterior, se han explicado los primeros orígenes y usos del mito del Barrio Chino, que acabaron sirviendo de justificaciones para el asedio del lugar, ya fuera en forma de fiscalización intensiva de la calle, en los bombardeos de 1937 y 1938, en las reformas urbanísticas de la dictadura o en las del periodo posfranquista, aún más contundentes que las anteriores.

En este sentido, encontramos el primer componente del mito en los límites geográficos en los que se supone que estaba y está el Barrio Chino. Estos son falsos al menos en un sentido, pero importantes. Desde su invención —que datamos en el citado reportaje de Paco Madrid de 1925— hasta lo que fue oficialmente su «primera» desaparición, en 1942,[27] el Chino fue el barrio de Drassanes (o Atarazanas), el más próximo al puerto y al cuartel del mismo nombre. Sólo en los tiempos más recientes, precediendo a las grandes destrucciones urbanísticas que se producirán a partir de 1988, el mito se aplicó a lo que es ahora todo el barrio del Raval o, en su momento, todo el Distrito V.º.

Como se ha descrito en el capítulo anterior, no fue hasta entrados los años setenta del siglo XX —cuando se termina la emblemática Torre Colón— que se acaba con los últimos despojos que quedaban del antiguo barrio de Drassanes —cuarenta años después de haber sufrido los importantes bombardeos de la aviación italiana—. Pues bien, saber cómo se vivía en este barrio desde principios del siglo XX hasta finales de la Guerra Civil no es tarea fácil. La historiografía y el mito ofrecen narraciones que divergen, por ejemplo, en el énfasis que se pone en un acontecimiento en detrimento de otro. De hecho, como ya se ha hecho referencia en el apartado anterior, en un reportaje del diario *ABC* de Madrid de 1931, titulado «En el Barrio Chino de Barcelona», firmado por Felipe Sassone, ya aparecían críticas a la inconsistencia o interesada confusión entre el mito del Barrio Chino y la vida.

Esta crónica del pasado, así como la *novelización* popular de hechos ocurridos allí, que reflejaban en sus obras autores como los citados Juli Vallmitjana o Lluís Capdevila, permiten relativizar no sólo la idea según la cual el presente del lugar era efectivamente el del infierno en la tierra, sino la idea de que lo hubiera sido en algún momento. Los mecanismos concretos por los cuales un mito, en tanto representación hiperbólica de una realidad —en este caso aquella condicionada por las situaciones de pobreza—, llega a confundirse con la realidad son variados. Esto es lo que explicaré en el siguiente apartado. Pero para empezar creo pertinente reclamar la mirada de Vallmitjana sobre el papel de los rumores y las espirales de silencio que alteran completamente la realidad. En su novela *La Xava*, después de una trifulca entre vecinas de una finca en la zona del extinto barrio de Drassanes que acaba con un corte en la pierna de una de ellas, al llegar la policía, se arremolinan vecinos y vecinas y rumorean sobre el incidente:

> *El carrer estava atapeït de gent comentant de la manera més hiperbòlica lo que pressentien de lo que havia succeït. Va augmentar més la confusió al treure la dona ferida. Els que eren més a la vora deien que s'estava morint, i a mida que la nova s'estenia entre la gent més allunyada, anava éssent més exagerada, a l'extrem de dir que a l'escala hi havia hagut una infinitat de morts.*[28]

Dicho esto, voy a realizar una pequeña recapitulación de una parte del capítulo anterior para recoger qué elementos explicativos se han propuesto

27 Cuando en el Boletín de la Propiedad Privada de Barcelona se anuncia que: «A la mayor brevedad se va a poner en práctica la demolición del llamado "Barrio chino"» (De Otero, 1943).

28 Véase Vallmitjana (2003 [1910]: 56).

para establecer lo que podrían llamarse elementos *fácticos* —no retóricos— del mito.

La historiografía del barrio nos ha mostrado al menos cuatro cuestiones que pueden dar cuenta del mito del Chino. El primero de ellos será el hecho de que el lugar estaba separado del resto de la ciudad hasta 1774 —la muralla que hacía de frontera se extendía por lo que hoy es el famoso paseo de la Rambla—. Las puertas de la Pau y de Santa Mònica, las más próximas al puerto, eran un recodo de expulsados de la ciudad, enfermos o delincuentes a los que se les prohibía la entrada; especialmente, en el Portal de Santa Mònica, la entrada natural al barrio de Drassanes.

El segundo elemento explicativo del mito, estrechamente ligado al primero, podemos encontrarlo en la especialización de la zona en centros asistenciales —de control de la pobreza, enfermedad y marginación—, así como represivos y penitenciarios. Según recoge Pedro Fraile (2011), precisamente en esta parte más cercana al puerto se encontraban —a partir del siglo XVI— las dos penitenciarías —la de hombres y la de mujeres— y los dos cuarteles, el de lo que podríamos llamar hoy policía (precisante donde está hoy el de la Guàrdia Urbana) y el propiamente militar de Sant Pau (aproximadamente donde se halla hoy la comisaría de Mossos d'Esquadra).

La primera industrialización se hizo también en esta parte de la ciudad, ya que, debido al correctivo borbónico aplicado después de la guerra de 1714, Barcelona no podía crecer más allá de sus murallas, en concreto de las que se situaban en lo que hoy son las rondas de Sant Pau, Sant Antoni y Sant Pere. Nos encontramos entonces con un tercer elemento explicativo: las industrias, y por tanto los obreros y propietarios, se concentraron en este rincón de la urbe de manera intensiva. El crecimiento demográfico de la zona fue notable y su hacinamiento también. En el barrio de Drassanes, empezaron a mezclarse con toda naturalidad obreros fabriles con el inventario humano típico de una zona portuaria: ladrones, prostitutas, militares, traficantes, huidos y desertores varios.

El resto del distrito —los barrios del Pedró, Carme, Betlem, Sant Antoni, etc.— contenía una de las mayores concentraciones de población obrera de Europa. El barrio fue creciendo y el derribo de las murallas en 1854 se justificaría, tal y como se ha dicho, con los principios higienistas de Ildefons Cerdà y Felip Monlau. Pero sus presupuestos de ordenación, salubridad y caridad

no ocultarían totalmente el gran pastel inmobiliario que el acontecimiento ponía en bandeja: la urbanización del llano de Barcelona y la creación del Eixample.

A partir de finales del siglo XIX, las mayores fábricas, así como sus propietarios y los obreros que pudieron permitírselo, empezaron a abandonar el barrio y a desplazarse o bien al Eixample o, en el caso de los trabajadores, a las nuevas periferias proletarias: Sant Andreu, el Carmel, Sants o el Clot.

Esa situación aporta un cuarto elemento que tener en cuenta para comprender la fundación del mito. Y es que en el Raval se quedaron las empresas pequeñas y medianas, algunos artesanos y, en general, población inmigrada que se veía abocada a ocupar los puestos laborales más duros y los peores arriendos de vivienda. En su parte portuaria, no sólo se mantuvieron parte de los habitantes obreros, sino que continuaron llegando, especialmente a partir de la Primera Guerra Mundial, huidos, tahúres, refugiados, espías, anarquistas y un abanico de personas que vivían en o de la calle.[29] En este contexto, el control de la calle se hacía más urgente que nunca. El barrio agudizará su condición de enclave predilecto de conflictos antagonistas.

Estas cuatro cuestiones permiten clarificar qué había detrás del mito del Chino. Lo que se puede interpretar a partir de aquí es que, en este contexto, el calificativo de «Barrio Chino» como territorialización de mal será tremendamente útil. Se encuadrará a toda la población de la zona, y con especial énfasis a aquella cercana al cuartel de Drassanes, bajo la categoría de «clases peligrosas». El batiburrillo entre obreros indisciplinados y pequeños delincuentes permitirá acechar la zona sin contemplación alguna.

La conjura de la civilización. Del espectáculo de la «sordidez humana y la humanidad vergonzante», al del «regustillo *outsider*» donde pasar una de las «noches más canallas de Barcelona»

Recuperemos ahora alguna de las descarnadas soflamas contra el barrio de Atarazanas y sus gentes, elaborada a principios de los años sesenta del

29 Este vivir de la calle, que perduró hasta años muy recientes y que, de manera agudamente clandestina, se mantiene alrededor de las calles Robador y Sant Ramon, aparece descrito por Augusto Paquer (1962: 6) con gran detalle.

siglo pasado, coincidiendo con los planes franquistas para la construcción de la avenida García Morato. Como siempre, el preámbulo de estas intervenciones acostumbra a coincidir con estos relatos endiablados sobre el Barrio Chino:

> *Todavía, sí, conservaba algo de pintoresquismo, algo de sabor bohemio. Pero todo era muy tibio y deslucido. Todo muy nostálgico y romanticón. Aquellos cafetines y tabernas, aquellos burdeles y aquellos sofisticados «nidos de Arte» constituían el alfa y el omega vitales de toda una humanidad moralmente tarada. No sólo se acogía el vicio bajo la unánime complicidad del barrio, sino que nacía allí: en la propia carne inocente de las criaturas que crecían en aquel ambiente de infecto hacinamiento humano. El vicio —con toda su secuela de facetas— se transmitía de padres a hijos como una maldita herencia insoslayable. Los niños nacían ya predestinados. Su carne estaba marcada y su espíritu también. El ambiente iría madurando a la una y el otro, hasta convertirles en piltrafas humanas, en auténticos ex hombres. ¡Cuánta ignominia, cuánta humanidad vergonzante y vergonzosa, cuánta lacra vital tuvieron su natural asiento en aquel dédalo de callejuelas! Tahúres y mujeres de rompe y rasga, chulos y ladrones, sodomitas y criminales de toda laya, explotadores y explotados, hicieron de aquella zona de la ciudad su auténtica madriguera urbana. Aquel barrio llegó a ser, dentro de Barcelona, como una auténtica y casi inexpugnable ciudadela del vicio y la degeneración, la lobreguez espiritual de cuyos antros atraía irresistiblemente al cursi sentimentalismo de ciertas personas tan «chics» como de estrecha mentalidad.*[30]

Los usos políticos del mito del Barrio Chino comentados en el capítulo anterior se verán implementados, diversificados y sofisticados en los últimos años. Como ya se ha dicho, la construcción de la Rambla del Raval —además de hacer más transparente y controlable la zona— fue pensada especialmente para ser escenario de acontecimientos laudatorios a las instituciones gubernativas, a las iniciativas privadas de ocio o a las caritativas que apostarían por la

30 Véase Paquer (1962: 6-7).

«regeneración» del Raval. Recordemos que allí se construirán dos hoteles de lujo, uno de ellos motivo de gran controversia. El hotel Barceló Raval, un edificio cilíndrico con cinco estrellas que supera en altura a todas las edificaciones del barrio, provocó la denuncia de la Taula del Raval por su construcción y por la recalificación de la zona verde en zona de equipamientos, precisamente donde se estableció la nueva sede de la Filmoteca Nacional. Estos polémicos elementos fueron recogidos por Arcadi Espada en su libro *Del amor a los niños* y por Joaquim Jordà en la película *De nens.*

La decidida voluntad de Ildefons Cerdà y los siguientes responsables de la Reforma Interior (monárquicos o republicanos, franquistas o posfranquistas), de convertir la ciudad en un centro de producción de beneficios, está más vigente que nunca. Adecuar la urbe a la circulación de capital será la empresa más explícita de los actuales responsables de la reforma. El último ejemplo lo ofrece la llamada «Illa Robador». Recordemos que esta intervención se pensó como la primera iniciada por Procivesa «amb criteri de recuperació de plusvàlues», tal y como afirmaba el que en su momento fue su director, Martí Abella (2004: 48). La fuerte inversión contemplaba, más que el rédito de su pasado «canalla» (o de su presente precarizado), una «renovación de personas», como su mismo responsable reconocía.

Pues bien, esto de momento no sucederá. Lejos de aceptar la derrota de las previsiones, se reconocerá el valor de cambio de aquella presencia, ligándola ahora a la *reactualización* del mito del Chino para convertirla en un peculiar, y ciertamente único en Europa, atractivo turístico.

Estos nuevos espacios han sido pensados para lo que Oriol Bohigas —cuyo despacho de arquitectos[31] es el encargado de la planificación de la Illa Robador— llama «la mancha de aceite» con la que provocar una «metàstasi benigna» (Bohigas, 1986). El arquitecto entiende que la construcción de estos nuevos «equipamientos» debe provocar que —de la noche a la mañana, y por efecto de no se sabe qué ritual mágico— la pobreza, la gente sin hogar y, en general, la gran cantidad de población precarizada de la zona se evaporen.

El mito del Chino, que desde sus inicios sirvió para legitimar y reclamar el control sobre las clases más descapitalizadas, está hoy también al servicio de

31 Se trata del estudio MBM arquitectos, el despacho de Josep Martorell, Oriol Bohigas y David Mackay.

Foto que ilustra un reportaje sobre el Raval en la web *Infohostel.*

la producción de plusvalías para terceros. El atractivo está en reconocer los restos de vida canalla y prohibida con los que algún visitante puede hoy toparse.

Las referencias al barrio del Raval que aparecen en las guías turísticas más populares ahondan en la posibilidad de revivir el mito, paseando por sus calles y tropezándose con personajes pintorescos. No parece que se reclame como patrimonio atractivo para los nuevos turistas la ya escasa arquitectura fabril, ni siquiera su larga historia de revueltas y barricadas. El patrimonio simbólico del Raval se sitúa al lado de la arquitectura de Gaudí o del paseo de la Rambla, aunque en el caso del Chino se haga énfasis en su condición de «bajos fondos». Así lo destacaba la guía *Time Out* cuando glosaba, en 1999, los encantos de la urbe de la siguiente manera: «Barcelona ha sido famosa por muchas cosas: Gaudí, las Ramblas y el Barrio Chino, durante décadas uno de los centros legendarios de los bajos fondos».

Las guías turísticas más recientes destacan el atractivo de «salir de noche por el Barrio Chino de Barcelona». El Raval, según la guía consultada, es «uno de los barrios más auténticos y singulares del centro de la ciudad, marcado por la interculturalidad y los contrastes, que también se conoce como el Barrio Chino». Los elementos que provocan inquietud entre los nuevos vecinos de la calle d'en Robador se han convertido en un elemento de atracción para turistas que buscan el último recodo de autenticidad de Europa. Pero también

otras guías insisten en este recuperado «atractivo». Se trata de recordar la historia de los bajos fondos:

> *El Raval, suburbio extramuros que cobijaba la denominada zona roja de la ciudad en la que convivían toda suerte de chorizos, macarras, artistas, prostitutas, estudiantes, carteristas e ilegales, en una bien constituida hampa que ha sido objeto de diversos filmes, novelas e incluso historietas como la de* Makinavaja, el último chorizo*, del inmortal Ivá.*[32]

En el mismo documento, puesta la memoria a punto, se reconoce su valor actual cuando se destaca que «a pesar de la rehabilitación […] sigue conservando un regustillo *outsider* que se palpa en sus callejuelas y rincones donde, a ciertas horas de la noche, mejor no transitar con demasiadas alegrías».

Éstas son sólo algunas muestras de los usos recientes del mito del Barrio Chino: convertir en sugerente y productivo el espectáculo de la miseria en medio de la opulencia, signo de la fase posmoderna del capitalismo que tan acertadamente ha interpretado David Harvey.[33] La apuesta de los planificadores e inversores siempre arroja ganancias: se puede proseguir con el atosigamiento de la población pobre, al mismo tiempo que se los utiliza como personajes pintorescos, dignos de formar parte del inventario de *souvenirs* con el que regresar a casa.

Volvamos a la última de las intervenciones-inversiones planificadas: la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya, inaugurada el 21 de febrero de 2012. La primera película proyectada fue *El hombre de al lado* (Mariano Cohn-Gastón Duprat, 2009). Su elección se debe a que aparece en la lista de filmes más votados por los críticos y también a que es una película «sobre com pot canviar el món el fet d'obrir una nova finestra i el cinema —i

32 El texto aparece el bloc Infohostal, del que procede también la fotografía: http://blog.infohostal.com/2011/12/14/el-raval/ [abril de 2012].

33 El geógrafo David Harvey habla de la necesidad de escasez que tienen los mercados para funcionar. Según el geógrafo, si la escasez no existe se crea socialmente. «Esto es lo que la propiedad privada y la búsqueda del beneficio se encargan de hacer. El resultado es una carestía en gran medida innecesaria (desempleo, falta de vivienda, etcétera), en medio de la abundancia. Gente sin techo por las calles y mendigos en los metros» (Harvey, 2008*c*).

les filmoteques— són finestres obertes al món».[34] Confiemos entonces en que esta ventana permita ver la brutalidad y el menosprecio con el que se ha tratado y se trata a la «gente normal» que allí ha vivido, trabajado y gozado durante décadas.

La inauguración de la Filmoteca provocó airadas protestas de los vecinos que, al parecer, no fueron comprendidas ni por los representantes de la Administración ni por los comentaristas de la prensa. En el quizá más agrio artículo sobre la jornada, aparecido en el diario *La Vanguardia* y titulado «Mundo al revés», Xavier Antich afirmaba que a los vecinos sólo les faltaba gritar «vivan las *caenas*»:

> *Domingo día 19. Se inaugura, tras una larguísima espera, la nueva sede de la Filmoteca de Catalunya, en el Raval de Barcelona. De nuevo, lo que debía celebrarse con entusiasmo, como una conquista cultural y social, casi provoca un tumulto. Protestas de nuevo, no sólo contra los representantes legítimos de las instituciones, el alcalde de Barcelona y el conseller de Cultura, sino también contra la Filmoteca, el edificio y la cultura. La memoria se dirige en esta ocasión a una tesis doctoral, presentada hace poco en Girona, sobre la aparición del cine en el Paral·lel de Barcelona, hace poco más de un siglo, y la importancia que jugó como una forma emancipatoria de educación popular. Más bochorno. Sólo hacía falta que los protestantes gritaran: «¡Vivan las "caenas"!».*

Llegados a este punto, no deja de sorprender la profunda incomprensión que gran parte de los «intelectuales» de Barcelona manifiestan sobre lo que sucede en el corazón del Raval, en lo que queda del denostado Barrio Chino.

Evocar, encarnar y maldecir al Barrio Chino

Una de las cuestiones más interesantes al hacer etnografía de un lugar tan históricamente estigmatizado como la calle d'en Robador, que aún hoy se erige como «último reducto del Barrio Chino», es observar la relación e incluso la

34 Extracto de la noticia sobre la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca Nacional de Catalunya, 16 de febrero de 2012, en: http://premsa.gencat.cat/pres_fsvp/AppJava/notapremsavw/detall.do?id=138559&idioma=0&departament=14&canal=15 [septiembre de 2014].

encarnación que los personajes hacen del mito del Chino. La descripción sórdida del lugar ha sido constante desde que empezaron las primeras proclamas para destruirlo.

Hoy las invocaciones al mito del Chino siguen siendo frecuentes en la calle d'en Robador. Con ellas se reclama la dignidad y autenticidad de la que gozaba el lugar en un pasado ideal. Al mismo tiempo, hablar del Chino refiriéndose al presente suele ser un ejercicio de reivindicación del crónico abandono de la zona o de lo que se ha llamado también «la reincidencia» del barrio en su papel de acogedor de clases obreras, descapitalizadas y lugar de actividades criminales.

El mito, como decía, aún colea y no sólo en la prensa oficial. Y esto se explica porque sirve a multitud de propósitos en diferentes ámbitos, tanto institucionales, mediadores o cotidianos. En este último sentido, los personajes actuales de la calle d'en Robador revindican el Chino, el «auténtico», o lo rechazan, porque con él explican las lógicas y las prácticas actuales tan odiosas como aquellas que dieron forma al mito.

El mito en la calle d'en Robador se intuye, casi se palpa, y si uno no se mantiene firme, puede llegar a conquistarle. Muchas de las historias que allí se pueden oír remiten regularmente a peleas, prisiones o pistolas. De la misma manera que Vallmitjana recogía los misteriosos mecanismos que insuflaban vida a un rumor y así lo extendían y deformaban, hoy en Robador se oyen relatos parecidos, aunque salpicados con un cierto tono de ironía o incluso de humor. En los bares, pueden escucharse conversaciones ostensibles sobre el paso por la cárcel de alguno de los implicados o de los ausentes, el uso de pistolas o de ataques con cúter de alguna mujer a un hombre (DC, 17 de mayo de 2010, 22 h).

Entre los varones del lugar, son recurrentes los lances o proclamas de una masculinidad particular, la del valor y la presta disposición a la confrontación física con otros hombres:

> *Insiste en que «él no se esconde» y que siempre está en la calle o trabajando, o bebiendo o «dando hostias». Última afirmación que provoca risas a Rubén (detrás de la barra), a otro que llaman «aragonés» y al resto del grupo.* (DC, 17 de mayo de 2010, 22 h)

Historias que le recuerdan al investigador la novela enmarcada en parte en la calle d'en Robador y que hace énfasis en este tipo de cuestiones:

> *[En el bar de la Cleo de la calle d'en Robador] aplastó una cucaracha, amenazó con darle dos hostias a un macarra barato que había ido allí a lo que saliera, le tumbó la copa, sólo como advertencia, a un macarra caro que estaba en plan de ojeo pero ya pasando de todo, pagó su trago y el de la meuca y sacó a la calle de un empujón a un camello de medio pelo, tras quitarle todo lo que llevaba para una flipada de lo más razonable.*[35]

El mito del Chino sirve, evidentemente, para recabar una pátina de autenticidad o *canallismo.* Es frecuente encontrar esto entre los habituales del bar Robadors 23: «Juan de Diego, el trompetista, me cuenta que cuando vienen sus amigos de Bilbao, lo primero que hace es llevarlos por aquellos bares» de la gente de aquí «donde la cerveza costaba 80 pesetas» (50 céntimos de euro). «Bebes de la botella porque no te fías de las copas y ves a los yonquis allí tirados» (DC, 17 de mayo de 2010, 23.30 h). O, por ejemplo, una de las chicas que allí trabajaban y que hacía cinco meses que había llegado de Italia, me reconocía que para ella la calle d'en Robador «es la mejor de Barcelona, que aquí pasa de todo, he visto muertos, peleas, de todo» (DC, 9 de junio de 2010, 17 h). Se oyen, igualmente, historias propias de alguna película de terror cuando se habla de «redes de prostitución y de cómo hay hombres que raptan a mujeres, las obligan a prostituirse, las violan y luego las matan» (DC, 4 de junio de 2010, 21.40 h).

El mito, como he anunciado, sirve para glorificar el lugar y también para denostarlo hasta el punto de exclamar, frente a la suciedad o el desdén que algunas trabajadoras muestran respecto a su aspecto físico, que «esto ya no es el Barrio Chino ni es nada» (DC, 15 de septiembre de 2010). Depende de cómo, el mito explica un pasado glorioso de «mujeres que buscan amor»,[36] de vida alegre, de dinero, de fiesta y de diversión liberada. En este sentido, claro está, la prostitución es un motivo de evocación recurrente, y casi siempre

35 Véase González Ledesma (2005: 121).

36 Esta expresión está extraída de la siguiente noticia: «La policía detuvo ayer a otros 40 extranjeros tras los incidentes del Raval», *La Vanguardia*, 24 de febrero de 1988.

para afirmar que «antes» la profesión se ejercía en mejores condiciones que las actuales. Así me lo explicó la Gallega, una de las mujeres que lleva más de cuarenta años trabajando en la zona:

> *Me vuelve a decir que era un barrio muy bonito pero que ahora con las chicas jóvenes que vienen y que no se hacen valer ha perdido mucho. Dice que cómo puede ser que cobren 10 o 20 euros y que estén sentadas en el suelo, muchas veces junto a la basura. Dice que antes esto era diferente, que venían hombres guapos y limpios, que subían a la habitación sin preguntar el precio y que te pagaban seis, ocho o diez mil pesetas [entre los 35 y los 60 euros de la época].* (DC, 6 de julio de 2010, 17.35 h)

En el pasado todo era mejor. El ambiente ideal es descrito por las relaciones que antes tenían las trabajadoras sexuales y que, supuestamente, ahora no se dan. Por ejemplo se evoca un pasado en el que «eran el chulo y su puta, no el chulo y las putas […]».[37] Se idealiza entonces esta relación entre los hombres de la calle d'en Robador y las chicas.

> *Si alguien salía de la cárcel e iba a los bares de allí, las chicas le daban alguna cosa de dinero para dormir o cenar. A cambio, él vigilaba que nadie hiciera daño a las chicas y sentencia: «Había una unión muy fuerte [...]. En el barrio había señoras». Según explica el propio entrevistado, algunos de los clientes o vecinos guardaban el dinero que las chicas no querían dar a los hombres con los que estaban en deuda.*[38]

Es igualmente recurrente evocar una situación anterior en que todas las chicas estaban dentro de los bares o burdeles, pero nunca en la calle. Además, se asocia el hecho de trabajar en la calle a la dependencia de algún *macarró*. Pero, claro, la prostitución callejera parece ser tan antigua y persistente como la misma profesión. Ya hemos dicho que se tiene constancia de prostitutas en la calle d'en Robador, al menos desde el siglo XIV. Sin necesidad de retrotraerse tantos siglos, podemos encontrar descripciones que nos

37 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

38 Véase O'Longh (2007).

hablan del uso intensivo, concretamente en la calle d'en Robador, por parte de hombres y prostitutas. Para ilustrarlo he recogido una brillante cita de *Al margen*:

> *Se le ve hormiguear en la calle [d'en Robador] y las callejuelas adyacentes, representado por cerca de un millar de ejemplares; los trozos de carne que lo rodean, incluidos muslos, grupas, vientres, gargantas, y el rostro que en un distinto lugar es adorado bajo la opulenta capa de la cabellera, las telas más o menos indiscretas del vestido, todo, en Robador, sólo tiene un valor y una función accesorios: lo esencial es el ojo inferior, dios y al mismo tiempo bestia doblemente rapaz; en comparación, el hombre es un ser de rebaño, cuyo papel resulta más alimenticio que viril.*[39]

Se evoca la época de los grandes burdeles, «la época dorada», y se recuerda que en la esquina con la calle Arc del Teatre se encontraba el «mejor y más grande puticlub de la ciudad, el Big Band», al parecer con una muy buena «relación calidad-precio» (DC, 6 de junio de 2010, 21 h).

Como se ha insinuado, y de forma algo paradójica, también se utiliza el mito para decir que «el auténtico» Barrio Chino era mejor porque, por ejemplo, no había «inmigrantes»:

> *De vez en cuando, exclama: «Esto ya ni es el Barrio Chino ni nada». [Lo dice en relación con que ahora hay más chicas «inmigrantes» que están en la calle y que ofrecen sus servicios sexuales junto a los recogedores hidráulicos que están entre el número 24 y el 28.]* (DC, 15 de septiembre de 2010, 13.30 h)

No hace falta decir que el barrio del Raval ha sido siempre un barrio de «inmigrantes». Basta con recurrir a una frase del *Diario del ladrón*: «El Barrio Chino era entonces algo así como una guarida que poblaban no tanto españoles cuanto extranjeros, maleantes piojosos todos ellos» (Genet, 2010 [1942]: 25).

39 Véase Pieyre de Mandiargues (1996: 68-69).

Otro de los mensajes recurrentes es la insistencia en que aquélla es una zona más insegura que «en el pasado». Esto se oye, sobre todo, en boca de la prensa y los nuevos vecinos. Sobre ello, existen desmentidos por parte incluso de la propia policía. Uno de los *mossos* entrevistados destacaba la exageración con la que los medios hablan de la inseguridad en el Raval:

> *Que los robos se hacen mayoritariamente a los turistas. Y que los domicilios se roban por los terrados. Que ahora ya no hay tantos menores (excepto el fin de semana) porque han cerrado los centros de menores que había en la ciudad. Dice que en los últimos años han disminuido los hurtos, pero han aumentado los robos con violencia (sobre las personas) y con fuerza (contra la propiedad). Sin embargo, él cree que el Raval, aunque se tenga que ir con cuidado, «no es para tanto».*

De hecho, sobre la inseguridad, no se trata ni más ni menos que de reproducir las lecturas típicas del Barrio Chino, pero actualizadas y adaptadas a las experiencias personales o a aquellas vividas vicariamente por algún amigo. La cita siguiente es de una de las trabajadoras de un nuevo centro cultural en Robador que, aunque admitía que nunca le «había pasado nada», ofrecía su detallada visión sobre el lugar, no exenta de cierta épica propia, por otro lado, sobre todo lo que rodea al mito del Chino:

> *Quiero decir que cada día, para nosotros, cada día es una aventura llegar hasta aquí porque las prostitutas, por ejemplo, a nosotros no nos molestan, nunca nos han dicho nada. Bueno, a veces nos dicen «guapo» o lo que sea, pero respondes y ya está. Pero no es eso, es el ambiente mafioso que existe realmente en la calle... Yo, por ejemplo, voy más tranquila, es verdad, pero al principio, cuando entras por Sant Pau... están conectados [los individuos que ves en la calle]... o sea, hay un grupo que... se miran entre ellos y se hacen señales... o sea, tú ves que allí hay más de lo que tú inocentemente piensas que hay. [En Sant Pau] hay un conjunto de personas: una se pone al principio de la calle, la otra en medio... Ellos controlan toda la calle y Robadors igual... se avisan entre ellos y dicen: «Éste es una presa fácil», por ejemplo... A ver, piensa que llevo veinte años trabajando en el IEC, y en el Raval también. O sea, en la*

parte de arriba tampoco era... era un lugar que daba miedo a alguna gente. Bueno, pues a mí no me ha pasado nada, nunca, absolutamente nunca.[40]

La sensación de inseguridad es producida simbólicamente en función de distintos intereses políticos. De este *espectro difuso de la inseguridad* se hacía eco ya, hace más de veinte años, Pere López Sánchez:

Així mateix, l'espectre difús de la inseguretat ciutadana, mantingut controlat, és una carta que dosificada permet instrumentalitzar el consens a la ciutat. D'una banda, permet culpabilitzar certs sectors de la població i barris de la ciutat, i, de l'altra, manejant els índexs de victimització, serveix per reforçar la por a l'alteritat i per tant per consumar la ciutadania com a comunitat purificada. És la inseguretat ciutadana, en última instància, un mecanisme contra l'extinció de les fuites, dels comportaments desordenats a la vegada que és una excusa per reforçar la norma i interiorització de l'ordre urbà.[41]

Esto es así y así se explica por parte de las personas que claman contra la inseguridad en la calle d'en Robador. Es decir, aunque se hable generalmente de que la zona es peligrosa y de que se cometen asaltos a diestro y siniestro, es difícil que estas personas hayan vivido alguna de estas situaciones —tal es el caso, por ejemplo, de las nuevas vecinas o trabajadoras de la zona entrevistadas: Emma, Esmeralda, Asunción, M.ª Teresa Vivó o el testimonio que se puede ver en el programa *Marxar del Raval*—. Aunque todas coincidan en que el lugar es peligroso e inseguro, afirman igualmente no haber sido nunca asaltadas.

Es cierto que en otras ocasiones se ha destacado, por otro lado, «el atractivo de la "canallesca"», que movilizaba hasta allí a famosos atracadores o escritores de fama:

En el bar Tres, donde ahora está la secretaría [del Taller de Músics] se organizó el atraco al Banco Central... Venía Francisco Casavella, aquí escribió El triunfo... *Había gente que bajaba porque le gustaba la "canallesca" de*

40 Entrevista a Emma, IEC, 25 de mayo de 2011.
41 Véase López Sánchez (1991: 98).

la zona. [...] Aquella canallesca tenía en los ochenta una mística que atraía al ambiente bohemio de los músicos, el jazz y tal, y les iba bien... En aquella época, todo el mundo era adulto. [...] Cuando nosotros empezamos a tener cada vez más presencia mediática... cuando se obligó a poner luz (antes no había farolas)... una en cada esquina... Esto era una madriguera, obligamos a hacerlo peatonal... y, después, hacia el 1990-1995... las luces, comenzaron a hacerse las calles peatonales... fueron años durísimos. Nosotros poníamos paz. [...] Pero como había este mito, que está muy bien como mito, para escribir y tal... En esa esquina, yo vi como un camello mataba a su socio de un disparo a las 7 de la mañana. Le metió el cañón de la pistola en la boca y lo mató... Estuvo tres días en la policía y no fue al juez... y murió hace poco. Uno de ellos quería robar al otro y ya está, la tapadera era un pub... había una fontanería que también era una tapadera.[42]

El lugar y las situaciones «pintorescas» que se producían antes, en la actualidad, se han diluido. Aún así, no dejan de ser, todas ellas, ejemplos de la persistencia del mito del Barrio Chino que, en vez de haber muerto, uno intuye que tendrá una larga vida. En este sentido, insisto, las palabras de una portavoz de Focivesa, que se felicita por haber hecho una contundente intervención en la zona d'en Robador, son muy *alentadoras*:

Si no hubiéramos intervenido ahora estaríamos como en las favelas de Brasil, con los militares en la puerta. Tal vez no lo estaríamos tanto, tanto, pero... ¡es que era! Tú no pasabas de la Rambla ni que te mataran... Sabías que aquí pasaban cosas y que era mejor que no te acercaras.[43]

Un último elemento controvertido, relativo a la vitalidad del mito, ha sido el referente a si los niños podían o no jugar en la calle. Por ejemplo, las nuevas vecinas d'en Robador denunciaban (en el programa televisivo *Marxar del Raval*) que los niños no podían salir a la calle a jugar e, incluso, que «se sienten obligadas a llevar a sus hijos a escuelas fuera del barrio». Otros

42 Entrevista a Lluís Cabrera, fundador del Taller de Músics, enero de 2012.
43 Entrevista a Carme Gual, octubre de 2011.

antiguos vecinos afirman que, en su época, a principio de los años ochenta del siglo pasado:

> *A ver, yo jugaba en un patio en la ronda de Sant Pau con Reina Amàlia. Todo los críos jugábamos en la calle, estábamos todo el día de la calle, entrábamos en casa de los demás, ahora no es tan fácil. En los patios de vecinos todos charlaban. Ahora no... se protege más la intimidad, hay más miedo al otro. Era más público el espacio público. No había una frontera tan grande entre casa y afuera.*[44]

Y otras vecinas ya alejadas del barrio recuerdan, eso sí, de forma ciertamente ambivalente, que antes en el barrio, aunque los padres no las dejaran salir a la calle «porque el ambiente no era sano», las familias que habitaban el barrio no eran como las actuales: aquellas eran «familias trabajadoras y estaban estructuradas».[45]

44 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.
45 Entrevista a M.ª Teresa Vivó, mayo de 2012.

La calle y las horas en juego

Si tenemos en cuenta la fenomenal ola migratoria
de los últimos diez años, el Raval podría ser infinitamente peor.
Sus zonas fronterizas podrían haberse convertido en un inmenso barrio
sin ley. En el Harlem del sur de Europa. Una selva marginal,
infranqueable en el corazón de Barcelona.

Antoni Puigverd (2005)

En este último apartado del análisis etnográfico describo las prácticas que se llevan a cabo en aquella calle con el fin de procurarse la subsistencia. Después me ocupo de analizar las nuevas retóricas y estrategias para el control de éstas. Y concluyo con la exploración a pie de calle de las tensiones entre dichas prácticas de subsistencia y el control sobre las mismas.

Prácticas para procurarse el trabajo fuera del mercado laboral institucional

En la calle d'en Robador, la gente intenta sobrevivir como puede y no siempre sigue los canales institucionales para ello. De la misma forma procura divertirse[1] al margen o en negociación constante con el expansivo mercado pecuniario del ocio. Estas necesidades, que por un motivo u otro intentan satisfacerse fuera de los espacios institucionales impuestos para ello, aún hoy encuentran en aquella calle un lugar propicio para ello.

1 Aunque este particular haya sido igualmente analizado, por motivos diversos no se ha incorporado a la versión final de esta monografía.

En la calle d'en Robador, hasta no hace mucho tiempo, existía un pequeño e informal mercado de objetos de todo tipo. Recordemos la referencia que Paquer hacía a estos mercados callejeros en 1962:

> *Su decadencia se había iniciado allá por el año cincuenta y llegó a su punto de definitiva bancarrota cuando las ordenanzas municipales decidieron prohibir severamente aquel abigarrado mercado al aire libre —en el que se vendía desde pescado frito o asadura salteada hasta un par de zapatos a medio usar o una gabardina recién robada—, que le daba a las angostas y malolientes calles cierto pintoresco aspecto de zoco árabe.*[2]

Los vendedores extendían una sábana, normalmente en la esquina con Sant Pau, y exponían radios, peines, secadores, camisetas, zapatos, perfumes: «Aparecen vendedores ambulantes que parecen organizar una feria de objetos antiguos o usados. Se trata de una especie de mercado improvisado en la plaza» (*Desde mi ventana*, O'Longh, 2007). Tras el bombardeo de la escuela situada en la Galera, la antigua prisión de mujeres, el lugar donde hasta hace unos años se organizaba el mercado al aire libre era la actual plaza de Salvador Seguí: «El derribo de algunos viejos inmuebles ha formado una especie de explanada o plazoleta libre donde se instala, de vez en cuando, alguna caseta de feria o el tenderete de algún vendedor ambulante de gangas» (Llarch, 1968: 123).

Hasta los primeros años del siglo XXI, también era posible toparse con pequeños espectáculos de calle como, por ejemplo, un hombre orquesta que realizaba un pequeño concierto y luego pasaba la gorra para recabar algún dinero de los espectadores (O'Longh, 2007).

El mercado regularmente improvisado estuvo permitido hasta hace muy poco: «De hecho, yo tenía una vecina que vendía plátanos en la calle. La calle se llenaba de tenderetes, de chiringuitos, y unos vendían patatas, plátanos; en los años cuarenta o cincuenta o yo qué sé. O sea, había mercados informales».[3]

Este tipo de puestos improvisados de mercancías, a veces de procedencia *desconocida*, eran bastante comunes en toda la zona del Raval hasta épocas

2 Véase Paquer (1962: 6).

3 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.

Antigua explanada, posterior a los bombardeos franquistas, donde hoy se sitúa la plaza de Salvador Seguí. Fuente: Fernando Scianna («Destrucción del Barrio Chino)»

recientes. El mercado a veces era una instalación, a veces, un grupo de personas que actuaba siguiendo las nuevas estrategias de fabricación y distribución posfordistas que se conocen como *just-in-time* (o producción bajo demanda):

> *Y había una esquina en la que encontrabas todo tipo de cosas. Podías comprar por encargo cualquier objeto. ¿Tú querías una maleta? La encargabas y te la traían. ¿Querías un traje de novia? Lo encargabas y te lo traían... Un día se presentó un camión de jamones: «¡Vendo jamones!». Unos tipos de aquí habían robado un camión de jamones y los vecinos compraban jamones como quien compra chocolate... y los jamones duraron nada.*[4]

Aunque la Guàrdia Urbana haya prohibido estas efímeras instalaciones, la compra-venta de objetos está muy presente aún en la zona. Aunque ahora no está permitido pararse en un sitio para mostrar la mercancía, los improvisados

4 Entrevista a Lluís Cabrera, enero de 2012.

vendedores transitan la calle y ofrecen todo tipo de objetos, como un reloj despertador, un secador de pelo, jabón, perfumes, ropa, joyas, cámaras de fotos, bolsos o cinturones: «Un hombre va ofreciendo una cámara de fotos para vender, mientras camina en dirección a Sant Pau sin detenerse» (DC, 10 de junio de 2010, 18.30 h). La variedad de productos es enorme y, frecuentemente, estos mercaderes entran en los bares y los ofrecen.[5] También es habitual ver a vendedoras de lotería familiarizadas con las trabajadoras sexuales:

> *Después de meterme en el bar, seguidamente, entran dos mujeres que parecen tener más de 65 años y ser «autóctonas» del barrio o de la calle. Venden Lotería Nacional, que cuesta 1,5 euros y que prácticamente todo el que está en el bar compra. La que vende dice, en un momento: «No, porque me pongo cachonda».* (DC, 8 de junio de 2010, 20 h)

Entre los objetos, a veces se pueden hallarse algunos que aparentan tener un alto valor, como pulseras, collares, anillos, colgantes o perfumes.[6]

Por otro lado, éste sigue siendo un espacio en el que las redes sociales permiten que la gente ingrese ocasionalmente en el mercado laboral formal o informal.

> *Me explica que un «paki» de la calle de Sant Pau le ha propuesto trabajar para él de chófer. Yo le he pedido que me lo explique y me ha contestado que «quiere que yo vaya a buscar a ingleses al puerto» (al Centre d'Oci Maremàgnum, según después me ha aclarado), pero que él no se fiaba porque, decía, que él no puede hacer ese trabajo porque no tiene licencia de taxi.* (DC, 17 de mayo de 2010, 22.30 h)

También el tejido social de la calle y del barrio ha cumplido —y aún lo hace— una función muy importante y en sentidos muy diversos, tal y como me explica, en un entrevista, un vecino de la calle d'en Robador:

5 Diversas notas del diario de campo lo corroboran: DC, 3 de junio de 2010, 22 h; 13 de junio de 2010, 21 h; 17 de mayo de 2010, 21.50 h; 2 de julio de 2010, 18 h, entre otras.
6 Ejemplos recogidos en: DC, 17 de junio de 2010, 21 h; 8 de junio de 2010, 22 h; 27 de julio de 2010, 19 h y 18 de julio de 2010, 20 h.

> *Nos nutríamos unos de otros. La Luz (del Alegría) hace tiempo que tenía una habitación dentro del bar, hasta que se la prohibieron, porque si no la multaban. Y entonces me pidió que dejara subir a sus chicas a mi casa. Y, claro, a mí, cada subida de una chica me hubiera significado 10 euros, pero yo, en mi casa, no quería.*[7]

No sólo se venden objetos, también sustancias narcóticas ilegales, como heroína, cocaína, hachís o *crack*.[8] También pueden encontrarse ofertas de otras drogas legales —aunque vendidas de forma ilegal— como Trankimazin u otras, que llaman genéricamente «Roche», tranquilizantes que sólo pueden adquirirse en las farmacias con prescripción médica.[9]

> *Los viernes había como veinte camellos y te ofrecían todo tipo de sustancias y venía un montón de gente a comprar en coche y no bajaban ni del coche... El resto eran clientes fijos, chicos de doce años [a los que] les regalaban heroína y tal... y ya eran clientes. Los camellos no eran vecinos, sólo los del bar de aquí... que se fueron a Cádiz. Éstos vivían debajo del bar, el resto venía y pasaba el día.*[10]

Aquellos consumidores de drogas duras, tipo heroína o *crack*, que deambulan por la calle d'en Robador pueden contemplar la posibilidad de efectuar algún robo para procurarse su consumo. El observador vivió en propia piel este tipo de situaciones en tres ocasiones, sin que ninguna de ellas fuera satisfactoria para los *asaltantes*. Una de éstas ya ha sido antes citada. Recojo otra[11]

7 Entrevista a Jacobo González, diciembre de 2011.
8 De hecho, el observador fue confundido en una ocasión —por dos jóvenes con aspecto de surfistas— con un vendedor de heroína o *crack* (21 de julio de 2010, 18 h).
9 Ejemplos recogidos en: DC, 9 de junio de 2010, 16.30 h; 18 de mayo de 2010, 17 h.; 19 de junio de 2010, 1 h y 27 de julio de 2010, 22.30 h, entre otras.
10 Entrevista a Lluís Cabrera, enero de 2012.
11 El tercer intento de asalto ocurrió de madrugada. Se trataba de un chico joven que me intentó robar la cartera mientras simulaba jugar conmigo, algo que no consiguió. Cuando lo advertí, me zafé de él, lo encaré y luego lo seguí hasta la parte estrecha de la calle d'en Robador. Cuando lo alcancé le dije que era del barrio y él se disculpó diciéndome que creía que era un turista. Le pregunté la edad y me respondió: «Diecisiete» (DC, 20 de junio de 2010, 5 h).

que se produjo cuando aún era de día. Y quiero narrar toda la secuencia, porque resulta especialmente pertinente para situar y concretar la figura del pequeño delincuente de la zona.

> *Eran aproximadamente las ocho de la tarde de un soleado y caluroso día de julio. Yo me encontraba a la altura del número 23 d'en Robador, se me acerca un hombre bajito y calvo, al que le cuesta mantenerse en pie, parece que en un momento u otro se va a caer. Lleva una camiseta amarilla y bermudas, con una botella de litro y medio de agua vacía y un cigarro sin encender en la mano. Me pregunta: «¿Puedo hablar contigo? Me llamo Antonio ¿y tú?». Le contesto: «Yo, Miquel», y me dice: «Mira, voy a ir al grano. ¿Tú eres español? —Y prosigue—: Pues como yo. Tengo problemas de salud, tengo adicciones y necesito medicación, acabo de salir del talego. ¿Me puedes dar algo?». Y le respondo que sí, le doy un euro, porque no tengo más monedas, y me pone cara de sorprendido. Le explico que no tengo más e insiste: «Necesito más, dame cinco euros». Le digo que no tengo y él sigue: «Sí tienes, dame cinco. —Y continúa—: ¿Sabes qué tendría que hacer? Atracar a cualquiera de aquí», y le contesto que lo entiendo. Insiste y le digo, ya subiendo el tono de voz, que si no quiere el euro que le he dado que me lo devuelva. Y me empiezo a despedir. Mientras, en medio de la escena, otro chico me pide un cigarro, que le doy, y me pregunta si con cuarenta céntimos puede comprar agua en el súper. Respondo que sí. Se va, pero el otro persiste: «Pues, mira, si no me das más, ¿sabes qué tendría que hacer?», se mete la mano en el bolsillo del pantalón: «Sacar la navaja para que me dieras todo el dinero». Doy un paso atrás, me pongo un poco en guardia y le digo: «Venga, va, hazlo, saca la navaja» y se queda quieto y me dice: «Bueno...» y yo me voy y concluyo: «Pues ya está». Él se despide: «Vale, gracias, Miguel». Me voy hacia la calle del Hospital, un poco nervioso, y cuando vuelvo a bajar, me lo encuentro otra vez y le pregunto por su nombre. Y él me responde: «Antoniooo», como ofendido porque yo no lo recordaba. Y nos volvemos a despedir.* (DC, 20 de julio de 2010, 20 h)

En relación con estas situaciones, y con alguna otra que he vivido durante el tiempo en que realicé el trabajo de campo, quiero subrayar dos cuestiones: por un lado, que éstas se producen en menos ocasiones de lo imaginado

antes de conocer el terreno —idea alimentada, claro está, por la imagen que se reproduce de manera insistente en los medios de comunicación masivos— y, por otro lado, que si bien en aquella calle es posible ser asaltado a plena luz del día, en la mayoría de los casos los pretendidos atracadores no son de ninguna manera *seres del inframundo*, como parece evocarse desde el imaginario sobre el lugar.

Hay que tener presente que los códigos de la lucha y del reto entre hombres —tan bien descritos, por ejemplo, por Paul Willis (1988)— son tan comunes aquí como en cualquier otro lugar,[12] aunque en este caso se utilicen para procurarse algo de dinero.

Además de este comercio de objetos y sustancias, o de los más infrecuentes robos o hurtos que allí puedan producirse, Robador sigue siendo hoy, como se ha dicho, una activa calle de mercadeo sexual. Sobre todo de mujeres que ofrecen servicios y de varones que los adquieren, aunque —como ya se ha explicado— también es posible encontrar hombres que brinden los mismos servicios. Esta investigación ha categorizado todas estas prácticas como alternativas a la explotación clásica del mercado laboral institucional.[13]

Las chicas y chicos que ejercen la prostitución elaboran diversas estrategias para convertir esta actividad en lo más parecido a un empleo profesional autónomo; trabajando en la calle, en los bares, en ciertos clubes u organizándose para alquilar un piso donde puedan oficiar el servicio sexual. Los locales más vistosos d'en Robador y que congregan a más personas son los bares. De hecho, como recuerdan Sirvent y Carreras los bares han sido siempre los espacios de prostitución más comunes en la calle d'en Robador (2013: 29). Hay

12 Recordemos el comentario de uno de los *mossos* destinados a la zona, que criticaba la exageración sobre este hecho por parte de la prensa. Según el entrevistado, aunque quizás en algunas calles del Raval un transeúnte común deba ir alerta, «no es para tanto» (entrevista a Antonio, 9 de febrero de 2011).

13 Me he permitido realizar una aportación al papel de la estigmatización de la prostitución en los procesos de revalorización urbanística de la Illa Robador. Un extracto de este apartado se presentó en el XXI Congreso de Antropología, «Sitios, tiempo, memorias. La antropología ibérica en el siglo XXI», que tuvo lugar en León en septiembre de 2011, con el título: «Primera aproximació etnogràfica al carrer d'en Robador de Barcelona. El fenomen de la prostitució en el cas de la delimitació d'àrea de conservació d'en Robador i Sant Ramon». La ampliación y actualización de este texto fue publicada por la Universidade Federal Fluminense de Río de Janeiro, Brasil. Véase Fernández (2013*a*).

ocho bares y/o restaurantes en total, cuatro de los cuales podrían considerarse bares de alterne, ya que son frecuentados mayoritariamente por las mujeres que trabajan en la calle ofreciendo servicios sexuales. Éstas los utilizan para concretar sus citas y también para refugiarse del frío o la lluvia, para tomar un café o una copa, para usar sus aseos o, sencillamente, para charlar mientras hacen un receso del trabajo. Como se ha dicho, existe noticia de que la prostitución se ha ejercido en la calle d'en Robador, al menos, desde 1339. Y tradicionalmente el contacto, el ofrecimiento y la negociación del precio se acostumbran a hacer tanto en la calle como en sus bares.[14] Esto ha sido así en Robador desde hace décadas. Gary McDonogh describe la concentración de bares para estos usos en aquella calle, a principios de la década de 1980, de la siguiente manera:

> *El estrecho paso de la calle d'En Robador, sobre todo, está repleto de bares, "meublés" y clínicas de gomas. Como a las prostitutas se las fuerza a estar en la calle durante los días cálidos, los hombres circulan lentamente y miran desde la calle hacia dentro en cada uno de los bares. Densas multitudes se congregan, condensando sitios y personas en un espacio intenso de sexualidad y deseo.*[15]

Aunque en una proporción mucho menor, en la calle d'en Robador también podemos hallar hombres que ofrecen servicios sexuales. En una ocasión, el propio observador fue confundido con un chapero (28 de julio de 2010, 23 h) y, varias veces, interpelado de manera más o menos sutil por algún hombre que ofrecía sus servicios sexuales.[16] De hecho, una práctica común entre las mujeres trabajadoras de la calle es acercarse a un varón, por ejemplo pidiendo un pitillo aunque la susodicha no fume, con la intención de valorar al posible demandante de servicios sexuales (DC, 27 de julio de 2010, 20 h). En el caso de los hombres, como excusa para la aproximación, evaluación del supuesto

14 En un apartado anterior de este texto, titulado «En el principio era el verbo», se ofrece una descripción de los *meublés* visitados.
15 Véase McDonogh (2003: 273).
16 Notas recogidas en el diario de campo de los días: 16 de mayo de 2010, 21.45 h; 17 de mayo de 2010, 18.45 h y 28 de julio de 2010, 22.30 h.

demandante de servicios sexuales y consecuente oferta, a la demanda de tabaco suele añadirse la oferta de estupefacientes. En este sentido, las maneras de los hombres al ofrecer sus servicios sexuales en la calle d'en Robador acostumbran a ser más sibilinas, más discretas y, sobre todo, más secretas. La siguiente situación lo ilustra a la perfección:

> *Un grupo, al parecer de yonquis, se acerca al asentamiento del número 7. Poco después, cuando ya están sentados, paso por allí y me fijo en un chico [que, de nuevo, da la sensación de haber salido de* Accattone*, la película de Pasolini sobre los bajos fondos de Roma]. Está sentado y me mira fijamente sin decir nada ni hacer gesto alguno. Pero yo le «respondo» negativamente con la cabeza, porque entiendo que me está ofreciendo algo, en ese momento no sé si drogas o sexo.*
>
> *Salgo para Hospital, pero vuelvo a entrar en Robador y veo al mismo chico, con «aspecto ibérico» (cabello negro y rizos, delgado, facciones marcadas y finas), apoyado en un portal, con un brazo sobre la cabeza y el otro en la cintura y la camiseta de tirantes subida hasta las axilas. Podría decirse que está una posición «sexy». Me vuelve a mirar fijamente sin hacer ningún gesto, pero me pregunta si quiero algo. Respondo que no. Me dirijo a Sant Pau con la intención de abandonar el campo y, cuando ya estoy llegando al cruce, oigo una voz que me llama, me giro decididamente hacia él. Insiste: «¿Quieres algo?». Y contesto que no. «¿Pero qué buscas? ¿Qué haces por aquí? Te veo dando vueltas pa' arriba y pa' abajo...». Y cuando empiezo a responderle, me dice: «Vamos para aquí», hasta la esquina con Sant Pau. Se apoya en la pared y me vuelve a interrogar. «Yo tengo de todo», me explica y contesto que no, que ahora estoy trabajando y me pregunta de qué. Le explico que, para la universidad, estoy mirando los cambios que se están produciendo en el barrio y la vida cotidiana de la gente que vive allí. Me vuelve a decir que tiene de todo y yo insisto en que no, que ahora estoy trabajando y que, quizás, alguna otra noche que baje, ya buscaré. Me presento y él me dice que se llama Jesús. Me coge fuertemente la mano y me tira hacia él, yo me resisto y mantengo la posición. Me incomoda llevar el teléfono tan visible en mi cinturón, algo que él advierte. Me mira de arriba abajo y me pregunta si soy policía. Con una sonrisa le digo que no, que hace tiempo que estoy por allí y a él no lo había*

visto nunca y que puede preguntar por mí a la gente de la calle o a los del bar Alegría, el Filmax o Rubén. Y me pregunta: «Bueno, ¿pero a ti te va el rollo, no?». Y nuevamente con una sonrisa le digo que no. Nos damos la mano y le digo que ya nos veremos. (DC, 21 de julio de 2010, 17 h)

En la transacción, las chicas ganan entre unos diez y treinta euros por el «servicio completo» y entre cinco y veinte por una felación. El precio total —habitación más servicio sexual— rara vez supera los cincuenta euros, que satisfacen íntegramente a la chica (o chico) y ésta abona la habitación. También puede darse el caso de que sea el mismo cliente quien pague el servicio y la habitación por separado. El tiempo que se invierte en el intercambio —con estos precios— no suele ser especialmente largo. Se ha calculado un mínimo de diez minutos y un máximo de veinte. Cabe destacar que cada chica (o chico) acostumbra a tener unos horarios y unos espacios de trabajo determinados. Las mujeres que van por la mañana no suelen estar por la tarde y lo mismo pasa por la noche, cuando aparecen chicas que no han trabajado allí durante el día. La mayoría de las mujeres con las que he hablado allí, actualmente, trabajan por libre. Muchas compaginan este empleo con otros, generalmente de limpieza o cuidado de personas mayores, en otras partes de la ciudad.

Está allí la chica de siempre y un hombre alto y corpulento le está haciendo la corte. Le dice que un día la invitará a una paella y ella responde que por una paella no se va con nadie. Él pregunta por qué rechaza una invitación a comer. Y ella contesta que se levanta cada día a las seis, porque trabaja limpiando un hospital, que por las tardes está allí y que por la noche está en casa, porque está muy cansada. (DC, 5 de octubre de 2010, 22 h)

De los casos que conozco, ninguna mujer forma parte de una red de explotación sexual o ha sufrido algún tipo de amenaza para hacer este trabajo.[17]

17 Esto se desprende tanto de la etnografía que se ha llevado a cabo como de la de Sirvent y Carreras (2013). Hay que recordar, no obstante, que también se identificaron hombres —especialmente durante el verano de 2010— que daban la sensación de estar fiscalizando a algún grupo de chicas. Además, una de las entrevistadas explicaba: «Tenías que vigilar

Sin embargo, ocasionalmente, se observa a hombres con una actitud fiscalizadora de algunas de las chicas más jóvenes y de aspecto balcánico. En otros casos, por ejemplo, las mujeres que vienen de más lejos, por ejemplo de países centroafricanos, suelen tener una deuda con quien las ha ayudado a llegar hasta Europa. Esa deuda puede rondar los 3000 euros, que se van sufragando a lo largo de varios años.

Además, algunas de estas chicas que se encuentran en una situación de irregularidad sobrevenida (Fernández y Romero, 2008) —y para driblar la ley de Extranjería que las condena durante un mínimo de tres años a vivir en la clandestinidad— contraen matrimonio con un ciudadano español, a veces a cambio de una cantidad de dinero que puede llegar a los 5000 euros.[18]

En Robador, no se acostumbra a ver empleadas de los servicios sociales municipales. De hecho, en el transcurso de la observación, sólo fui testigo de algo parecido en una ocasión, frente al número 33, en la puerta del bar de Rubén. Se trataba de dos chicas que se detenían a hablar con las trabajadoras, se preocupaban por si les iba bien el trabajo y les ofrecían preservativos (DC, 1 de junio de 2010, 14 h). Ahora bien, lo que sí es fácil presenciar es a efectivos de la Guàrdia Urbana acosando a las trabajadoras de la calle, diciéndoles que «abandonen el área» en la que se encuentran, pidiéndoles la documentación, registrándolas o, directamente, multándolas —con trescientos euros—, porque sospechan que están ofreciendo servicios sexuales a algún presunto cliente.[19] Esto no sucede de manera sistemática, pero sí regular. He observado a grupos de chicas de aspecto centroafricano corriendo

porque si no te hacían daño... sí... Pero yo no quiero volver a esta cosa, es muy malo... Mira, si tú eres vegetariano y tienes mucha hambre, pues acabas comiendo carne (risas)» (entrevista a África, octubre de 2011).

18 Este hecho, les otorgará el permiso de residencia durante el primer año y, después de ese tiempo, también el de trabajo. En el momento en que se produzca el divorcio o se oficialice la separación, deberá regularizar su situación, como el resto de «inmigrantes no comunitarios», siempre mediante una contrato laboral en vigor, que haya finalizado recientemente o que se espera renovar. Para profundizar en los aspectos relativos a lo que significa estar sancionado por la ley de Extranjería, me remito a nuestro trabajo sobre la cuestión (Fernández y Romero, 2008).

19 Por si esto no fuera suficiente, existe literatura sobre este tema que recoge las denuncias de prostitutas agredidas y chantajeadas por policías, obligadas a practicar coitos y felaciones para no ser denunciadas y/o expulsadas del Estado (Medeiros, 2000).

juntas ante la presencia de la Guàrdia Urbana un día cualquiera. Es difícil captar el celo de la policía en la zona, en relación con el ejercicio de la prostitución. Eso sí, se puede identificar una correlación entre el aumento de noticias ignominiosas sobre el lugar y la persecución hacia las chicas, vendedores ambulantes o pequeños narcotraficantes.[20] Un pasmo compartido con Gerard Horta:

> *Con el paso del verano y de las fiestas de la Mercè, en octubre se reabre el telón político, policial y mediático en lo concerniente a la práctica de la prostitución y al comercio minorista de drogas ilegales. Basta con ir rondando por la Rambla del Raval —en las noches de los fines de semana, preferentemente— para comprobar dónde le ofrecen a uno productos semejantes. Basta con andar por los alrededores inmediatos de la Rambla del Raval para encontrarse con mujeres de aquí y de allí, consagradas profesionalmente al ejercicio de la prostitución y con clientes ávidos de follárselas. Nada que la policía desconozca. Sin embargo, de repente, como si un furor huracanado despertara desde insondables ciénagas institucionales, la rabia estigmatizadora se desata sobre el Raval con una voluntad purificadora de consecuencias imprevisibles.*[21]

20 Generalmente, las noticias que alertan del aumento de la «sensación de inseguridad» son seguidas, alguna semana después, por otras que denotan el éxito de las operaciones policiales. Sirva como ejemplo una que era encabezada por una declaración del alcalde, que afirmaba: «Estem notant l'efecte positiu de la presència policial a tots i cada un dels escenaris», en una noticia del 18 de agosto de 2010, en Barcelona TV. En esa misma, se informaba de las operaciones policiales realizadas. En concreto, en la ciudad de Barcelona, entre el 1 de junio y el 8 de agosto de ese año, la Guàrdia Urbana impuso 24.205 denuncias por infringir las «normas de convivencia»; 16.024 por venta ambulante; 145 por oferta de servicios sexuales; 62 por demanda y 1190 por realizar necesidades fisiológicas en la calle. Se decomisaron 69.982 latas de bebida. Estos datos están extraídos de «La neteja funciona però la seguretat no millora», noticia de BTV Notícies. Otras cifras recabadas entre el 2 de diciembre de 2010 y el 16 de enero del 2011 señalaban que los hurtos habían descendido un 2 %, los robos con violencia en establecimientos un 21 %, los robos con fuerza se habían reducido un 44 % y los tirones un 2 %. A pesar de ello, el número de personas identificadas había aumentado un 19 %, aunque las detenciones habían descendido en un 4 %. Incluso teniendo en cuenta estos datos, el titular de la noticia era: «Aumentan en Barcelona los robos con violencia en la calle», *La Vanguardia,* 28 de enero de 2011.

21 Véase Horta (2010: 232).

Dependiendo de esto, puede verse a las chicas saliendo con cautela de las fincas o bares, con un miedo fundamentado en ser vistas por la policía (DC, 11 de febrero de 2011, 14.20 h). En otra ocasión, en cambio, también pude observar la prestancia de las mujeres frente el acoso policial:

> *Subo hasta la esquina con Sant Rafael, donde dos de los «mossos» camuflados han entrado en una tienda de teléfonos móviles. Uno de ellos, el más grande y con gafas, me mira fijamente. Detrás de mí, a la altura de la Bata de Boatiné (número 23), hay dos prostitutas con aspecto y acento magrebí. Y una de ellas está diciendo ofendida: «Hasta que no estén detrás de mí yo no haré nada. ¿Tú me das de comer a mí?», refiriéndose figuradamente al policía.* (DC, 10 de junio de 2010, 20 h)

Los asedios policiales a las chicas se intensifican de manera irregular.[22] Uno de los días observé cuatro actuaciones policiales contra ellas. Oí al urbano recriminarle a una chica que estuviera «ahí parada, en el poste toda la tarde» (DC, 8 de junio de 2010, 19 h). En otra ocasión, observé a una mujer apoyada en el quicio de la puerta de una de las fincas nuevas, que resultó ser una policía camuflada:

> *Veo más policía que otros días. Observo a una mujer con gafas, apoyada en la puerta del número 28 (edificio nuevo, junto al garaje de las fincas), que pienso, por un momento, que es una nueva prostituta. Me extraña que vaya con gafas oscuras, porque ninguna otra prostituta las lleva. Poco después, la veo con un hombre que parece su pareja; de hecho, tienen aspecto de policías de paisano. Están allí todo el tiempo y no se moverán.* (DC, 10 de junio de 2010, 19 h)

22 Al parecer, esta intensidad policial no ha sido siempre así. Basta ver el extenso documental (120 minutos) de Adèle O'Longh (2007), *Desde mi ventana*, en el que las imágenes captadas entre 2002 y 2003 muestran una menor presencia policial. Por ejemplo, no existe todavía ningún «punto estático» ni cámaras de videovigilancia. De hecho, en el transcurso de las dos horas de metraje, sólo aparecen dos policías nacionales motorizados en un par de ocasiones y un coche de la Guàrdia Urbana.

La actitud de las mujeres que allí trabajan —como es de imaginar— es de malestar con la policía, incluso aunque no sean ellas las afectadas por las intervenciones. Una tarde, una de las mujeres del lugar, cuando frente a nosotros estaban multando a dos chicos de aspecto andino por beber cerveza en la calle, clamó: «¡La policía está arruinando el barrio, son gente trabajadora!» (DC, 4 de febrero de 2011, 20 h).

De esta forma, y si añadimos ahora el estigma de la prostitución en la inmigración, las dificultades para desarrollar su trabajo se multiplican. Y, si las chicas quieren efectivamente dejar ese trabajo, tampoco lo tienen fácil. El primer paso es abandonar su condición de irregulares administrativas o «ilegales». Algunas mujeres que conozco han podido conseguir los papeles gracias a clientes o amigos que las han ayudado, por ejemplo, contratándolas en un negocio y pagando a medias la cotización correspondiente a la seguridad social durante el tiempo necesario para poder regularizar su situación. Después, es posible disponer de más apoyo de las administraciones para integrarse en el mundo laboral regulado, con cursos de formación ocupacional, participación en bolsas de trabajo, asesoramiento, etc. Ejemplos como éste se recogen igualmente en otras etnografías (Sirvent y Carreras, 2013: 128).

Y a las mujeres que no quieren o no pueden dejar este trabajo les queda todavía Robador y, especialmente, sus bares,[23] un espacio mejor dispuesto para llevar a cabo su profesión y que, probablemente, les permite más autonomía que los burdeles.[24] En este sentido, lo primero destacable es que el control sobre las personas en lugares abiertos es evidentemente más difícil que en locales cerrados, y aún más si estos espacios al aire libre son calles céntricas de una ciudad, llenos a rebosar durante gran parte del día y

23 Nuevamente la etnografía citada recoge reflexiones como éstas, en las que se destaca la valoración positiva del trabajo en el bar como mejor alternativa: «Por ejemplo, el [club] que está en Tenerife, al que he ido muchas veces, pagaba quince euros nada más y te daban comida, vivienda y todo, ¿me entiendes? O sea, se portaban bien, no te sacaban el dinero como los otros, ¿no? Pero... prefiero aquí [se refiere al Bar X]» (Sirvent y Carreras, 2013: 119).

24 Sirvent y Carreras (2013: 119) destacan que la calle o los bares ofrecen no sólo más autonomía, sino la posibilidad de que mujeres mayores o que respondan a otros cánones estéticos, o que, en definitiva, dejen de ser consideradas un objeto de consumo comercializable puedan ejercer esta labor.

la noche (Jacobs, 2011 [1961]). Por lo general, las trabajadoras sexuales se conocen entre sí y también son conocidas por los propietarios o empleados de los comercios, bares o peluquerías de la zona. Estas circunstancias hacen que, contrariamente a lo que puede pasar en los burdeles, su actividad profesional en la calle resulte más segura, fluyente y desparramada, tal y como muestra la citada etnografía (Sirvent y Carreras, 2013).

Las meretrices que llevan más tiempo trabajando o viviendo en Robador, algunas desde hace más de treinta años, me cuentan que, lejos de los tópicos sobre la prostitución en la calle, no han sufrido agresiones o vejaciones específicas relacionadas con el trabajo que hacen y, además, que hasta hace no muchos años vivían «muy bien» e ingresaban montos significativos.

No obstante, la mayoría de chicas con las que he hablado reconocen las dificultades actuales para subsistir exclusivamente de la prostitución. Muchas se remiten a épocas pasadas en las que podían vivir con holgura. Estos testimonios pueden encontrarse en cualquier parte; sirva esta cita a modo de ejemplo:

> *«La Coreana» le costaba al cliente quince pesetas, y se la consideraba una mujer de cincuenta chapas diarias. Cincuenta servicios en aquellos años [finales de los sesenta del siglo XX] equivalían a quinientas pesetas para la mujer. Ingreso muy elevado si se tiene en cuenta que un obrero cualificado percibía un jornal semanal de trescientas pesetas.*[25]

Hay que tener en cuenta que estos ingresos, en una situación ideal, se pueden alcanzar con una ocupación laboral de pocas horas diarias. De hecho, existe todavía la idea —producto de dicha estigmatización— de que las mujeres que se dedican a la venta de servicios sexuales están obligadas a ello o lo hacen bajo amenazada. Bien, es cierto que existen prostitutas en situación de trata, pero en la mayoría de los casos, al menos en la calle d'en Robador, no es así. Una de las mujeres que más tiempo lleva allí me explicaba la relación con su compañero sentimental, con el que había vivido los últimos cuarenta años de su vida. Cuando se conocieron, en los años setenta del pasado siglo, ella le dijo:

25 Véase Aisa y Vidal (2006: 323).

«Yo soy muy liberal, me gusta el trabajo que hago y no pienso dejarlo.» Y que si a él le parecía bien podían ser pareja. Poco después él le dijo que se quería comprar un piso y le pidió que fuera con ella. Ella pensaba que quería poner el piso a nombre de los dos, pero lo puso sólo a nombre de ella. [...] Insiste en que a ella le gusta su trabajo. Que de pequeña ya le gustaba estar con los chicos, que jugaba con ellos y se les ponía encima. Después me dirá que le aclaró a su compañero sentimental: «Yo no pienso retirarme». «Tú, tu dinero; y yo, el mío», insistía ella. Y añade: «Nunca tuve una mala experiencia, nunca me sodomizaron, nunca se han ido sin pagar». (DC, 17 de junio de 2010, 18 h)

Además del resultado de la observación y del conjunto de la etnografía producida, existen documentos que dan cuenta de la posibilidad real de que las personas que ejercen este empleo lo disfruten y tengan cierta autonomía para escoger a sus clientes, y así acostumbran a escenificarlo frente al observador. Por ejemplo, es común ver a chicas rechazar sin problemas a hombres que no les interesan por algún motivo.[26] En otra ocasión, una de las mujeres explicaba que, en la lavandería de la calle, un hombre se ofreció a ser su pareja, a lo que ella respondió que ser pareja de alguien «me provoca urticaria. Yo media hora, una hora, una noche, ¡pero pagando!» (DC, 30 de julio de 2010, 21 h).

En un sentido parecido, podemos hallar a otras profesionales que, aunque no se sabe si frecuentan o no la calle d'en Robador, dejan claro que el trabajo sexual es un elección personal y gratificante. Por ejemplo, en el blog de Internet PaulaVip[27] se presenta una persona que se anuncia como «*escort* independiente de lujo» y se recogen muchas noticias sobre tramas de prostitución en burdeles y apuntes sobre algunas de sus gratificantes experiencias laborales. Otra muestra de esta lectura sobre el trabajo sexual se recoge en el filme de Francesc Betriu *Mónica del Raval* (Betriu y Coronado, 2010). En esta película se muestra a una profesional muy alejada del imaginario tétrico sobre la figura de la prostituta de calle como mujer hiperexplotada y

26 DC, 31 de julio de 2010, 21 h o 2 de agosto de 2010, 13 h.

27 La dirección es http://www.paulavip.com/ [septiembre de 2014]. En la página, ella informa de que trabaja también como «contable en una gran empresa de servicios». Este tipo de páginas web o perfiles de Facebook son muy comunes.

sujeta a todo tipo de vejaciones. Este tipo de discursos aumenta la estigmatización y criminalización de la prostitución callejera y dificulta que se pueda ejercer en condiciones de mínima seguridad y salubridad. En una conversación, me explicaban lo siguiente:

Ella dice que tampoco ha bajado mucho a trabajar [vive ahí mismo]; que «total, para lo que hay...». Argumenta que últimamente hay pocos clientes, que ella descubrió la crisis en 2009 y que en 2007 y 2008 trabajaba bien. Que incluso antes (lleva seis años en el barrio) se vivía muy bien de la calle. La prostitución era su principal fondo de ingresos, pero ahora no, ahora es una ayuda. Cuenta que tiene suerte también porque su compañero colabora (lo dice mientras le señala). Es un hombre delgado, con la cara muy flaca y las facciones muy marcadas, que siempre que hablo con ella se pone al lado y me mira de reojo sin decir nada [con una expresión que denota cierta desconfianza]. Dice que, cuando baja, ella sólo trabaja tres horas al día. Dice que «ayer me hice tres y hoy por la mañana ha venido un cliente a casa». Son clientes fijos, que la llaman por teléfono y la visitan en su vivienda. Dice que no le gusta trabajar mucho porque le agrada la «buena vida, estar en casa, ver una película, estirarme en el sofá». Explica que no entiende cómo algunos hombres se fijan en ciertas chicas que no van vestidas de manera «sexy». Afirma que algunas de las chicas van vestidas para buscar novio, pero no para «echar un polvo, hablando en plata». (DC, 5 de julio de 2010, 21 h)

Por otro lado, y como es de suponer, no todas las trabajadoras tienen la misma opinión sobre la prostitución como forma de procurarse la subsistencia:

La verdad es que yo también tenía mucha, pero mucha vergüenza para... Yo no decía nada... Las otras chicas gritaban a los chicos [posibles clientes], pero yo no hacía nada... Me sentía muy rara, porque yo no hacía nunca cosas así en mi país...Pasé dos semanas con ellas... es como si te dan una comida que no quieres, por ejemplo, si estás encerrado en un sitio y no quieres comer nada de nada y viene una comida que no te gusta, pero tienes hambre y tú intentas, para no morir, pues comer lo que sea [...]. Cuando tuve papeles dejé la calle. Tengo amigas que decían que tenía sus cosas buenas, pero a mí no me gusta

nada. Gracias a Dios que tengo papeles y ya no tengo que trabajar más en la calle. […] Y no tienes opción ni ayuda, ¿sabes? [...] Yo no quiero más trabajar en eso. Hace un año que no lo hago más. […] Pero gracias a Dios que tengo papeles y quiero trabajar normal, quiero vivir una vida normal.[28]

Cabe no olvidar entonces que, generalmente, las chicas en esta situación sienten un desamparo generalizado por parte de las instituciones. Y, de nuevo, contra el estigma, las propias experiencias que narran las mujeres entrevistadas muestran cómo la ayuda que no recaban de las administraciones puede llegar de la mano de algún cliente que acabará convirtiéndose en amigo:

Otra persona que me ha ayudado. Habló con los abogados, tenía un bar, me propuso contratarme. [...] Cuando tuve el contrato, pude conseguir los papeles... pero porque me ha ayudado alguien.[29]

Todo esto debe entenderse en el marco de procesos económicos irregulares y administrativos corruptos. Se trata de formas de ordenamiento institucional, destinadas en gran medida a bloquear estas prácticas laborales marginales. Cómo se lleva a cabo todo esto es extremadamente elocuente. La corrupción administrativa y política en Cataluña está ligada, desde sus orígenes, a las transformaciones urbanísticas (Díez Ripollés y Gómez Céspedes, 2008; Trapero Álvarez, 2010). Por otro lado, la publicación académica de este tipo de estudios que ligan corrupción y urbanismo (Magrinyà Torner y Maza, 2005) no es profusa, aunque su correlación con los cambios en la fiscalización de la calle d'en Robador sea abrumadora, tal y como aquí se demuestra. Comparado con el silencio académico, sorprende que la hemeroteca albergue tal cantidad de noticias, desde la década de 1990, en las que se destapan delitos de corrupción alrededor de la llamada «regeneración urbanística del Raval»: los elevados salarios de los responsables de Procivesa, el pago de facturas sin IVA, comisarios policiales implicados en casos de proxenetismo y soborno en prostíbulos, asignación de pisos de protección oficial a dedo, pagos de comisiones por las licencias de actividades económicas en el barrio o por venta ilegal de patrimonio histórico (*Masala*, 2003; Moreno y Vázquez Montalbán, 1991; Roma, 2002; Taller contra la Violència Immobiliària i Urbanística, 2007, entre otros)

28 Entrevista a África, octubre de 2011.
29 *Ibídem*.

Los sucesos más famosos se han producido en torno a los macroburdeles Saratoga y Riviera del vecino municipio de Castelldefels, en los que está implicado, entre otros, el jefe de la Unidad Central contra las Redes de Inmigración y Falsedades Documentales (UCRIF) de la Policía Nacional, Abundio Navas. Los directores de los prostíbulos fueron acusados de cohecho, proxenetismo, delitos contra los derechos de los trabajadores e inmigración ilegal. De hecho, en marzo de 2009, la jueza descubrió las irregularidades municipales mientras investigaba una trama de corrupción policial vinculada a la adjudicación de licencias fraudulentas en burdeles o la negativa a ser inspeccionados por la Administración. En el caso de los burdeles estaban implicados, además, técnicos del Ayuntamiento de Barcelona: el ingeniero municipal Joaquín Quílez, acusado de cobro de sobornos a comerciantes de Ciutat Vella, y el del jefe de licencias del distrito de Ciutat Vella, Heliodoro Lozano.[30]

Se concluye, entonces, que la expulsión de estas actividades comerciales informales (la compraventa callejera de servicios sexuales) no se explica solamente por una especie de fundamentalismo higienista o cívico de los legisladores municipales. Este acoso y expulsión de usuarios y trabajadoras también se entiende desde el punto de vista de la explotación dirigida a la producción de plusvalías para terceros en los opacos burdeles o para que se introduzcan en un mercado laboral institucional altamente precarizado.

Pues bien, hasta aquí la descripción y análisis de algunas de las prácticas que se llevan a cabo en la calle d'en Robador para procurarse la subsistencia al margen del mercado laboral institucional. Suscribiendo el análisis de Horta (2010), cabe destacar que el papel colaboracionista de los medios de

30 Ambos cargos del Ayuntamiento están acusados de amenazas y de asalto a la casa particular de la que, en aquel momento, era la regidora del distrito, Itziar González. González actuó contundentemente contra la construcción ilegal de nuevos hoteles en el centro histórico de Barcelona, aparente motivo de las amenazas. Véase, por ejemplo, algunos de los muchos artículos que hicieron referencia al caso: «Dos cargos municipales, investigados en una red de sobornos en Barcelona», *La Vanguardia,* 7 de octubre de 2010 o «El juez manda a prisión a los detenidos por irregularidades en la gestión de apartamentos turísticos», *La Vanguardia*, 22 de diciembre de 2009.

comunicación es fundamental. Y si los ejemplos son numerosos,[31] destacan, eso sí, los realizados en televisión, como por ejemplo el programa *Entrelínies,* de Televisió de Catalunya, del 25 de mayo de 2010. Con el elocuente título de «Farts de furts» (Hartos de hurtos),[32] este reportaje que, si bien asume el descenso del nivel de delincuencia en el barrio del Raval, amplifica, produce y reproduce hasta el paroxismo la manida «sensación de inseguridad». El documental comienza señalando que la criminalidad ha bajado y que la sensación de inseguridad ha aumentado. Habla, sobre todo, de una nueva figura —el «multirreincidente»— y la mayoría de testigos, vecinos, jueces o policías insisten en que las multas por hurto no son efectivas, porque «obligan» al «delincuente» a reincidir para pagarlas. El programa acaba con una casi cómica aportación del alcalde de aquel momento, Jordi Hereu, que señalaba que los delincuentes detenidos tenían libretas con una especie de «plan» de gastos ligados al pago de multas según las faltas que habían cometido.

31 A título ilustrativo, el último alcalde socialista de Barcelona, en relación con una polémica sobre la prostitución callejera en el Raval, declaraba que no «acepta atentados contra la convivencia, el civismo o la legalidad, ni contra la dignidad» (Hereu, 2009); el que fuera arquitecto municipal, Oriol Bohigas (2005), se refería a la plaza Reial, colindante con el Raval, como lugar «en que se practican públicamente todos los actos domésticos, desde la defecación y el vómito al coito, desde la borrachera a la droga»; el periodista Antoni Puigverd (2005) afirmaba que «si tenemos en cuenta la fenomenal ola migratoria de los últimos diez años, el Raval podría ser infinitamente peor. Sus zonas fronterizas podrían haberse convertido en un inmenso barrio sin ley». Y, como último ejemplo, Luis Benvenuty (2009), bajo el título «La maldición del Raval», hablaba en *La Vanguardia* de «un cúmulo de fracasos y despropósitos a la hora de afrontar […] la prostitución, las drogas, la delincuencia, la inmigración, la especulación, el turismo masivo de bajo coste y las normas de civismo».
32 En el pie de página del vídeo incrustado en la web de la televisión pública puede leerse en catalán: «Para hacer este reportaje, el programa ha acompañado a patrullas de paisano de la policía de Cataluña —Mossos d'Esquadra— y de la Guàrdia Urbana de Barcelona, para ver cómo capturan a ladrones reincidentes efectuando hurtos en plena vía pública y saber cuál es la tarea de prevención para disuadirlos. Pese a que el número de denuncias ha bajado, este tipo de robos son una auténtica pesadilla para los vecinos y los turistas que visitan la ciudad, ya que sufren tirones de bolsos, mochilas, carteras, aperturas de cremalleras». El reportaje se puede ver aquí: http://www.tv3.cat/videos/2927450 [septiembre de 2012].

La invención del «espacio público» como territorio para la excepción[33]

En el apartado anterior, se ha explicado sobre los usos del mito del Barrio Chino la manera en que los medios de comunicación colaboran en estigmatizar la zona d'en Robador.

Esta calle, como ya ha quedado claro, es un lugar de prostitución callejera y lo es, en cierto sentido, por una relación irregular de consentimiento y represión por parte de la Guàrdia Urbana o los Mossos d'Esquadra. El motivo de esta irregularidad responde a lógicas aún difíciles de conocer por parte del observador. La llamada «normativa cívica» de 2005 sanciona un enorme abanico de actividades callejeras en el marco de lo que se ha venido a llamar «la lucha contra el incivismo» (*La Vanguardia*, 20 de octubre de 2005). Por otro lado, nada nuevo en el escenario de Barcelona.

> *Per això era bàsica la configuració de la figura del ciutadà com a premissa per pacificar i unificar un camp social bel·licós i escindit. La ciutat, fortalesa del civisme, s'havia de conformar com la presó imaginària on els ciutadans tindrien alhora les funcions de guaites i reus de l'ordre urbà. Aquest civisme de la ciutadania, convertit en vehicle d'una il·lusió col·lectiva, havia d'enfrontar al salvatgisme d'uns bàrbars acampats a la ciutat i amenaçadors de l'ordre urbà. La pau social a la ciutat comporta, doncs, la domesticació o l'exili dels que es resisteixen a les utopies d'ordre i seguretat.*[34]

Uno de los objetivos estrella de esta lucha es la oferta o demanda de actividades sexuales en la calle. Desde su puesta en práctica, ha desaparecido gran parte de la prostitución de las rondas de Sant Pau, Sant Antoni, Universitat o de la calle Joaquim Costa. Parece ser que las y los irreductibles del mercadeo sexual callejero se han concentrado en la zona de la Illa Robador. La persecución administrativa o delictiva de estas prácticas solamente se lleva a cabo en momentos

33 Este apartado es el resultado de la actualización y ampliación de un artículo publicado en la revista electrónica del Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos (OSPDH) de la Universitat de Barcelona. Véase Fernández (2012*b*).
34 Véase López Sánchez (1991: 96).

muy concretos. Por ejemplo, mediante una redada policial en la que se detiene a supuestos cabecillas de redes de explotación sexual de mujeres. En otras ocasiones, cuando durante uno o dos días la Guàrdia Urbana multa a toda mujer que esté en la calle y a, prácticamente, cualquier hombre que se acerque a ellas. Cuando esto sucede, las chicas y/o los vecinos no dudan en definir la situación como de «toque de queda» (DC, 5 de agosto de 2011, 15 h) y se lamentan de que «se acabó la época dorada» (DC, 10 de junio de 2010, 20 h).

Además, recientemente la Generalitat de Catalunya ha prohibido la prostitución en la calle con multas de hasta 3000 euros.[35] En este sentido, el control sobre las mujeres de la calle d'en Robador se ha intensificado y regularizado en los últimos meses, provocando su inquietud.

> *Es cierto que [cuando llegué a Barcelona a finales del siglo pasado] asustaba un poco y te sentías perseguida pero, ahora, ya no se trata de tener o no papeles. Han prohibido la prostitución. Hoy, que los tengo, me he de esconder mucho más. En la calle, no puedo hablar con mis amigos ni con los vecinos. Con mujeres sí, pero con hombres, no; aunque no esté trabajando.*[36] *Esto me asusta mucho, es una actitud talibana. Es la primera vez que me prohíben hablar con un ser humano. Cuando la policía está cerca, me siento impotente. Vienen, te piden la documentación y te preguntan: «¿Qué haces hablando con hombres?».*[37]

Éstas son las formas recientes que ha adoptado el control urbano y que comportan la conceptualización del espacio público como territorio para la excepción. Para concluir esta crítica a la noción de espacio público, son pertinentes unas reflexiones finales a propósito de lo que Loïc Wacquant llama «reclusión urbana» en el siglo XXI (2011).

35 «La prohibició de la prostitució al carrer a Barcelona entra en vigor amb multes de fins a 3000 euros», Canal 3/24, Televisió de Catalunya, 16 de agosto de 2012. Se puede ver aquí: http://goo.gl/zEIZ8 [septiembre de 2014].

36 Livia Motterle (2014), etnográfa compañera de departamento, denuncia —contrariamente al comentario de esta entrevistada— que ella fue multada mientras hablaba con una de sus informantes «por requerir servicios sexuales en la vía pública».

37 Entrevista a Bambolina (Elmaimouni, 2012). En la siguiente sección, me ocuparé con más detenimiento de este tipo de prácticas policiales contra las trabajadoras del sexo en la calle d'en Robador.

Hoy, en sociedades formalmente democráticas, este tipo de prácticas requieren fundar y refundar territorios y poblaciones de excepción. En el caso del Raval de Barcelona, esta definición de espacio público contempla la exclusión de población, la expropiación tanto de prácticas como de espacios y, por último, el secuestro de la vida urbana. En definitiva, estos espacios de control sirven a un proyecto de ciudad concreto. Y este modelo puede entenderse, entonces, como negación de la vida urbana, que se ha querido contraponer a la vida civilizada. En este texto, he apuntado una retroalimentación entre vida urbana y modelo urbanístico. El resultante será el enconamiento y la impugnación que representa la vida urbana del lugar. Ésta se entiende mejor en relación dialéctica con la lenta pero contundente imposición de maneras de existir, difícilmente practicables por poblaciones descapitalizadas.

Es así que hoy nos encontramos ante la llegada efectiva a nuestro territorio de nuevas estrategias de gestión penal de la pobreza. Hace tiempo que éstas circulan por Estados Unidos y —aunque un poco menos— también por Europa. Pero esta nueva forma de gestión de la pobreza debe ir acompañada de una cobertura bondadosa (la retórica de la caridad) y patriótica (la del *civismo* en tanto *patriotismo*)[38] que oculte la violencia que se aplica contra capas cada vez más amplias de la población.

En la actualidad, estamos ante una ofensiva contra el bien público sin precedentes en la historia reciente del Reino de España: exenciones de impuestos por patrimonio, reducción de impuestos a los tramos altos, la supresión del impuesto de sucesiones, de sociedades o las «amnistías fiscales», entre otras cosas, además de los contundentes recortes y privatizaciones de los servicios públicos de sanidad, educación o subsidios. Todo ello ha provocado un aumento rampante de la inseguridad social y, al parecer, ha asentado la idea de que sólo puede mantenerse el orden público con la expansión y densificación de políticas de control cada vez más represivas. Es lo que Loïc Wacquant —entre otros— ha llamado «gestión punitiva de la pobreza».[39]

38 El sociólogo Salvador Cardús finalizaba una de sus conferencias sobre el «civismo» con las siguientes palabras: «Si m'ho deixen expressar amb total llibertat, els diré que el problema del civisme és també, i fonamentalment, un problema de patriotisme» (Cardús, 2006: 102).

39 Loïc Wacquant se ha ocupado de esta cuestión en profundidad, al menos en tres de sus monografías (2000, 2006, 2007*a*).

Esta zona del Raval, con su larga historia de luchas e indisciplina, es un espacio paradigmático para entender las antiguas y las nuevas formas de dominación urbana. Ha sido y es allí donde se ensayan las culturas de control que, con mayor o menor éxito, se aplicarán al resto de la población subalterna de Barcelona. Ésta, organizada o no, sigue resistiendo a un trato de excepción y reclama su derecho a la ciudad. Para interpretar esto, en la siguiente y última sección del capítulo, describiré la manera en que se pretende el control institucional de flujos humanos en la calle objeto de estudio.

Nos encontramos en un momento crucial en lo referente a la aceleración del cambio de paradigma social y punitivo para la resolución de los llamados «problemas sociales». Nunca como durante estos últimos años, desde 2008 hasta 2014, se ha podido comprobar tan de cerca el acierto de la propuesta de análisis integral de Loïc Wacquant al correlacionar la expansión de las políticas neoliberales de privatización de toda la esfera pública posible, la política social y la carcelaria como partes de un sistema total, que se retroalimenta continuamente. Wacquant lo resume con la fórmula según la cual «la mano invisible del mercado, necesita el puño de hierro» del Estado.

Pues bien, en este contexto de intensificación de lo que Slavoj Žižek define como «violencia objetiva»[40] contra lo común, las retóricas justificadoras de estas nuevas estrategias penales de gestión de la pobreza pasan primero por la importación a Europa de lo que, nuevamente, Wacquant llamó la «sensatez penal americana» (Wacquant, 2000: 17).[41] Se trata de un marco ideológico que argumenta la persecución y encarcelamiento de los pobres a partir del destierro de «la ingenuidad socialdemócrata de la rehabilitación» del panorama del control social (Wacquant, 2000). Por otra parte, se criminalizan (Wagman, 2006) y atacan formas alternativas de subsistencia y recreo. La presión

40 Sin querer ahora ahondar en esta cuestión, recordemos lo dicho en la introducción de esta tesis. Lo que Slavoj Žižek llama «violencia objetiva» sería «simbólica» —en los mismos términos que utilizarán Bourdieu y Passeron (2003)— y «sistémica». Esta forma de violencia *desde arriba* tendría la calidad de invisible, en tanto es justificada, legalizada y legitimada en función de los procesos de monopolización del uso de la fuerza por parte del Estado y como expresión del proceso de civilización (Žižek, 2009).

41 Se trata de las conocidas políticas de «tolerancia cero» (De Giorgi, 2000*a*; Guillén, 2009; Mendes, 2008) y las pseudoteorías (Wacquant, 2000) de los «cristales rotos» (Coleman, 2005; Willson y Kelling, 1982).

sobre este tipo de prácticas y la amenaza con los «trabajos forzados para la comunidad»[42] o la prisión, consigue engordar un mercado de trabajo —progresivamente más desregulado—, así como el de recreo —cada vez más regulado—, obligando a las clases descapitalizadas a aceptar empleos cada vez más precarizados y a procurarse el asueto en el mercado institucionalizado.

Una vez ofrecidas las respuestas —supuestamente más eficaces para acabar con «el crimen y la delincuencia»—, es necesario refundar continuamente el consenso que las ha producido. Éste se abastece, por un lado, de la culpabilización de los pobres de su situación y, por el otro, de la idea según la cual hay soluciones al «problema de la pobreza» que no pasan por la clásica redistribución característica de los desguazados estados del bienestar. Las nuevas soluciones pasan más bien por una caridad cristiana que «evite que los niños de familias pobres hereden la pobreza de sus padres».[43]

Para ello, ambos problemas se separan, el de la pequeña delincuencia —o las actividades económicas informales— y el de la pobreza, como si no tuvieran absolutamente nada que ver. Para el primer tipo de inconveniente, tenemos una hiperregulación de la calle, que aumenta de forma exponencial y termina sancionando prácticamente cualquier práctica laboral o de ocio que se aleje de los intereses de los poderes económicos oligopolísticos o estatales. A la vez, es necesaria la consolidación de un consenso en torno a quiénes son los ciudadanos de derecho y quiénes no: los llamados «nacionalismos» y, por tanto, las retóricas sobre la inmigración que van asociadas, así como todos los discursos sobre el civismo, colaboran en el establecimiento de quiénes son sujetos de derecho y quiénes no. En este sentido, los «inmigrantes», por definición, y todo el batiburrillo de personas y prácticas etiquetadas como «incívicas» quedan excluidas de la comunidad ideal ciudadanista y, en consecuencia, confinadas a una especie de estado de excepción en la medida en que se puede aplicar sobre ellos, con total celo, gran parte de un abanico punitivo en sistemática implementación.

La manera que tiene el actual sistema económico y político de cerrar el círculo es convirtiendo la gestión de la pobreza y la criminalidad en otro

42 Cristina Sen: «Beneficiarios de ayudas sociales pagarán con tareas para la comunidad», *La Vanguardia,* 11 de septiembre de 2012.

43 M.ª Paz López: «La primera oportunitat», *La Vanguardia,* 9 de septiembre de 2012.

negocio. Así tenemos que la caridad, la vigilancia y las cárceles se han convertido en industrias cada vez más poderosas (De Giorgi, 2000*b*; Wacquant, 2000). La solución se desencadena siguiendo la propia lógica capitalista de producción de plusvalías, en este caso, persiguiendo a aquellos sujetos que no producen beneficios para terceros y que, al contrario, les ponen trabas. Es decir que los pobres molestan cuando interrumpen lo que debería ser un plácido paseo para turistas o modernillos por los, aún vivos, bajos fondos —como puede ser la zona de estudio, llamada todavía, y a conveniencia, eso sí, «Barrio Chino»— o, directamente, cuando manifiestan impúdicamente su miseria en cualquier esquina de las que se quiere que sean «ciudades ideales» y, por tanto, impracticables para grandes capas de la población.

Nos encontramos en un momento de la historia especialmente elocuente en lo que a esto respecta. Los desahucios aumentan a diario mientras los llamados «rescates» a los bancos se multiplican a diestra y siniestra; el paro no cesa de aumentar y la precariedad y la disminución de salarios son el pan de cada día para cientos de miles de personas.[44] Ante esta situación, mucha gente opta por buscarse la vida; algunos prefieren mendigar que robar y otros, lo contrario. Unos optan por aceptar los trabajos más precarios e inseguros y otras por hacer o volver a hacer la calle. Frente a esto, ¿qué tenemos? Un huracán a favor de la penalización de todas las conductas desordenadas: aumentar el castigo, sustituir las faltas por penas y llenar las cárceles hasta reventar. Perseguir la prostitución, a los carteristas, manteros, lateros, músicos callejeros y demás buscavidas (todos en el mismo saco) y, si es posible, que éstos acepten cualquier trabajo, en cualquier condición, «aquí o en Laponia»,[45] y si no a la cárcel.

Las últimas noticias nos hablan de que «fracasa la prisión de fin de semana para carteristas» y de que el ministro del Interior propone —¡¿cómo no hacerlo?!— que el hurto sea delito más allá del valor del objeto robado.[46]

44 En un estudio de 2008, se anunciaba ya que en la ciudad de Barcelona más del 20 % de la población estaba por debajo del umbral de la pobreza (Ayllón y Ramos Morilla, 2008).
45 Ésta fue la célebre expresión utilizada por el presidente de la Comisión de Economía y Política Financiera de la Patronal, José Luis Feito, para informar a los parados de que deberían aceptar cualquier trabajo. Véase «La patronal pide retirar el paro a quien rechace un empleo», *Público,* 20 de febrero de 2012.
46 J. G. Albalat: «Un assumpte pendent», *El Periódico de Catalunya,* 10 de septiembre de 2012.

Esto se suma al *three strikes and you're out* (De Giorgi, 2000*a*; Wacquant, 2000), que convierte tres faltas administrativas en delito. Y se añade también a la más reciente recuperación de los grupos de somatenes,[47] tristemente famosos por ser cuerpos paramilitares a sueldo de la Patronal (Ealham, 2005*a*) y los grandes propietarios, contra los movimientos obreros y campesinos, durante largos periodos de la historia de Cataluña.

Una vez dibujado este nuevo marco criminológico, presentaré a continuación cómo se concreta este asedio sobre las prácticas laborales no institucionales que se llevan a cabo en el campo de estudio.

Control institucional sobre flujos urbanos en la calle d'en Robador

Aquel barrio llegó a ser, dentro de Barcelona, como una auténtica y casi inexpugnable ciudadela del vicio y la degeneración.

Augusto Paquer (1962)

Pero éste es un rebaño manso aunque de contenida, por obligada, afición a la bronca y el vocerío. Si no gritan y se comportan como párvulos es debido a la presencia de la pareja de guardias que van y vienen calmosos y destacan el gris del uniforme [...] y el negro cuero aceitoso de la porra que cuelga mansa pero prestando el mango al alcance de la mano [...]. Aquí estalla la rosa de saliva de la palabra grosera y la internacionalidad del insulto; en estas calles, el silbato del vigilante cobra más eficacia y gana más respeto que el de un árbitro en un campo de fútbol y el vocerío de la camorra tiene menos deportividad que en una competición de lucha libre. Pero son ráfagas pasajeras, que hacen más blando y deseado el silencio que sigue.

Joan Llarch (1968)

La presencia policial en la calle es muy destacada. Ya se ha explicado que existe lo que se llama un «punto estático»,[48] que es una furgoneta de la

47 Antonio Baquero: «El Govern donarà carta legal als sometents», *El Periódico de Catalunya,* 11 de septiembre de 2012.
48 Uno de los *mossos* entrevistados declaraba que estos «puntos estáticos» tienen una

Guàrdia Urbana —con sus correspondientes agentes, entre dos y cinco— durante todo el día en la esquina de Sant Pau con Robador. Así fue hasta la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca Nacional. En este momento, donde antes se situaba la furgoneta se colocaron las dos terrazas correspondientes a los bares y restaurantes de enfrente, el Filmax y el Fato Tandoori Restaurant. De hecho, éstas funcionan como una especie de muro que tapa la imagen de las chicas que trabajan en la calle a los usuarios del nuevo centro cultural.

En esa misma esquina de la foto, se encuentran tres de las siete cámaras de videovigilancia de la zona. Durante el día, la frecuencia de paso de coches de la Guàrdia Urbana y de los Mossos d'Esquadra es muy elevada, con relación al resto del barrio y a cualquier otro punto de la ciudad. Lo mismo ocurre con la presencia de policías uniformados o de paisano. Ha habido días en los que he observado una verdadera sobrerrepresentación de efectivos policiales. Por ejemplo, el 18 de mayo de 2010, llegaron a coincidir, entre las 16.50 y las 18 h, en la misma calle: seis motocicletas, dos coches, cinco efectivos uniformados a pie y dos de paisano. En otra ocasión, también me sorprendió la presencia constante de policías. El 18 de junio de 2010, sobre las 19.30 h, conté tres coches patrullas diferentes circulando con una frecuencia de paso de cinco minutos entre uno y otro. Curiosamente, sólo en una de mis visitas nocturnas observé presencia policial (anoté esta reflexión el 18 de junio de 2010, entre las 23 h y la 1 h).[49]

A su vez, y como ya se ha comentado al principio de este capítulo, los policías tienen allí lo que aparentan ser sus confidentes. Esto además sucedió el mismo día citado:

función de «imagen» ante los ciudadanos, en el mismo sentido que la URC (Unidad de Relaciones con la Comunidad).

49 De hecho, como se ha comentado antes, en las noches d'en Robador —excepto en los bares Robadors 23 y la Bata de Boatiné—, el flujo humano de la calle desciende considerablemente; una situación relativamente nueva. De esta otra forma lo recordaba Joan Llarch (1968: 133): «En estas calles, la noche nunca está sola y los faroles tienen siempre algo que mirar y los balcones qué oír; desde la destemplada y arrastrada canción monologada del beodo hasta el grito maldiciente de una trolera que inicia la pelotera con su rufián».

«Punto estático» de la Guàrdia Urbana al final de la calle d'en Robador hacia Sant Pau. Fuente: Carles Ribes, *El País*.

Veo pasar a tres hombres que me llaman la atención en dirección a Sant Pau. Reconozco a uno de ellos que ha sido alumno mío del Institut de Seguretat Pública de Catalunya; es decir, que son policías camuflados. Se acerca a una de las chicas que está en la esquina (una chica rubia, delgada, que parece muy joven, ¿22 años?), que desde el otro lado de la calle me indicaba que fuera hacia ella. Le comenta algo y se despiden. Parece, pues, una especie de confidente. Más tarde pasaré por esa esquina y veré escrito «aquí las putas llivan (sic) placa». (DC, 18 de junio de 2010, 19 h)

Por otro lado, tal y como aparece en la nota del diario de campo, en las paredes de la calle pueden verse pintadas que denuncian este particular. Durante el tiempo que pasé en Robador realizando la observación, tuve la ocasión de presenciar varias intervenciones policiales. Quizás una de las más inquietantes para el observador fue la siguiente:

Poco después de llegar dos chicos al lugar, veo descender un coche de Mossos d'Esquadra desde la calle del Hospital. Bajan cuatro policías, no distingo nin-

gún rango. Piden la documentación a estos dos jóvenes y, como mínimo, dos de los policías llevan el botón superior de la cartuchera del arma desabrochado, como si quisieran, en caso de necesidad, tener la posibilidad de sacar el arma con mayor celeridad. Los chicos muestran su documentación y, al poco rato, los policías vuelven al coche y continúan en dirección a Hospital. (DC, 28 de mayo de 2010, 16 h)

De hecho, la rapidez con que la policía interceptó a estos dos chicos me hizo pensar en la existencia de videocámaras no visibles —hasta la primavera de 2012 no estaba instalada la de la esquina con Sant Rafael— o en algún aviso por parte de una tercera persona.

Otra de las intervenciones vergonzantes desde el punto de vista del observador ocurrió cuando dos policías camuflados (se supone que *mossos*) arrestaron a un joven frente a mí:

Parece que hacia las 20 h hay un cambio de turno de «mossos d'esquadra». Por Sant Pau vienen dos hombres altos y maduros que ayer vi en trío. En la esquina de Sant Rafael observo a esos dos con dos más. Después, en la acera de enfrente del bar de Rubén (número 22), dos camuflados más que aún no había descubierto registran en profundidad a un chico negro que estaba allí sentado. Le hacen quitar los zapatos, la chaqueta y lo registran de arriba abajo. Uno de ellos habla por teléfono. Vienen dos urbanos de uniforme y se saludan. Después de un rato en que yo no he visto que le saquen nada, se lo llevan sin esposas, sin cogerlo y, en general, sin ninguna coacción física. Probablemente, se trate de una detención por motivos de irregularidad administrativa relativa al permiso de residencia. (DC, 10 de junio de 2010)

Otro de los momentos en que me la actuación policial me pareció deshonrosa fue cuando un chico llamado Tharek me explicó que, en la calle de Sant Rafael, poco antes de nuestro encuentro, un policía en moto le había parado mientras él iba caminando. Le ordenó que se detuviera y le preguntó qué llevaba en la bolsa de plástico. Él respondió que unos pantalones y un jersey que acaba de comprar y el policía le pidió la factura. Él se la mostró y, aun así, le cacheó en medio de la calle y, antes de marcharse, cuando ya se había vuelto a

subir a la moto, el policía le puso la mano en la entrepierna como última parte del registro (DC, 29 de julio de 2010, 18.45 h). Uno no quiere imaginarse qué hubiera ocurrido si el chico no hubiera llevado el recibo. Y tampoco alcanza a entender que le pidan a uno el comprobante de sus compras en medio de la calle y que, aun mostrándolo, se le cachee en plena vía pública.

En otras ocasiones observé interacciones de este tipo entre policías y vecinos del barrio, poco o a veces nada respetuosas:

Me fijo en que durante el operativo, una mujer mayor (¿más de sesenta años?), de aspecto marroquí y con un pañuelo en la cabeza, quiere entrar en el portal donde están los policías. Llama al interfono y parece que no le contestan inmediatamente. El urbano que está en la puerta le dice a la señora, con un tono ciertamente poco respetuoso: «Pues va a ser que no», haciendo referencia a que no le contestan. Segundos después, abren la puerta y el guardia dice: «Ah, pues mira», y la señora entra sin decir nada. (DC, 25 de enero de 2011, 19 h)

En otras oportunidades presencié este mismo trato desagradable de la policía con algunos vecinos del barrio, mientras descendía por la calle de Riera Alta, camino a Robador. Antes de llegar al cruce con la calle del Carmen, vi los coches detenidos en la calzada. Al parecer, habían atropellado a un chico a la altura de la calle de la Lluna en un paso de peatones. Atendiendo al accidentado de aspecto indostano se encontraban dos *mossos*. Uno de ellos, el que estaba más cerca del chico herido —que, a su vez, se hallaba tirado en el suelo—, al ver a transeúntes de aspecto indostano que se detenían frente a la escena les espetó gritando: «¡Piraos ya! ¿Qué os pasa? ¡Parecéis tontos! ¡Subnormal!» (DC, 13 de junio de 2010, 17 h).

Cabe decir también que contemplé alguna otra intervención policial menos drástica,[50] aunque con similar contundencia y bravura. Quiero relatar-

50 Por desgracia, las agresiones e incluso muertes a manos de la policía en el Raval no resultan casos aislados. Quizás el más sonado haya sido la muerte de Juan Andrés Benítez, en octubre de 2013, mientras era reducido por ocho *mossos d'esquadra*. El detenido llegó muerto al hospital. El caso aún permanece abierto y están imputados ocho de los *mossos* implicados. Y no es una excepción. Cataluña encabeza el triste *ranking* de muertos bajo

la con detalle porque creo que puede servir para añadir más matices a las operaciones policiales en Robador:

> *A los pocos minutos, entra por la calle de Sant Rafael en dirección prohibida un coche Renault Clio que resulta ser de «mossos d'esquadra» camuflados. Salen del coche. El primero de ellos, muy fuerte, con la cabeza completamente rapada y una perilla muy fina, camisa a cuadros que parece no estar planchada [...]. El «mosso» se pone los guantes y pregunta qué pasa y el hombre de la barba insiste en que lo explique el hombre de adentro. Entra y, mientras tanto, el otro policía habla con él. De momento, el «mosso» no parece ayudar a tranquilizar la situación; pide que baje la voz, que no le señale con el dedo y reitera que es policía y que debe tener más respeto porque no es un «ciudadano cualquiera». Antonio sale y me reconoce. Parece que disminuyen la tensión y el tono con el que se dirigían al hombre [no sé si por mí, que estoy mirando]. Le dicen que tiene que irse de allí, que «ya le han dado de comer» y que ya puede marcharse. Y él contesta que «nadie me ha dado nada, que es una misión evangélica y que es Dios quien da». Antonio responde que la Iglesia ha mediado entre él y Dios, y que lo dice por eso. Le reiteran que baje la voz. Él no lo hace y repite que no se irá hasta que no salga el otro. Se oye la voz de una persona sentada más arriba, cerca de la calle del Hospital, que grita: «Que se calle ya, el pesao' éseee». Los «mossos» persisten en que debe marcharse. Finalmente, le piden el DNI y él dice: «Estoy limpio», y añade: «Que yo sé de leyes, un 21» (lo dirá más veces), a lo que Antonio responde: «Yo también». Le devuelven el DNI y repite: «Un 21». Insisten en que se vaya y él termina: «Bueno, pero luego no me vengas llorando». Al final, se marcha mientras grita a otra gente que está allí apoyada: «Son unos primos, no ellos, los de dentro, pero ya verán, ya».* (DC, 5 de junio de 2010, 22.15 h)

Generalmente, los policías camuflados no pasan desapercibidos para ninguno de los habituales de la zona. Para mí tampoco, excepto en una ocasión:

custodia policial en el año 2013. Véase http://directa.cat/catalunya-encapçala-nombre-de-morts-sota-custòdia-policial-2013 [septiembre de 2014].

> *Me detengo en la esquina y veo a dos hombres de unos cuarenta años, con aspecto duro, ropa de calle, uno con gorra de béisbol y gafas de sol y el otro, muy rapado. Uno de ellos come pipas mientras camina. Resulta que los dos [...] son policías de paisano que piden la documentación a dos jóvenes y después uno más, frente a la panadería de la esquina con Sant Rafael. Los tres chicos tienen aspecto norteafricano.*[51] (DC, 28 de junio de 2010, 16 h)

Uno llega a darse cuenta de que los policías de paisano van sin uniforme, pero no disimulan para nada su papel en la calle. Es muy evidente quiénes son y qué hacen allí.

> *Se acercan desde Sant Pau lo que parecen cuatro «mossos» camuflados. La ropa que llevan es muy similar: bermudas y zapatos de deporte y prácticamente todos llevan un auricular pequeño introducido en el oído. Todos son fuertes, corpulentos; el más alto de ellos, mientras se acerca en mi dirección para pasar por delante, juguetea con un cartón o una lata que hay en el suelo. A la altura de Sant Rafael, se paran, hablan algo entre ellos e, inmediatamente, llaman a un hombre joven que viene acompañado de otro chico por la calle de Sant Rafael. Le llaman diciendo: «¡Toni! ¡Toni!». Y él, allá, y, al cabo de unos segundos, vuelve con su amigo riéndose. Mientras hablan con Toni, tengo la impresión de que uno de los polis me mira mientras escribo apoyado en un palo clavado en el suelo, delante del número 23. Luego, los veré registrando a un par de chicos, pidiéndoles la documentación en la calle del Hospital a la altura de Riera Baixa.* (DC, 27 de julio de 2010, 19 h)

51 Uno de los *mossos* entrevistados que realizaba las tareas policiales de paisano en la zona, en aquel momento, me contó que para «los malos» ellos nunca pasan desapercibidos, siempre los identifican. Por otro lado, añadía que: «Los delincuentes, los "malos", siempre son los mismos; no son muchos, pero siempre los mismos». Debe tenerse presente que no se trata de una reflexión aislada. El *mosso* que me hizo este comentario era un joven curioso —había sido alumno mío en el Institut de Seguretat Pública de Catalunya y era estudiante de criminología en la Facultad de Derecho de la Universitat de Barcelona—. Con este conocimiento de causa, se atrevía a afirmar que el derecho penal español es «muy garantista» y que a los policías, en los juicios, les tratan como sospechosos (entrevista a Antonio, febrero de 2011).

Pues bien, por esa misma época, en junio de 2010, podríamos decir que quedaba inaugurada lo que iba a ser una intensificación del asedio contra las trabajadoras sexuales y sus posibles clientes. Como decía Wacquant (2000), la tarea policial y, en general, la de los gobiernos es forzar a la gente a incorporarse al mercado laboral precario y a que dejen de subsistir por sus propios medios —uno no puede concebir que esto sea sólo una «consecuencia no intencional» de la tarea policial—. Es decir, no es sólo una política de «limpieza de la calle» (Tabakman, 2001) de actividades que se han convertido en ilícitas, también se trata de controlar y coaccionar a este tipo de población para que no puedan desarrollar sus ocupaciones profesionales informales allí. De hecho, estar ahí es como situarse bajo un tradicional —aunque con tecnología de última generación— panóptico *benthmaniano* (Koskela, 2003). Como se ha desgranado antes, además de las siete cámaras de vigilancia sólo en esa calle (más, al menos, otras dos en la plaza), prácticamente todo el día hay un coche o furgoneta de la Guàrdia Urbana en la parte baja de la vía, mientras patrullan constantemente policías de paisano y uniformados.

Se trata efectivamente de una «limpieza étnica» (Vázquez Montalbán, 1993*a*) y no sólo en términos nacionales —persecución sistemática de los llamados «inmigrantes»—, sino sobre todo en términos económicos, sociales o de prácticas culturales *otras*. Nos recordaba Mike Davis (2005) que la «limpieza de los barrios miseria significa casi siempre un ataque a los pobres»:

> *Se ha convertido en un lugar común de todos los gobiernos justificar en todas partes el esponjamiento urbano y la limpieza de los barrios miseria como un medio indispensable para combatir el crimen. Los barrios miseria, además, son vistos a menudo como amenazas simplemente porque resultan invisibles para la vigilancia estatal, hallándose, en efecto, «fuera del Panóptico». […] La limpieza a gran escala de los barrios miserables va frecuentemente ligada a la represión de los vendedores ambulantes y los trabajadores informales.*[52]

52 Véase Davis (2005: 1-3).

De forma más o menos regular se producen lo que podríamos llamar «redadas», cerrando las calles, por ejemplo, entre Sant Rafael y Robador. Y, aunque yo no presencié ninguna, sí tengo conocimiento de que se hayan llevado a cabo durante mi periodo de estudio, así como en ocasiones anteriores y posteriores.

> *La chica me explica que hace tiempo que no vienen clientes, que no hay trabajo, que hoy la policía ha hecho una «cogida» en Sant Ramon y se han llevado a algunas prostitutas y han cerrado varios «meublés». Dice que llevan unos días muy mal, muy agitados, los policías. Que hoy había más de quince secretas por allí. «Esta noche va a haber redada. Quieren echarnos.»* (DC, 15 de junio de 2010, 19.30 h)

Así lo relata también Gerard Horta (2010: 232):

> *Los dispositivos policiales actúan por sorpresa cortando completamente el acceso y la salida de calles como Sant Ramon y Robador a fin de registrar a todos los transeúntes atrapados como peces en una red —gente de paso, tanto vecinos como turistas o trabajadores foráneos desplazándose—.*

En términos técnicos, estas operaciones se llaman «de saturación» y requieren un número elevado de efectivos policiales. En este sentido, uno de los *mossos* entrevistados señalaba que el grupo al que él pertenece está formado por «unos veinte miembros» y que necesitan «más efectivos en el barrio», que no dan abasto «para, por ejemplo, hacer redadas o realizar una "saturación" de la calle» (entrevista a Antonio, febrero de 2011).

Por otro lado, las redadas policiales,[53] con un alto componente racista, son denunciadas por los movimientos sociales del barrio. En una conversación con Javed Ilyas, presidente de la Associació de Treballadors Pakistanesos, que

53 La nueva regidora Mercè Homs censuró una exposición en la que se presentaba esta queja de los movimientos vecinales contra las redadas. Véase la noticia de Camilo Baquero: «Ciutat Vella censura una exposición y veta un ciclo de cine social», *El País*, 14 de septiembre de 2012. La regidora, en una entrevista al diario crítico *Masala*, respondía ante este hecho: «Yo creo que el Ayuntamiento tiene derecho a exponer en sus equipamientos municipales el mensaje que

tiene su sede en el número 13, me explicaba que se encontraba muy cómodo en su nuevo local y que los únicos problemas que allí había tenido se habían dado con la policía:

> *Parece que los policías esperan allí cuando vienen o se van los socios de la entidad y atrapan a los "sin papeles". Dice que habló con alguien de los Mossos y éstos le dijeron que nunca volverían a ir allí a esas horas, pero que los municipales lo continúan haciendo.* (DC, 15 de junio de 2010, 18.30 h)

Con este comentario sobre la afectación concreta de la intervención policial sobre la población «inmigrante» acabo este último capítulo. Hasta aquí ha llegado la descripción y el análisis de parte de lo que observé y escuché entre la primavera de 2010 y el invierno de 2012. Parafraseando a Gerard Horta, ésta ha sido mi lectura sobre aquello que «encierra» la calle d'en Robador y sobre el asedio que aún hoy sigue sufriendo un lugar que las mismas autoridades responsables definen como «no-ciudad».

crea mejor, sin que le venga impuesto por ninguna entidad». Y añadía: «Que la percepción de alguien sea que hacemos intervenciones racistas no implica que pongamos en boca de un equipamiento municipal que hacemos intervenciones racistas». (*Masala*, 2012). De hecho, la prensa de la ciudad se hizo eco de las críticas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y Amnistía Internacional, que denunciaban lo que consideraban «identificaciones basadas en perfiles étnicos y raciales». Véase la noticia de T. Sust: «Amnistía Internacional censura a España por hacer redadas étnicas», *El Periódico,* 19 de enero de 2012.

Conclusiones: ¿Salvar al Raval para (re)matar al Chino?

Este trabajo ha sido una exploración sobre las violencias más o menos visibles aplicadas sobre entornos urbanos. Concretamente, me he centrado en los cambios urbanísticos y en el control urbano intensivo sobre la calle d'en Robador. Ésta, y gran parte del resto del barrio del Raval, prácticamente desde sus orígenes, ha servido de laboratorio para el desarrollo y perfeccionamiento de culturas de control.

Las ciencias sociales han colaborado, y mucho, no sólo en naturalizar cierto orden establecido, en este caso, sobre el Raval, sino también en producirlo. Personalmente, he optado por la dirección contraria. He intentado cazar el mito del Barrio Chino. He querido aprovechar las herramientas que ofrecen la antropología y la sociología para hacer justo lo contrario de lo que se acostumbra a hacer: desnaturalizar el orden institucional y las lecturas estigmatizadoras establecidas sobre aquella calle.

En estas páginas, se ha establecido una relación explicativa entre procesos microsociales y macrotransformaciones urbanísticas. Se ha querido mostrar la persistencia de estas culturas de control sobre el barrio y su actualidad, en la que ya no sólo se trata del control y el confinamiento de la población sino también de su expulsión. La insistencia en el trato que los gobernantes dan a

los sectores más descapitalizados podría dar cuenta de que, en ciudades como Barcelona, los ideales de libertad, igualdad o democracia no son accesibles para todos sus habitantes. En este sentido, se siguen aplicando políticas que contemplan la suspensión formal e informal de los derechos de los vecinos, usuarios o trabajadoras del lugar. La violencia aquí es el instrumento de un orden que se aplica justo cuando las retóricas de cada momento no alcanzan a convencer a las poblaciones asediadas de que deben mantenerse disciplinadas y adoptar una posición de sumisión.

Se ha descrito cómo se produce cierta imagen sobre la zona y a qué intereses puede estar sirviendo. En el caso estudiado, la producción de una representación onerosa del barrio justificaría la fiscalización intensiva sobre la vida urbana de la zona, la destrucción de patrimonio habitacional, cultural y económico y la expulsión de su población y de sus prácticas culturales. Esto se añade a las nuevas técnicas gubernativas, algunas de cuyas consecuencias —deseadas o no— serían neutralizar ocupaciones laborales fuera del mercado institucional e imponer a esta población la permanencia o entrada en el mercado de trabajo formal, altamente precarizado, bajo la amenaza de sufrir el asedio policial.

Se ha descrito y analizado cómo se genera ese imaginario estigmatizador sobre un barrio. Para impugnar estas imágenes, se han esbozado e interpretado algunas de sus prácticas callejeras de subsistencia. Además de esto, se ha establecido una correlación positiva entre la producción de dichas imágenes denigratorias y los procesos de «regeneración urbana». Esta afinidad ha permitido vislumbrar el hecho de que la estigmatización se multiplica al ser paso precedente y necesario de esta «regeneración urbana». Ello coadyuva a un control instrumental de los usuarios de la zona que legitime, por un lado, la dureza de dicho control y que, por el otro, adecúe las actividades que allí se desarrollan a la producción intensiva de plusvalías para terceros.

Cómo y por qué se sacrifica al Chino

En las páginas precedentes, he recogido al menos tres momentos en los que se auguraba la defunción del Barrio Chino. La evocación de la muerte de los

bajos fondos de Barcelona ha sido recurrente hasta nuestros días. De manera muy reciente, coincidiendo con la inauguración de la nueva sede de la Filmoteca, se alertaba de que este nuevo centro cultural debía ser el «último salvavidas del Raval»; «la última esperanza para dignificar y recuperar el barrio».[1] Y uno se pregunta, ¿será que hay que salvar al Raval del Chino porque éste aún no está muerto y enterrado?

El nuevo colonialismo urbano

Según las retóricas oficiales sobre la zona d'en Robador, allí no ha vivido «gente normal» hasta la llegada de los nuevos vecinos con mayor poder adquisitivo. Precisamente éstos colaboran en reproducir el aparente contraste entre los habitantes de «clase media» y los demás. Este *nuevo colonialismo urbano* se manifiesta en las ideas de «recuperar» o «tomar» la calle y en la necesidad de contar con más efectivos para contrarrestar los usos insolentes de sus habitantes tradicionales. Se trata de confrontarse con éstos, repudiadas prostitutas, vendedores ambulantes, toxicómanos, «inmigrantes» y, en general, una población flotante de «vagos» con «baja cultura», que, al parecer, son incompatibles con el desembarco de «clases medias» y turistas no avezados ni atraídos por «cuarenta años de bajos fondos» y lo que demonios quiera eso significar.

Se puede datar el inicio de esta colonización de las inmediaciones d'en Robador a principios del presente siglo, con la gran destrucción que se llevó a cabo en la zona. Prosiguió con la expulsión de un número, aún por determinar, de vecinos y de las prácticas urbanas que allí se daban. Se implementa, endurece y acelera, con la construcción de hoteles de lujo que suponen una fuerte inversión de capital. Éste será uno de los pasos más firmes para la centrifugación de los «indígenas», igualmente indignos, según parece, de vivir en un lugar listo para su puesta en venta. Lo mismo sucede con los discursos que anteceden a la gran destrucción. Definir el lugar de manera similar a un *territorio bárbaro* habitado por seres incivilizados no hace más que urgir a las drásticas intervenciones, expulsiones y a aumentar el menosprecio sobre sus habitantes.

1 Véanse los artículos ya citados del diario *La Vanguardia*, del 5 de diciembre de 2011 y del 10 de febrero de 2011.

Para llevar a cabo estas operaciones son necesarias grandes y poderosas corporaciones privadas, que vayan de la mano del poder del Estado. Es un complejo pensado para la expulsión de habitantes no proclives a las nuevas lógicas de consumo intensivo ni a la docilidad respecto a las instituciones gobernativas. Se trata de lo que algunos autores han propuesto para entender la gentrificación: el *nuevo colonialismo urbano* (Atkinson y Bridge, 2005; Wilson, 2011).

Abandonar, recuperar y volver a abandonar

En todos estos procesos urbanísticos es importante destacar la importancia del dominio del tiempo. Los planificadores, técnicos, políticos municipales y, sobre todo, las empresas inmobiliarias invierten, construyen y planifican en función de los beneficios inmediatos. El control del tiempo influye en las inversiones y desinversiones. En este sentido, importantes zonas de lo que hoy se conoce como Ciutat Vella han pasado décadas sin que se hiciera ninguna inversión pública o privada relevante.

Esta tesis ha podido (de)mostrar que existe un cierto interés por parte de las administraciones públicas en lo que podríamos llamar la «producción institucional del desorden» —simbólica pero también fáctica—. Gracias a ella, los gobiernos pueden abonar el terreno para futuras intervenciones urbanísticas y fiscalizadoras contra grandes capas de población y, con especial acritud, sobre los grupos más descapitalizados. Como se puede suponer, estas imágenes distorsionadas pueden colaborar, además, en que los responsables institucionales de la zona eludan su responsabilidad a la hora de tratar a aquellos habitantes como sujetos de pleno de derecho.

De manera sutil y concreta, esta producción de desorden se expresa, claro está, en la calle d'en Robador. Allí es visible, por ejemplo, en la extraña e irregular gestión de los servicios de limpieza municipales. La menor frecuencia de paso por esta calle, así como el hecho de que en las inmediaciones haya apenas dos recónditas papeleras, debe entenderse en los términos anunciados. Lo mismo ocurre con los manidos mitos de la huida que los grandes medios de comunicación enarbolan de forma recurrente. De este modo se introduce en el discurso municipal la alarma de la expulsión de los vecinos como consecuencia de la llegada de «inmigrantes», de la «decadencia» del lugar o de un inducido y fantasmagórico «sentimiento de inseguridad».

Estas retóricas precedentes y sincrónicas a las intervenciones urbanísticas, paradójicamente, consiguen aumentar de manera descarada los precios del suelo. Es decir, la ignominia sobre el barrio augura potentes transformaciones e inversiones. En este sentido, no hace falta esperar a la construcción de las flamantes fincas o centros culturales. La misma destrucción ya conlleva ganancias económicas desaforadas. El beneficio es inmediato ya que, en el momento en que se empieza a especular con el cambio en la zona, el valor de las viviendas se dispara; que es exactamente lo que ha pasado con las destartaladas fincas de la calle d'en Robador. Y que luego el lugar se acabe convirtiendo en lo que se predijo puede llegar a ser otra fuente más de beneficios. En cualquier caso, la ganancia resulta y se obtiene en el momento presente, según una especulación sobre aumento del valor futuro del suelo.

Evidentemente, hay que entender así también las idas y venidas de los discursos infamantes sobre la calle. En estos últimos años, el consistorio y algunas agrupaciones vecinales han mostrado preocupación por cambiar el mensaje sobre el barrio. Hablar de lo «positivo» del lugar y ocultar lo «negativo». Incluso, y de manera aún más compleja, convertir «lo negativo» en negocio. Para ello, claro, es necesario desactivar sus aciagos efectos vía una fiscalización policial sin parangón en la ciudad. Sólo de esta manera, se puede convertir nuevamente la miseria en atractivo y ofrecerla como nuevo y original valor de cambio para visitantes y turistas.

Usos de la representación hiperbólica

La tesis también ha contrastado que allí aún vive «mucha gente muy normal». Sin embargo, hablar de la calle d'en Robador siempre comporta un aliño de violencias interpersonales, delincuencia o perversión. Las personas que todavía viven y trabajan allí lo hacen con temor a la presencia de los medios de comunicación. Sus experiencias siempre han sido negativas y los reporteros no acostumbran a ser bienvenidos; algo que retroalimenta la imagen estigmatizada que se produce sobre el lugar.

Nadie quiere vivir en un barrio al que se vilipendia de manera recurrente en los medios de comunicación. Ni los antiguos vecinos ni los nuevos. Si los primeros atribuyen esta imagen a los intereses urbanísticos —y también a la llegada de competencia laboral extranjera—, los segundos hacen lo propio con los vecinos «tradicionales» y los «inmigrantes».

Descontextualizar escenas en el barrio, explicar todo lo que rodea a la pobreza que allí se asienta, basándose en una especie de demonización del lugar y de sus habitantes parece que sólo puede reclamar su exorcismo y la expulsión de sus demonios. Pocos son los que contemplan que las gentes que allí viven y han vivido son en su inmensa mayoría «personas normales». Menos aún, que los otros seres humanos que sobreviven como pueden en aquella calle son algo menos que criaturas del averno. El recurso de la deshumanización de sus habitantes y usuarios es utilizado y puesto al servicio de la producción de territorios para la excepción.

Estos procesos se sirven hoy de la invención o resignificación de los conceptos de e*spacio público* y c*ivismo*. El primero no deja de intentar bloquear todo uso de la calle que no sea afín a los intereses políticos o económicos sobre la zona. La idea de *espacio público* niega la calle, presuponiendo que en ella no existe normativización alguna, que es un lugar desterritorializado que precisa de la imposición externa de una disciplina y de un orden proclive, nuevamente, a intereses de terceros. Y es aquí cuando el civismo se despliega. El civismo no sería otra cosa que una determinación normativa que ignoraría las maneras de comportarse no hegemónicas. Desde este punto de vista, el civismo sería una ideología de nuevo cuño que delimitaría y fundaría *una* manera de «comportarse adecuadamente» al margen —o en contra— de las maneras *otras* de hacerlo, propias de la diversidad de poblaciones urbanas de Barcelona. Se trata también de extranjerizar estas prácticas. Quien no se comporta correctamente puede ser culpable de no haberse «integrado». En este sentido, los *nacionales* serían cívicos y los «inmigrantes», incívicos. O, dicho de otra manera, los incívicos serían equiparables a los «extranjeros». Como nos sugería Salvador Cardús, a la «buena educación» en público se le llamaría *civismo* y al civismo, *patriotismo* (Cardús, 2006).

Esto se concreta hoy en día de manera muy recurrente en el Raval. Un número enorme de prácticas comunes callejeras es sancionado a diario. Por

ejemplo, estar sentado en el suelo, estirarse en un banco público, lanzar una colilla o un papel al suelo, no recoger la hez de tu animal doméstico, jugar, cantar o realizar cualquier otro espectáculo en los sitios no destinados para ello, dibujar sobre las paredes, mendigar, lavarse, extender la ropa en el balcón, vender o comprar algo, mercadear con sexo y un largo etcétera. Claro está que, aunque todas esta prácticas y más sean sancionables, se recurrirá a la pena pecuniaria sólo en determinados casos y en determinados momentos. Por ejemplo, esto ocurre —tal y como se ha sugerido— de manera coincidente con la actualización de imágenes degradantes de zona.

El asedio sobre Robador a partir de estos presupuestos lleva a uno a preguntarse con qué criterios se aspira a homogeneizar una «cultura pública» —una forma de comportarse en público— en medio de procesos altamente jerarquizadores como son los que sufren las llamadas *ciudades globales*. O formulado de otra manera, ¿qué supuestos se encuentran bajo la voluntad de homogeneizar las maneras de estar en público, al mismo tiempo que la precariedad laboral o habitacional, la rampante desigualdad, las expropiaciones y deshaucios y el empobrecimiento generalizado? Este interrogante es indisociable de este otro: ¿Qué otra voluntad puede haber bajo el manto del *civismo*, que la de imponer un orden muy concreto sobre el dominado, de forma que asuma su situación de dominación?

Islote de libertad o inexpugnable ciudadela del vicio

A pesar de todo, allí se sigue sobreviviendo y gozando de manera paralela —y también en negociación— con los mercados institucionales de trabajo y ocio. Éste parece ser —como nos enseñaba Loïc Wacquant— uno de los motivos que explicaría la intensidad y cantidad de efectivos policiales en aquella calle. Las mismas personas, cometiendo los mismos actos en los mismos lugares, pueden pasar temporadas sin ser importunadas por la policía, pero —como acertadamente apuntaba Horta—, de repente y sin saber cómo, «un furor huracanado» se desata contra esas gentes y sus prácticas. Como ha quedado claro, la calle d'en Robador es de uso sobre todo diurno. Y es por ello que resulta muy elocuente el hecho de que las irregulares «redadas» contra trabajadoras sexuales, clientes, «inmigrantes» o, simplemente, el acoso y persecución

de personas que están en la calle con una cerveza en la mano se lleven a cabo esencialmente de día. Es en *horario escolar* cuando Robador está repleta de gente y no durante la noche, cuando, efectivamente, un hombre o mujer no precavidos pueden llevarse algún susto.

Jane Jacobs con su *Muerte y vida de las grandes ciudades*[2] ya nos hizo notar que una calle con gente es, no cabe duda, más segura que una sin gente. En este mismo sentido, algunas de las nuevas vecinas d'en Robador me explicaban que —aunque denostaban el ambiente que allí reinaba durante el día—, no se sentían inseguras porque la calle siempre está a rebosar de gente. En cambio, por la noche, sin gente, sentían mayor inseguridad. Si así fuera, si la zona resultase tan peligrosa por la noche, lo comprensible sería que se apaciguara la inseguridad nocturna con la presencia policial. Pero ocurre todo lo contrario.

Durante el día, con «el punto estático» de la Guàrdia Urbana y el incesante patrullaje de policías a pie, en moto o en automóvil, así como con las cámaras de videovigilancia, lo que se consigue es amedrentar a toda aquella población que vive y goza en aquella calle. Las redadas contra «inmigrantes» o prostitutas van en una dirección similar. Lo que parece que se busca entonces es a la gente desocupada o que se organiza al margen de los canales institucionales para sobrevivir. Se les atosiga hasta el punto de que, por ejemplo, las chicas deben irse del lugar o trabajar para terceros en algún club o burdel —generalmente rodeados de un aura de corrupción y opacidad— o, directamente, incorporarse al precarizado mercado laboral formal.

Lo que, según Goytisolo (2009*a*), fue —y en cierta medida sigue siendo— «un islote de libertad» es hoy un peñón para la excepción donde el derecho parece quedarse en la puerta y donde sobrevivir al margen del sistema está proscrito.

La indeseable muerte del Chino

Los sucesivos intentos de «matar al Chino» han sido y son aún hoy infructuosos. En los términos que se manejan en los discursos públicos so-

2 Véase Jacobs (2011 [1961]).

bre la zona d'en Robador, se ha optado por lanzar el mensaje de «salvar» al Raval del estigma del «Chino». Si bien es cierto que, formalmente, el plan urbanístico sobre este barrio pretendía mejorar la calidad de vida de sus habitantes tradicionales, a la práctica ha acabado suponiendo un enorme volumen de destrucción e importantes expulsiones directas o indirectas de su población.

Acabar con el Chino ha supuesto unos niveles de violencia inusitados en un contexto formalmente democrático. La aniquilación y neutralización de otras maneras de vivir y sobrevivir, o la homogeneización cada vez mayor de los patrones consumo, reducen el espacio de la práctica democrática. Lo que alguien llamó la «dictadura del valor de cambio», en un lugar tan miserabilizado como la zona d'en Robador, ha comportado altas cotas de sufrimiento. El intenso asedio sobre las poblaciones trabajadoras y cada día más empobrecidas —en contra de sus maneras de (sobre)vivir, derrumbando sus casas, destruyendo sus calles, expulsándolas o encarcelándolas— sólo puede augurar una sociedad más violenta y enconada.

En este sentido, durante el desarrollo de este trabajo se ha podido demostrar el menosprecio, podríamos decir, institucional sobre la población de la calle d'en Robador. Es posible comprender que la forma de actuar sobre los «barrios desfavorecidos» parta, en gran medida, de un absoluta incomprensión y falta de respeto hacia el lugar y hacia las personas afectadas. Estas, en su mayoría, dolorosas macrointervenciones urbanísticas deben entenderse en medio de una madeja de ignorancias, incomprensiones, odio y, al mismo tiempo, producción de una especie de diferencia insalvable entre los «nuevos vecinos» y los otros.

Las lógicas de producción de plusvalías y control de población que se han ensañado con la zona d'en Robador pueden ser un presagio para una sociedad más insolidaria y violenta. Frente a todo ello, las esperanzas y la firmeza de aquella calle encarnan la dignidad con la cual vecinas, usuarios, trabajadoras o asociaciones luchan por poner en el centro del debate sobre ese espacio el respeto hacia sus habitantes y la urgente necesidad de virar esta clase de políticas.

Es en la calle d'en Robador donde, paradójicamente, pueden encontrarse las salidas a esta endiablada conjunción de búsqueda salvaje de beneficios y

asedio contra lo urbano. El vigor con la que aquella calle se organiza —de manera ciertamente peculiar—, resiste, sobrevive y disfruta debería ser un ejemplo para cualquier lucha por el derecho a la ciudad.

Epílogo
Todas las ciudades están poseídas

Manuel Delgado

Toda buena arquitectura no puede ser sino una profecía en lucha contra la actualidad.

Oriol Bohigas, arquitecto jefe de Barcelona,
El País, 4 de julio de 1999

¿De qué nos ha hablado este libro que aquí se cierra? Más allá de la descripción y el análisis de cómo se revienta una parte de una ciudad para, una vez debidamente puesta a punto, ponerla en venta, ¿qué nos debería invitar a pensar también lo que acabamos de leer a propósito del programa para la destrucción de lo que fue, y de algún modo continúa siendo en secreto, el Barrio Chino de Barcelona?

De entrada, de lo que hemos sido informados es de un episodio concreto de esas dinámicas de despanzurramiento que, desde hace más de un siglo, se empeñan en «higienizar» o «esponjar» tramas urbanas consideradas como demasiado densas, con el fin de acabar con una tendencia considerada excesiva al enmarañamiento y la ingobernabilidad. También, en clave más actual, lo

están siendo procesos que reciben pomposas presentaciones tales como «rehabilitación», «reforma», «remodelación», etc., pero que en la práctica implican la deportación de clases populares para asentar, en lo que fueron sus escenarios de vida, vecindarios más solventes o para someterlos a colonización turística, en este caso con el gancho comercial de un sabor local ligeramente canalla y una dosis adecuada de multiculturalismo bien temperado.

Como ha quedado bien plasmado, el contexto en que se desarrolla toda la argumentación de este libro es el de una ciudad, Barcelona, que ha vivido en los últimos años un colosal experimento urbanístico obsesionado por la coherencia y la legibilidad. La ciudad debía ser, se proclamaba, ante todo *clara*, y con tal fin se desplegaron todo tipo de dispositivos destinados a supeditar la forma urbana a principios de ordenamiento que combinaban especulación y espectacularización. Todo ello, por supuesto, esperando el concurso pasivo de una muchedumbre de usuarios-figurantes que debían avenirse en todo momento a colaborar. En otras palabras, un gran ensayo mediante el que políticos, arquitectos y urbanistas quisieron vencer en Barcelona a su peor enemigo: lo urbano, esa maraña imprevisible hecha en gran medida de inconsistencias, indefiniciones y desacatos.

Miquel Fernández nos invita a centrarnos en el asalto al último bastión que conquistar en ese esfuerzo por reconstruir una Barcelona de la que habrían sido expulsados para siempre el conflicto y el azar. Hemos visto como, en pos de tal objetivo, los especialistas en ciudades pensaron que todo era cosa de propuestas, acciones inmediatas, planes estratégicos, decretos y tipificaciones. Se creyó que aquella parte de la ciudad vieja se prestaría a trocar mágicamente sus imperfecciones sociales por la impecable paz de las representaciones y los proyectos. En sus visiones, políticos y tecnócratas sólo veían vecinos agradecidos y decentes, comerciantes con iniciativa, ávidos inversores y turistas, en un Chino al que se había hecho olvidar nombre y pasado. Lo que han descubierto al despertar es que, a pesar del mobiliario de diseño y los nuevos equipamientos *cool*, aquello continúa siendo lo que Oriol Bohigas llamó una vez «un nido de nostalgia y de problemas».

Así había sido desde hacía décadas. En esa parte de la ciudad, madriguera de miserables a veces levantiscos, Miquel Fernández nos muestra cómo los ensayos de penetración de las fuerzas del orden burgués —de la asistencia

social a la policía y el ejército— habían sido ineficaces y cómo tal fracaso llevó a la convicción de que era el barrio el que debía ser borrado del mapa mediante una actuación expeditiva que lo abriera en canal y obligara a salir todo lo que de insumiso se escondía en su seno. Fue así que se inició una labor de desolación sistemática que se exhibió como la única forma de rescatar de sí misma una parte estratégica del corazón de la ciudad. Esa labor de limpieza fue encomendada a urbanistas que actuaron por el bien de unos urbanizados a los que se mostraba víctimas del vicio, la culpa y la desesperación, en la peor tradición del viejo pensamiento antiurbano, empeñado en reconocer en las ciudades una premonición terrenal del infierno. Ésa fue la imagen del Barrio Chino de Barcelona que universalizaron la prensa, la literatura y el cine ya a partir de los años veinte del siglo pasado y sobre la que activó sus planes de liquidación la versión catalana del Movimiento Moderno bajo la Generalitat republicana.

Porque, en efecto, la rehabilitación del barrio no tan sólo debía ser formal: debía ser sobre todo moral. No se trataba de sanar un espacio enfermo, ni de sanearlo, sino de liberarlo de su propia condición maléfica, es decir de *salvarlo*. «Sanado», «saneado» y «salvado» reconocían ahí su etimología común en el *salvus* latino. El Chino debía ser *regenerado* en un sentido místico, es decir convirtiendo sus vicios en virtudes y a sus habitantes, de pecadores en probos. Los enemigos que batir no eran sólo la pobreza y la indisciplina: era el mismo Diablo. Los signos inequívocos de su presencia han perdurado hasta hoy y son éstos los que la Barcelona «democrática» ha intentado borrar arrasando manzanas enteras, distribuyendo hoteles y locales «de nivel», promulgando normativas «cívicas», levantando templos en honor de la diosa Cultura, abriendo espacios vigilables, todas ellas operaciones exorcizadoras de aquellas energías malignas que habían invadido el barrio y que producían lo que Garry McDonogh definía como una auténtica «geografía del Mal». Ahora, gracias a los turistas y a las clases medias ávidas de «vida de barrio» y ambiente «multiculti» que irían a residir, la zona quedaría libre de la maldición con que había sido castigada desde siempre.

Pero ese genio maligno que posee a las ciudades devuelve las cosas siempre a su sitio, a base de pasarse el tiempo desorganizándolas. Allí donde había una tienda de gomas y lavajes, se abrió un locutorio para inmigrantes; donde

había una vieja tienda de ultramarinos, un badulaque; las viejas bodegas supervivientes conviven al lado de carnicerías coránicas; donde abría un *meublé*, un local social alternativo. Se creyó que hasta las prostitutas obedecerían las campañas municipales contra lo feo y lo inconveniente y se disolverían en la nada, pero, venidas acaso de más lejos, continúan estando donde estaban. En los nuevos bloques de protección oficial y en las plazas sin bancos, la gente cuenta y vive historias nuevas, que son las mismas de antes. Muchos miserables que antaño habitaron la zona se han mudado o extinguido, pero otros miserables —con otros acentos— han llegado en masa a hacinarse en su lugar. Hubo «buenos ciudadanos» que intentaron civilizar el barrio y que se arrepienten ahora de haber tenido fe en el gran sueño barcelonés y se sienten acechados por la vida que les rodea. Como buenos estetas antirracistas, llevan a sus hijos a colegios fuera del barrio, para evitar un contacto excesivo con los hijos de la penuria. En los balcones, algunos de ellos han colgado pancartas donde se puede leer «Volem un barri digne», como si aquel no hubiera sido un barrio digno, ahora quizás algo menos precisamente por su presencia. Los diseñadores urbanos han descubierto que lo que ellos llaman «un entorno de calidad» no basta para vencer la injusticia y la marginación.

Ahora bien, más allá de constatar cómo se produce hoy la reapropiación capitalista de las ciudades y de las coartadas que requiere, así como su historia tal y como se ha dado en lo que fue el Distrito V.º de Barcelona, el trabajo de Miquel Fernández es también un estímulo para pensar sobre la vocación última de todo urbanismo, su obsesión por redimir la ciudad de una postración que se nos exhibe como resultado de algún tipo de pecado original que exige con urgencia su expiación. Para salvar a la urbe de la maldad que cobija, el urbanismo pretende engendrar una ciudad perfecta, es decir una contra-ciudad. Como si Barcelona y sus bajos fondos no fueran sino un lugar en que aplicar despóticamente una concepción metafísica de ciudad empeñada en regular y codificar la madeja de realidades humanas que la vivifica. El objetivo: acabar con los esquemas paradójicos, inopinados y en filigrana de la ciudad, aplicar principios de reticularización y de vigilancia que pongan fin o atenúen la opacidad y la confusión a que siempre tiende la sociedad urbana, entendiéndola como un cuerpo que debiera ser liberado del mal oscuro que había anidado en su seno.

Ése es el trasfondo último al que nos remite, si sabemos verlo, la indagación llevada a cabo por Miquel: la naturaleza del urbanismo como máquina de guerra contra la complejidad y el conflicto, esa urdimbre hecha de lucha y de pasión que se expandía a lo largo y ancho del Chino y que en la calle d'en Robador alcanza todavía hoy una intensidad insoportable para las autoridades. Es contra esa sustancia sin forma ni destino que los expertos insisten en hacer realidad su ensueño de una ciudad servil y previsible, sin sobresaltos, idéntica a sus planes y a sus planos.

Esa quimera urbanística no ha hecho otra cosa que continuar una antigua cruzada contra la tendencia de toda configuración social urbana a devenir amasijo y opacidad. Pura ansiedad utópica con que todo orden político expresa su inquietud ante lo que percibe como impenetrabilidad de la vida urbana, que se agudiza con la proliferación de vínculos sociales inesperados, los procesos intensivos de urbanización de grandes masas de inmigrantes, el aumento de la agitación social. La meta del urbanismo es el de una ciudad que reproduzca el sosiego de las planificaciones abstractas; la evidencia, en cambio, insiste en que la extrema movilidad de los elementos urbanos, la evanescencia de las relaciones sociales en la ciudad son inasequibles y resultan del todo improyectables.

El Barrio Chino estaba en las antípodas de la ciudad utópica que diseñan en sus gabinetes los urbanistas. Se parecía demasiado a esa otra ciudad mítica donde se expresan las inclinaciones humanas tanto a la hibridación como a la desobediencia: Babel, la ciudad que desatiende el mandato divino de euritmia y estabilidad y encarna un proyecto específicamente humano de organización social, se funda sobre una blasfema suplantación-exclusión de Dios. Iniciadora de una saga de ciudades-ramera —Sodoma, Gomorra, Babilonia, Roma—, la ciudad que Dios ordena construir a Caín después de la Caída es un espacio caótico pero autoorganizado, saturado de signos flotantes, ilegible, hipersocializado, recorrido constantemente y en todas direcciones por una multitud anónima y plural hasta el infinito, a veces iracunda, a veces invisible, magma turbulento y espontáneo de imposible lectura. Es el reverso en clave humana de la ciudad celestial —prístina y esplendorosa, comprensible, tranquila, lisa, ordenada, dividida en comarcas fáciles pero no por ello accesibles—. De ahí que el urbanismo asuma una misión que no deja de ser divina, puesto que es

la que le encomienda un Dios que detesta la metrópolis real, infame y sacrílega, indiferente a las regulaciones e incapaz de regularidades, puesto que se nutre de lo mismo que la altera. Negación absoluta de la Ciudad de Dios que tienen como modelo los gestores urbanos y de la que se consideran a sí mismos brazo ejecutor.

Las tentativas de objetivización en el suelo de esa fantasía demiúrgica de ciudad plenamente proyectada son antiguas. De hecho, bien podríamos decir que acaso toda ciudad fue inicialmente concebida como proscenio en que se se inscribía la voluntad de los dioses. El proyecto urbano, desde Babilonia, ha sido el de unidad positiva de lugares artificiales cerrados y exentos, dotados de una administración y una economía absolutamente planificadas, fuertemente territorializados y que contenían una población domeñada que obtenía la felicidad a cambio de obediencia. Platón reproduce este modelo de ciudad ideal en *La República*, una obra en la que se perfila el programa de un orden socioespacial impecable. El uso desde Hipódamo y la reconstrucción de Mileto en el 494 aC de las formalizaciones aritméticas y de las representaciones inspiradas en la geometría constatan esta voluntad de diseñar las ciudades con base en una sistematización utópica. Esta idea de ciudad altamente racionalizada presenta su equilibrio y su exactitud proporcional como un modelo que seguir por las relaciones societarias reales que deberán producirse en su seno, como si la lógica espacial idílica de los proyectadores debiera ser no sólo un escenario, sino también una pauta de conducta que seguir por la comunidad que ha de habitarla. Tal horizonte urbano-arquitectónico nació de la necesidad, en un momento dado de la evolución de las ciudades griegas, de culminar un proceso de politización que garantizara el control estatal sobre las informalidades, las violencias y las extravagancias que emergían en ellas.

El cristianismo no hizo sino calcar en clave trascendente ese mismo afán por conformar una ciudad no sólo modelada, sino también modélica. Los monasterios medievales ya eran, de alguna forma, concreciones que anticipaban la promesa bíblica de la Ciudad Ideal. Más adelante, la sociedad urbana ideal concebida por Francisco de Eiximenis en el siglo XIV y, durante el Renacimiento, las imaginadas por Alberti, Filarete o Francesco di Giorgio, implicaban idéntica proyección urbanística de la perfección socioespacial. Es el caso de la Civita Solis de Campanella y, en general, de todos los proyectos

urbanísticos en que la morfología de la ciudad es imaginada hecha de círculos y polígonos perfectos, de volúmenes simétricos y de repeticiones, que pretenden inspirar idéntica regularidad en las relaciones políticas y sociales reales. La ortogonización del espacio se convierte en ortogonización de la sociedad que hace uso de ella. A las ciudades ideales católicas le seguirá la reformada, la Cristianópolis del pietista Johann Valentin Andreae, en el siglo XVII. Tanto el utopismo ilustrado del XVIII, como el de Morelly y Babeuf, como el socialismo utópico del XIX —Owen, Fourier, Cabet, Saint-Simon— vuelven a insistir en torno a la misma idea de armonía urbana, que, como es sabido, inspirará proyectos como el barcelonés de Ildefons Cerdà, no en vano inventor del concepto de urbanismo como ciencia de la ciudad planificada.

Es cierto que el proyecto urbano no aparece en el mundo contemporáneo ya como mágico-religioso, sino más bien racional y práctico, fundamentado en conocimientos geométricos, matemáticos, técnicos, así como en principios jurídicos, políticos y éticos laicos, pero eso no debe ocultar que se está en todos los casos ante una teleología secularizada. El racionalismo de la Carta de Atenas y Le Corbusier, el que orienta el primer ensayo de reforma radical del Barrio Chino barcelonés, encarna y generaliza este mismo talante alucinado de todo urbanismo, obcecado en el disciplinamiento del espacio para hacer de él un ejemplo que seguir.

A partir de la sentencia que condena a muerte al Chino, lo que Miquel Fernández nos demuestra es que, porque es triunfo sobre todo desorden, la sociedad urbanizada no puede ser sino una sociedad dócil, protegida de toda inestabilidad creativa, a salvo de no importa qué excepción respecto de los mecanismos precisos que la hacen posible. Esto se traduce en una verdadera vocación pacificadora de lo que de magmático, inorgánico, desregulado se produce constantemente en las casas y en las calles. El plan urbanístico anhela una ciudad imposible, un anagrama morfogenético que evoluciona sin traumas. Contra las densidades y los espesores, contra la sucesión interminable de acontecimientos, contra las dislocaciones generalizadas, contra los espasmos constantes, el ingeniero de ciudades levanta sus estrategias de domesticación, en el fondo ingenuas, puesto que el objetivo que sojuzgar —la vida— es, por definición, invencible.

El estudio de Miquel Fernández nos ilustra de manera fundamentada acerca de cómo el urbanismo pretende ser ciencia y técnica, cuando no es sino discurso, y un discurso que querría funcionar a la manera de un ensalmo mágico que desaloje o domestique el diablo de lo urbano, es decir la incertidumbre de las acciones humanas, los imprevistos caóticos que siempre acechan, la constancia de lo injusto, todas las potencias disolventes a punto de desatarse, la insolencia de los descontentos. El urbanista se conduce como un dios que lucha contra ángeles caídos que se niegan a rendirse. Como el Yahvé bíblico, no genera mundos de la nada, sino que aplica todas sus fuerzas sobre lo que hay antes de su acción taumatúrgica: el Tehom de la Cábala, el océano abisal donde sólo habitan monstruos que su pensamiento no puede pensar.

Agradecimientos

Este libro es el fruto de mi tesis doctoral en antropología social, defendida en la Universitat de Barcelona el día de mi cumpleaños del año 2012. Una investigación que no ha recibido ningún apoyo financiero pero sí mucho humano. El primero, el de mi director Manuel Delgado, a quien debo la confianza que en su momento depositó en mí e, igualmente, el de mi codirector Roger Martínez, quien siempre me animó a realizar este trabajo. Gerard Horta, Alberto López, Gaspar Maza y Mónica Degen me han atendido, aconsejado e inspirado de manera importante. Es motivo de enorme satisfacción haber contado con el inmejorable apoyo y coraje de todos mis colegas, amigas y compadres del Observatori d'Antropologia del Conflicte Urbà, especialmente de Marco Luca Stanchieri. También de Maribel Cadenas, quien además de contagiarme su ánimo ha elaborado magníficamente los mapas de la calle d'en Robador. Igualmente imprescindible ha sido la familia de la Reina de África y su mejorable y ensordecedor DJ Lonely. También quiero agradecer a Gary McDonogh que compartiera conmigo uno de sus textos sobre el Chino, que yo desconocía, y a Nilton Santos, el haberme hecho partícipe de su perspectiva carioca sobre la ciudad. Agradezco también la atención que he recibido por parte de Carme Gual y Martí Abella.

Sin mis padres y su comprensión y cariño, esta tesis hubiese sido totalmente inimaginable. También quiero dar las gracias a mis hermanos, Jordi y Josep (Pepe) Fernández, por su atención y ayuda. Y a sus hijos e hijas, Roger, Claudia y Gina, tres de mis motivaciones fundamentales para aprender cosas del mundo.

Pude redactar partes de la tesis en lugares extraordinarios. El primero de ellos, durante el mes de mayo de 2011, cuando Susana me ofreció su casa en Carrión de los Condes. También Patricia puso su inspiradora morada en Sobrànigues a mi alcance. Agradezco también a mis amigos y amigas que han soportado estoicamente largas horas de conversación sobre la calle d'en Robador, como son Jani, Felip, Andreu, Sebas, Aitor, Marc o Arnau. Además, otros, entre ellos, han sido determinantes para que esta tesis llegue a buen puerto. Quiero, en este apartado, reconocer especialmente la dedicación de Manuela Acereda y Marco Aparicio, que han revisado partes importantes del primer borrador de este trabajo y me han hecho oportunos comentarios y sugerencias. Han sido igualmente inestimables las revisiones de Eunice Romero, Pau Subirós, Carlos de Avilés y Alejandro García; y los ánimos, empujes y apoyos directos e indirectos de David Fernández, Julià de Jódar, Bienve Moya o Javier Pérez Andújar. También he contado con el apoyo especial de Lluís Cabrera y los tímidos pero sentidos ánimos de José Martín Yánez, *el Salao*. Quiero agradecer a Diego Ruiz, Jaco Abel y José Andrés su preocupación por la evolución de mis dolores de cabeza relativos a este trabajo.

En un orden de cosas distinto, debo dar las gracias a todas las mujeres y hombres que conocí en la calle d'en Robador, con los que guardo una deuda impagable. Mucho me han ayudado, Montse, Inma, la Gallega, María, Rubén, Mónica, Rebeca, Mohammed, Antonio, Xavi, Manel, Líber, Paz, Araceli, Néstor, Estela, Javed, Fátima y el *espíritu* de la Flora, entre otros y otras. Lo mismo ha sucedido con la gente de Virus, especialmente con Miguel y Paula, con la gente del Lokal y los del periódico *Masala*. Ojalá yo pueda, algún día, retornar y centuplicar todo lo que ellos me han brindado.

Bibliografía y recursos audiovisuales

ABELLA, M. (2004): *Ciutat Vella: el centre històric reviscolat*, Aula Barcelona, Barcelona, p. 130.

AGENCIAS (2006): «La ONU denuncia el "grave" acoso inmobiliario que se produce en España», *Europa Press*, Madrid.

AIGUADER I MIRÓ, J. (1929): «La perversitat del districte Vè», *El Mirador*, Barcelona, p. 3.

AISA, F. y VIDAL, M. M. (2006): *El Raval: un espai al marge*, Barcelona, Base, p. 414.

AJUNTAMENT DE BARCELONA (1987): *Àrees de nova centralitat = New downtowns in Barcelona*, Ajuntament de Barcelona, Àrea d'Urbanisme, Barcelona.
—(2005): *Projecte d'ordenança de mesures per fomentar i garantir la convivència ciutadana a la ciutat de Barcelona*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona.

AL-MU'TAMID y ALVARADO TENORIO, H. (1990): *Al-Mutamid de Sevilla: 1027-1095 [antología poética]*, Fundación para la Investigación y la Cultura, Cali.

ALBERTÍ, S. y ALBERTÍ, E. (2004): *Perill de bombardeig. Barcelona sota les bombes (1936-1939)*, Albertí Editor, Barcelona, pp. 40-43.

ALCAIDE GONZÁLEZ, R. (1999): «La introducción y el desarrollo del higienismo en España durante el siglo XIX. Precursores, continuadores y marco legal de un proyecto científico y social», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, pp. 1-40.
—(2000): «La higiene de la prostitución en Barcelona: una aproximación a los contenidos médico-sociales del higienismo en España durante el siglo XIX», estudio introductorio en P. Sereñana y Partagás (ed.) [1882]: *La prostitución en la ciudad de Barcelona estudiada como enfermedad social y considerada como origen de otras enfermedades dinámicas, orgánicas y morales de la población barcelonesa*, Geocrítica. Textos electrónicos, n.º 2, noviembre, pp. 1-23.
—(2001): «Inmigración y marginación: prostitución y mendicidad en la ciudad de Barcelona a finales del siglo XIX. Una comparación con la actualidad», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 94(1), pp. 1-9.

ALEXANDRE, O. (2000): *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic històrico-artístic del centre històric de Barcelona*, Veïns en Defensa de la Barcelona Vella, Estudiants pel Patrimoni, Barcelona, p. 69.

ALIBÉS I ROVIRA, J. M. (1991): «Expropiar per millorar. L'afectació urbanística, un procés difícil», *Barcelona Metròpolis Mediterrània*, n.º 18, pp. 3-6.

ALMERICH SELLARÈS, L. (1950): *Història dels carrers de la Barcelona vella: guia sentimental: obra il·lustrada amb profusió de gravats i fotografies documentals de la Barcelona retrospectiva*, Millà, Barcelona.

ALOMAR, G. (1911): «La pornografia i l'esperit català (per als nostres puritans)», *L'Esquella de la Torratxa*, n.º 1679, 30 de junio, pp. 402- 405.

AMADES, J. (1934): *Guia llegendària de Barcelona: el Raval*, La Neotípia, Barcelona, p. 66.

ANTILLANO, A. (2002): «Les noves polítiques de seguretat: el cas de Barcelona», *Revista catalana de seguretat pública*, n.º 10 («Experiències de gestió de la seguretat: des dels models de proximitat a l'ús de la tecnologia»), junio, pp. 73-98.

ARAMBURU OTAZU, M. (2000): *Bajo el signo del gueto. Imágenes del «inmigrante» en Ciutat Vella* (tesis doctoral), Departamento de Antropología Social y Prehistoria, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
—(2001): «El caso de Ciutat Vella, Barcelona», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 94 (63), número extraordinario «Migración y cambio social» dedicado al III Coloquio Internacional de Geocrítica (actas del coloquio), 1 de agosto, pp. 1-12.

ARTIGUES VIDAL, J.; MAS PALAHÍ, F. y SUÑOL FERRER, X. (1980): *El Raval: història d'un barri servidor d'una ciutat*, Associació de Veïns del Districte Vè, Barcelona.

ATKINSON, R. y BRIDGE, G. (2005): *Gentrification in a global context: the new urban colonialism*, Routledge, Londres.

AYLLÓN, S. y RAMOS MORILLA, X. (2008): *Dinámica de la pobresa a Catalunya*, Fundació Jaume Bofill, Barcelona.

BALAGUER, Víctor y TELLO, Manuel (1987 [1888]): *Las calles de Barcelona en 1865 (complemento de la Historia de Cataluña)*, Impr. y Fundición de M. Tello, Madrid.

BARTH, F. (1976): *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*, Fondo de Cultura Económica, México.

BATAILLE, G. (1979): «Prefacio», en *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*, Taurus Ediciones, Madrid, pp. 16-27.
—(1980): *El Azul del cielo: novela*, Ayuso, Madrid.

BAUMAN, Z. (1999): *Ley global, órdenes locales*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, pp. 135-167.
—(2004): «El eterno retorno de la violencia», en J. Beriain (ed.): *Modernidad y violencia colectiva*, Centro Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 17-48.
—(2006): *Modernidad y holocausto*, Sequitur, Madrid.

BAUZÀ, J. (2007): «Radiografía del *mobbing* en Ciutat Vella», *El País*, Barcelona.

BEFESSE, G. (193?): *Profesionales del amor. Historia de la prostitución a través del tiempo. Reportajes de la prostitución actual en las grandes capitales: Barcelona y su vida alegre*, [11], Ediciones PCP, Barcelona, p. 243.

BENACH ROVIRA, N. y TELLO I ROVIRA, R. (2004): «En los intersticios de la renovación. Estrategias de transformación del espacio y flujos de población en Barcelona», *Revista de geografía*, n.º 3, pp. 93-114.

BENET I JORNET, J. M. (2000): «Pròleg», en O. Alexandre y Veïns en Defensa de la Barcelona Vella (eds.): *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic històrico-artístic del centre històric de Barcelona*, Veïns en Defensa de la Barcelona Vella. Estudiants pel Patrimoni, Barcelona, p. 69.

BENÉVOLO, L. (1993): *La ciudad europea*, Crítica, Barcelona.

BENITO JULIÀ, R. (2008): «La prostitución y la alcahuetería en la Barcelona bajomedieval (siglos XIV-XV)», *Miscelánea Medieval Murciana*, n.º XXXII, pp. 9-21.

BENVENUTY, L. (2009): «La maldición del Raval», *La Vanguardia*, 11 de octubre, Barcelona.

BERGALLI, R. (2001): «Globalització i control de la ciutat. Fordisme i disciplina. Postfordisme i control punitiu», *Revista catalana de seguretat pública*.

BERGER, P. L. (1989): *La revolución capitalista: cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad,* Ediciones Península, Barcelona, p. 307.

BERMAN, M. (1982 [1883]): *All that is solid melts into air. The experience of modernity,* Verso, Londres.

BOHIGAS, O. (1986): *Reconstrucción de Barcelona*, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Secretaría General Técnica, Madrid, p. 201.
—(2005): «Cloaca de miseria», *El País*, 27 de julio, Barcelona.

BORELLI, C. (2009): «Imaginaris practicats. Remodelació urbanística i reconstrucció simbòlica al barri del Raval», *Revista d'etnologia de Catalunya,* n.º 34, Barcelona, pp. 134-136.

BORJA, J. (1988): *Estado y ciudad: descentralización política y participación*, Promociones Universitarias, Barcelona.
—(1990): «Políticas para la ciudad europea de hoy», en M. de Forn y J. Borja (eds.): *Barcelona y el sistema urbano europeo*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona.
—(2006): «Pors urbanes i demandes de seguretat: la repressió preventiva», *Revista catalana de seguretat pública*, n.º 16, pp. 77- 84.
—(2007): «La ciutat i la revolució, esperances i frustracions», *La veu del carrer*, n.º 100*,* enero-febrero, pp. 22-24.
—(2009): *Luces y sombras del urbanismo de Barcelona*, Colección Gestión de la ciudad (vol. 2, UOC, Barcelona, p. 304.

BOURDIEU, P. (1991): *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, p. 597.
—(2000*a*): *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, p. 159.
—(2000*b*): *Cosas dichas*, Editorial Gedisa, Barcelona.

BOURDIEU, P. y PASSERON, J. C. (2003): *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, p. 189.

BOURDIN, A. (2008): «Gentrification: un "concept" à déconstruire», *Espaces et sociétés*, n.º 132-133 (1), Eres.

BOWIE, K. (2001): *La modernité avant Haussmann: formes de l'espace urbain à Paris (1801-1853)*, Recherches, París, p. 407.

BRACCESI, L. (2006): *L'Assessandro occidentale: il Macedone e Rome*, Roma: «L'Erma» di Bretschneider, p. 343.

BROOKS, DAVID (2002): *Bobos en el paraíso: ni* hippies *ni* yuppies*: un retrato de la nueva clase triunfadora*, Debolsillo, Barcelona.

BRUGAL I PUIG, M.ª Teresa (2005): *Morbimortalidad asociada al consumo de heroína* (tesis doctoral), Departamento de Pediatría, Obstetricia, Ginecología y Medecina Preventiva, Universitat de Barcelona, Barcelona.

CAMAGNI, R. (2002): «On the concept of territorial competitiveness: sound or misleading?», *Urban Studies*, agosto.

CANDEL, Francisco (1959): *Han matado a un hombre, han roto un paisaje*, Editorial José Janés, Barcelona.

CAPDEVILA, L. (1929): *Barcelona, cor de Catalunya,* Antoni López: Llibreter, Barcelona.
—(1975): *De la Rambla a la presó*, Paraula Viva, Barcelona, p. 373.

CAPEL, H. (1983): *Capitalismo y morfología urbana en España*, Ediciones Universidad de Barcelona, Los Libros de la Frontera, Barcelona.
—(2005): *El modelo Barcelona: un examen crítico*, Ediciones del Serbal, Barcelona, p. 119.
—(2007): «El debate sobre la construcción de la ciudad y el llamado "modelo Barcelona"», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales,* n.º 23 (1992), pp. 1-67.
—(2009): «Barcelona: construcciones, destrucciones y responsabilidades», *Biblio 3W. Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, pp. 1-7.

CAPMANY, M.ª Aurèlia y MARAGALL, Pasqual (1984): *Caminant junts per la ciutat*, Laia, Barcelona.

CARANDELL, J. M. (1974): *Guía secreta de Barcelona*, Al-Borak, Barcelona, p. 416.

CARASA, P. (1992): «La historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación», *Historia Social*, n.º 13, pp. 84-85.

CARBONELL I ESTELLER, M. (1986): «Les cases de misericòrdia, eix de la trama assistencial», *L'Avenç*, n.º 91, pp. 38-43.

CARCO, F. (1929): *Printemps d'Espagne*, Albin Michel, París, p. 293.

CARDÚS, S. (2006): «L'educació del civisme. De la retòrica dels valors a la bona organització», *Diàlegs interiors*, Departament d'Interior, Barcelona, pp. 79-122.

CASANOVAS I FOLCH, J. (2003): *Ciutat Vella: ciutat construïda. Promoció Ciutat Vella 1988-2002*, El Cep i la Nansa, Barcelona, p. 269, http://www.fomentciutatvella.cat/c_v_en_xifres.php [septiembre de 2014].

CASAS, J. G. (2003): «La recreació del passat: el Barri Gòtic de Barcelona, 1880-1950», *Barcelona Quaderns d'Història*, n.º 8, pp. 257-272.

CASASSES, E. (2003): «Pròleg» y «Contraportada», en J. Vallmitjana: *La Xava,* Edicions de 1984, Barcelona, pp. 7-10.

CASAVELLA, F. (1997): *El triunfo*, Anagrama, Barcelona.

CASTAÑOS, A. (2010): «La memoria y su tergiversación. Intereses ocultos y suplantación burguesa en el Barrio Chino de Barcelona», Ateneu Enciclopèdic Popular, pp. 1-6.

CASTELLAR-GASSOL, J. (2000): *Barcelona, la història: cròniques de 2000 anys de vida de la ciutat*, Edicions de 1984, Barcelona, p. 190.

CASTELLANOS, J. (2002): «Barcelona, las tres caras del espejo: del Barrio Chino al Raval», *Revista de filología románica*, n.º 2 (1991), pp. 143-154.
—(2005): «L'atracció literària del Barri Xino», *L'Avenç*, n.º 306 («El Districte Vè. Un retrat de Barcelona»), pp. 24- 28.

CASTELLS, M. (1986): *La ciudad y las masas*, Alianza, Madrid, p. 103.

CEDÓ, F. (2006): «La oficina *antimobbing* empuja a los afectados a no denunciar el acoso», *20 Minutos*, Barcelona, http://www.20minutos.es/noticia/166604/0/FAVB/impunitat/mobbing/ [septiembre de 2014].

CERDÀ, I. (1971 [1867]): *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona,* Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.
—(1971*a* [1867*a*]): «Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856», en *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid.

CHEVALIER, L. (1978): *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris, pendant la première moitié du XIXe siècle*, LGF, p. 735.

CHRISTIAN, W. (1976): «De los santos a María: panorama de las devociones a santuarios españoles desde el principio de la Edad Media hasta nuestros días», en C. Lison (ed.): *Temas de antropología española,* Akal, Tres Cantos (Madrid), p. 93.

CLARAMUNT I FUREST, L. (1933): *La pesta en el pla de Barcelona: memòria succinta del brot de pesta bubònica ocorregut en el pla de Barcelona durant l'estiu i tardor de l'any 1931, formada amb dades de totes les institucions higio-sanitàries municipals i elevada a l'Honorable senyor Co*, Imp. La Ibèrica, Barcelona.

CLARÓS, S. (2007): «De la ciutat dels prodigis a la Barcelona social», *Biblio 3W, Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*, Universidad de Barcelona, vol. XII, n.º 751, Barcelona, http://www.ub.es/geocrit/b3w-751.htm [septiembre de 2014].

CÓCOLA GANT, A. (2010): *El barrio Gótico de Barcelona. Planificación del pasado e imagen de marca* (tesis doctoral), http://www.tdx.cat/TDX-0119111-122923 [septiembre de 2014].
—(2011): «El barrio Gótico de Barcelona. De símbolo nacional a parque temático», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 37.

COHEN, S. (2002): *Folk devils and moral panics: The creation of the mods and rockers*, Routledge, Londres y Nueva York.

COLEMAN, R. (2005): «Surveillance in the city: Primary definition and urban spatial order», *Crime, media, culture,* n.º 1(2), pp. 131-148.

COORDINADORA CONTRA L'ESPECULACIÓ AL RAVAL (2004): «El Raval: la lluita fragmentada o l'actuació anestesista de l'Ajuntament», en Unió Temporal d'Escribes (UTE) (ed.): *Barcelona marca registrada, un model per desarmar,* Virus Editorial, Barcelona, pp. 1-7.

CRESPI, M. (1868): *Diario de memorias de Barcelona (manuscrit)*, Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona, Barcelona.

DA SILVA, P. J. J. (2002): «Raval en (des)construcción. La importancia de las imágenes periodísticas en la comprensión de un plano urbanístico - la Rambla del Raval. Resumen», *IX Congrés d'Antropologia FAAEE*, Simposio 8: «Tiempo, espacio y entorno en contextos urbanos», Barcelona.

DAVIS, M. (2003): *Ciudad de cuarzo: arqueología del futuro en Los Ángeles*, Lengua de Trapo, Madrid, p. 386.
—(2005): «La "limpieza de los barrios miseria" significa casi siempre un ataque a los pobres», *Sin Permiso*, pp. 1-3.
—(2007): *Planeta de ciudades miseria,* Foca Ediciones, Madrid.

DE GAUDEMAR, J. P. (1981): *La movilización general*, Ediciones de la Piqueta, Madrid.

DE GIORGI, A. (2000*a*): «Control actuarial y transformación social. Lineamientos para una posible crítica», en *Emergencias de fin de siglo. La incubación de la «Zero Tolerance»,* Virus Editorial, Barcelona, pp. 125-171.
—(2000*b*): «Estrategias y prácticas de la sociedad de control», en *Emergencias de fin de siglo. La incubación de la «Zero Tolerance»*, Virus Editorial, Barcelona, pp. 43-80.

DE OTERO, L. (1943): «Reformas de urbanización en Barcelona. A la mayor brevedad se va a poner en práctica la demolición del llamado "Barrio Chino"», *Boletín de la propiedad privada*, año II, n.º 4, septiembre, Barcelona, pp. 16-17.

DEGEN, M. M. (2004): «Passejant per la passarel·la global: ciutats i turisme urbà», *Transversal*, n.º 24, pp. 30-34.
—(2008): *Sensing cities: regenerating public life in Barcelona and Manchester*, Routledge, Londres, p. 225.
—(2008*a*): «Modelar una "nueva Barcelona": el diseño de la vida pública», en *La metaciudad: Barcelona. Transformación de una metrópolis*, Anthropos Editorial, Rubí, pp. 83-96.

DEGEN, M. M. y GARCÍA, M. (2012): «The transformation of the "Barcelona model": An analysis of culture, urban regeneration and governance», *International journal of urban and regional research* [doi:10.1111/j.1468-2427.2012.01152.x].

DELGADO, M. (1994): «O mito estructural. Claude Lévi-Strauss e a análise de mitoloxica», *Grial*, n.º XXIII/124.
—(2001*a*): *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, blasfemia y martirio de las imágenes*, Ariel, Barcelona.
—(2001*b*): «La ciudad redimida. Las ciencias sociales como forma de caridad», *Fundamentos de antropología*, n.º 10-11, pp. 99-113.
—(2002*a*): «Etnografía del espacio público», *Revista de antropología experimental*, http://revista.ujaen.es/huesped/rae/RAE 1 y 2.pdf#page=91 [septiembre de 2014].

—(2002*b*): «Los efectos sociales y culturales del turismo en las ciudades históricas», *Congreso internacional sobre el desarrollo turístico integral de ciudades monumentales*, Granada, pp. 19-22.
—(2003): «Anonimato y ciudadanía. Derecho a la indiferencia en contextos urbanos», en *Inmigración y cultura*, CCCB, Barcelona.
—(2004*a*): «De la ciudad concebida a la ciudad practicada», *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, n.º 62 («Crisis y reinvención de la ciudad contemporánea»), pp. 7-11.
—(2004*b*): «Ciutat Vella: la vida a secas», *El País*, 26 de abril, Barcelona, http://elpais.com/diario/2004/04/26/catalunya/1082941643_850215.html [septiembre de 2014].
—(2005): «Barcelona, el naixement d'una nació», en M. Delgado (ed.): *Elogi del vianant. Del «model Barcelona» a la Barcelona Real,* Edicions de 1984, Barcelona, pp. 78-79.
—(2006): «Morfología urbana y conflicto social. Las medidas antigueto como políticas de dispersión de pobres», en R. Bergalli y I. Rivera Beiras (eds.): *Emergencias urbanas*, Anthropos Editorial, Rubí, pp. 133-168.
—(2007): *La ciudad mentirosa: fraude y miseria del «modelo Barcelona»*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
—(2008): «La artistización de las políticas urbanas. El lugar de la cultura en las dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad», en *Geocrítica*, X Coloquio internacional de Geocrítica, Barcelona, pp. 1-13.

—(2012): *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea*. RBA Libros, Barcelona.

DELGADO, M. y MALET, D. (2007): «El espacio público como categoría política», *Jornadas Marx Siglo XXI*, Universidad de la Rioja, La Rioja, pp. 1-13.

DÍAZ PRIETO, M. (2006): *De fiesta. Una ciudad de vanguardia*, La Vanguardia Ediciones, Barcelona, p. 109.

DÍEZ RIPOLLÉS, J. L. y GÓMEZ CÉSPEDES, A. (2008): «La corrupción urbanística: estrategias de análisis», *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid*, n.º 12 («Urbanismo y corrupción»), Madrid, pp. 41-69.

DOMÍNGUEZ SÁNCHEZ, M. (2007): «Crítica del ciudadanismo» (ponencia mimeografiada), IX Congreso español de sociología, Grupo de trabajo de sociología política, Barcelona, pp. 1-9.

DURKHEIM, É. (1993): *La división del trabajo social. Obras maestras del pensamiento contemporáneo*, vol. 46-47, Planeta-Agostini, Barcelona, pp. 222-285.

EALHAM, C. (2005*a*): *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Alianza, Madrid, p. 381.
—(2005*b*): «An imagined geography: ideology, urban space and protest in the creation of Barcelona's "Chinatown" (c. 1835-1936)», *Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis*, n.º 50(03), pp. 373-397 [doi: 10.1017/S0020859005002154].

ELÍAS, N. (1994): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
—(1999): *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, p. 213.

ELMAIMOUNI, Y. (2012): «Prohibida», *Masala*, n.º 63, septiembre-octubre, p. 8.

ENGELS, F. (1980*a* [1845]): *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Júcar, Madrid, p. 269.
—(1980*b* [1887]): «Contribución al problema de la vivienda», en *Obras escogidas (en tres tomos) de K. Marx y F. Engels*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 314-396.

ESPADA, A. (2000): *Raval. Del amor a los niños*, Anagrama, Barcelona.

ESPINÀS, J. M. (1965): *Això també és Barcelona*, Lumen, Barcelona.

FABRE, J. y HUERTAS CLAVERÍA, J. M. (1976): «El Districte Cinqué. Treball, lluita i plaer», en *Tots els barris de Barcelona*, Edicions 62, Barcelona, pp. 279-348.
—(2005): «Del derribo de las murallas al Fórum 2004», en *Barcelona, XXI siglos*, Lunwerg, Barcelona.

FAVB (2007): «Editorial», *La Veu del Carrer*, n.º 100, enero-febrero, p. 2.

FERNÁNDEZ, M. (2005): «Immigrants per sempre?», en *Els altres andalusos. La qüestió nacional de Catalunya*, Esfera dels Llibres, Barcelona, pp. 339-395.
—(2009) (ed.): *Fabricar l'immigrant: aprofitaments polítics de la immigració, Catalunya 1977-2007*, Pagès Editors, Lleida, p. 220.
—(2011): «El asedio al Raval: Una aproximación al pasado y presente de las transformaciones urbanísticas del barrio barcelonés», *Oñati Socio-Legal Series,* vol. 1, n.º 2, http://ssrn.com/paper=1804337 [septiembre de 2014].
—(2012): «Contra el bé, la civilització i el progrés. Apunts per una epistemologia de la moral relativa a les intervencions urbanístiques al Raval», *Astrolabio: revista internacional de filosofía*, pp. 156-164, http://www.raco.cat/index.php/Astrolabio/article/viewArticle/256285/0 [septiembre de 2014].
—(2012*a*): «Usos de l'estigma. El paper de la prostitució en la revalorització urbanística de la Illa Robador», *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, n.º 17.
—(2012*b*): «La invención del espacio público como territorio para la excepción. El caso del Barri Xino de Barcelona», *Crítica penal y poder. Publicación electrónica del Observatorio del Sistema Penal y los Derechos Humanos de la Universitat de Barcelona*, n.º 3, septiembre.
—(2013*a*): «Revalorización urbanística, prostitución callejera y corrupción administrativa. Primera aproximación etnográfica a la calle d'en Robador de Barcelona», *Antropolítica: revista contemporânea de antropología*, n.º 35.
—(2013*b*): «El mito del Barri Xino de Barcelona. De control de población descapitalizada a la mercantilización de la pobreza», en J. Cucó (ed.), *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*, Icaria, Barcelona.

FERNÁNDEZ, M. y ROMERO, E. (2008): «Treballadors invisibles, ciutadans il·legals», *IDEES*, n.º 31, julio-septiembre, pp. 59-81.

FERRAJOLI, L. (2008*a*): «La legalidad violenta», en *Democracia y garantismo*, Trotta, Madrid, pp. 175-191.
—(2008*b*): «El derecho penal del enemigo y la disolución del derecho penal», en *Democracia y garantismo*, Trotta, Madrid, pp. 234-249.

FERRER, J., SUST, X. y BOHIGAS, O. (2002): «Rambla del Raval» (ficha resumen de rehabilitación urbana: EFU22), Barcelona.

FIJALKOW, Y. y PRÉTECEILLE, E. (2006): «Introduction. Gentrification: discours et politiques urbaines (France, Royaume-Uni, Canada)», en *Sociétés contemporaines*, n.º 63 (3), p. 5 [doi:10.3917/soco.063.0005].

FONTANET ADROVER, X., MECA ACOSTA, B. y ALOMAR SUREDA, J. (2004): *Estudi històric i urbanístic del Raval*, http://hdl.handle.net/2099.1/1486 [septiembre de 2014].

FOUCAULT, M. (1988): «El sujeto y el poder», *Revista mexicana de sociología*, n.º 50 (3), Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 3-20.
—(1991): «*Omnes et singulatim*: Hacia una crítica de la razón política», en *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Ed. Paidós, Barcelona, pp. 95-140.
—(1998): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
—(2003): *La verdad y las formas jurídicas*, serie Cla-de-ma, vol. 2, Gedisa, Barcelona, p. 190.

FRAILE, P. (1990): «Lograr obediencias maquinales. Un proyecto espacial», en Horacio Capel (coord.): *Los espacios acotados. Geografía y dominación social*, Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, pp. 13-39.
—(2003): «La organización del espacio y el control de los individuos», en R. Bergalli (ed.): *Sistema penal y problemas sociales,* Tirant lo Blanch, Valencia, p. 169.
—(2005): *El vigilante de la atalaya: la génesis de los espacios de control en los albores del capitalismo,* vol. 11, Milenio, Lleida, p. 237.
—(2011): «Delincuencia, marginación y morfología urbana: una primera aproximación al caso de Barcelona en el siglo XX», en F. López Mora (ed.): *Modernidad, ciudadanía, desviaciones y desigualdades*, Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 51-64.

GABANCHO, P. y POMÉS, S. (1991): *El Sol hi era alegre: la reforma urbanística i social de Ciutat Vella*, La Llar del Llibre, Barcelona, p. 142.

GARCÍA ARNAUD, A. (2010): «Gentrificación: estado de la cuestión. Apuntes para el estudio de las clases medias y el turismo en Ciutat Vella, Barcelona» (trabajo de investigación inédito), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

GARFINKEL, H. (2006): *Estudios en etnometodología*, Anthropos Editorial, Rubí, p. 319.

GARLAND, D. (2005): *La cultura del control: crimen y orden social en la sociedad contemporánea*, Gedisa, Barcelona, p. 462.

GARNIER, J. P. (1976): «Planificación urbana y neocapitalismo», *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*, n.º 6, p. 6.

GASCH, S. (1967): «El Barrio Chino visto por un escritor francés», *ABC*, Madrid, p. 73.

GATCPAC (1932): *A. C. Documentos de Actividad Contemporánea*, n.º 6, 2.º trimestre.
—(1933): *A. C. Documentos de Actividad Contemporánea*, n.º 11, 2.º trimestre.

GENET, J. (1987 [1942]): *Diario del ladrón*, Planeta, Barcelona.
—(2010 [1942]): *Diario del ladrón*, RBA, Barcelona.

GEORGE, H. (1987): «Progreso y miseria: indagación acerca de la causa de las crisis económicas y del aumento de la pobreza con el aumento de la riqueza», Robert Schalkenbach Foundation, Nueva York, p. 590.

GOFFMAN, E. (1991): «El orden de interacción», en *Los momentos y sus hombres,* Ed. Paidós, Barcelona, pp. 168-205.
—(2006): *Estigma: la identidad deteriorada,* Amorrortu, Buenos Aires, p. 172.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. y DEL REY REGUILLO, F. (1995): «Violència política i pistolerisme a la Catalunya de la primera posguerra mundial», *L'Avenç*, n.º 192, pp. 34- 41.

GONZÁLEZ LEDESMA, F. (2005): *Las calles de nuestros padres*, La Factoría de Ideas, Madrid.

GOYTISOLO, J. (2009*a*): *Genet en el Raval*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona.
—(2009*b*): «La santidad de Genet», *El País*, 3 de enero, Barcelona.

GRAU, R. (2009): «Un saintsimonià per a la Barcelona del vuit-cents», *Barcelona Metròpolis. Revista d'informació i pensament urbà*, n.º 76 («La raó de la ciutat: el Pla Cerdà»), pp. 49-53.

GRAU, R. y LÓPEZ, M. (1988*a*): «Cara y cruz del urbanismo de Cerdà», en R. Grau (ed.): *Exposición Universal de Barcelona: libro del centenario, 1888-1988,* Comisión Ciudadana para la Conmemoración del Centenario de la Exposición Universal de Barcelona del Año 1888, Barcelona, pp. 166-187.
—(1988*b*): «Las batallas por el ensanche», en R. Grau (ed.): *Exposición Universal de Barcelona :libro del centenario, 1888-1988,* Barcelona: Comisión Ciudadana para la Conmemoración del Centenario de la Exposición Universal de Barcelona del Año 1888, Barcelona, pp. 191-225.

GUÀRDIA BASSOLS, M. (2009): «La ciutat del XIX i el pensament modern», *Barcelona Metròpolis. Revista d'informació i pensament urbà*, n.º 76 («La raó de la ciutat: el Pla Cerdà»), pp. 58-61.

GUEREÑA, J. L. (1997): «Prostitución, Estado y sociedad en España. La reglamentación de la prostitución bajo la monarquía de Isabel II (1854-1868)», *Asclepio*, n.º 49 (2), pp. 101-132.

GUILLÉN, F. (2009): «De les finestres trencades a la lluita contra la delinqüència: alguns esglaons perduts», *Apunts de seguretat*, n.º 4, julio, pp. 7-28.

HABERMAS, J. (1981): *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Gustavo Gili, México, p. 352.

HANNERZ, U. (1986): *Exploración de la ciudad: hacia una antropología urbana,* Fondo de Cultura Económica, México, p. 386.

HARVEY, D. (1977): *Urbanismo y desigualdad social*, Siglo XXI Editores, Madrid, p. 340.
—(1985): *The urbanization of capital. Studies in the history and theory of capitalist urbanization*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
—(1990): *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. *Textos de economía*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 469.

—(1998): La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural, Amorrortu, Buenos Aires, p. 401.
—(2001): «Globalization and the "Spatial fix"», *Geographische Revue*, pp. 23-30.
—(2003): *Espacios de esperanza*, Akal, Tres Cantos (Madrid), p. 328.
—(2004): «El "nuevo" imperialismo: acumulación por deposesión», *Socialist Register: El nuevo desafío imperial*, pp. 99-129.
—(2005): «El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura», en *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura,* Edicions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
—(2006): «Neoliberalism as creative destruction», *The annals of the American Academy of Political and Social Science 2007*, n.º 88, pp. 145-158.
—(2007*a*): «La geografía de la acumulación capitalista: reconstrucción de la teoría *marxiana*», en *Espacios del capital: hacia una geografía crítica,* Akal, Tres Cantos (Madrid), pp. 255-284.
—(2007*b*): «Rebatir el mito *marxiano* (al estilo Chicago)», en *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Akal, Tres Cantos (Madrid), pp. 81-102.
—(2007*c*): «Una vista desde Federal Hill», en *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Akal, Tres Cantos (Madrid), pp. 144-173.
—(2007*d*): «Capitalismo: la fábrica de la fragmentación», en *Espacios del capital: hacia una geografía crítica*, Akal, Tres Cantos (Madrid).
—(2008*a*): *París, capital de la modernidad*, Akal, Tres Cantos (Madrid), p. 458.
—(2008*b*): «The right to the city», *International journal of urban and regional research*, n.º 27 (4).
—(2008*c*): «El derecho a la ciudad», *Sin permiso,* http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2092 [septiembre de 2014].
—(2008*d*): «Comunidad y clase», en *París, capital de la modernidad,* Akal, Tres Cantos (Madrid), pp. 289-314.
—(2009): «Las grietas de la ciudad capitalista. Entrevista con David Harvey», *Revista geográfica de América Central*, n.º 43, pp. 109-117.

HEGEL, G. W. F. (1982): *El sistema de la eticidad*, Editora Nacional, Madrid, p. 194.

HEREU, Jordi (2009): «En defensa del Raval», *El País*, 17 de septiembre, Barcelona.

HORTA, G. (2010): Rambla del Raval de Barcelona:de apropiaciones viandantes y procesos sociales (p. 291). Mataró: El Viejo Topo.

HORTA, G. y DELGADO RUIZ, M. (2011): «L'exclusió com a pretext. Ordre i gentrificació a la ciutat contemporània», en A. Solé Arraràs (ed.): *Els fantasmes de l'exclusió: ordre, representacions i ciències socials a la ciutat contemporània,* Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 107-115.

HUERTAS CLAVERÍA, J. M. (1974): *Salvador Seguí, «El noi del sucre»: materials per una biografia*, Laia, Barcelona.
—(1979): «Com es formà el barri "Xino", el Districte Vè de Barcelona, nascut "Raval", batejat "Xino"», *L'Avenç*, n.º 15, pp. 66-71.
—(2006): *La construcción de una ciudad*, La Vanguardia Ediciones, Barcelona, p. 109.

INDOVINA, F. (1981): «Città-merce e città-potere», en M. Bolognini (ed.): *Spazio urbano e potere,* Franco Angeli, Milán, pp. 7-18.

IVÀ (1986): *Makinavaja. El último "choriso",* El Jueves, Barcelona.

JACOBS, J. (2011 [1961]): *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Capitán Swing Libros, Madrid, p. 487.

JESSOP, B. (2006): «Spatial fixes, temporal fixes and spatio-temporal fixes», Departamento de Sociología, Lancaster University, Lancaster.

JOSEPH, I. (1988): *El transeúnte y el espacio urbano: ensayo sobre la dispersión del espacio público*, vol. 1, Gedisa, Barcelona, p. 159.

JOSEPH, I. (1999*a*): *Retomar la ciudad: el espacio público como lugar de la acción*, Universidad Nacional de Colombia y CINDEC, Medellín.
—(1999*b*): *Erving Goffman y la microsociología,* Gedisa, Barcelona, p. 125.

JOSEPH, I. y CEFAÏ, D. (2002): *L'héritage du pragmatisme: conflits d'urbanité et épreuves de civisme,* Editions de l'Aube, La Tour d'Aigues.

KLEIN, N. (2009): *No logo: el poder de las marcas*, Paidós Contextos (vol. 61), Ed. Paidós, Barcelona, p. 559.

KOSKELA, H. (2003): «"Cam Era" – The contemporary urban Panopticon», *Surveillance & society*, n.º 1, pp. 292-313.

LAHUERTA, J. J. y SERRATS, E. (2005): «Destrucción de Barcelona: precedido de "Un equívoco" y seguido de "Se calienta el mármol"», Mudito & Co., Barcelona.

LAMEYRE, G. N. (1958): *Haussmann: préfet de Paris*, Flammarion, París, p. 346.

LE CORBUSIER (1978 [1923]): «Arquitectura o revolución», en *Hacia una arquitectura*, Editorial Poseidón, L'Hospitalet de Llobregat.
—(1962): *La ciudad del futuro*, Ediciones Infinito, Buenos Aires.

LEES, L. y LEY, D. (2008): «Introduction to special issue on gentrification and public policy», *Urban Studies,* Sage Publications, n.º 45 (12), pp. 2379-2384.

LEFEBVRE, H. (1969): *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona.
—(1971): *De lo rural a lo urbano*, Ediciones Península, Barcelona, p. 268.
—(1972): *La ilusión urbanística. La revolución urbana,* vol. 378, Alianza, Madrid, pp. 156-166.
—(1974): «La producción del espacio», *Papers: Revista de sociología*, n.º 3, pp. 219-229.
—(1976): *Espacio y política: el derecho a la ciudad II*, Serie Universitaria, Col. Historia, ciencia y sociedad, vol. 128, Ediciones Península, Barcelona, p. 157.
—(1983): «El pensador francés Henri Lefebvre pide una racionalización de la vida urbana», *El País*, 13 de abril, Bilbao, pp. 12-13.
—(1991): *The production of space*, Blackwell, Oxford, p. 454.
—(2000): *La production de l'espace*, Anthropos, vol. 4, París, p. 485.

LEIRIS, M. (1995): *L'etnòleg davant el colonialime,* Icaria, Barcelona.

LEÓN-IGNACIO, J. (1981): *Los años del pistolerismo. Ensayo para una guerra civil*, Planeta, vol. 60, Barcelona, p. 328.

LÉVI-STRAUSS, C. (2000 [1949]): «La eficacia simbólica», *Antropología estructural*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, pp. 211-228.
—(2002): *Mito y significado,* Alianza, Madrid, p. 111.

LEY, D. (1981): «Inner-city revitalization in Canada: a Vancouver case study», *The Canadian Geographer*, n.º 25, pp. 124-148.

LEY, D. (1987): «The gentrification of Inner Melbourne: A political geography of Inner City Housing», *Annals of the Association of American Geographers*, n.º 77 (1), pp. 138-139.
—(1994): «Gentrification and the politics of the new middle class», *Environment & Planning D: Society & Space*, n.º 12 (1), p. 53.
—(2003): «Artists, aestheticisation and the field of gentrification», *Urban Studies*, n.º 40 (12), Routledge, pp. 2527-2544.

LLARCH, J. (1968): *Barrio Chino: pasado, presente y futuro del famoso barrio barcelonés*, Dima, Barcelona, p. 153.

LOFLAND, L. H. (1989): «Social life in a public realm: A review», *Journal of Contemporary Ethnography*, n.º 17(4), pp. 453-482 [doi:10.1177/089124189017004004].

LOGAN, J. R. y MOLOTCH, H. L. (1987): «Urban fortunes: the political economy of place. Sociology», *Urban Studies*, University of California Press, p. 383.

LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1964): *Medicina y sociedad en la España del siglo XIX,* Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid.

LÓPEZ SÁNCHEZ, P. (1986): «El centro histórico: un lugar para el conflicto. Estrategias del Capital para la expulsión del proletario del centro de Barcelona: el caso de Santa Caterina y el Portal Nou», Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, p. 161.
—(1990): «Norma e ilegalismos. El control social y los usos del territorio en la metrópoli», en H. Capel (ed.): *Los espacios acotados: geografía y dominación social,* Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, pp. 167-194.
—(1991): «1992, objectiu de tots? Ciutat-empresa i dualitat social a la Barcelona olímpica», *Revista catalana de geografia*, n.º 15, junio, pp. 91-99.
—(1993*a*): «El desordre de l'ordre. Al·legats de la ciutat disciplinària en el somni de la Gran Barcelona», *Acàcia: Papers del Centre per a la Investigació dels Moviments Socials*, n.º 3, pp. 97-111.
—(1993*b*): *Un verano con mil julios y otras estaciones*. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de julio de 1909, Siglo XXI Editores, Madrid.
—(1993*c*): «Todos, mayoría y minorías en la Barcelona olímpica-empresa. Apuntes sobre el gobierno de lo social en la ciudad-empresa», *Economía y sociedad,* n.º 9, pp. 103-115.

LOW, S. M. (1999): *Introduction: theorizing the city*, Rutgers University Press, Londres, p. 433.

MADRID, F. (1925): «Los bajos fondos de Barcelona», *El Escándalo*, n.º 1, octubre, pp. 4-5.
—(1929): «El famoso Barrio Chino de Barcelona», *Estampa: revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial*.

MAFFESOLI, M. (2000): *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*, Siglo XXI Editores, México.

MAGRI, S. y TOPALOV, C. (1987): «De la cité-jardin à la ville rationalisée. Un tournant du projet réformateur (1905-1925) dans quatre pays», *Revue française de sociologie*, n.º 28 (3), pp. 417-451 [doi:10.2307/3321721].

MAGRINYÀ TORNER, F. (1990): «Las influencias recibidas y proyectadas por Cerdà», *Ciudad y territorio: estudios territoriales*, n.º XXXI, pp. 95-117.
—(2002): «Hacia una relectura de los espacios públicos desde la posmodernidad. El ejemplo del Raval en Barcelona», *Idensitat. Proyectos de intervención crítica e intervención social en el espacio público,* Ed. Injuve.

MAGRINYÀ TORNER, F. y MAZA, G. (2005): «Tinglados de Bar-cel-ona: la incorporación de espacios del puerto a la ciudad (1981-2002)», *Script Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 193 (IX).

MARISTANY, L. (1974): «Lombroso y España: Nuevas consideraciones», *Anales de literatura española*, n.º 2, pp. 361-382.

MARRERO GUILLAMÓN, I. (2008): «La producción del espacio público. Fundamentos teóricos y metodológicos para una etnografía de lo urbano», *Contextos. Revista d'antropologia i investigació social*, n.º 1, mayo, pp. 74-90.

MARTÍN SANTOS, L. (1986): «La ciudad, máscara de una sociedad insolidaria», *El País*, 15 de diciembre, Madrid.

MARTÍNEZ, G. (2009): *Barcelona rebelde: guía histórica de una ciudad*, Debate, Barcelona, p. 341.

MARX, K. (1980 [1887]): «Trabajo asalariado y capital», en K. Marx y F. Engels (eds.): *Obras escogidas en tres tomos,* Progreso, Moscú, pp. 145-179.
—(1992 [1844]): *La cuestión judía y otros escritos,* Planeta-Agostini, Barcelona.
—(2003 [1857]): *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política,* Crítica, Barcelona.

MAS, M. y VERGER, T. (2005): «Un forat de la vergonya al Casc Antic de Barcelona», en Unió Temporal d'Escribes (UTE) (ed.): *Barcelona marca registrada, un model per desarmar*, Editorial Virus, Barcelona, pp. 309-318.

MASALA (2003): «¿Fraude en las indemnizaciones?», *Masala*, n.º 14, julio, Barcelona.
—(2006): «Del Xino al Raval o del Raval a la "Casa de la pradera"», *Masala,* n.º 16, Barcelona.
—(2012): «Entrevista a Mercè Homs, regidora del Districte de Ciutat Vella», *Masala*, n.º 63, septiembre-octubre, Barcelona.

MAZA, G. (2002): «¿Participantes o participados? Por favor, no me representes», *Idensitat. Proyectos de intervención crítica e intervención social en el espacio público,* Ed. Injuve, pp. 223-228.

MAZA, G., MCDONOGH, G. W. y PUJADAS, J. J. (2002): «Barcelona, ciutat oberta: transformacions urbanes, participació ciutadana i cultures de control al barri del Raval», *Revista d'etnologia de Catalunya*, n.º 21.

MCDONOGH, G. W. (1976): «Discourses of the city. Policy and response in post-transitional Barcelona», *City & Society*, vol. 5, pp. 6-15.
—(1987): «The geography of evil: Barcelona's Barrio Chino», *Anthropological Quarterly*, n.º 60: 4, pp. 174-184.

—(1989): *Las buenas familias de Barcelona: historia social de poder en la era industrial*, Omega, Barcelona, p. 333.
—(2003): «Myth, space and virtue: Bars, gender and change in Barcelona's Barrio Chino», en S. M. Low y D. Lawrence-Zúñiga (eds.): *The anthropology of space and place: locating culture*, Blackwell Pub., Massachusetts, pp. 264-283.

MCDONOGH, G. W. y PETERSON, M. (eds.) (2011): *Global Downtowns*, University of Pennsylvania Press, Pennsylvania.

MCNEILL, D. (2001): «Barcelona as imagined community: Pasqual Maragall's spaces of engagement», *Transactions of the Institute of British Geographers*, n.º 26 (3), pp. 340-352.

MEAD, G. H. (1982): *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductismo social*, Ed. Paidós, Barcelona.

MEDEIROS, R. de P. (2000): *Hablan las putas. Fantasías y realidad en la prostitución: SIDA, prácticas sexuales y uso de preservativos*, Virus Editorial, Barcelona, p. 233.

MENDES, P. (2008): «Zero tolerance or international conspiracy: a critical analysis of the House of Representatives inquiry into illicit drugs», *Social Alternatives*, n.º 27, pp. 51-55.

MONCLÚS, F. J. (2001): «The Barcelona model: and an original formula? From "reconstruction" to strategic urban projects (1979-2004)», *Planning Perspectives*, n.º 18 (4), pp. 399-421 [doi:10.1080/02665430320001175 14]

MONLAU, P. F. (1862): *Elementos de higiene pública o arte de conservar la salud de los pueblos*, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, Madrid, p. 1.111.

MONTANER, J. M., ÁLVAREZ, F. y MUXÍ, Z. (2011): *Archivo crítico modelo Barcelona 1973-2004,* Ajuntament de Barcelona, Barcelona, p. 295.

MORENO, E. y VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1991): *Barcelona, cap on vas?: diàlegs per a una altra Barcelona*. *Descoberta,* vol. 8, Llibres de l'Índex, Badalona, p. 164.

MOTTERLE, Livia (2014): «Cuidados ocultos. Corpografiando prácticas de atención sexual y desatención institucional en Barcelona» (trabajo de fin de Máster de Antropología y Etnografía), Universitat de Barcelona.

MUÑOZ, F. (2008): «Brandcelona: de la reconstrucció urbana al *urban sprawl*», en *La Metaciudad. Barcelona: transformación de una metrópolis,* Anthropos Editorial, Rubí, pp. 83-96.
—(2004): *UrBANALització. La producció residencial de baixa densitat a la provincia de Barcelona, 1985-2001* (tesis doctoral), Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universitat Autònoma de Barcelona.

MUZZOPAPPA, E. y VILLALTA, C. (2011): «Documentos como campo. Reflexiones teórico-metodológicas sobre un enfoque etnográfico de archivos y documentos estatales», *Revista Colombiana de Antropología*, n.º 47 (1), pp. 13-42.

NEGRETTO, G. (1994): «El concepto de decisionismo en Carl Schmitt. El poder negativo de la excepción», *Revista Sociedad*, pp. 1-16.

NIETZSCHE, F. (2007 [1886]): *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*, Alianza Editorial, Madrid.

NISBET, R. A. (1981): *Historia de la idea de progreso,* Gedisa, Barcelona, p. 494.
—(1990): *La formación del pensamiento sociológico,* vol. 2, Amorrortu, Buenos Aires.

NOFRE MATEO, J. (2010): «Políticas culturales, transformaciones urbanas e higienización social en la Barcelona contemporánea», *Anales de Geografía*, n.º 30, pp. 133-161.

O'LONGH, A. (2007): *De Beauchastel a Barcelona* (incluye el DVD de *Desde mi ventana*), La Magrana, Barcelona, p. 137.

OYÓN, J. L. (2008): *La quiebra de la ciudad popular: Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona.

PAQUER, A. (1962): *Historia del Barrio Chino de Barcelona*, Rodegar, Barcelona, p. 148.

PARK, R. E. (1999): *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. *La Estrella Polar*, Ediciones del Serbal, vol. 18, Barcelona, p. 148.

PASCUAL ESTEVE, J. M. (1981): *Informe sociológico del Distrito V.º*, vol. 4, Consell Municipal del Districte Vè, Àrea de Serveis Socials, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, p. 95.

PEDRAFORCA, H. (2004): «Barcelona: marca registrada i banderí del ciutadanisme», en Unió Temporal d'Escribes (UTE) (ed.): *Barcelona marca registrada, un model per desarmar,* Virus Editorial, Barcelona, pp. 83-96.

PERROT, M. (1991): «La ville et ses faubourgs aux XIXe siècle», en *Citoyenneté et urbanité*, Editions Esprit, París, pp. 65-83.

Francis Picabia (1917): *391*, Nueva York-Barcelona.

PIEYRE DE MANDIARGUES, A. (1996): *Al margen*, Ediciones Áltera, Barcelona, p. 253.

PIJOAN, J. (1905): «La reforma del Pla Jaussely: la ciutat ideal», *La Veu de Catalunya*, octubre, p. 11.

PIORE, M. y DOERINGER, P. (1983): «El paro y el "mercado dual de trabajo"», en *Mercado de trabajo: teorías y aplicaciones*, Alianza, Madrid, pp. 307-323.

POLANYI, K. (1989): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Ediciones de la Piqueta, Madrid.

PORTAVELLA, David (1999): «Demolida la Casa Buxeres», *Nova Ciutat Vella*, n.º 4.

PRADAS, M. A. (2003): «Pistoles i pistolers. El mapa de la violència a la Barcelona dels anys 1920», *L'Avenç*, n.º 285, pp. 13-20.

PRED, A. (1995): *Re-cognising european modernities: a montage of the present*, Routledge, Londres.

PROCIVESA (2002): *Procivesa. 14 anys transformant Ciutat Vella*, Barcelona.

PUIGVERD, A. (2005): «El cisne ya no canta», *La Vanguardia*, 12 de septiembre, Barcelona.

PUJADES I CAVALLERIA, J. (2006): «Balanç anual de l'activitat arqueològica a la ciutat», *Quarhis*, pp. 183-213.

RAMÍREZ, L. (2006): «El *boom* inmobiliario en España», en Redacción de Expansión, D. Rodríguez-Roselló y D. Velasco (eds.): *20 años de acontecimientos económicos*, Expansión 20 años, Madrid, http://www.expansion.com/especiales/20aniversario/20economicos/inmobiliario.htm [septiembre de 2014].

RAMÓN, F. (1967): *Miseria de la ideología urbanística*, Ciencia Nueva, Madrid.

RANCIÈRE, J. (1984): «La maladie des héliotropes: Notes sur la "pensée ouvrière"», *Ethnologie française*, XVI («Les productions symboliques ouvrieres: Contributions a une anthropologie sociale de la connaissance»), abril-junio, pp. 125-130.

RECIO, A. (2007): «La veritable participació del poder econòmic», *La Veu del Carrer*, n.º 100, enero-febrero, pp. 10-11.

REQUENA HIDALGO, J. (2001): «Inmigración, ciudad y policía», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 94 (1), («Migración y cambio social». Número extraordinario dedicado al III Coloquio Internacional de Geocrítica), pp. 1-9.

RESORTS, B. H. &. (2008): «Barceló Raval», http://www.barcelo.com/BarceloHotels/es_ES/hoteles/Espana/Barcelona/hotel-barcelo-raval/descripcion-general.aspx [septiembre de 2014].

RIERA, Ignasi (1999): *Los catalanes de Franco,* Plaza & Janés, Barcelona.

RODILLA CABAÑERO, M. (2010): «Una etnografía barrial a través de la investigación en archivos. Estudio sobre las Casas Baratas del Bon Pastor en Barcelona», *Revista Colombiana de Antropología*, n.º 46-2, pp. 1-17.

ROMA, M. (2002): «L'Ajuntament és el major especulador de Barcelona. Entrevista amb Eduard Moreno», *El Triangle*, n.º 610, noviembre, pp. 1-3.

ROS CHAOS, Sergi y VILLARES I JUNYENT, Míriam (2008): «Els impactes socials i urbanístics de la reforma del barri del Raval», http://upcommons.upc.edu/pfc/handle/2099.1/5867 [septiembre de 2014].

RUFIÁN ROTO, Rodolfo (pseudónimo de Miquel Fernández) (2011): «Un caso paradigmático: la rehabilitación de las calles d'en Robador y Sant Ramon del barrio del Raval de Barcelona. El oscuro antecedente de la Isla Negra», *Sin Permiso*, http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=3987 [septiembre de 2014].

SAGARRA, J. M. (1983 [1930]): *Vida privada*, Edicions Proa, Barcelona, p. 354.

SAHUÍ, A. (2000): *Razón y espacio público. Arendt, Habermas y Rawls*. *Signos filosóficos*, vol. VI, Ediciones Coyoacán, México, pp. 218-226.

SALARICH, J. (1858): *Higiene del tejedor, ó sean, medios físicos y morales para evitar las enfermedades y procurar el bienestar de los obreros ocupados en hilar y tejer el algodón*, Impr. y Libr. de Soler Hermanos, Vich, p. 130.

SALUT, E. (1938): *Vivers revolucionaris: apunts històrics del Districte cinquè,* Llibreria Catalònia, Barcelona, p. 190.

SÁNCHEZ DE JUAN, J. A. (2000): «La "destrucción creadora": el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la europa mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles y Barcelona)», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 63, pp. 1-20.

SÁNCHEZ, F. y SANTOS, N. (2006): «Lugares ordinários, eventos extraordinários: espaço público, cidadania e resistência na metrópole do Rio de Janeiro», *Babel*, n.º 1, pp. 1-33.

SANTOS, M. (1986): «Espacio y método», *Geocrítica. Cuadernos críticos de geografía humana*, n.º 65, pp. 5-23.

SANTOS, N. S. (1996): *Natureza do espaço: técnica e tempo, razão e emoção*, Hucitec, São Paulo.
—(2004): «Desde que o samba é samba é assim?», *Tempo e Presença*, año 26 (338).

SARGATAL BATALLER, M. A. (2008): «La vivienda en el centro histórico de Barcelona. El caso de la Rambla del Raval», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 146 (069), pp. 1-12.
—(2009): «El barrio del Raval de Barcelona (1999-2008). Transformaciones urbanas y nuevos enfoques metodológicos para el estudio del centro histórico», *Biblio 3W. Revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales* (*XIV)*, n.º 82, pp. 1-29.
—(2012): «La construcción del convento de San Agustín (1728-ca.1800): ingenieros, maestros de obra e impacto en el Raval de Barcelona», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales (XVI)*, n.º 4, pp. 1-22.

SARTRE, J. P. (1972): *El existencialismo es un humanismo,* Huascar, Buenos Aires, p. 121.

SASSEN, S. (1998): *Globalization and its discontents*, The New Press, Nueva York, p. 254.
—(1999): *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 458.

SASSONE, F. (1931): «En el Barrio Chino de Barcelona», *Blanco y Negro. Diario ABC*, 4 de junio, pp. 51-54.

SENNETT, R. (1975): *Vida urbana e identidad personal. Los usos del desorden*, Ediciones Península, Barcelona.
— (1978): *El declive del hombre público*, Ediciones Península, Barcelona.

SERT, J. L. (1937): «Rapport n.º 2: Cas d'application Villes», V.º Congreso Internacional de Arquitectura Moderna «Logis et Loisirs», París.

SILVEIRA GORSKI, H. C. / RIVERA, I. y BERGALLI, R. (coords.) (2006): *Emergencias urbanas*, Anthropos Editorial, Rubí.

SIMMEL, G. (1986 [1903]): «Las grandes urbes y la vida del espíritu», en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura,* Ediciones Península, Barcelona, pp. 247-262.
—(1927 [1908]): «La lucha», en *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Tomo IV, Revista de Occidente, Madrid.

SIRVENT IVORRA, E. y CARRERAS GUTIÉRREZ, J. (2013): *Dones del carrer. Canvi urbanístic i treball sexual a Barcelona (2005-2009)*, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona.

SMITH, N. (1979): «Toward a theory of gentrification: a back to the city movement by capital, not people», *Journal of the American Planning Association*, n.º 45, pp. 538-548.

—(2002): «New globalism, new urbanism: gentrification as global urban strategy», *Antipode*, n.º 34 (3), pp. 427-450 [doi:10.1111/1467-8330.00249].
—(2007): «Neil Smith: gentrification in Berlin and the revanchist State», *Policing crowds*, http://www.policing-crowds.org/security/cctv/ [septiembre de 2014].
—(2008): «La generalització de l'ennobliment: de l'anomalia local a la "regeneració urbana" com a estratègia global urbana», en *Barcelona. Ciutats en (re)construcció: necessitats socials, transformació i millora de barris,* vol. 5, Diputació de Barcelona, Barcelona, pp. 31-48.

SUBIRATS, J. y RIUS, J. (2008): *Del Xino al Raval: cultura i transformació social a la Barcelona central,* vol. 1, Hacer, Barcelona, p. 153.

SUBIRATS, M. (coord.) (2006): *Civisme per la convivència: un debat obert*, Icaria, Barcelona, p. 227.

SUBIRÓS, P. (2010): *Ser immigrant a Catalunya: el testimoni de vint-i-dos protagonistes*, Llibres a l'abast, Edicions 62, vol. 419, Barcelona, p. 359.

SUSÍN BELTRÁN, R. (2000): «Los discursos sobre la pobreza. Siglos XVI-XVIII», *Brocar Cuadernos de investigación histórica*, n.º 24, pp. 105-136.

TABAKMAN, E. (2001): «El casc antic de Barcelona: actuación urbanística o "limpieza social"?», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, pp. 1-12.

TALLER CONTRA LA VIOLÈNCIA IMMOBILIÀRIA I URBANÍSTICA (2007): *El cielo está enladrillado: entre el* mobbing *y la violencia inmobiliaria y urbanística*, Bellaterra, Barcelona, p. 144, http://www.sindominio.net/violenciaurbanistica/ [septiembre de 2014].

TARRAGÓ, S. (1972): «El "Pla Macià" o "La Nova Barcelona": 1931-1938», *Cuadernos de arquitectura y urbanismo*, n.º 90 (GATCPAC I), pp. 24-36.
—(1978): *En defensa de Barcelona,* Adeos, Barcelona.

TATJER, M. (1998): «Els barris obrers del centre històric de Barcelona», en J. L. Oyón (ed.): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras*, Angle Editorial, Barcelona.
—(2000): «Las intervenciones urbanísticas en el centro histórico de Barcelona: de la Via Laietana a los nuevos programas de rehabilitación», *Oportunidades de desarrollo sostenible para los conjuntos urbanos históricos. III Jornadas de Geografía Urbana,* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Burgos, Burgos, pp. 13-28.
—(2003): «La vivienda popular en el ensanche de Barcelona», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, n.º 146 (021), pp. 1-14.
—(2005): «La vivienda obrera en España de los siglos XIX y XX: de la promoción privada a la promoción pública (1853-1975)», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* (*IX)*, n.º 1, pp. 1-20.
—(2009): «El Pla Cerdà i el porciolisme: matrimoni de conveniència?», *Metròpolis. Revista d'informació i pensament urbà*, n.º 76 («La raó de la ciutat: el Pla Cerdà»), pp. 73- 79.

TAVERA, S. (1995): «Els sindicats del crim. Pistolerisme a Barcelona, 1917-1923», *L'Avenç*, n.º 192.

THEROS, X. (2009): «El barri del pecat», *El País*, 10 de septiembre.

TÖNNIES, F. (2009): *Comunidad y asociación: el comunismo y el socialismo como formas de vida social*, Comares, Granada, p. 196.

TOPALOV, C. (1988): «Espacios, poderes, ciencias: Reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo», *Alfoz*, n.º 54/55, pp. 21-33.

TOUCEDA GÓMEZ, Andrés y otros (2002): «Intervención en el Barrio Chino, Distrito V.º, Raval», http://cataleg.upc.edu/record=b1228369~S1*cat [septiembre de 2014].

TRAPERO ÁLVAREZ, J. L. (2010): «Prevención e investigación del delito. Crimen organizado y corrupción», *Revista catalana de seguretat pública*, n.º 22, mayo, pp. 185-205.

TRINIDAD, P. (1991): *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Alianza Editorial, Madrid.

UN VECINO D'EN ROBADOR (2006): «Delicias del civismo en la Illa Robador», *Masala*, n.º 29.

UNAMUNO, Miguel (1991): *Epistolario inédito I (1894-1914)*, Ed. Laureano Robles, Espasa Calpe, Madrid.

URTEAGA, L. (1985): «El pensamiento higienista y la ciudad: la obra de P. F. Monlau (1808-1871)», en A. Bonet Correa (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
—(1987): «Barcelona y la higiene urbana en la obra de Monlau», *Estudis i recerques. El nacimiento de la infraestructura sanitaria en la ciudad de Barcelona*, Ajuntament de Barcelona, Barcelona, pp. 89-99.

URZÚA BASTIDA, V. (2012): «El espacio público y el derecho a excluir», *Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación social*, n.º 12 (1), pp. 159-168.

VALLMITJANA, J. (2004 [1910]): *Sota Montjuïc. Criminalitat típica local*, Arola, Tarragona, p. 209.
—(2003 [1910]): *La Xava,* Edicions de 1984, Barcelona, p. 298.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1993*a*): «La limpieza étnica de los señoritos», *El País*, 14 de septiembre.
—(1993*b*): «Siempre se espera un verano», prólogo en Pere López Sánchez (1993): *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de julio de 1909*, Siglo XXI Editores, Madrid.
—(2002): «Prólogo», en S. von Heeren (ed.): *La remodelación de Ciutat Vella: un análisis crítico del modelo Barcelona*, Veïns en Defensa de la Barcelona Vella, Barcelona.
—(2004): *Barcelonas*, Ediciones Península, Barcelona, p. 237.

VILARRODONA, J. U. (2007): *Interacció i emergència. L'espai públic com a escenari d'esdeveniments* (tesis doctoral), Programa de Doctorado de Antropología del Espacio y del Territorio, Departamento de Antropología Social e Historia de América y África, Facultad de Geografía e Historia, Universitat de Barcelona.

VILLAR, P. (1996): *Historia y leyenda del Barrio Chino (1900-1992): crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona*, La Campana, Barcelona, p. 254.

VILLARROYA, J. (1999): *Els bombardeigs de Barcelona durant la Guerra Civil (1936-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.

VON HEEREN, S. (2002): *La remodelación de Ciutat Vella: un análisis crítico del modelo Barcelona*, Veïns en Defensa de la Barcelona Vella / Estudiants pel Patrimoni, Barcelona, p. 129.

VOYEUX, M., ARHAB, A. y SOULÉ, B. (1989): *El Cabrero. El Cante de la Sierra*, La Sept.

VV. AA. (1972): «Documentos GATCPAC», *Cuadernos de arquitectura y urbanismo*, n.º 90 (GATCPAC I).

VV. AA. (1981): «Del Liceo al Seminario», *Arquitectura,* n.º 232, p. 27-35.

VV. AA. (2004): *La Barcelona rebelde: guía de una ciudad silenciada. Límites,* vol. 14, Octaedro, Barcelona, p. 301.

WACQUANT, L. (1993): «The return of the repressed. Riots, «race» and dualization in three advanced societies», *Russell Sage Foundation*, n.º 24 (3).
—(2000): *Las cárceles de la miseria*, Alianza, Madrid.
—(2000*a*): «La represión penal promovida como nuevo valor "de izquierda"», *Las cárceles de la miseria*, Alianza, Madrid, pp. 132-145.
—(2001): «Deadly symbiosis: when ghetto and prison meet and mesh», *Punishment & Society*, vol. 3, pp. 95-133 [doi:10.1177/14624740122228276]
—(2005): «Castigar a los parias urbanos», *Antípoda*, n.º 2 («Comunicación y violencia. La inseguridad como relato de desintegración»), pp. 59-66.
—(2006): *Castigar els pobres: el nou govern de la inseguretat social,* Edicions de 1984, Barcelona, p. 340.
—(2007*a*): *Pàries urbans: guetos,* banlieues*, Estat*, Edicions de 1984, Barcelona, p. 358.
—(2007*b*): «El retorn del rebutjat: avalots, etnicitat i dualització en tres societats avançades», en L. Wacquant (ed.): *Pàries urbans: guetos,* banlieues*, Estat*, Edicions de 1984, Barcelona, pp. 23-34.
—(2007*c*): *Los condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*, Siglo XXI Editores; Buenos Aires.
—(2011): «El diseño de la reclusión urbana en el siglo XXI», *Revista Herramienta*, n.º 48, pp. 1-16.
—(2012): «Merodeando las calles: [trampas de la etnografía urbana]», Serie Cla-de-ma, Gedisa, Barcelona, p. 158.

WAGMAN, D. (2006): «Criminalització de la pobresa, criminalització dels qui no tenen poder», *Revista catalana de seguretat pública*, n.º 16, pp. 139-151.

WEBER, M. (1987 [1921]): *La ciudad*, Ediciones de la Piqueta, Madrid, p. 204.

WILLIS, P. (1988): «Beure i barallar-se», *Cultura Viva*, Diputació de Barcelona, Barcelona, p. 90.

WILSON, J. (2011): «Colonising space: the new economic geography in theory and practice», *New Political Economy*, n.º 16 (3), pp. 373-397 [doi:10.1080/13563467.2010.504299].

WILSON, J. Q. y KELLING, G. (1982): Broken windows, *The Atlantic Monthly*, pp. 38-29.

WIRTH, L. (1968 [1938]): *El urbanismo como modo de vida*, vol. 3, Ediciones 3, Buenos Aires.

YNFANTE, J. (1974): *Los negocios de Porcioles: las sagradas familias de Barcelona*, Monipodio, Toulouse, p. 175.

ŽIŽEK, S. (2009): *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Ed. Paidós Ibérica, Barcelona.

Recursos audiovisuales

BETRIU, F. y CORONADO, M. (2010): *Mónica del Raval*, DeAPlaneta, Barcelona.

BTV (2010): BTVNotícies, 1 de juny, http://www.btv.cat/btvnoticies/2010/06/01/mesures-per-evitar-que-els-toxicomans-es-punxin-al-carrer [septiembre de 2014].

COLOM, R. (2005): «Benet i Jornet, del Xinès al Raval», *Millenium* de Televisió de Catalunya, http://www.tv3.cat/videos/192957362# [julio de 2010].

JORDÀ, J. (2003): *De nens*, Massa d'Or, Barcelona.

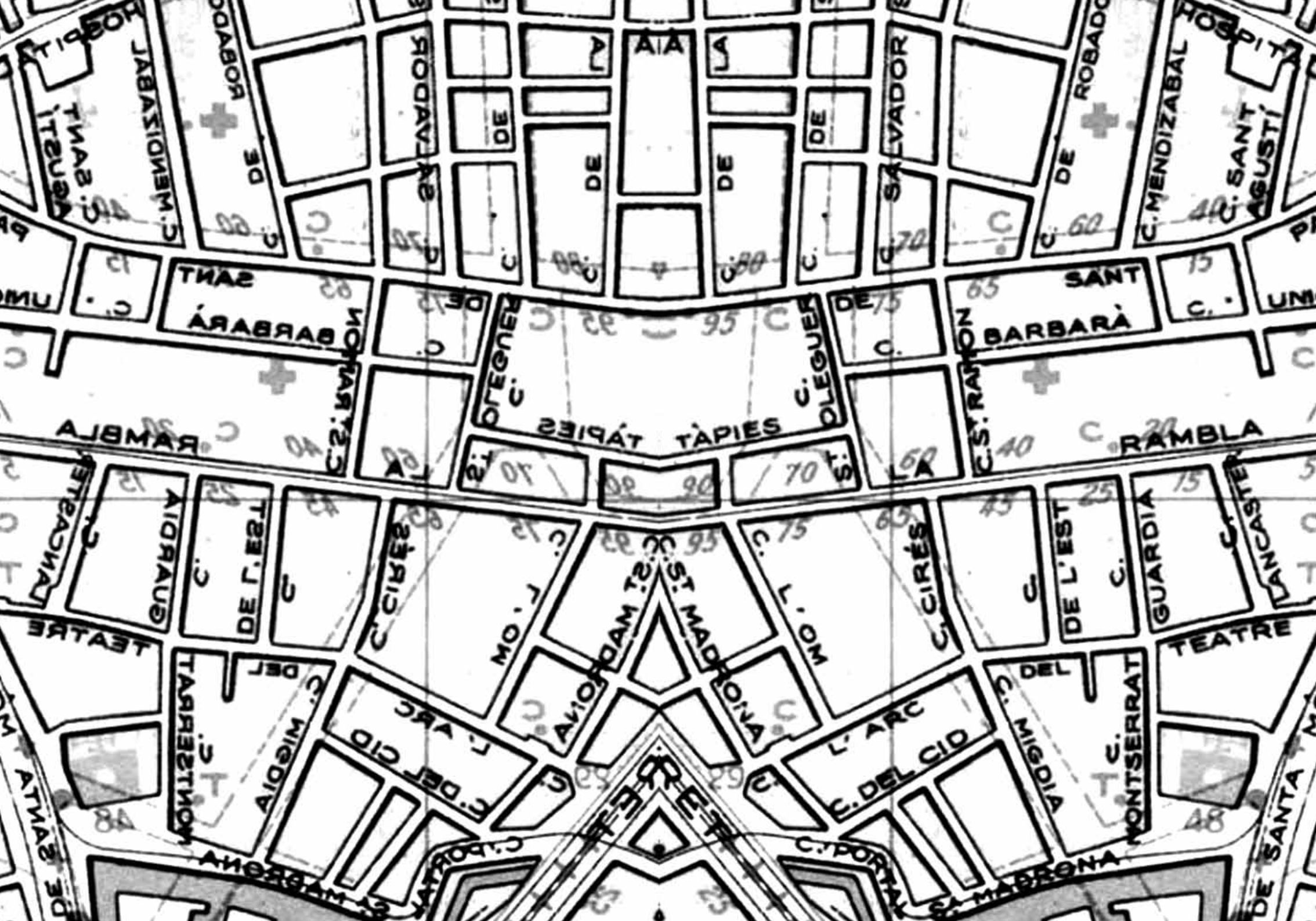
O'LONGH, A. (2007): *De Beauchastel a Barcelona* (incluye el DVD de *Desde mi ventana*), La Magrana, Barcelona, p. 137.

PEÑA, F. (2004): *El Forat*, http://www.archive.org/details/Forat [septiembre de 2014].

TEIXIDOR MALLARACH, J. (1999): *PERILL al centre històric de Barcelona*, RTVE.

TVC (2010*a*): «Farts de furts», *Entrelínies*, 25 de mayo, http://www.tv3.cat/videos/2927450 [septiembre de 2014.
—(2010*b*): *Marxar del Raval*, 16 de septiembre, http://www.tv3.cat/videos/3100315/Marxar-del-Raval-1 [septiembre de 2014].
—(2010*c*): «Els veïns del Raval, tips de la inseguretat al barri», *Els matins* de Televisió de Catalunya, 14 de diciembre, http://www.tv3.cat/videos/3265910 [septiembre de 2014].
—(2012): «La prohibició de la prostitució al carrer a Barcelona entra en vigor amb multes de fins a 3000 euros», Canal 3/24, Televisió de Catalunya, 16 de agosto, http://goo.gl/zEIZ8 [septiembre de 2014].

V DE VIVIENDA (2006): «Realidades avanzadas de la vivienda», http://goo.gl/X86rH [septiembre de 2014]

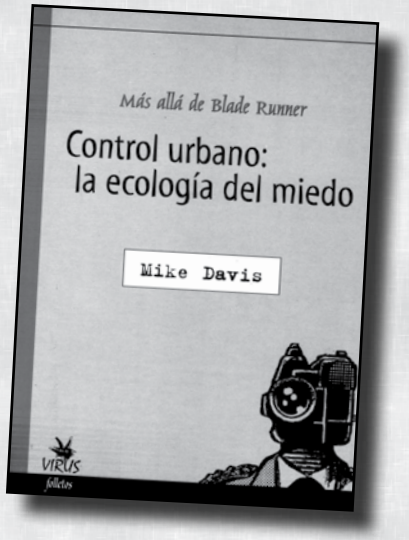


HOSPITAL
C. MENDIZABAL
C. SANT AGUSTÍ
C. DE ROBADOR
C. SALVADOR
C. DE LA
C. SANT BARBARÀ
C. ST. RAMON
C. OLEGUER
C. TÀPIES
C. ST. MADRONA
C. L'OM
C. CIRÉS
C. DE L'EST
C. GUARDIA
C. LANCASTER
C. MIGDIA
C. MONTSERRAT
C. DEL CID
C. L'ARC
C. PORTAL
C. DE SANTA
TEATRE
RAMBLA

Mike Davis

Control urbano: la ecología del miedo

Más allá de Blade Runner



El urbanista Mike Davis aborda en sus ensayos la relación entre urbanismo y control social. Su análisis de la evolución de la política urbanística y de la gestión de la pobreza —es decir, de la desigualdad social y de la discriminación racial— en la ciudad de Los Ángeles, y del desarrollo de la industria carcelario-represiva le permite esbozar un futuro dantesco, por lo que se refiere a la evolución del sistema político de libertades en Estados Unidos.

ISBN 978-84-88455-89-5 | 72 págs. | 5 €

Jean-Pierre Garnier

Contra los territorios del poder

Por un espacio público de debates y... de combates

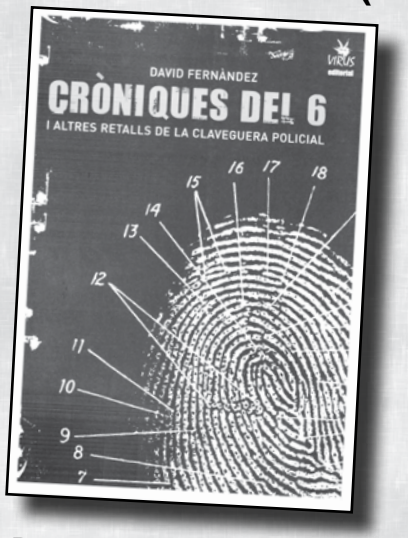
El espacio o el territorio expresa siempre en sí mismo la materialización de unas determinadas relaciones sociales y, como tal, también las marca. Por ello, en una sociedad totalmente sometida a la lógica del capital como en la que estamos inmersos, las configuraciones territoriales y las políticas sobre los lugares y sus gentes se adaptan a la mercantilización generalizada de la vida y al control, duro o blando, que ejerce el poder.

ISBN 978-84-96044-78-4 | 172 págs. | 15 €

David Fernàndez

Cròniques del 6

I altres retalls de la claveguera policial. Del Cinema Princesa a l'absolució dels Tres de Gràcia (1996-2006)



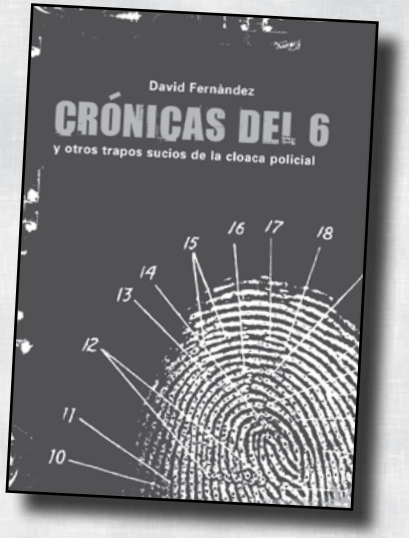
Darrere el nostre Estat de Dret s'hi desenvolupa, sovint amb complicitat de les autoritats, un infraestat clandestí i en completa il·legalitat. Té els seus propis codis i regles del joc i no resulta sempre fàcil desxifrar-los. El llibre ho fa des de la indignació moral i la ironia, i posa de manifest la fal·làcia de la visió idíl·lica i institucional de la policia com a garant de les llibertats i drets ciutadans.

ISBN 978-84-96044-80-7 | 318 págs. | 17 €

David Fernàndez

Crónicas del 6

y otros trapos sucios de la cloaca policial



Esta historia arranca en la madrugada del 28 de octubre de 1996 con el desalojo manu militari del Cine Princesa y llega hasta la absolución de los Tres de Gràcia, tres jóvenes acusados falsamente de terrorismo. Con un protagonista central: el Grupo VI de la Brigada Provincial de Información del Cuerpo Nacional de Policía, especializado en la represión de la disidencia política y social. Pero *Crónicas del 6* es un libro abierto y no tiene final. Porque, a pesar del supuesto relevo policial de los Mossos d'Esquadra, el Grupo VI —y sus agentes— continúa plenamente operativo. Los unos y los otros son parte complementaria de la maquinaria represiva que el Estado necesita para imponer, como sea, una improbable paz social en tiempos de desigualdades e injusticias crecientes.

ISBN 978-8492559-03-9 | 288 págs. | 17 €

BAR EL COYOTE